



LUCIO VICENTE LÓPEZ

RECUERDOS DE VIAJE

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

LUCIO VICENTE LÓPEZ

RECUERDOS DE VIAJE

ÍNDICE:

- o En el mar
- o El centenario de Rivadavia en el Océano
- o Beatrice
- o De Lisboa a Vigo
- o Southampton - Winchester - Bromley
- La campaña inglesa
- o Cuadros parlamentarios
- La cámara de los comunes
- o Cuadros parlamentarios y escenas populares
- o Cuadros parlamentarios
- Disraeli en la cámara de los lores
- o El Cenáculo de la rue Bonaparte
- o Los pájaros del doctor Riboiton
- o El teatro inglés
- o La Comedia Francesa
- o Ascensión al Monte Blanco
- o La Suiza Nueva
- o Las anémonas
- o Lammermoors Land!
- o El militarismo en Alemania
- o El paso por Alemania
- o La Catedral de Colonia
- o Política Europea
- o Crónica Parisiense
- o Don Polidoro
- (Retrato de muchos)
- o Las griegas de terracota
- o Eugenio Labiche en la Academia
- o La prensa feroz
- o De París a Marsella
- o ¡Italia!
- (El Norte)
- o Venecia

En el mar

Océano Atlántico, mayo 19 de 1880.

Cuando se sale del Plata y la nave asoma la proa en el Atlántico, lo primero que viene a la memoria es el recuerdo de los descubridores, de aquella falange de aventureros castellanos y portugueses que comienza para nosotros con Juan Díaz de Solís y Diego García, y que termina en el corazón de nuestros grandes ríos con Oyolas y con Irala, los fieros soldados de Mendoza.

Al caer la tarde del 9 de mayo, cuando ya el azul peculiar de las ondas amargas me indicaba la lejanía de la tierra, me ha parecido ver entre las nubes pardas del horizonte los altos y tallados castillos de las urcas y carabelas de Vespucio o de Solís, buscando ávidas en las corrientes marinas, las desviaciones de la tierra americana, para hallar un canal al mar de las Indias, que Balboa sorprendió más tarde desde las copas de los bosques del Istmo. Si alguno de mis lectores ha visto en el Museo de Buenos Aires una colección de tábulas pintarrajadas y toscamente esmaltadas, con láminas de nácar, que representan las proezas de Hernán Cortés y de sus soldados en la conquista del imperio de los Aztecas, notará las altas popas de las naves del siglo XVI idénticas a las que vinieron a nuestro río trayendo a los primeros fundadores de Buenos Aires: anchas, infladas, cortas y altísimas; con las jarcias cruzadas y diagonales como las naves del Lacio, y ostentando en sus topes largas y lucientes banderolas en cuyas fajas brillaban las armas de Castilla y de Aragón. Con los ojos en la vasta inmensidad, recorriendo el aro circular que cierra el horizonte, he permanecido pensando por largo tiempo: cómo fue que aquellos imperfectos cascarones, semejantes a las de las tortugas, pudieron salvar el océano y arrojar, sanos y salvos, sobre las tierras americanas a sus temerarios tripulantes. Alguna vez se me ha demostrado que si esas proas redondas y de formas indolentes, parecidas al pecho de los cisnes, carecían del filo angosto y cortante de la proa moderna, tenían todas las condiciones de flotación de aquellos poéticos habitantes de los lagos, de modo que las tormentas jugaban con ellas sin sumergirlas, como juegan las brisas del espacio con el globo aerostático, sujetándolo a sus corrientes, meciéndolo en sus ráfagas y haciéndolo flotar como si las ondulaciones de su cuerpo fueran efecto de la embriaguez.

La América no ha honrado bastante todavía a Colón y a su grupo. Nosotros le debemos a Solís un monumento sobre las barrancas de la costa oriental. ¡El Estrecho debía estar abierto por la estatua gigantesca de Magallanes, y desde los bosques del Darien, la figura majestuosa de Balboa debía erguirse enseñando con la diestra la extensa y dilatada mar del Sur y la ruta al mar de las Indias!

Estamos bajo el trópico. Allá en la estela luminosa en que ha revuelto el hélice sus aletas, ha quedado el Plata, el ancho y dulce seno en que vive la patria. El calor es sofocante: un cielo gris que parece una bóveda de metal caldeado, nos quema dentro del camarote, y si salimos al ancho puente a aspirar una ráfaga, el aire nos consume y nos sofoca como si estuviéramos en una fragua gigantesca. Las estrellas son aquí pálidas y lácteas como los ópalos; las nubes pesadas y negruzcas como si amenazaran eternamente el estallido de la plétora exuberante de estas regiones; la bóveda celeste no tiene aquella brillantez y colorido peculiares de nuestro cielo argentino, y parece que quisiera engendrar vida y formas hasta en la misma superficie inestable de las ondas.

Don Juan María Gutiérrez me había contado muchas veces su pasaje por el trópico a bordo del Edén y yo había soñado una hipérbole bajo la influencia de los colores que mi viejo y llorado maestro empleaba para iluminar aquellos ágiles y elocuentes párrafos de sus conversaciones. Un bergantín elegante, con altos y gallardos masteleros, llevando en su seno a Gutiérrez y a Alberdi, dos protagonistas de la generación de 1835, que se estrenó bajo los paternales consejos de Echeverría, que cantó a Mayo entre los muros de Montevideo, e interpretó a Alfieri y a Silvio Pellico bajo las garras abiertas del tirano, era el conjunto de mi leyenda; y yo la veía desarrollarse precisamente teniendo por teatro la cubierta del Edén y por escenario las opimas regiones del Ecuador. ¡Oh, amado y sabio maestro! En el seno vibrante de este monstruo, que traga 50 toneladas de carbón todos los días y que muge como un bisonte, arrojando espuma por las fauces al hendir con la proa la rizada superficie del océano, yo no encuentro aquella región narrada por tu lengua escogida, y vivificada por las fantásticas memorias juveniles; paréceme encontrarme bajo los cristales empañados de un inmenso invernáculo dentro del cual hierve el agua que distribuye el calor a las plantas de otros climas. Los movimientos vibrantes del hélice llevan mi pluma al acaso sobre el papel como si fuera la aguja de un minuterio; ¡la paciencia con el ruido no cesa y la prosaica realidad de los progresos modernos del vapor, disipa de mi imaginación la sombra blanca de tu nave, mecida como un alción, que, con las velas abiertas, espera el despertar de las auras dormidas!

La poesía y la estética han sido suprimidas en los buques modernos; faltan las impresiones del mar. La eterna cubierta convertida en un salón de lectura en que todos, sin excepción leen, con los ojos cerrados, los libros que el ingenio ha dotado de mayores atractivos, no presenta la perspectiva de las cubiertas de los buques de vela. Nos faltan todas las emociones de los marinos, las prontas guisadas del barco, la pesca del tiburón, las bordadas en que la nave, tomando el viento de bolina, entrega uno de sus flancos a las olas y se inclina sobre ellas como una virgen que quisiera ver su sombra en sus cristales. La mirada busca en vano los senos hinchados de las velas desde el tope hasta la mayor, las velas de estay, las alas y arrastraderas y la serie de los foques levantando la nave sobre su proa como se levanta, sobre la rienda, la cabeza de un caballo a escape. Sólo un raquítrico trapo presenta su flanco al viento, los negros caños, arrojando bocanadas de humo turbulento, nos dicen que la fuerza que nos impele no está en el árbol de los mástiles, sino en las entrañas del casco que tragan incesantemente el agua que necesitan para alimentarse y la vomitan incesantemente también para volver a tragarla como un monstruo dominado por una sed insaciable.

¡Oh, extenso mar! La nave de vela es tu hija predilecta. Nosotros somos un pedazo de ciudad moderna arrojado sobre tu inmensidad, con todo el sibaritismo, de la época, y con los mimos y las exigencias de la vida artificial que llevamos. Nuestro buque es un hotel, una fábrica, en donde todo, hasta el ruido infernal de la máquina, contribuye a convencernos de que no hemos abandonado la tierra todavía y que estamos circundados por el bullicio de las ciudades populosas. Asomo la cabeza por la ventana circular de mi camarote y veo a poco trecho de nuestro costado un precioso brick americano que pasa como un pájaro, volando a merced de las ráfagas del nordeste y llevando tal vez a Buenos Aires nuestras dulces memorias. Ayer, no más, la misma nave clavada sobre las ondas, faltas de vida las ociosas velas, y fulminada por los rayos del sol ecuatorial, se balanceaba torpemente, ebria de pereza y de laxitud en el océano; el capitán, un tostado virginiano, que escandalizaría con su pronunciación nasal el oído aristocrático de los ingleses, pateaba de babor a estribor enfurecido por la haraganería escandalosa del viento, hasta que éste, despertando después de una siesta de nueve días y nueve noches, ha querido demostrar lo que en estas regiones el viento descansa, lo que le conviene descansar sin preocuparse para nada de la máxima codiciosa de los ingleses.

Vamos con rumbo a las islas de Cabo Verde en demanda de carbón. Hemos dejado a Fernando de Noronha a la derecha y navegamos en pleno océano. La costa americana está muy lejos; la curva que nos separa del Plata forma un arco muy pronunciado en el globo de la tierra. Otro cielo nos protege; otras estrellas iluminan nuestra ruta. La Cruz del Sur nos ha acompañado hasta hace poco, pero ya se ha sepultado bajo la curva en los azules espacios meridionales. Estamos en la mitad superior de esta naranja que rueda en el vacío en donde el hombre, guiado por sus proporciones moleculares, queda deslumbrado ante la inmensidad de los mares y de la tierra, sin comprender la infinidad del universo. Me viene a la memoria aquella originalísima canción, de Béranger que representa a Dios mirando con un lente prodigioso los mundos, y descubriendo entre los más pequeños un grano esférico en cuya superficie se devoran unos a los otros millones de átomos animados, representando la ignorada tragedia de las hormigas sobre la superficie del melón carcomido. Aquella cresta que podría levantarse con la uña de un gigante, es una cadena de montañas; aquella gota de agua que brilla sobre la cáscara, un océano; aquel punto negro, conjunto de materia en movimiento, una ciudad, un pueblo. ¿Dónde se va la grandeza de la tierra y la gloria del hombre, cuando el lente del Creador se interpone entre nosotros y el infinito?

Yo caería abismado como un fanático recalcitrante si la religión estuviera basada única y exclusivamente en la contemplación del infinito y de lo inconmensurable. ¡Qué cuadro tan sublime nos representa Atahualpa arrojando a los aires el breviario del padre Valverde y mostrándole la palabra de Dios en las alturas! El fetichismo católico no se ha inspirado nunca en las fuentes vírgenes de la ejecución y por eso Humboldt, el dulce y sabio contemplador del Universo, tiene más títulos para ser el sacerdote supremo del hombre moderno que León XIII con todos los prestigios del arte profano que ilumina los muros del Vaticano: allí la religión no existe sino bajo la condición de la existencia del color y de la forma, hijas del arte griego, adoptadas por el arte católico.

A bordo del Elbe se han celebrado en los dos domingos transcurridos los deberes religiosos. Hace un momento que en un piano, lastimosamente desafinado por la acción de las auras marinas, se han extinguido las últimas notas de los salmos bíblicos cantados por

los miembros de tres familias protestantes, desde los padres y las madres respectivas hasta los niños y las nodrizas. Sus voces mezcladas sin ningún género de pretensiones artísticas, forman un conjunto melódico, sencillo hasta la más primitiva simplicidad, menos monótono y menos mecánico que el murmullo nasal de nuestras letanías, pero siempre repitiendo la misma frase musical que comienza y termina invariablemente con cada versículo, hasta que los cantores se duermen de pie, cantando siempre, absorbidos por el sentimiento místico que los inspira. Tiene mucho de tierno y de noble ese círculo numeroso y sencillo del hogar inglés en el día domingo; y si el arte no concurre a dar los retoques de la estética a aquella escena, no puede negarse que la fe religiosa la ilumina con las tintas simpáticas y suaves del amor y de la virtud.

En medio de la ceremonia asomaba la cabeza por uno de los largos corredores del buque y observaba la escena un muchacho de 18 años más o menos; y como todos los ingleses de a bordo eran protagonistas en aquel momento, me llamó la atención ese curioso, que teniendo en todo su rostro bien impresos los rasgos fisonómicos de John Bull, se mantenía irreverente y alejado de aquel grupo de sus compatriotas que adoraban al Señor.

-¿Y usted por qué no reza? -le pregunté en el mejor inglés que pude preparar de antemano.

-Because I am catholic -me contestó sonriendo- and Yrish -agregó. La pregunta no tenía réplica; el irlandés estaba en su perfecto derecho de mantenerse retraído de aquellos compatriotas herejes.

-¿Y sabe usted lo que cantan en este momento? -insistí yo, tratando de orientarme en el significado de las oraciones.

-Están cantando el salmo en que David cuenta cómo de una pedrada dejó tuerto al gigante Goliat.

Me quedé pensativo y puse a prueba todas las fuerzas mensajeras de la memoria para recordar y confirmar el dato de mi irlandés. ¡Ah! ¡En vano! Mis escasas lecturas de la Biblia se habían disipado. Mi irlandés notando mi silenciosa incredulidad, insistía en convencerme; y ante su cara impávida, y peculiarmente ingenua, casi estaba por admitir la escena de la pedrada como canto sagrado, cuando un hombre de edad tomó bruscamente del brazo a mi interlocutor y lo sacó fuera. No había tal canto religioso; temí por un momento que el irlandesito hubiera querido burlarse de mí, y me incliné después, por amor propio, a creer que quiso pasar por muy informado en el culto protestante; pero ni una u otra razón justificaban el dato del irlandés. Este pobre muchacho era un loco, cuyos padres, estancieros del Pergamino, lo mandaban a un afamado manicomio de Dublín; la noche antes, en momentos en que uno de esos turbiones rápidos y pasajeros del trópico azotaba el costado del buque y hacía silbar las cuerdas, el irlandesito, en la cubierta, corriendo despavorido, procuraba tomar caballo para atajar la majada, que, según él, vagaba errante en aquel momento perseguida por el huracán; ¡se creía en su rancho y en sus campos cuidando el rebaño de sus padres!

¡Todavía no me perdona un caballero inglés, compañero de viaje, que yo me ría por haberle oído cantar el salmo en que David deja tuerto de una pedrada al gigante Goliat!

Por las noches, para matar las horas monótonas, sentados sobre el puente y observando las evoluciones de las estrellas o el casco todavía escaso de la luna, que, como una galera en fuego, desaparece en el océano, hemos pasado momentos deliciosos, oyendo las dramáticas recitaciones de los oficiales que nos cuentan sus viajes por países y mares remotos. Uno de ellos, gallardo muchacho de 25 años, que me trae a la memoria, no sé por qué asociación de ideas, el tipo de Henderson de la Novia del Hereje, me cuenta sus viajes por los mares de la China; ha comenzado su carrera sobre la cubierta de un clipper en cuyo velamen se habían empleado dos mil quinientas yardas de tela, y cuya marcha con viento en popa rayaba en 15 y 16 millas. Los fletadores del Eolian, ávidos por ser los primeros conductores de la nueva cosecha del té, procuraban siempre que su capital penetrara el primero en Liverpool; y la codicia humana buscaba y anhelaba la tormenta para soltar a sus ráfagas curiosas todas las alas de la nave, y volar con la tempestad como los pájaros de la mar. De pronto el huracán, encerrado en el cóncavo seno de la gavia, brama por dar salida a la ráfaga al través de la tela; en vano el noble tejido resiste, pues al fin el cable de la escota cede y revienta descargando con sus extremos, enroscados como una culebra, un latigazo furibundo, y la vela, libre del mástil, se escapa y atraviesa la obscuridad perdiéndose en ella a la distancia, como si fuera el blanco pañuelo de una niña que el viento hubiese arrancado de sus manos. El Eolian y sus compañeros de la misma compañía de Clippers, representaban con sus rivales, en aquellas carreras alígeras, la batalla de los Horacios y de los Curiacios; algunas veces todos los clippers arribaban a los puertos ingleses con más o menos intervalos de tiempo, pero no pocas veces, alguno de los émulos del Eolian quedó sepultado en las profundidades del mar, con los palos para abajo y mostrando la quilla: el hueso central de la pechuga, como dicen los marinos cuando hablan de esta posición incómoda. Las novelescas leyendas del Flying Dutchman, del Red Rover y del Pirata no alcanzan la fantástica realidad de los viajes de los clippers modernos.

Otro oficial me ha contado sus viajes por el Norte, sobre aquellos mares agrios y sañudos que navegaron las flotas de los antiguos normandos. Inmensos desiertos en el invierno, el horizonte cierra sus líquidos y azules límites por una barrera de blancas y puntiagudas montañas de hielo, que semejan las ruinas de una ciudad abandonada y congelada bajo los fríos boreales. El marino allí se defiende del témpano flotante que lo acomete con el empuje que le imprime la variación de las corrientes; ¡allá va la masa muerta boyando al acaso y desprendida de los eternos muros polares! Ni un rastro de la tierra sobre ella, ni una hoja de verdura, ni un rayo de la cariñosa y fecunda naturaleza del globo sobre aquel terrón de las aguas congeladas. A veces, para demostrar más al hombre la salvaje fisonomía de aquel inmenso sudario de la tierra, el témpano sirve de flotante pedestal a un oso blanco, que, sentado majestuosamente sobre él, semeja en todo su conjunto un trozo de escultura digno de figurar al pie de un pórtico asirio. ¡Oh, cincel maravilloso del capricho y de la fantasía! ¡Tú bordas incesantemente en los copos sutiles de la nube y en la masa diáfana de los hielos, los cuadros y las formas que ningún artista humano derramó jamás en la tela o arrancó de las duras y rebeldes venas de la piedra!

En las narraciones de los viajes por los mares polares terminan tiritando de frío todos los circunstantes; ya nos parece vernos en aquel los extremos embrionarios de la tierra: ¡y

estamos bajo el mismo solio del sol en el propio centro del Atlántico, frente a las regiones en que la tierra abre, en un amor continuo y nunca interrumpido, sus senos ardientes a los besos del astro bajo cuyas caricias se abren, abanicadas por el aura, las indolentes y voluptuosas hojas de los bananos, y se cimbran los troncos esbeltos y lascivos de las palmeras!

Los oficiales del Elbe han hecho el gasto de charla, en la mitad de la noche. Ahora nos toca a nosotros; y más de uno se carcome de envidia con la historia del Rey de las Manzanas que les hace mi compañero, y en la que yo pongo mis notas. Recuerdo que Miguel Cané, nuestro amado Miguel (permítaseme este desahogo en el océano), se escandalizaba de la pronunciación con que los ingleses disfrazaban a Mejillones: Maiquel Jones. Pues bien; nosotros hemos conseguido un espécimen de spelling ¡mucho más divertido; merced a la dúctil lengua de mi oficialito del Eolian, Shayhueque se llama Shawguiayquay. En vano trabaja y hace un ruido infernal con el paladar, en medio de las más dolorosas gesticulaciones, la lengua sajona no da más. No debemos reírnos nosotros; en el Plata una antigua y noble familia de apellido Speakerman fue llamada Piquiman a la segunda generación. ¡Nunca encontrará la filología un bastardo más escandaloso!

Hemos tenido suerte embarcándonos en el Elbe. Hasta ahora no nos hemos fastidiado ni un momento, y no sé si me atrevería a asegurar que soy de los halagados con la idea de llegar a Southampton el 31 como lo pretenden las impacientes rotaciones del hélice. Si un muchacho soltero hiciera esta confesión, más de una sonrisa se dibujaría en el rostro de los lectores maliciosos. Pero nuestra resignación con el viaje es amenizada todos los días por los oficiales del vapor, que son nuestros buenos amigos. Todos han viajado mucho; el uno al sur, el otro al norte, éste a las Antillas, aquél en la India; y la charla rueda, y rueda incesantemente sobre las errantes peregrinaciones del hombre sobre la tierra. Tengo libros, mesa, papel y tinta en mi camarote, que es una habitación con dos ventanas a una plaza solitaria en la que no incomoda el ruido de los carros; y me atrevería a escribir un viaje, ¡porque no hay punto del globo, hasta la fecha, que no hayamos visitado siguiendo el movimiento incesante de la lengua de nuestros ingleses!... ¡y hay les llama fríos y egoístas, secos e incommunicativos! Si estuviera en una nave de otra nación (no ofendo a nadie y no excluyo a los nuestros), habría tal vez ocasión para pensar si nuestros huéspedes tenían o no la fantasía muy propensa a la inventiva, pero delante de la sobria simplicidad de los ingleses, ni la sospecha de la mentira se asoma al espíritu!

Es más fácil encontrar un inglés que beba grosella, que un inglés que mienta cuando trata con caballeros.

Océano Atlántico, mayo 20 de 1880.

Hoy se animan los recuerdos de la patria; todos estamos con el pensamiento en Buenos Aires y pretendemos convertir la extensa cámara del vapor en un pedazo de suelo argentino. Los ingleses se prestan con un entusiasmo febril a cooperar en la fiesta; nos han acompañado a ensayar nuestro himno para partes y coros y su decisión es tan vehemente, que hasta uno de los pastores presbiterianos que nos acompañan, aunque anciano ya, se enardece, sobresale en el coro y canta como si cantara "God save our gracious Queen", "¡Sean eternos los laureles que supimos conseguir!". El otro, un anglicano que por simple placer hace el viaje de ida y vuelta del Elbe, comienza a contagiarse con el ardor patriótico de su colega disidente. El día de la reina Victoria está próximo, y los argentinos nos preparamos también a mezclar nuestras voces en el himno inglés para cantar con sus súbditos:

Send her victorius

happy and glorious

long to reing over us.

.....

La fiesta ha sido hermosa y todos hemos tomado parte en ella. ¡Ojalá se haya celebrado en la patria con los dulces himnos de la paz! He contado a grandes rasgos la vida de Rivadavia en medio de la más elocuente simpatía de argentinos y extranjeros y mis cortas palabras han merecido el honor de la traducción de parte de un inglés entusiasmado.

Una lógica asociación de ideas me trae a la memoria en el día de Rivadavia, el recuerdo de la Mistletoe y de la Fama, saliendo del Plata al océano con Mariano Moreno, para darle al poco tiempo sepultura en las aguas saladas, como a Palinuro, el piloto de Troya; del Agenor, clavado en el banco Inglés salvando en sus despojos a Valentín Gómez, mientras que la balsa de Luca desaparece para siempre con el cisne que canta su último himno; de la Mosca perdida con Rojas (su hermano en la vida y en la muerte), y de las naves, por fin, que en 1814 llevaban a Europa a Sarratea, Belgrano y Rivadavia, con un programa de

transacciones que debía desarrollarse con cuadros tan variados, como los que ofrecieron las nobles tentativas del último sobre el gabinete inglés, y escenas tan grotescas como aquellas en que figuraba como protagonista el aventurero conde de Cabarrús.

En aquellos viajes interminables en que el viento, el siempre caprichoso elemento, era la única fuerza con que contaban los viajeros, ¡cuánto debieron sufrir nuestros padres cuando la vela, batida de frente, los obligaba a retroceder, o cuando caída y colgando de las vergas aumentaba la impaciencia de los corazones ávidos por una ráfaga propicia! ¡Cuánto debieron sufrir ellos, llenos de dudas por la suerte de aquel embrión de patria que habían dejado, espoloneados por el aguijón de la esperanza, martirizados por la falta de fe unas veces, y otras por lo negros temores que les inspiraban los hados todavía indescifrables de la República Argentina!

Rivadavia ya pertenece a la posteridad; en el día de su centenario puede ser juzgado como Chatham o como Mirabeau, dejando destacarse las líneas incorrectas y gruesas de su fisonomía a la simple luz de la historia; exhibiendo su espíritu amplio y fantástico como el de un profeta judío, diseñando aquel físico ampuloso y sacerdotal que cae tan simpáticamente aún bajo la punta del lápiz más inexperto. El vano elogio extinguido con la loa, que nuestros padres alcanzaron hasta el primer cuarto de nuestro siglo, ¡sería indigno de Rivadavia en el día de sus cien años!

Arrebatarle uno de sus defectos sería como incurrir en la necesidad de pretender contornear aquellos labios gruesos, aquellas mejillas de tritón y aquella cabeza hermosa y tosca que siempre parecía iluminada por la revelación de la verdad. Frío e indiferente con los detalles nimios de la vida, omnipotente en la tribuna y en la antecámara, incompatible a los efectos de la ternura, su inteligencia capaz de comprender la majestad de Eneas perorando ab alto toro, era rebelde para enternecerse con la nota melancólica y sentimental de los Tristes. No hace mucho que un viejo amigo norteamericano, que está en el Plata desde 1824 y que conoció a Rivadavia y a San Martín, al recordar al primero lo hacía siempre con la más estricta gravedad, mientras que hablaba del segundo con una abierta y completa simpatía. El rastro luminoso del primero envuelve todavía su figura como la de un astro para todos sus contemporáneos, tanta era su majestad; mientras que la figura de San Martín, a pesar de su altura, permite apreciarlo en su inmortalidad como a un camarada. Rivadavia nunca fue camarada de nadie, aunque tuvo muchos amigos; el respeto se difundía a su alrededor, y es fama que el pescuezo del coronel Castañón, su edecán, no salió nunca del martirio de una rigidez metálica mientras Rivadavia estaba en su despacho. El ingenio o la lógica de su origen, si el dato es exacto como lo creo, han revelado el apellido genuino de Rivadavia; sus antepasados, llamáronse Riva da Vía (orilla del camino, en portugués), y en el vástago tal vez se revelaba la soberbia sangre lusitana.

El niño que nació ahora un siglo, deletreó las primeras sílabas en los bancos de la escuela de don Marcos Salcedo, donde seguramente la letra entraba con sangre y la palmeta tomaba una gran parte en la educación popular. Bajo las bóvedas del CONVICTORIO CAROLINO, se encontró por primera vez en el campo de las ideas con los que debían ser después sus compañeros; y estudió filosofía en el curso que don Valentín Gómez dictó el último año del siglo pasado y el primero de éste. En aquellas bóvedas y en aquellos bancos fueron condiscípulos con él, el simpático Matías Patrón Tomás Anchorena el tribuno del

Congreso de Tucumán, Manuel García el primer financista de la revolución y el sensato ministro de Rodríguez, después, don Juan Ramón Rojas, militar y poeta, y Vicente López, el autor de la Canción Patria que nuestros abuelos no podían entonar sin las lágrimas de los grandes recuerdos en sus ojos. Si algún pintor pudiera arrojar sobre el lienzo aquel grupo de condiscípulos sobre cuyos destinos la providencia ya había dictado sus designios, haría un hermoso cuadro, comparable con aquel otro grupo que representa en Inglaterra a los jóvenes fundadores de la Revista de Edimburgo, llamados después a manejar el imperio político y literario de su tiempo. He aquí un rasgo de la vida de Rivadavia que merece anotarse: discípulo también del presbítero Fernández, lo protegió siempre cuando dispuso de grandes posiciones públicas; ¡fue ese el único favoritismo que consideró compatible con su primitiva y casi salvaje integridad!

No fue abogado; ni el gorro ni el anillo de la ciencia le fueron discernidos; pero amante apasionado de la educación primaria y superior, su nombre, arrancado de los anales escolares y universitarios, representaría una culpable omisión de parte de sus biógrafos. Él funda para siempre con Rodríguez y su condiscípulo García, la Universidad en 1821, levantando su voz en aquel acto donde nació la casa en que se han formado las generaciones argentinas, que comienzan con Lafinur y los Varela; las que les siguen con Cané (el viejo) Alsina, Gutiérrez, Alberdi; las subsiguientes ya despotizadas por la tiranía y las recientes en que los niños del aula vuelven a las cátedras con Goyena, Estrada, Wilde y tantos otros cuya lista me es dulce recordar. Rivadavia fue el importador de los primeros sabios europeos. Asilado en Londres encuentra a Carta Molina y lo envía a Buenos Aires para plantear los estudios de las ciencias naturales. Los primeros instrumentos perfeccionados de física los obtiene este sabio italiano, prófugo del papado y de los reyezuelos de los diversos estados de la Italia esclava. Protege a Mossoti, Fabricio Mossoti, cuya tumba visitaré para cumplir el voto de un antepasado, mío, muerto ya como él, con quien se amaron en la inteligencia y con el corazón, contemplando los cielos meridionales con la serenidad de los mismos espacios que observaban. Dulces y puros espíritus ambos como el velo de la Vía láctea, en cuyo elemento cósmico sumergían unidos la mirada, tratando de indagar los misterios de aquel girón luminoso del universo, en donde Dios derramó el núcleo insumable de los mundos.

Pero me adelanto demasiado y paso por alto los primeros tiempos de la vida pública de Rivadavia, aquellos que sucedieron a las invasiones inglesas y que lo contaron como guerrero en los cuadros del Tercio de gallegos. Actor de la Revolución, reveló en las reuniones preliminares que la prepararon la pujanza característica de sus propósitos, con la voz cavernosa y sonora a la vez con que acostumbraba hacer vibrar su palabra en los clubs y en las asambleas revolucionarias. Ministro de la Guerra, a la caída de Saavedra, mantiene abierto el templo en la lucha exterminadora para castigar con todo el rigor de la ley al orgulloso y temerario Alzaga frente a los mismos balcones en que el Alcalde de 1807 había reparado el desastre del puente de Gálvez. Con su indomable energía habilita el desprovisto ejército del Alto Perú para que Belgrano avance sobre Tristán, lo deshaga en Tucumán y lo rinda en Salta. Pero cae antes de estas victorias, a las que había cooperado, arrastrado por la ola revolucionaria, que agitaba al mismo tiempo el mar de las pasiones. Aquella conjuración de Alzaga, entre cuyos inclementes refrenadores figura Rivadavia, como columna capital del cuadro, y en cuya penumbra se destacan distintivamente los perfiles de Agrelo, de Vieytes y Chiclana y el busto y vengador de Monteagudo, semeja una escena de

la revolución francesa, en la que bebieron nuestros padres toda la savia que alimentó a la nuestra: la organización política de los ejércitos, y los triunfos y los directorios, los himnos, el gorro frigio, la escuela literaria y la pomposa y clásica majestad de las arengas. La revolución no se habría salvado sin el sacrificio de las cabezas españolas; las crueldades de Potosí, Cochabamba y la Paz, bañadas en sangre, como lo dice la Canción histórica, trajeron la represalia de Cabeza de Tigre, la ejecución de Nieto, Paula Sanz y otros; y la de -Alzaga y sus cómplices fue el castigo tremendo pero justiciero de una conjuración que amenazaba con la ruina al programa de Mayo y con el puñal o la horca a sus autores. He aquí como nuestros padres, que iniciaron con Moreno, Rivadavia y sus colaboradores un programa liberal contra las instituciones y los gobiernos coloniales, fueron solamente liberales en los fines, pero absolutos e intransigentes en los medios. La revolución de Mayo no podía triunfar de otra manera.

Rivadavia no se desprendió nunca de aquella solemnidad que siempre fue el rasgo peculiar de sus obras y de sus palabras. Si contra él se esgrimían las inclementes pullas de la sátira o de la burla, la invectiva apasionada o el apodo tanto más injurioso cuanto más feliz, él atravesaba por sobre las cosas de la tierra como un pontífice invulnerable, enhiesto e inflamado como el ave sagrada del templo de las Brahmas. Mariano Moreno, con la penetrante agilidad de su pluma, lo borda de un rasgo, a propósito de la cuestión que promovió a la casa de don Antonio Poroli; ya lo presenta como comerciante repentino, ya usurpando los aires de los sabios sin haber concurrido a las aulas, ya de regidor, etc. Dorrego y Manuel Moreno lo maltratan en el Congreso y en la prensa; y los graciosos pliegues de la fisonomía de don Manuel García se acentuaron más de lo regular alguna vez al oír los proyectos del Canal de los Andes, verdaderos Castillos de España de una imaginación calenturienta y enferma con la fiebre de la iniciativa.

Intransigente con la chicana y con la travesura política y diplomática, se enemista con Sarratea, su colega en la misión a Europa de 1814, y no transige con los dulcamaras como Cabarrús, ese parroquiano de la alcoba en que el príncipe de la Paz reproducía las escenas escandalosas de los ministros de Carlos II. Se vincula con los jefes del partido constitucional español y trata de conjurar los peligros con que nos amenazaba la entronización de Fernando VII en los momentos más críticos de nuestra revolución, cuando los patriotas de Chile habían sido vencidos, cuando Cuyo quedaba abierto a las tropas españolas, y cuando Artigas nos amenazaba con la pretendida federación de los pueblos que enseñaba desde el campamento de la montonera.

Por su orden los diputados por Buenos Aires se retiran del Congreso que debía instalarse en Córdoba y que estaba sometido al poder militar de Bustos. Él procuraba la reconcentración de todas las fuerzas vitales del antiguo Virreinato en Buenos Aires: la vieja y orgullosa capital colonial que él miraba y consideraba como al París revolucionario, madre fecunda de los ejércitos que detenían en las fronteras la marcha de las huestes de los reyes coligados de la Europa contra aquel escándalo de la canalla popular que amenazaba los tronos y derribaba la cabeza de los príncipes. El metropolitanismo francés lo había seducido, y fue su norma en 1821-23, y en 1826 y 1827. Unitario de escuela y de conciencia, oyó y rebatió con la indignación un clásico discípulo de Corneille las novedades peligrosas que en el Congreso desarrollaban Dorrego, M. Moreno y los demás paladines del federalismo orgánico.

Nunca Rivadavia dio tanto nervio y tanto fuego a la autoridad como cuando don Martín Rodríguez lo llamó para confiarle el ministerio de gobierno. Su edad política más lúcida comienza con el último relámpago de la tempestad de 1820 que brilló en el horizonte. Toda la administración que nos ha regido hasta hace poco, y parte de la que nos rige todavía, a pesar de nuestras reformas constitucionales, salió como un bronce, fundido por sus manos y concebido por su cabeza. Comienza por dar al debate parlamentario todas las amplitudes con que él lo había visto manifestarse en el Parlamento inglés; y en una de las primeras sesiones de Agosto de 1821 fulmina a don Pedro Medrano desde la tribuna del ministerio, a propósito de la cuestión del Congreso en Córdoba; distribuye el poder organizando sus elementos; reemplaza, cometiendo un error sincero; el Cabildo con la reforma de la administración judicial copiada de la Francia restaurada; crea el Archivo, el Registro Oficial, el Registro Estadístico, construye la actual casa de la Legislatura en los solares que pertenecieron a las Temporalidades, funda la Beneficencia y la entrega a la dirección de la mujer argentina.

Su espíritu reformador tenía que acometer una empresa mucho más delicada y trascendental todavía. La iglesia argentina, aquella que compartió con nuestros primeros generales y tribunales la suerte de la revolución de Mayo, había caído en un período de decadencia vergonzosa. El escándalo y la ignominia trascendían por los muros macizos y coloniales de San Francisco y de los otros conventos de frailes. Ya no estaban habitadas aquellas celdas por el dulce fray Cayetano Rodríguez cuya virtud religiosa y cuya honestidad de hombre resplandecían en su fisonomía y brillaban en sus letrillas. El padre Castañeda, poco ligado con el nuevo ejército de enclaustrados que habitaba las bóvedas de los conventos, se ocupaba de hacer el panfleto en la calle pública, defendiéndose él mismo por un lado, atacándose por el otro, pintándose como un santo en una hoja y exhibiéndose en otra colgado de la horca bajo la influencia de los últimos estertores de la agonía. El asesinato del padre Muñoz por otro fraile franciscano, cuyo nombre se me va, clamó al cielo y complementó la serie de escenas claustrales que el vecindario narraba en los corrillos. Entonces se alzaron los virtuosos sacerdotes de los primeros tiempos, los que habían roto con Roma y con los Papas; y Agüero y Gómez unieron su voz a la de Rivadavia en la memorable sesión del 21 de Diciembre de 1822. Pocos meses después de conseguido el desalojo de los conventos, la canalla de sacristía encabezaba un motín que el coronel Muñoz deshacía en la plaza de la Victoria. La secularización de personas y edificios quedó consagrada, hasta que desgraciadamente se toleró después el sistema suprimido.

Todo el período de Rodríguez es rico en colores históricos, y Rivadavia no cesa de iluminarlo. En él se agita una prensa de combate llena de tonos literarios y políticos. El Granizo apedrea la cabeza de Don Pedro Feliciano Cavia, con la mano traviesa de los Varela. Parece verse a Don Magnífico, el redactor de El Tribuno, pasar inmaculado y compuesto como recién salido de las manos de Fígaro, con el pescuezo duro por la impresión de la antigua bacía en que aplicaban el jabón los de otros tiempos. La prensa que comenzó en 1821 y terminó en 1829, siempre tuvo en acción a los amigos y a los enemigos de Rivadavia; ahí están El Centinela, El Tiempo, El Pampero: en ellos se lee la historia de las pasiones vehementes de aquel tiempo.

Las letras tuvieron también en aquellos días sus representantes. La Sociedad Literaria, de la cual nacieron El Argos y La Abeja Argentina; allí escribieron Gómez, Luca, Rojas, López y a su alrededor se inspiraron Lafinur y Juan Cruz Varela, los dos poetas y condiscípulos. Aquellos tiempos oyeron la música del primero en las tertulias, las polémicas ardientes sobre filosofía que el artista empeñaba durante el día con el padre Castañeda; aquellos tiempos, en fin, oyeron la Dido del segundo, leída por primera vez en una noche del invierno de 1823 en la casa del ministro Rivadavia, y la presenciaron después en el teatro declamada por Morante, el primer intérprete del teatro de Alfieri en Buenos Aires, el autor de Tupac-Amarú y el artista de las primeras impresiones de nuestros padres.

Rivadavia vuelve a Europa en 1824 después del gobierno de Rodríguez, y llega a Inglaterra en una época en que Canning, después de su liga en Castlereagh, acababa de subir al poder. Rivadavia fue saludado por los diarios ingleses y recibido por Canning a pesar de los inconvenientes que se encontraron en sus credenciales. El ministro inglés hizo saber a toda la Europa que la Inglaterra estaba dispuesta a mantener relaciones de amistad y comercio con las repúblicas sudamericanas, y que al efecto, acreditaría en ellas representantes de la Gran Bretaña. Rivadavia pudo ver en el tiempo que permaneció entonces en Inglaterra, la figura que el gran Canning hizo bajo el Ministerio del Conde de Liverpool, y cómo preparó la ruta para hacerse dueño del gabinete después que este ministro abandonó su puesto.

Todos conocemos la historia de la Presidencia y del Congreso de 1826, en la que la gran figura del patricio hace un esfuerzo gigantesco para salvar la unión nacional en medio del desastre que le preparan los caudillos del interior y de las tormentas parlamentarias que se produjeron. Rivadavia lucha con la borrasca, la domina a veces, la contiene, la posterga, el ejército argentino se llena de gloria en Ituzaingó el 20 de Febrero de 1827, y las naves argentinas dirigidas por Brown baten los navíos imperiales en el Plata, en Montevideo y en Buenos Aires. Pero la Constitución de 1826, sancionada en Diciembre, fue como un dardo de fuego arrojado a los pueblos del interior; la presidencia fue desconocida por ellos, y a pesar de todo el porvenir grandioso que soñó la fantasía del gran hombre de estado, Rivadavia se desprendió del mando en Julio de 1827. Les gobiernos provinciales volvieron a predominar y la organización definitiva de la patria quedó librada a los misterios que encerraba el porvenir.

Entonces desapareció de la escena pública este meteoro lleno de luz que deslumbra, cualesquiera que sean los rasgos oscuros con que sus enemigos quieran rebajarlo. En 1833 traducía paciente y tranquilamente en Europa los libros de Azara, a quien profesaba una admiración sincera; y de estas tranquilas tareas, que le recordaban los tiempos en que había hojeado a los enciclopedistas del siglo XVIII, y leído la Corina, vinieron a sacarlo los anatemas de sus enemigos, que desde Buenos Aires lo llamaban al banco de los acusados; herido y lastimado, en un rasgo sublime que pinta por sí sólo toda la altanería y la pomposa arrogancia de su carácter, se presenta ante ellos como un romano antiguo, diciéndoles: "aquí estoy, juzgadme y castigadme". Pero el destierro le espera en el acto de pisar la orilla del río nativo, y vuelve al extranjero creyéndose siempre el ungido del pueblo y el benefactor de sus conciudadanos. Lo fue, en efecto, malgrado sus formas de presunción y orgullo.

Su muerte en el destierro es una de tantas escenas de nuestros tristes períodos históricos; echemos un velo sobre aquella sombría mañana de septiembre que anunció su muerte desde la tierra europea.

El día antes de embarcarme, al pasar por la ancha calle central de la Recoleta donde me había llevado el cumplimiento de un deber piadoso, vi al lado de la urna de Lavalle la que guarda los despojos de Rivadavia en la tierra que lo vio nacer. Nuestros compatriotas estarán cubriéndola hoy de verdes y nobles laureles, envueltos con las banderas de la patria. Dios haga que ante aquella urna, que encierra los últimos despojos de una víctima de las pasiones políticas y de un valiente campeón de la nacionalidad, los odios se acallen, las ambiciones cedan y los argentinos vivan para siempre unidos respetando la historia y la tradición. Si la sombra del patricio se alzara en el eterno panteón, podría repetir entonces con la voz de la inmortalidad sus últimas palabras en las calles de Buenos Aires cuando sus enemigos lo conducían en cumplimiento de la orden de destierro: "No: ese pueblo no me detesta".

Por estas mismas ondas que surcamos, pasó Rivadavia llevando a Europa el corazón lleno de dudas y temores. Sobre el océano los unimos al homenaje que la patria le rinde en estos momentos.

Saludemos los cien años que han transcurrido desde el día en que uno de nuestros progenitores asomó su espíritu a la luz de lo creado. Hoy, la voz tonante del tribuno, era el simple quejido de un niño que apenas había pasado de las formas rudimentarias del embrión.

Beatrice

31 de mayo de 1880.

Nada conmueve tanto mi alma como la historia o la contemplación de los niños desgraciados. Cuando uno de esos seres débiles, sobre los que parece que pesara una maldición terrible, pasa por delante de mis ojos en los brazos de una madre menesterosa con aquella mirada melancólica que revela los dolores prematuros de la vida, siento una impresión profunda, y pienso en la relativa felicidad de los míos, repartida, tal vez al azar, por la mano del que todo lo puede. No he podido leer nunca sin un dolor intenso, sin uno de esos dolores que parecen producidos por una garra que penetrara el corazón, los romances en que el protagonista es una criatura destinada a seguir la estrella negra que le persigue en

el drama de la vida, bajo el pincel inclemente de Dickens o de Alfonso Daudet. Cuando leí por la vez primera a Oliver Twist, el romance de aquel desgraciado muchacho caído en el seno más hondo de la plebe inglesa, comprendí cuánta verdad debía haber en esos cuadros pintados por el más grande de los novelistas modernos, el moralizador de la sociedad inglesa, que no escribió jamás un libro sino para mostrar una llaga o indicar su remedio; y cuando poco después me cayó en las manos el Jack de Alfonso Daudet, el libro predilecto de autor, comprendí que si era imposible apartar aquella lectura que me atraía magnéticamente, no era menor la crueldad que había por parte del maestro, que nos hacía recorrer ese calvario, empleando los mejores rasgos de su ingenio. Aquel niño cuya estrella asoma con el día mismo en que la liviana madre pretende introducirlo en un colegio donde se educan los hijos de las familias más distinguidas, dirigido por un aventurero; los negritos nobles enviados desde la India a París para sufrir las infamias y castigos de los salvajes de la civilización; la leyenda del niño príncipe, su muerte y su entierro; la horrible peregrinación de Jack sobre la tierra, aquel final frío y fatalista que termina en romance, dejan el espíritu sumido en una verdadera amargura y por muchos días bajo el peso de la tétrica lectura.

No voy a hacer el relato de la vida de un ser tan desgraciado como Jack o como la de aquellas criaturitas del Hospital de Yenkins, el médico de Nabab, que por docenas mueren de hambre bajo el farsaico sistema de crianza que aquel gran bribón decía haber descubierto. No quiero dar a la fantasía participación de ningún género en esta página, que será tanto más tierna cuanto más cierto es el motivo que la inspira.

En medio de la felicidad en que viven los niños que saltan de un lado al otro del buque, que juegan sin cesar hasta la hora en que se recogen, hace contraste uno de ellos con quien no es posible dejar de simpatizar desde que se repara en él.

Llevábamos dos días de navegación y una mañana, al subir el puente, me encontré con un círculo de niños que jugueteaban haciendo un bullicio excepcional. Habían formado un círculo con las sillas y trepado sobre ellas; cambiaban de asiento los unos con los otros hasta que uno de ellos quedase sin sitio en donde sentarse. La bulla seguía dándome gran gusto en observar la escena, aunque con algunas protestas por parte de los pasajeros que hacían lectura solemne a bordo. De pronto, un objeto extraño vino a caer sobre la cubierta a poco trecho de donde los niños jugaban; todos ellos abandonaron sus sillas para informarse de quien era aquel personaje llovido del cielo que acababa de embarcarse en el vapor y el oficial de guardia que había corrido al mismo tiempo que los muchachos, levantó del suelo un pez volador que mostraba al sol sus escamas plateadas blandiéndose nerviosamente y como extenuado de fatiga. Una gritería homérica se levantó alrededor del oficial, que tenía el pescado en alto para librarlo de los muchachos que saltaban sobre él para quitárselo con el derecho del más fuerte. Se hizo una transacción al fin: se destinó el animal a ser disecado y jugado a la suerte entre los que se disputaban su propiedad. Un marinero, maestro en el arte de embalsamar, lo tomó y lo llevó a la proa, para practicar allí la operación seguido de la bulliciosa falange que le interceptaba el paso con preguntas y observaciones de todo género.

A un lado de las sillas abandonadas, acostada sobre un pequeño colchón tendido en uno de los bancos, había quedado, mirando con fijeza el grupo alegre que se alejaba, una niña

de cinco años a lo sumo, con unos ojos claros y preciosos sobre el óvalo más correcto y simpático en que puede encerrarse la fisonomía de un niño. El cabello rubio y fino como una seda le caía abundante sobre los hombros y algunos rizos que le sombreaban la frente, le daban un tinte especial, de gracia que contrastaba con la suave melancolía de su semblante. Era una de esas dulces fisonomías tan peculiares de los niños ingleses que solemos admirar en sus preciosos grabados; tenía en sus manos una pequeña muñeca, bastante estropeada ya y que demostraba en su cara inmóvil de porcelana y en sus brazos tiesos y despintados, haber hecho una larga campaña de entretenimientos para su dueña. Ella la acariciaba contra su pecho, la sentaba a su lado y parecía tener de cuando en cuando conversaciones de muchísimo interés con su inmóvil compañera, mientras los demás niños se alejaban y la dejaban sola. Me movió la curiosidad aquella interesante criatura y traté con ella una de esas conversaciones con que es tan fácil cautivar por un momento la inconsistente amistad de los niños.

-¿Cómo te llamas? -le pregunté- ¿por qué no juegas con tus amiguitas?

-Me llamo Betta, no juego porque estoy muy enfermita y no puedo caminar; mire usted que bonita muñeca me ha dado Fanny, agregó, procurando llamarme la atención a su juguete.

-¡Pobre Betta! No puedes caminar: ¿por qué no puedes caminar?

-Porque cuando era chiquita me dieron un golpe aquí, me dijo, señalándome el cuello y evadiendo la contestación de una pregunta que yo iba a hacerle, agregó:

-Voy a darle muchos besos y hacerle muchos cariños si usted me regala una muñeca como la que tiene Fanny.

Una señora que estaba próxima a mí, leyendo, al verme al lado de la niña me saludó afectuosamente dándome motivo para entrar en conversación con ella, y me dijo:

-Es una pobre niña enferma que llevamos a Inglaterra para ponerla bajo el cuidado de un médico muy distinguido que dirige uno de los principales hospitales de niños en Londres. Sus padres son unos pobres, pero honrados ingleses que viven en Montevideo; sus escasos medios no les ha permitido traerla a Europa personalmente y mi marido y yo, interesados vivamente por esta niña, hemos querido traerla con nosotros y ponerla en el establecimiento médico que nos han indicado. La enfermedad de esta pobre criatura, según los médicos, requiere un tratamiento inmediato que no ha sido posible aplicar en Montevideo; tiene cinco años y no puede dar un paso; para incorporarse necesita hacer un gran esfuerzo; tiene afectada la médula espinal y su desarrollo físico es lento y laborioso, como puede usted notar, observando lo delgado de sus brazos y el hundimiento de su pecho.

Mientras la señora me dirigía la palabra, la niña obligándome a mirarla, me pegaba en la cara con una de sus manitas, procurando que le contestara las preguntas que me dirigía sobre la muñeca que le había ofrecido:

-Señor, señor, ¿usted me va a regalar una muñeca rubia, que lllore, con vestidos muy lindos, más lindos que los de la muñeca de Fanny? Esta que tengo es vieja, está rota y tiene ya muy sucio el vestido, la tiró Fanny al suelo porque ya no le gustaba, y yo pude recogerla, pero no me gusta, quiero otra y como mi papá y mi mamá no están conmigo no tengo quien me la compre. Usted me va a comprar una ahora, ahora mismo, y yo lo voy a querer mucho, mucho.

La pobre niñita, se desesperaba porque yo le atendiera sus palabras y me llamaba junto a sí para que le formalizara la dulce promesa que le había hecho. Cuando le hube prometido de nuevo el regalo, detallándole todas las preciosidades que iba a contener su nueva muñeca, sus grandes pupilas, dulces y claras, se dilataban con admiración y su fisonomía atenta, al terminar mi relato, se iluminó con una sonrisa llena de gratitud. No hay nada más curioso que observar a un niño cuando se le cuenta una historia fantástica o cuando se le ofrece un juguete de sus predilecciones. Víctor Hugo, que ha escrito páginas tan tiernas y hermosas sobre los niños, sabe como nadie tocar esos delicados resortes del lenguaje infantil, tanto más animado cuanto más sencillo. Nadie como los niños tiene el secreto de esas palabras elementales y elocuentes a la vez, que expresan con tanta claridad las ideas y los sentimientos. Las preguntas repentinas y casi siempre de una lógica admirable con que interrumpen el curso de un cuento, las transacciones que el candor y la credulidad les hace hacer a los personajes temibles de la fábula, la defensa entusiasta en que se empeñan por los débiles, y las mil observaciones y detalles con que procuran siempre llenar el cuadro, o complementar, para la tranquilidad de su espíritu, las intencionales de la narración, son dignas de ser observadas, por la simplicidad y la pureza con que traspasan los perfumes del alma. Hugo los ha fotografiado en uno de sus mejores fragmentos; creo que es en aquel en que nos presenta dos niños que visitan por primera vez un jardín Zoológico: ven un león enjaulado, tendido majestuosamente y ostentando su amenazante cabeza cubierta con la larga melena; los tiernos espectadores hacen las observaciones más curiosas a una prudente distancia de la reja; la hermanita menor cree que es un gran perro, y el mayorcito la corrige diciéndole que es un tigre. No es posible presentar una escena más dramática ni más interesante a la vez, que la que anima las impresiones que ellos reciben.

Yo acudí para distraer a mi desgraciada amiguita, a los dulces recursos del poeta anciano que ha cantado con la misma lira de los Castigos y del Año Terrible las preciosas notas del Arte de ser abuelo, y durante las tardes como por la mañana, en medio de las más halagadoras promesas, he agotado todos los recursos de la imaginación contándole historias rosadas, hasta que la pobrecita cerraba sus ojos y los velaba el sueño con sus largas y hermosas pestañas. ¡Cuán diferente suerte la de aquella criatura y la de los niños sanos y robustos que corretean por la cubierta en medio del bullicio de los juegos infantiles! Todos tienen a su lado sus padres o los parientes que velan continuamente por ellos; se agrupan junto a la borda para mirar las bandadas de peces voladores o en los puertos los terribles tiburones que se pasean alrededor de la popa. No hay novedad que ocurra a bordo que no los tenga por espectadores principales. En la hora en que comen, el comedor, visto desde las ventanas superiores de la cubierta, representa la más animada de las escenas; hay grandes disputas por los mejores bocados; las madres o las sirvientas que los cuidan, se ven en los más grandes apuros; uno de los muchachos pretende comenzar por un pedazo de plum-pudding o por una rueda de ananá (llena de atractivos aún para los viejos) sin haber probado una cucharada de caldo; este derrama el vaso de agua en medio del mantel y recibe

el correspondiente castigo en las manos, lo que le produce un llanto inmediatamente en medio de sus compañeros; aquel, estirando el brazo por sobre los demás, se arrebató las aceitunas; y todos en fin terminan en medio de un ataque general a las fuentes de postres. Aquella escena es de cada tarde. Solo la pobre Beatrice, transportada sobre su colchón a uno de los sofás del comedor, contempla con sus ojitos ávidos, aquella mesa alegre y bulliciosa a la cual no puede sentarse y en cuyos costados no lucirá su preciosa cabecita rubia porque sus espaldas no tienen fuerza para sostenerla. La pobrecita recibe generalmente los despojos de los pequeños glotones que rodean la mesa, y come con santa y dulce resignación las migajas de aquellos manjares que pasan por sus ojos sin que ella pueda alcanzarlos con sus manos! Yo tenía en mi camarote una caja de dulces que me habían dado en Buenos Aires en los momentos de embarcarme, y la he guardado para Beatrice que me ve llegar todas las tardes con una tableta en la mano, estirándome la suya y anunciándome un beso con los labios más puros que es posible imaginar.

-¿Y la muñeca? Tantos días que me has prometido la muñeca ¿cuándo me la vas a traer?

-Pronto Betta, pronto te voy a dar la muñeca.

Era necesario llegar a Lisboa para poder conseguirla. En San Vicente había registrado todas las pequeñas tiendas de aquel asiento insalubre y estéril sin encontrar nada para Beatrice. Los muchachos, con ese egoísmo característico que los distingue, vienen todos los días a su alrededor a entretenerse con sus juguetes, sin que con mis reflexiones pueda obtener que se los presten a Beatrice por un momento siquiera. Todas las aspiraciones de la enfermita se reducen a tener una muñeca como la de Fanny, sueño dorado, que nunca ha podido ver realizado; y ya mis reiteradas promesas, aun no cumplidas y postergadas de un día para el otro, van haciéndole perder la confianza en mí, inclinándola a creer que la engaño y que jamás llegará el día en que se cumpla lo ofrecido.

Sus compañeras, agrupadas a mi alrededor para oír la repetición de mi compromiso y la descripción deslumbrante de mi regalo, movidas por el aguijón de la envidia, le manifiestan con esa astucia tan peculiar de la vivacidad de los niños, que yo la estoy engañando, que en Lisboa no hay muñecas, y que la que yo le compre no será nunca tan linda como la que ellas tienen. Beatrice entonces, tocada en su amor propio y en sus lisonjeras esperanzas, defiende la honradez de mi palabra, y rebate a las envidiosas con una serie de preguntas a las que yo contesto afirmativamente, para darle la victoria sobre sus rivales. Los niños tienen a cierta edad una gracia sui generis para conversar y encanta observarlos a una distancia, cuando preocupados de sus placeres inmediatos, mantienen entre ellos esos diálogos animados y fantásticos de los primeros años. Desde mi cuarto, y con la puerta entreabierta que da sobre el salón, los he contemplado los días hermosos, sentados junto a las rejas de una espaciosa ventana que mira al mar, absorbidos por sus juegos sin preocuparse del tiempo que pasa siempre rápido pero liviano para ellos. Beatrice, acostada sobre uno de los sofás inmediatos, con su muñeca rota en las manos, contempla tristemente el grupo de sus compañeras con el que no puede alternar. La pobre enferma es siempre la desheredada de aquellos placeres.

El jueves por la mañana avistábamos la embocadura del Tajo. Muy temprano me lo anunció el stewart; me vestí y subí apresuradamente al puente. Todos los pasajeros se habían agrupado junto a la borda y miraban la tierra todavía lejana. Desde nuestra salida del Plata no habíamos visto un solo pedazo de tierra risueña. San Vicente, en donde pasamos casi un día y una noche entera, es un peñasco agrio y volcánico, sin ninguna vegetación; apenas se ve una que otra mata enfermiza de liquen en las paredes rojizas de la roca. Por las Canarias habíamos cruzado el 24 en la hora del crepúsculo, viendo apenas sobre las nubes más altas del horizonte una punta blanca, casi imperceptible, que indicaba el pico de Tenerife; y la isla de las Palmas que enfrentamos a las 11 de la noche, no fue vista por los pasajeros, porque en aquel momento toda la cubierta de popa, completamente cerrada con banderas de todas las naciones, estaba convertida en un inmenso salón de baile en el que ingleses y argentinos festejaban unidos el día de la reina Victoria. De manera que comenzamos a subir las aguas corrientes del Tajo y a ver sus márgenes, no tan atractivos por cierto como las alegres y montuosas barrancas del Uruguay, un grito de júbilo estalló a bordo, y los perfumes de la tierra cercana, que no habíamos aspirado de largo tiempo, animaron más de una fisonomía quebrantada por el marco continuo de días. Poco después asomó la capital lusitana, en el fondo del cuadro, tendida sobre sus colinas en forma de anfiteatro. Todos anhelaban poner el pie en tierra en el instante mismo de soltar el ancla y yo me apresuraba a hacerlo para no ser de los últimos, cuando al dar vuelta para bajar al camarote me encontré con Beatrice abandonada sobre sus almohadas y llamándome cariñosamente con sus manecitas.

-Todos me han dejado sola, todos se van a pasear allá -y me señalaba la ciudad- y a mí no me llevan: ¡llévame tú! Álzame en los brazos, yo no quiero quedarme sola -me decía- con ese acento preciso que los niños ingleses emplean con el que ha conseguido obtener su confianza.

Grande fue mi compasión por no poder complacer a aquella pobrecita criatura, que, sin padres, iba encargada a personas extrañas que dentro de breves días debían dejarla en la cama de un hospital, donde por más dulces que fueran los cuidados que con ella tuvieran, le faltarían los mimos, los cariños, los halagos de que una de esas criaturas goza en el hogar de los suyos. Me separé de ella procurando engañarla con todo género de promesas y llevando en mi corazón una pena mortificante que contrastaba con la alegría general de las personas que llenaban ya los botes al pie de la escalera del vapor. En uno de ellos se había instalado la familia a cuyo cuidado venía Beatrice; y Fanny y sus hermanitos esperaban ansiosos el momento en que la embarcación se separara de los costados del buque para llevarlos a la costa. Instalado yo a mi vez, levantó la vista naturalmente para ver los compañeros de viaje que se quedaban a bordo, y vi la cabecita rubia y encantadora de Beatrice. La pobrecita niña se había hecho cargar por un sirviente para ver la partida de sus felices compañeros que la saludaban desde los botes con bullicioso regocijo, pero al reparar en mí, su rostro se iluminó de alegría y con la vocecita infantil me gritó:

- "Don't forget my doll!"

-Esta noche la tendrás, Beatrice -le contesté- y en aquel momento el envío que a favor de los remos recibió la embarcación, nos separó del costado del Elbe, mientras la dulce niña con sus rubios cabellos, movidos por las brisas templadas de la primavera, continuó

agitando sus manecitas y saludándonos hasta que nos perdimos detrás de las embarcaciones arriadas a los muelles. Tengo presente todavía la imagen de aquella cabeza angelical que inclinada sobre uno de sus hombros parecía bosquejada por la mano del dolor en la tierra: nunca entenece más la desgracia y el infortunio que cuando pesa sobre la cabeza de los niños. ¡Cuál será el destino de Beatrice sobre el mundo! Sus padres la han abandonado a los cinco años a manos caritativas, pero extrañas. ¡La pobre víctima, sin una lágrima, sin un grito, ha aceptado inconscientemente aquella adopción transitoria que debe terminar en un hospital! Todo ese grupo de pasajeros que toca las orillas europeas, trae sus sueños dorados; la mayor parte se prometen los placeres encantados que ofrece la vida de los grandes centros, otros regresan a la patria con una fortuna; ¡sólo Beatrice no sabe lo que será de ella mañana, ni dónde quedaran sus padres, ni cuándo los volverá a ver!

¡Débil y enfermiza criatura, perseguida por la suerte, como una flor apenas entreabierta cuyo tallo ha roto el viento! ¿Por qué se ha repartido la felicidad con tanta desigualdad sobre la tierra? ¡Quién más digna que tú de alcanzar sobre ella el destino de los ángeles y quién más desamparada sobre el mundo!

Volvimos a bordo cuando ya la tarde se había cubierto. En el acto busqué a Beatrice. La enfermita se había dormido esperando nuestro regreso y fue necesario esperar al día siguiente para verla. Por la mañana, al abrir la puerta, el cuadro de todos los días se me ofreció a la vista: el grupo de niños y niñas jugueteaba alrededor del sofá en que yacía Beatrice. La gran ventana abierta sobre el mar, dejaba penetrar los rayos de un sol hermosísimo, y a su luz brillaban todas aquellas cabecitas doradas e inocentes que habían vuelto a sus juegos cotidianos. En el momento mismo en que yo abría la puerta tenía lugar un grande acontecimiento en que la muñeca de Fanny representaba el primer papel; todos los niños formaban un semicírculo cuyo centro estaba ocupado por los juguetes. Beatrice, desde el sofá, se incorporaba laboriosamente para gozar de la escena: se celebraba el casamiento de una muñeca, y las de más edad dirigían la ceremonia con la más imperturbable gravedad. Me acerqué al grupo sin ser sentido y sin que Beatrice me viera llegar, le puse en las manos una gran muñeca. La pobre enferma se mostró sorprendida y deslumbrada, tiró con indiferencia la vieja e inutilizada muñequita que la había acompañado durante todo el viaje, y comenzó a observar detalle por detalle, el vestido y las galas de su nueva y flamante compañera. Las demás muchachas que se habían apercebido ya de mi presencia descubrieron mi regalo y se agruparon en torno de la enferma que, temerosa de ser despojada por algún ademán violento, y conociendo su debilidad, buscaba mi amparo y apretaba contra su pecho el objeto de sus deseos, obtenido al fin.

-This is my own dooll, les decía: this is my own doll.

Los días que faltaban para llegar a Southampton fueron sin duda para Beatrice los más felices de sus días. En Southampton la pobre niña fue bajada a tierra en brazos, pero sin abandonar su muñeca, de temor que cayera en poder de sus compañeras. A la tarde el tren arrancaba como una exhalación en dirección a Londres, y en los asientos de adelante iba Beatrice en la misma posición en que yo la había visto por primera vez. Aquel viaje era el último que iba a hacer yo con ella y seguramente, después de terminado, ya no nos

volveremos a ver más en la vida. Después de dos horas y pico de marcha la agitación de los pasajeros me hizo sospechar que la capital estaba ya muy cerca; comenzamos a penetrar por caminos y calles, y pocos minutos después estábamos en una estación que era una Babel. Los que conocen el momento de poner el pie sobre aquellas plataformas enormes, cuajadas de gentes de toda clase, saben lo que es ese caos. Todos procuramos bajar para recoger nuestros equipajes y volar a los hoteles. Cuando me dirigía con mis compañeros a subir en el carruaje que debía conducirme a mi alojamiento, un muchachón paso por mi lado llevando en sus brazos a Beatrice con su muñeca.

Procuré seguirla entre el sinnúmero de cabezas que se interponían y cuando ya su conductor se iba a engolfar para siempre entre las olas de aquella muchedumbre informe, pude ver por la última vez la cabecita de mi dulce y desgraciada compañerita de viaje, que me tiraba un beso con una de sus manos, levantando en la otra su muñeca nueva.

De Lisboa a Vigo

Southampton, junio 15 de 1830.

¡Lisboa! ¡La que un día fue rival de Venecia y de Génova! ¡Cuánto recuerdo se agolpa al espíritu en el instante en que nos despertamos y nos asomamos por la ventanilla del camarote para verla por primera vez! Allí está, recostada sobre las barrancas del Tajo: parece construida de azúcar en la forma de un alto ramillete. Desde la cima hasta la base que limita el río, las blancas casas de la ciudad se desbordan apiñadas sobre las faldas de las colinas que las sostienen.

Instintivamente, después de haber dirigido la primer mirada sobre la capital lusitana, recorro el puerto; ese puerto que abrigó un día las carabelas de Vasco de Gama, que equipó los galeones que se batieron con las galeras turcas y venecianas, los que persiguieron a los piratas griegos del Adriático, que se disputaron con el león de Castilla el imperio de las regiones americanas, las islas de la especería y el vasto mar de las Indias. La flota portuguesa pertenece al pasado; hoy se compone de unos cuantos barcos inermes e inofensivos, fuera del Vasco de Gama, salido de los astilleros ingleses, casi gemelo de la Cockrane y la Blanco, anclado delante del pórtico de la iglesia de San Gerónimo, donde el célebre navegante, que le ha legado su nombre, depositó sus últimas ofrendas el día antes de hacerse a la vela para los mares meridionales del África. Al ver a la fragata, anclada y como dormida sobre las aguas, parece que fuera un simple objeto de lujo destinado a halagar la proverbial vanagloria de los habitantes de Lisboa. El Vasco de Gama, con sus corazas de acero, nada tiene que hacer en los mares de Europa, y mucho menos en Asia o en América. ¡Está en el puerto de Lisboa como Sansón en los brazos de Dalila!

Nos apresuramos a tomar un bote, que nos dejase en tierra y a remo, a tiro y a hombro, alcanzamos el primer escalón del muelle. El Tajo tiene las mismas mañas instables del Plata; pero en vez de usarse aquí la cómoda carretilla llevada por los simpáticos compadritos del Bajo, los cuatro marineros que tripulan el bote, cuatro atletas con pechos y espaldas de gladiadores romanos, arrojan a empellones la embarcación sobre la orilla, sin más contratiempo que las pruebas de equilibrio que obligan a pasajeras y pasajeros a abrazarse con efusión involuntaria a cada arremetida. No sé qué extraña impresión me causó oír hablar a aquellos hercúleos descendientes del Rey Don Sebastián, el idioma de una extensa sección geográfica en la que no se encontraría un gladiador aunque se pusiera a contribución toda la raza que la ocupa.

No tenemos sino cuatro horas para recorrer la ciudad. Es día de fiesta y los principales establecimientos públicos están cerrados. Nos vamos al antiguo templo gótico, ocupado hoy por el Museo de los Arquitectos. Las ruinas sirven de entrada al establecimiento. Permanezco absorto delante de aquellos arcos gigantescos, que con la agilidad excelsa del arte gótico ascienden con audacia en la curva hasta unirse graciosamente en la altura del remate. Pilastras destruidas y sarcófagos en piedra y en mármol, diseminados bajo la arquería en un abandono doloroso, demuestran que los arquitectos portugueses honran poco aquellas reliquias preciosas. La yerba crece con abundancia en el patio de la entrada formado por el antiguo edificio del templo hoy en ruina. Un viejecito bajo y regordete, con la cara colorada como un churrinche, con una vocecita ronca, destemplada e impertinente, con todos los rasgos fisionómicos de un topo, nos recibe con agasajo a la entrada, condenando a la inacción más completa, con una mirada furibunda, a uno de sus subalternos que se apresuraba a servirnos de guía. Este ente singular padece de saludos intermitentes; en vez de proporcionar los datos y explicaciones que le pedimos, nos contesta con sonidos guturales en los cuales apenas se adivina uno que otro monosílabo aislado sin verbo ni conjunciones.

-Y esta cripta ¿de qué siglo es?

-Velha, muito velha!

-Sí, pero, ¿de qué tiempo?

-Do tempo pasado: velha, muito velha!

-¡Pero con mil diablos! ¿Cuántos años se le atribuyen?

-Muitos annos fincados, muitos!

-¿Tiene usted una guía? Véndame un ejemplar.

-guía innecesaria, informarei, senhoría, verbalmente

-¡Vaya usted al diablo!

-Ya, ya! obligado.

Y lo acomete una recrudescencia tal de cortesías, que es necesario recibirlo en forma de C para evitar las invasiones del abdomen.

Recorremos el interior, donde hemos visto algunos trozos hermosos de arquitectura gótica, sepulcros en mármoles, de héroes y prelados del siglo XI al siglo XIV, y algunas estatuas de gran valor histórico. Los objetos modernos no pasan de la mediocridad la sociedad de los arquitectos haría bien en cambiar la salida por la entrada del Museo. Si la arquería gótica derruida que cae sobre la vía pública se cubriera, y al pie de ella se colocara la preciosa serie de sarcófagos que se encuentran aglomerados en el interior sin orden y sin cronología, los demás objetos del Museo del Carmo podrían colocarse en la calle para que el primer pasante los recogiera y la colección sería reducida, pero no dejaría de ser hermosa. Tal como esta, es imposible imaginar una reunión de heterogeneidades más singular; al lado de la tumba del Rey Don Juan, que es preciosísima, se encuentra un sinnúmero de chucherías de las posesiones portuguesas sin valor de ningún género; y más allá la pequeña colección de vasos y canopas peruanos formada por el vizconde de San Juanuario, en la que sólo algunas piezas de escaso valor son auténticas, no siendo las otras sino falsificaciones groseras de la antigua alfarería de los quichuas. El vizconde de San Juanuario ha sido víctima sin duda de algún boliviano travieso de las sierras o de algún cholo de Lima, fabricante de cántaros de barro, que no ha tenido escrúpulo en modelar y cocer para el señor vizconde figuras de Incas con colas de gallo, ¡y otras raras preciosidades que se lucen en el Museo de Arquitectos de Lisboa!

Quise reírme, pero me acordé de un furioso, aficionado a cuadros antiguos que dejé en Buenos Aires y que en cada visita que le hacía me mostraba media docena de Riberas y Murillos encontrados por casualidad en una casa vieja de una señora de las provincias, comprados por cuatro bolivianos. Y en los tales Riberas y Murillos han pasado su vida, desde que fueron pintados, en las paredes de los remates, condenados a llevar el número de orden, en uno de sus ángulos, como conscriptos a quienes no se les vence jamás el término de su servicio.

La iglesia de San Roque, una de las maravillas de Lisboa por los preciosos mosaicos de uno de sus altares, y la Sé, antigua mezquita morisca, merecen estudiarse por su inmenso valor histórico; pero de Lisboa no se encuentra guía, ni impresa ni de carne y hueso, y declaro que mi ciencia y el escaso tiempo de que he dispuesto allí, no me han permitido formarme una idea exacta de las bellezas que contienen estos dos templos. En uno de ellos me encontré con un guía de poco más o menos competencia que el del Museo de los Arquitectos. Aquel esquivaba las preguntas con saludos incesantes, pero el sacristán o cuidador de la iglesia de San Roque tiene otro recurso no menos ingenioso: cuando se le hace una pregunta, contesta en una voz tan baja y en un portugués tan vertiginoso, que lo deja a uno tan enterado después como antes de la contestación. Salí ardiendo a la calle con aquel par de ignorantes ingeniosos que han descubierto el medio de ganar sus propinas sin saber una sola palabra de lo que tienen entre manos.

Después de recorrer la ciudad en un carro aperto, de visitar parte de la Escuela Politécnica, entrábamos al Hotel de Gibraltar, en medio de un tumulto de gente que se

agolpaba sobre una de las calles inmediatas, movida por una curiosidad cuya causa ignorábamos. Pregunto al primer portugués que encuentro a mano el motivo de aquel inmenso concurso de hombres, mujeres y muchachos: "Es San Jorge que viene, San Jorge!" Me contesta, y quedo tan enterado como antes.

Al fin consigo informarme: aquel día se celebraba la fiesta de San Jorge, con una de las procesiones anuales más fastuosas y populares que se celebran en Lisboa. Toda la corte y la alta nobleza asiste a esa fiesta en carruajes descubiertos, en cuyas varas piafan las parejas de caballos más soberbios que tiene Portugal.

San Jorge da motivos todos los años para una escena altamente curiosa. El santo es de carne y hueso, pero de dimensiones colosales, un verdadero jastial, el portugués más grande que se pueda encontrar desde el sur de Portugal hasta las márgenes del Minho. En los días anteriores a la fiesta se celebra un concurso de los héroes del reino, y el más grande, el más fuerte, el más macizo de entre ellos, que alcanza la suprema felicidad de pesar 350 libras, ese consigue el alto honor de calzar las vestiduras y de empuñar las armas del santo. No es posible imaginar un portugués más tremendo que el San Jorge de 1880. Uno de mis buenos amigos de Buenos Aires que desde el colegio tiene fama de achatar una bala de un puñetazo, hijo del país, puro y criollo, incompatible con todo lo de este lado del Atlántico, sería un pigmeo al lado del San Jorge portugués. Para formarse una idea del tamaño de ese mastodonte canonizado baste tener presente que su competidor en el concurso de este año fue considerado nada más que como bueno para servir de niño Dios en las fiestas del Nacimiento, y eso que puedo afirmar que no hay ningún indio patagónico que le llegue al hombro a este recién nacido.

La procesión desfiló majestuosamente mientras San Jorge cabalgaba sobre un caballo, hermano gemelo de los que usa el señor Bagley en uno de sus carros. El gigante llevaba sobre el lomo cuatro arrobas de armadura, y a pesar de su contextura hercúlea podía adivinarse en su rostro el deseo vehementísimo de vestirse de brin. Caballo y caballero conducen diez arrobas en coraza, cota de malla, arneses, yelmo, lanza, espada y escudo. Si exagero, atribúyase a que escribo bajo el influjo de impresiones portuguesas. Los palafreneros y guardias que custodian al Santo en esa fiesta no le permiten la más mínima inclinación de cabeza; así que se descuida e inclina la frente, bajo el peso del casco, para apoyar la barba en el pecho, los guardianes, con una dulce caricia de vara, lo obligan a volver a la apostura solemne que le corresponde. -Tem firme e dereito, le dicen, y San Jorge, exhalando el suspiro supremo de los gigantes, enarbola en su nervudo pescuezo aquella cabeza que él mismo quisiera suprimir como el mayor de los estorbos humanos. Yo nunca he visto una fisonomía más triste que la del pobre santo cuando abandona la cómoda posición de la curva por la airosa y enhiesta actitud de los caballeros andantes.

Cuando la procesión termina, seis hombres desmontan a San Jorge, que se desploma como un alud de su corcel y mientras lo desprenden y destornillan aquella cáscara de hierro monumental, el santo gigante se desvanece y hay que suprimirle algunas libras de sangre para que se restablezca de las fatigas de su paso triunfal. Según me han dicho aquí, el San Jorge del año pasado quedó en un estado tal, después de la procesión, que no podía levantar ni un escarbientes sin sentirle el mismo peso de la tremenda espada del santo.

Dejamos a Lisboa a las 4 de la tarde y comenzamos a bajar el Tajo entre preciosas barrancas, cuyos innumerables y blancos molinos me recuerdan las comarcas de la Mancha en los tiempos del famoso hidalgo. Don Quijote es tan español como portugués. Para mí la península no tiene límites políticos y cuando me cuentan que detrás de esas montañas de la costa la comarca continúa invariable hasta la tierra castellana, me parece que podría recorrerse toda España y todo Portugal como un solo país y hablando casi una misma lengua.

Que me perdone un furioso hablista español, partidario apasionado de la Academia, que sosteniendo la necesidad de mantener estacionario el idioma castellano para conservarlo immaculado, decía del portugués: -¡Calle usted, señor, con esa horrible putrefacción del noble idioma español!

Cuando se entra en Vigo, un grito de admiración se escapa involuntariamente. Hoy es un puerto solitario y es sin embargo uno de los más hermosos que tiene el Atlántico sobre la costa europea. De cuando en cuando los poderosos navíos ingleses que componen la escuadra del canal echan sus anclas en aquella bahía espaciosa y tranquila, refrescan sus víveres y vuelven a la mar por entre aquellas puertas gigantescas de peñascos que dan entrada al puerto.

Bajo a tierra con mi compañero.

-¿Dónde está el Castro?

-Allá señoritu -me contestan cien voces, señalándome la cumbre de la montaña que sirve de espalda a la población, -¿quiere usted ir al Castro? Le daré a su merced una berlina o un asno, o un chico que lo lleve a usted en brazos.

Opto por el primer medio de locomoción, y llegamos en media hora casi a la cima. El cochero detiene el vehículo porque la cuesta es inabordable, y comenzamos a andar a pie hasta llegar al primer escalón de la muralla. Titubeamos si seguiríamos o no, al ver a un centinela que se paseaba en una de las almenas, pero después de un corto tiempo de vacilaciones resolvimos seguir adelante. Apenas hemos puesto el pie en el último escalón de la muralla oímos distintamente una voz militar que nos invita a detenernos con un dulce ¡Atrás!

-¿Traen ustedes los pasaportes del general?

-No...

-Pues tengan ustedes la bondad de marcharse.

-No era muy política la contestación, pero era terminante. Buscamos el medio de allanar las dificultades con la sonrisa más amable hicimos presente al centinela que éramos extranjeros, y que queríamos visitar las ruinas de la fortaleza.

-¡Ruinas! ¡Vayan ustedes con Dios! ¡No hay baluarte más fuerte en toda Europa! ¡A ver, que vengan a tomarlo los franceses!

Habíamos cometido una barbaridad, y tratamos de enmendarla: hicimos presente al centinela que queríamos ver al oficial encargado de la fortaleza.

-Diga usted ¡el gobernador!

-Pues bien, al señor gobernador de la plaza agregó mi compañero como si preguntara por el Papa.

-Está en cama ahora.

-Quisiéramos enviarle nuestras tarjetas pidiéndole permiso para visitar el fuerte.

-¿Y con quién pretenden ustedes mandarle el recado?

-Con alguien, con cualquier soldado, con...

-En la plaza no hay sino tres personas: el señor gobernador, Perico, que duerme porque anoche hizo la guardia y yo que la estoy haciendo. Perico no puede venir, el señor gobernador, tampoco; aunque los llame no me oirán, y además, no puedo llamarlos porque ¿cómo he de abandonar mi puesto?

Casi estuve por animarme a tomar el fuerte a viva fuerza, ante aquella original contestación del simpático centinela. Nos resolvimos a recorrer los muros por el lado exterior.

Vigo de Vicus, pueblo fue una Colonia romana, ni y el Castro no es otra cosa que el antiguo campo fortificado; castra, según el viejo nombre. La ciudadela está casi en ruina, pero en la base puede todavía admirarse la sólida construcción de los primeros ocupantes de aquella magnífica posición de guerra. Algunos arcos romanos, sobre los cuales se ha levantado la parte superior de la muralla y de los bastiones modernos, dan entrada a galerías subterráneas que están cerradas hoy por una inmensa aglomeración de piedras. Nada puedo decir de la parte interior de la muralla, debido a la obstinación del centinela para no dejarnos entrar; así es que nos volvimos al pueblo inmediatamente, bajando la cuesta con rapidez.

El cochero que guiaba la berlina era un excelente muchacho concienzudamente informado de todo lo que contiene y sucede en la población. Nos mostró todo lo que hay en Vigo; nos hizo recorrer el Arenal, uno de los caminos más hermosos y poéticos que es posible imaginar, el puerto y las calles principales del pueblo. Vigo, más que una ciudad, parece una casa de familia. De repente el cochero, como si se tratara de la cosa más natural del mundo, se detiene en plena calle con un amigo o amiga, se entera de su salud, lo informa de la suya propia, le da la mano y nos hace disfrutar de cinco minutos de conversación. Nos lleva a ver el templo, una preciosa construcción de piedra en estilo

griego, decorada de severas columnas dóricas que dan a la entrada una gracia especial por el arte y el gusto con que están dispuestas.

La puerta está cerrada, pero nuestro conductor no se turba: salta del pescante, ata el macho a un poste, y se precipita sobre una puerta de calle, vecina; al poco rato regresa trayendo al sacristán que esgrime en la diestra una llave monumental que cualquiera confundiría con una pistola de chispa. El sacristán abre la puerta y conseguimos examinar el edificio, que es una verdadera joya. Después nos sumergimos en una infinidad de calles llenas de casuchas, que a pesar de su insignificancia ostentan sobre sus puertas las armas de sus nobles habitantes. El cochero nos proporciona todos los detalles que le pedimos sobre aquellos viejos y preclaros descendientes de la nobleza, gallega. Al dar vuelta una esquina, encontramos a un señor anciano vestido con un traje de color ciruela, sostenido en un bastón nudoso. El cochero lo saluda con respeto, y en el acto, con aquella curiosidad indiscreta con que se inquiere siempre todo lo que se ve en un punto que se visita por primera vez, preguntamos por el nombre de aquel personaje.

-Ese es don Manuel de Vigo, el caballero más rico del pueblo; tiene ochenta mil duros doblados.

El creso de Vigo ha podido oír los informes que sobre él nos comunica nuestro cochero, y nos hace un saludo cordial como señal de inteligencia. Procuró saludar con el más atento y respetuoso ademán a aquel caballero, que queda profundamente satisfecho de la admiración que nos ha causado.

A mediados de 1707, frente a Vigo, se encontraban fondeados los galeones españoles cargados de oro y plata procedentes de América; las escuadras de Inglaterra y de Holanda se presentaron en el puerto y echaron a pique las naves indefensas; las riquezas quedaron sumergidas hasta ahora; pero la gente baja del pueblo, al oído, y con prudente reserva, exigiendo juramento de no decir nada, con cruz de dedos y el beso correspondiente, asegura que don Manuel se ha pescado la mayor parte de las barras y que por esa razón fracasaron los trabajos de extracción que una compañía francesa emprendió ahora poco, perdiendo al fin todo su capital en la aventura.

Southampton - Winchester - Bromley

La campaña inglesa

Londres, 15 de junio de 1880.

Cuando he reflexionado sobre Inglaterra sin conocerla, Londres, la gran capital, no despertaba en mí tanto interés como el city-country y las campañas inglesas. Recordaba a Pitt, y le imaginaba caminando entre los troncos de nobles encinas y siguiendo el grupo de los amigos de su padre, que señalaba ya el porvenir político de aquel joven cuando apenas había abandonado las aulas. Evocaba a Macaulay, buscaba un cuadro para Palmerston, y veía al primero, paseándose inspirado por el vasto parque de su country-house y al segundo entrando al farmyard de Romsey sobre su pacífico, caballo que, al verse en la querencia, demandaba los mimos de los palafreneros con un relincho generoso.

He tenido el valor de abandonar a Londres por algunas horas para recorrer las ciudades y pueblos inmediatos y si los cuadros imaginativos que antes me forjaba sobre ellos, tenían los simpáticos colores que me dejó el de las lecturas, la realidad los ha sobrepasado, porque he tenido la suerte no sólo de estudiar de cerca las ciudades y campañas, sino de ver también, por unas horas cómo se mueve en el hogar esa sociedad inglesa que llaman fría y flemática los que hablan de ella sin conocerla, por el hecho solo de haber pasado por los umbrales de las puertas cerradas. Me he detenido día y medio en Southampton y sus alrededores, parte de otro día en Winchester; he visitado Bishopstoke; me he sentado en Richmond a contemplar el majestuoso silencio de los bosques; he recorrido a Chiselhurst y he tenido por último el honor de ser recibido en el hogar y en la mesa de un miembro de la gentry inglesa, en la casa de sus antepasados, situada en la orilla de un parque verdaderamente señorial, cerrado por robles, encinas y nogales que desde ahora doscientos años sonríen al llegar la primavera, y entregan el tributo de su follaje a la tierra cuando las nieves del invierno extienden su sudario, sobre la bóveda de sus copas.

Southampton tiene dos fisonomías distintas: la moderna, animada por el bullicio de los docks, a cuyos flancos se amuran los grandes steamers que vuelven de la India o que zarpan para la Australia; y la antigua, que mira melancólicamente al pasado desde las viejas murallas sajonas y normandas, y desde las ruinas solitarias de la abadía de Netley. Y si el recuerdo de la antigüedad nos hace revivir las reminiscencias y aguijonea nuestra curiosidad, allí, un poco más adelante de Southampton y en el camino de Londres que nos atrae como la boca de un gran monstruo, está Winchester, Winchester la sabia y la pía, con su catedral y su colegio, cuyas bóvedas no es posible mirar sin sentir el vértigo de la admiración y caer de rodillas ante aquellas naves que sostienen el peso de nueve siglos.

El día que recorrimos las antiguas murallas de Southampton y las ruinas de la abadía de Netley, era un día a propósito para contemplar silenciosa y tristemente los monumentos del pasado. La primavera había cedido uno de sus días al invierno; la niebla cubría la ciudad, y una lluvia lenta pero penetrante, que cala sin cesar, nos quitaba la esperanza de ver un pedazo siquiera, de cielo azul al través de la vasta bóveda del espacio cubierta por espesas y densas nubes.

Las negruzcas y viejas murallas nos contaban su historia bajo el velo nebuloso de aquel día. El arco del Bar-Gate y los retratos casi borrados de Sir Bevis de Hampton y de su escudero el gigante Ascuparto, me avivan, después de quince años, los recuerdos de La Dama del Lago. ¡Oh, grande Walter Scott! ¿Qué piedra de las viejas abadías, qué puente derruido o qué almena sajona de antiguo castillo no te debe su historia? Cada una de tus novelas puede servirnos de guía para viajar desde Southampton, el antiguo asiento del rey

Juan, hasta Inverness el extremo de la tierra escocesa, donde todavía, como en los novelescos tiempos de Lamermour el higlander regresa por la noche a su cottage cantando sus aires nacionales y llevando sobre el lomo del shetland el ciervo que ha caído rodando, delante la boca de su rifle, desde la enhiesta cumbre de los riscos hasta el verde lecho de los valles.

Southampton fue el cuartel general de la antigua y victoriosa caballería inglesa. Sus murallas vieron embarcarse un día los arqueros y caballeros que vencieron en Cressy con Eduardo III y el Príncipe Negro, y los guerreros que ganaron la brillante victoria de Azincourt con el rey Enrique V. Hoy, bajo los arcos de los muros que vieron salir aquellos guerreros cubiertos de fierro la cabeza hasta los pies, dirigiendo los enormes caballos normandos con que aplastaban las líneas enemigas, la pequeña industria moderna ha formado su colmena: las mujeres tejen o fabrican manteca, los hombres cosen velas y deshacen cables y los empresarios electorales colocan sus grandes anuncios recomendando eficazmente sus candidatos. ¡Así, bajo los muros de la edad media, el pueblo más libre de la tierra ejerce los grandes derechos de la soberanía popular! Nosotros hemos enmascarado el Cabildo de 1807 y 1810 con una capa moderna quitándole sus pequeñas pero históricas proporciones y no ha mucho que, con dolor contemplaba el vacío que en Montevideo había dejado la demolición de las viejas murallas españolas en los tiempos de Zabala, de Alzaibar y Ceballos, que presenciaron las épocas coloniales y los tiempos revolucionarios y que defendieron y salvaron los penates de la nueva Troya en la guerra contra los tiranos. El vecindario de Southampton ha respetado en veneración las murallas en que están impresos los anales sajones, normandos e ingleses. El último muchacho vagabundo de las calles sabe dónde está la escasa parte de la pared del palacio donde el rey Canuto, con motivo de sus ardientes querellas con Edmundo Ironside, congregó la célebre asamblea de obispos y de nobles que fortaleció su poder político y militar con el apoyo de los prelados y de la nobleza.

Dentro de la muralla, cuyas piedras no han sido por el espacio de cerca de nueve siglos, hay una lechería y al lado unas cuantas muchachas del pueblo preparan con una crema exquisita, las primeras fresas de la primavera, rosadas y gruesas como las mejillas de las vendedoras. Más allá, French Street recuerda el esfuerzo con que los vecinos de Southampton, en el siglo XIV, rechazaron a las tropas francesas que asaltaron la plaza; y desde la parte superior de las murallas que dominan el puerto, puede verse todavía el paraje en que Felipe II, taciturno y siniestro como Tiberio, desembarcó para desposarse con María Tudor bajo las bóvedas de la catedral de Winchester. En una de las calles angostas que conduce a la puerta de las murallas que mira hacia el oeste, me llamó la atención una casa de proporciones características y peculiares, una de aquellas construcciones confortables y hermosas del tiempo de los Tudores. Era la casa de los condes de Southampton, construida en el siglo XVI, donde Guillermo Shakespeare solía leer a su amigo Enrique Wriothesley las dulces estrofas de Venus y Adonis. ¡Las vidrieras de los balcones, compuestas de innumerables y pequeños cristales cuadrados, y la baja pero ancha ventana del centro, parece que van a abrirse de un momento a otro para dar paso a Isabel y a sus favoritas, rodeando a Drake que regresa de su viaje de circunnavegación, a Ben Johnson y a Shakespeare, que acaba de hacer representar su nueva comedia, entre los aplausos de una corte deslumbrada por su genio!

A pesar del mal tiempo, salimos fuera de la ciudad, cruzamos el Itchen y tomamos el camino de la abadía de Natley. El día se oscurecía rápidamente, y la naturaleza, dormida bajo la acción de la lluvia, exhalaba ese murmullo característico que constituye el silencio de las campañas. Entramos en las ruinas bajo una bóveda tupida formada por las copas de árboles seculares y al llegar al extremo de la calle nos encontramos delante de la casita que ocupa el guardián de la abadía. Es un viejecito que ha arreglado su morada en una parte del antiguo edificio y que pasa su vida como un ermitaño del siglo XIII, contando diariamente la historia del lugar a los que se acercan a visitar aquellos sitios. Nuestro hombre nos declaró que el día no era a propósito para recorrer las ruinas, y buscó mil pretextos para excusarse de acompañarnos. Contestamos sus argumentos uno por uno y le convencimos con el supremo recurso. El día, entonces no pudo ser más oportuno. Cuando entramos en la planta del antiguo templo, y cuando la imaginación continuando la línea rota de los arcos góticos, construyó aquel asilo de la antigua piedad religiosa, forjándose en los años de su esplendor, pudimos concebir y admirar su augusta belleza y compararla con la silueta melancólica de sus ruinas actuales. Yo me senté a contemplarlas en la base del antiguo altar principal del templo. Nunca he sentido como entonces la influencia de la soledad; la cruz que forma el plano de las iglesias cristianas está intacta; los arcos góticos, resentidos con la influencia del gusto inglés que disminuyó la agilidad y la esbeltez de sus formas, no dejan por eso de tener su originalidad grandiosa; la yedra ha trepado hasta las últimas extremidades de los muros y cubre, como con un gran manto, toda la extensión de las paredes; los pájaros de los bosques vecinos revuelan y cantan por allí adentro; y las golondrinas, que regresan de sus emigraciones, vuelven a ocupar sus nidos favoritos entre las molduras de los arcos o entre los intersticios de las bóvedas interiores. Ellos son los únicos seres de la creación que, en aquel lugar, saludan con los himnos de la nueva vida a la tierra que despierta del sueño helado del invierno, y los únicos que, bajo aquella mansión abandonada y solitaria, ¡cantan al amor y la felicidad! La noche comenzaba a envolvernos y nuestro guía parecía contrariadísimo con las proporciones que tomaba nuestra curiosidad y nuestra visita.

-De noche no es posible ver nada -nos decía- ¡y además el espectáculo, es muy triste!

-¿No hay espíritus aquí por la noche?

-Ya no: los frailes blancos no han vuelto a aparecer desde el tiempo de nuestro buen rey Harry! Cuando nuestro, buen rey Harry, que el Señor guarde en gracia, derribó la abadía y persiguió e hizo ejecutar a los santos moradores de esta casa, los trabajadores del rey conducían durante el día, para construir la torre de Hurst, las piedras que caían bajo el fuego de los cañones. Por la mañana, las piedras acarreadas a Hurst volvían a aparecer en este lugar. Un día este cañón que está enterrado ahí cerca de la vieja piscina del templo, tronó por diez horas sobre el arco del este y lo derribó hasta no dejar sino las señales de su cimientto. A la mañana siguiente el arco estaba intacto y el cañón amaneció clavado en el centro del espacio ocupado por la iglesia. El rey bramaba de ira, y comisionó a uno de sus caballeros para que persiguiese a los que burlaban así sus decretos. El comisionado al llegar la noche, tomó su espada y su lanza y se situó en el camino principal de Netley para descubrir y castigar a los espectros. A media noche, al resplandor de una luna plateada, las misteriosas sombras de los frailes blancos comenzaron a desfilar por entre los angostos corredores góticos del monasterio arruinado; el templo fue reconstruido en un instante por

ellos, y el caballero mismo ingresó en la cofradía de los espectros. A la noche siguiente otro caballero fue mandado, pero siguió la misma suerte de su antecesor, y es fama que todos los nuevos caballeros que nuestro buen rey Harry envió en contra de los fantasmas de Netley, tuvieron igual destino que el primero. Las sombras desaparecieron cuando nuestro buen rey Harry perdió la vida. Desde la noche de su muerte los frailes blancos no han sido vistos de nuevo por el vecindario.

La leyenda aumentaba el sombrío aspecto de la escena. Estábamos en el refectorio del monasterio sobre la franca y sólida curva de veinte arcos normandos, delante del antiguo hogar en que debieron sentarse los primeros moradores del convento, cuando volvían por la noche de sus largas peregrinaciones. Algunos rastros de las viejas pinturas pueden todavía adivinarse en la muralla superior de la gran chimenea. Sobre esas losas toscas ha descansado de la batalla el caballero inglés que volvía del campo sangriento de Poitiers; allá en el rincón del espacioso refectorio ha aplacado la sed y el hambre, con las frutas secas del convento, el cruzado que regresaba de Palestina; se han curado también las heridas del desconocido que ha caído con la cimera rota y la cota, perforada en la arena ardiente del torneo, y tal es el influjo solemne del paraje, que le parece a uno ver a los frailes alrededor del enorme fuego que ardió en el hogar, recitando sus oraciones y cenando frugalmente sobre la vieja y tosca mesa de encina. Cuando el silencio de la noche envolvía aquella mansión piadosa, y sus moradores se entregaban a la vigilia o a la penitencia, no pocas veces los golpes repetidos que resonaron sobre los hierros de la puerta principal del monasterio anunciaron a un trovador extraviado, que pedía asilo, con su laúd al hombro, después de haber llamado en vano a los umbrales del castillo vecino.

Toda la Edad Media surge viva desde que se posa el pie en las ruinas de Netley. Entrada ya la noche y bajo la lluvia que no cesaba de caer un solo momento, abandonamos aquellos sombríos y solemnes lugares, donde hemos vivido por unas horas de la vida del pasado.

Por la mañana siguiente, el tren volaba hacia Winchester. Winchester es el centro de la civilización inglesa. La raza sajona no ha sido modificada en Inglaterra desde que ella ocupó su suelo. La conquista normanda dio muchas generaciones de reyes franceses y dio una aristocracia francesa y modificó profundamente el lenguaje y las leyes sajonas, pero no cambió esencialmente la sangre de la familia vencida. Los franceses invadieron sin mujeres; así es que la mujer sajona fue la madre de las generaciones subsiguientes, y a pesar de la victoria normanda, el viejo tipo sajón reapareció, invocando para sí su título legítimo de origen teutónico. En Winchester están los penates sajones salvados al través de los siglos con las tumbas de sus reyes, y algunos de los arcos toscos y sencillos de la catedral acusan todavía la severidad y la solidez de su gusto arquitectónico, contrastando con las pretensiones ornamentales del gusto normando y con la elegancia de la era más brillante del estilo puntiagudo, como lo ha llamado Fergusson. Las tradiciones de la catedral de Winchester arrancan desde el tiempo del rey Lucius, descendiente del jefe bretón a quien los romanos llamaban Caractacus. Desde entonces hasta los tiempos de Alfredo el Grande, el sentimiento religioso, realzado por los representantes que tuvo en Winchester, continuó ejerciendo, cada vez más, su influencia sobre los normandos, y supo atraerse la veneración de los sajones a tal punto, que aquel vino a ser uno de los principales centros de la propaganda cristiana.

Cuando se entra por primera vez en la catedral de Winchester, el majestuoso silencio y la soledad de las naves sellan nuestros labios. El catolicismo ha dejado allí algunos rastros de sus concepciones artísticas; puede verse todavía la representación de los milagros y la corte de las deidades que forman su Olimpo. Cuando se avanza poco a poco hacia dentro, se llega a la Capilla de Nuestra Señora, situada en el último límite de la Catedral, en la pared del pequeño oratorio, y se descubre una serie de pinturas católicas que contrastan curiosamente con la severa desnudez de los oratorios protestantes. Entre estas pinturas, hijas de la imaginación de los antiguos creyentes, me llamaron la atención dos cuadros por la originalidad de su concepción: el primero representa un muchacho judío arrojado por su padre a una hoguera por haber recibido la eucaristía, y que la Virgen está salvando de las llamas; en el segundo, luchando el artista por materializar una concepción complicadísima, nada menos que la historia de una monja muerta que vuelve a la vida para confesar un pecado que había, ocultado, cae en un dédalo de materialidades singulares, por no decir absurdas. La Reforma ha pasado con desdén sobre estas imágenes que debieron halagar el espíritu fanático de Felipe II, cuando los grandes prelados del culto romano bendecían su unión con María Tudor en 1554.

Sobre la pared que divide el presbiterio y el sagrario de la nave norte de la catedral están colocadas las urnas funerarias que guardan los despojos de Canuto, de Guillermo Rufus, de la reina Emma, de Kenulfo, de Edmundo y de Egiberto. En 1797 el profesor Howard examinó el contenido de aquellas criptas que habían permanecido cerradas desde el tiempo de Enrique de Blois. No fue posible determinar con precisión a qué rey correspondían aquellos restos, porque en cada una de las urnas había huesos y cráneos pertenecientes a varios individuos. Pero como las inscripciones, conservadas admirablemente, indican la existencia de los despojos de los principales reyes y prelados sajones y normandos, aquellas cajas los guardan en la misma comunidad en que fueron depositados por Enrique de Blois. En la tumba de Guillermo Rufus, abierta y profanada durante el Commonwealth, los rebeldes encontraron los restos del rey, su vestidura bordada de oro, sus armas y sus anillos. Sus restos están mezclados hoy con los de sus antepasados y con los de sus descendientes.

Winchester posee uno de los grandes colegios ingleses, rival de Harrow y de Eton. Está a poca distancia de la catedral y se llega a su puerta de entrada después de haber recorrido los barrios más antiguos y pintorescos de la ciudad. Los muros del colegio de Winchester, como la parte principal de la catedral, fueron levantados en el siglo XIV por Guillermo de Wykeham siguiendo el estilo perpendicular gótico del cual hay muestras preciosas en sus claustros y en la capilla. Entramos al caer de la tarde por aquellas puertas macizas que vieron llegar niños a muchos de los que han sido después grandes hombres. Los escolares jugaban en el cricket ground; habían cesado las tareas del día; algunos que demoraron más que los otros en las aulas se desprendían los manteos tradicionales y los colgaban en las perchas de los corredores, vistiendo la camiseta de franela y los zapatos de banda que los ingleses usan para sus juegos atléticos. La educación de las fuerzas físicas es tan estimada como la educación moral en Inglaterra; y el muchacho que en las primeras horas de la mañana ha escrito, después de esfuerzos inauditos, diez renglones de versículos griegos o romanos, dispara por la tarde sobre su adversario con la fuerza de un atleta la bola errante del cricket. Nosotros, naturalezas enfermizas, no practicamos la higiene que debieran observar todos los hombres de educación literaria o científica. Los ingleses recobran todos los días en el campo las fuerzas intelectuales que emplean en el banco de estudio; han

suprimido la vida sedentaria; han destinado la noche absolutamente para el sueño, la mañana para el estudio y la tarde para el box, el cricket y el remo. Todos los estudiantes de Winchester y demás colegios ingleses tienen bien equilibradas sus fuerzas físicas con sus fuerzas morales.

En los claustros de Winchester han iniciado su educación muchos de los hombres más célebres de la Inglaterra: John Rusell, uno de los campeones de la reforma parlamentaria; lord Selborne, Addington y Cardwell, que fueron grandes oradores y grandes hombres de estado; el conde de Northbrook, actual lord del almirantazgo, a cuyo hermano he tenido el gusto y el honor de tratar no ha muchos días; William Collins, uno de los poetas más populares de la Inglaterra, y Young, el tierno Young, el maestro de la elegía moderna, han salido formados allí. Entre esos jóvenes que miden su energía física y su agilidad sobre el verde césped del parque de Winchester, ¡cuántos no estarán destinados a seguir las huellas luminosas de sus antepasados en las letras y en la política de su país! En Inglaterra, como en ninguna otra parte, los hijos y los nietos heredan los talentos de los padres y de los abuelos. La genealogía científica de Carlos Darwin comienza con Erasmo Darwin, su abuelo; Chatham deja a Pitt, y el último triunfo electoral de los whigs ha dado en la Cámara de los Comunes un asiento, al lado de su padre, a cada uno de los hijos de M. Gladstone. Se comprende y se justifica el orgullo inglés, porque en la alta vida de estado los advenedizos y los aventureros jamás obtienen entrada, ni conquistan éxito. El sentido público es tan influyente en este país, que los hombres, desde niños, desde que escriben o recitan los primeros ensayos clásicos de las aulas, ya están sujetos al fallo de la opinión. Los traviosos son señalados con el dedo, las mediocridades permanecen en el justo medio, los talentos se dividen y se clasifican, y los genios ocupan la eminencia, cualquiera que sea la influencia de sus émulos y las vallas que encuentren en su camino.

Es un grande error, a mi juicio, pretender encontrar en Londres el estado normal de la vida inglesa. Dickens, el gran maestro de las costumbres sociales de este pueblo, ha creado a Pickwick, por ejemplo, en Londres; pero lo ha hecho vivir más y casi siempre en el city-country y en la campaña inglesa. Prescindamos del sarcasmo cruel con que el benefactor de la humanidad y el grupo de sus amigos Mr. Snodgrass, Mr. Tupman y Mr. Winkle, representan sus papeles en aquellos anales inmortales del ridículo, y observemos que a pesar de todas las burlas, de todos los accidentes, de todas las desgracias que caen sobre el protagonista, la escena en que se mueven los personajes son aquellas casas confortables de campaña, rodeadas de castaños y nogales, en las que por la noche la familia y el círculo de amigos comentan desde el country-house la vida de la ciudad, y preparan para el día siguiente las partidas de caza, de pesca y de equitación a que son tan aficionados, no sólo los miembros de la alta clase social, sino también los de las clases medias.

El otro día, por ejemplo, he tenido la felicidad de visitar sin ceremonia una de las familias inglesas más distinguidas de Londres. El tren me llevó desde Cannon Street, en los barrios más bulliciosos de la city, hasta Bromley, a doce millas de Londres. Me acompañaba el dueño de casa; visitamos de paso a Chislehurst y en la capilla católica del pueblito vimos la tumba de los dos Napoleones chicos. Allí, la ciega obcecación de los imperialistas que justifican las vergüenzas del imperio francés de 1870-1871, mantiene siempre llena de coronas, con motes políticos, la tumba del hombre que despotizó y militarizó a la Francia por veinte años consecutivos, que suprimió la libertad política y que

fomentó el fanatismo para levantar en su favor las fuerzas numerosas de la ignorancia y del atraso. Enfrente yace el príncipe desgraciado, el último vástago de una familia salida de la nada y vuelta también a la nada, como si el cielo hubiera querido castigar de ese modo a los aventureros. La madre, la viuda desolada, está en África. Cercano a la iglesia, el pequeño castillo de Chislehurst, ocupado por la escasa servidumbre de Eugenia, ha quedado abandonado por los antiguos huéspedes de las Tullerías. Los ingleses no tendrán que lamentar nunca sino las excentricidades de la reina y la liviana mediocridad del príncipe de Gales. Felizmente para ellos, sea que gobierne Mr. Gladstone, sea que gobierne Beaconsfield, en los destinos del pueblo inglés, las extravagancias de la reina y las liviandades del príncipe no producirán las guerras que Napoleón terminó en Metz y en Sedán. Los ingleses pasan por Chislehurst experimentando lo que ellos llaman piedad privada por los muertos; en cuanto a la piedad pública, no se han permitido expresarla todavía y creen que no tienen ningún derecho para hacerlo. Hay una exquisita discreción en este modo de pensar.

Sobre el camino de Chislehurst a Bromley está la casa de Carlos Darwin. Es una preciosa casa de campo con balcones salientes y vestida de yedra. El viajero del Beagle estaba ausente y recorría en carruaje el bosque vecino. En las inmediaciones vive Lubbock, el sabio profesor de ciencias naturales; y no muy lejos de Bromley está la casa en que el gran Chatham pasó los últimos años de su vida. El caballero que me acompañaba, cuyos antepasados viven en Bromley desde hace siglo y medio, me decía que Chatham tenía la costumbre de contar las horas por el reloj que sonaba en la torre de la casa de sus antepasados y que fue esa misma campana la que señaló la hora de la muerte del grande hombre de estado. A los diez minutos de camino hecho en su carruaje, habíamos llegado a Bromley y penetrábamos en uno de esos parques que sólo se ven en Inglaterra. Llegados al castillo después de haber saludado a las señoras de la casa en una habitación vestida toda con telas del Japón y de Persia y adornada con objetos riquísimos de Oriente, mi amigo me invitó a pasear por los bosques y los parques. Estaba completamente olvidado de Londres y en mi elemento, loco de curiosidad por darme cuenta de aquella mansión verdaderamente señorial. Atravesamos el prado y llegamos a la orilla de un estanque, en las aguas del cual se reflejan el follaje de pinos y avellanos, cuyos troncos cuentan más de dos siglos. En el estanque había truchas, y en el bosque faisanes y liebres. Si hubiera tenido anzuelos, habría cometido la excentricidad de rogar al dueño de casa que me permitiera despuntar el vicio dejándome sentar al borde de aquellas aguas; y de haber sido invierno, me habría ensayado por primera vez en el tiro de los faisanes y de las liebres, aun exponiéndome a representar una de aquellas escenas de caza de Villers-Cotterets, en que el viejo Dumas figuró siendo muchacho, y que en su vejez nos ha contado con tono tan exquisito y tan burlesco. Más de uno de mis amigos me condenará por original incorregible oyéndome hablar de liebres y faisanes a pocas millas de Londres, pero yo sé quién me tendrá envidia cuando sepa que los he visto volar de un rincón al otro del bosque y que he estado a punto de hacer una barrida como aquellas que solemos hacer los aficionados en Buenos Aires en el campo del temible señor Merlo. Durante el invierno, el dueño de casa voltea con sus amigos trescientas piezas, que se reemplazan sin dificultad en la primavera siguiente. Le contaba que el número de sus víctimas durante la estación era el mío durante una excursión de dos días con otro amigo y quedaba deslumbrado, soñando con una partida de las nuestras, mientras yo veía volar un faisán y encontraba que el tiro y la pieza bien valían la mejor martineta de nuestros

pajonales. Perdonenme los profanos esta digresión, pero no es posible prescindir de la caza cuando un inglés rico lo recibe a uno en su morada de campo.

Llegamos al castillo a la oración cuando la campana del reloj de Chatham tocaba las 8. La noble casa, una maravilla de confort y elegancia, nos recibió hospitalariamente reuniéndonos alrededor de una estufa cariñosa a pesar del verano. Mi amigo me mostró la vieja biblioteca de sus antepasados. Me creí trasladado por un momento a los tiempos de los Jorge, tan gentilmente historiados por la pluma maliciosa de Thackeray", no había en la primera sala de aquella preciosa librería ninguna obra de los últimos tiempos; la primera que cayó sobre mi vista fue Locke, y siguiendo la fila me encontré con Bacon y con todos sus predecesores; la historia de Inglaterra de Catalina Macaulay, Hume, la correspondencia de Wellington, y los filósofos franceses del siglo XVIII. La mayor parte de aquellas ediciones contaban entre 80 y 150 años, y estaban como recién salidas del taller de encuadernación. Sobre las paredes admiré retratos preciosos de Tennyson, de Longfellow de Sir W. Herschel, de Darwin, los hijos de las ciencias y de la musa moderna; y cuando, con la curiosidad satisfecha, salí de aquel recinto, me pregunté a mí mismo ¿a qué van a Londres los hombres que tienen en una morada como ésta, su familia, sus libros, el parque y el bosque, el encanto de la vida doméstica y las distracciones de la vida de las campañas?

La locomotora acaba de detenerse en una estación cuajada de gente y alambrada como el día. El guardatrén me disipa mis dulces recuerdos de Bromley gritándome al oído: ¡Charing-Cross!

Cuadros parlamentarios

La cámara de los comunes

Londres, junio 30 de 1880.

Se daba la Fedra en el Gaiety Theatre. Sarah Bernhardt, esa Sarah que es conocida en Buenos Aires como la heroína de los proscenios y de los salones parisienses, hacía de protagonista, de esposa adúltera e incestuosa a la vez. Delgada y alta, sin las formas esculturales de la Ristori de los buenos tiempos, menos bella, pero iluminada la fisonomía por ese rasgo peculiar que sellaba el gesto trágico de Rachel, Sarah Bernhardt es, sin duda, una mujer dotada de todos los innumerables y delicados detalles que forman, como en un molde, a las hijas del arte. Con razón es la mujer verdaderamente revolucionaria de París; la mujer para la cual, apenas lanzada en su carrera artística, Francisco Coppée escribió su

Zanetto, la mujer en cuya frente el viejo padre del romanticismo depositaba, ayer no más, en su cumpleaños, el beso protector y paternal del poeta que creó a Doña Sol; la mujer que exaspera los odios obscenos de Zola en uno de los pasajes de esa epopeya licenciosa que llaman Nana, y que tanto ha corrido en Buenos Aires; la que reúne en su casa lo más selecto de la pléyade literaria francesa, de la vieja y de la nueva época, desde Emilio de Girardin, que todavía galantea como en 1848, hasta Guillermo Guizot, el hijo del austero ministro de Luis Felipe que, según el rumor del boulevard, de los foyers y de los cafés toma parte en más de una de las inspiraciones de la artista; la mujer, en fin, que habituada a los mimos de una sociedad entera, y a las victorias incesantes de la escena, fracasa en el estreno de la última pieza de Emilio Augier, arma un alboroto, riñe con el autor, riñe con el director de la Comedia Francesa, deserta del teatro y rompe en pedazos el título de sacerdotisa del templo de Racine y de Corneille, haciéndose condenar en un pleito, con la más altiva indiferencia, al pago de 150.000 francos, mientras que representa en Londres la Fedra, Frou-Frou y Adrienne Lecouvreur delante de toda la aristocracia inglesa, que al oír la descende de lo alto de su desdén y de su orgullo, a llorar cuando estallan los celos de la heroína griega, cuando expira la hija de la fatalidad humana, o cuando muere, envenenada por una rival despechada, la melancólica víctima del arte y del amor. Yo he visto a todas las damas de los palcos principales del Gaiety llorar como magdalenas; pero sin levantar la vista ni por un instante del libreto de la pieza... en inglés. Las damas inglesas tienen el corazón tierno como todas las mujeres, y aunque a primera vista aquellas fisonomías elípticas como un escudo de armas, con cuatro bucles por banda, parecen ser insensibles, puedo asegurar que no lo son. Más de una, y entre ellas la duquesa de Westminster, lagrimeó tanto en la representación de la Fedra, que por cuatro o cinco veces tuve yo que llevar el pañuelo a mis ojos, para dejar bien sentada la ternura proverbial de nuestra raza latina.

Aquella noche tuvo para mí otro encanto. Mr. Gladstone y su familia estaban en el palco *avant scène* de la izquierda, frente a mi asiento. El deseo de ver la pieza completa me había llevado temprano al teatro; ocupé mi lugar cuando no estaban encendidas aún las luces, ni más ni menos que como esos parientes del Pergamino o de Capilla del Señor, que nos solían llegar a Buenos Aires con unos deseos amenazantes de ir a tomar el postre en Colón para no perder ni una sílaba de los Veinte años, o la vida de un jugador. Esperé con una paciencia ejemplar que los actores se apiadasen de mi anticipada curiosidad; pero cuando el teatro se iluminó, comencé a sentir, minuto por minuto, todos los escozores de la impaciencia. De repente, y mientras yo interrogaba los más mínimos movimientos del telón, un aplauso unísono resonó en toda la sala. En el primer momento no pude darme cuenta de aquella repentina manifestación; pero, como al aplauso inicial se siguió otro y otro, dos y tres y muchos más, me resolví a interrogar a mi compañero, violando la regla que suelen darnos algunos viajeros en Buenos Aires, de que es inútil preguntar nada a los ingleses, consejo malo y egoísta de los que no saben preguntar en inglés. Interrogado mi vecino, me sacó de dudas con una amable simpatía, pero no sin mostrar su sorpresa de que yo ignorase que se aplaudía la entrada de Mr. Gladstone. En efecto, el Prime Minister acababa de sentarse en el primer asiento de su palco, pero hacía tan poco caso de los aplausos, que ni siquiera se dignó dirigir una sola mirada a sus fervorosos partidarios del paraíso. Me olvidé de la Fedra, de Sarah Bernhardt y de Racine y cuando el primer acto terminaba, yo tenía los ojos clavados en Mr. Gladstone con toda la impertinencia de un novio que milita en el primer período de sus embebecimientos. Mr. Gladstone gozaba

plenamente, al parecer, de la tragedia; había depositado su hermosa frente, llena de las combinaciones políticas de la actualidad, entre sus dos manos, y con la mirada fija en la escena apoyaba los codos en la baranda del palco. Cuando Sarah Bernhardt lanzaba una de esas tiradas elocuentes y brillantemente rimadas del alejandrino clásico, la actitud de Mr. Gladstone volvíase cada vez más negligente para con el público; el rostro desaparecía entre las manos y los codos invadían una buena parte de la baranda, obligando a retirarse a los del vecino. Mr. Gladstone seguía el espectáculo con las pruebas evidentes de una atención concentrada. Conocedor agudísimo del teatro, pues el asiento de Westminster en que se levanta para hablar vale la más alta de las escenas conocidas, apreciaba sin duda en aquel momento la diferencia de las pulidas y bien torneadas tragedias de los escenarios de Luis XIV, con las llamaradas que el genio de Irvin y de la Ellen Terry arrancan de la roca de Shakespeare en las tablas del Lyceum. Hace pocas noches que vi allí el Mercader, representado por estos dos grandes discípulos del autor de Hamlet, y no puedo borrar todavía de mi espíritu la profunda impresión que me produjo Shylock.

El teatro necesita un artículo aparte, que haré más adelante.

Aunque Mr. Gladstone está en el primer periodo de lo que se llama propiamente ancianidad, es un viejo fuerte y expresivo. Su fisonomía es un espejo: toda su alma y su espíritu se asoman a sus ojos; tiene una de esas naturalezas abiertamente democráticas que vierten, con un solo gesto y en un solo movimiento, todo lo que sienten y aún todo lo que van a sentir, según el desarrollo del espectáculo, o el giro de los acontecimientos. En la Comedia Francesa lo he visto absorto, arrebatado por la más profunda atención, siguiendo con la fisonomía todas las impresiones del drama en una excitación evidentemente nerviosa. No sabe afectar esa indiferencia artificial y disimulada de los altos personajes, que admiran en silencio, pero sin dar pruebas de emoción, para no comprometer su altivez obligatoria confundiendo con la plebe que grita, que exclama, que ríe o que llora. Mr. Gladstone, según me informan, es un hombre que no puede mirar fuegos artificiales sin unir sus exclamaciones de asombro a los de la muchedumbre; y por lo mismo, no es extraño que la tragedia comience por sentarlo atentamente en la silla y que acabe por derramarlo en la escena como si lo arrastrara en su corriente. Lo he visto y lo he oído en el parlamento, hace pocos días, en una de las cuestiones políticas y sociales más interesantes de la actualidad; cuestión que me ha hecho presenciar en el recinto mismo de la Cámara de los Comunes un pequeño escándalo que tiene revuelto a Londres en estos momentos, y que amenaza producir una verdadera revolución en el parlamento, fuera del parlamento y en la plaza pública.

Las cuestiones religiosas agitan toda la Europa: en Alemania la transacción del gobierno con los clericales no ha hecho sino aplazar las hostilidades por un poco de tiempo. Ayer se ha ejecutado en Francia el decreto del 29 de marzo; los jesuitas han sido expulsados como ahora un siglo; se ha dado cumplimiento al decreto del Parlamento de París de 1762, al edicto de 1764 y a los decretos de 1767, que suprimieron en Francia la Compañía y que llevaron las mismas ideas a la España de Carlos III. Todo París, clericales y liberales, se había dado cita ayer en las puertas de las casas de la Compañía. La expulsión debía ser simultánea en los departamentos y a pesar de los gritos y protestas de muchos caballeros y

señoras energúmenos, la República, con mano fuerte, abrió las puertas que se cerraban con buenos y hábiles cerrajeros, y puso la mano sobre el hombro de los desobedientes con la eficacia que es menester usar con los que se resisten a cumplir la ley. En Bélgica, el divorcio entre el poder político y el Papado toma proporciones alarmantes, y en Inglaterra por fin, en Londres, en el seno del parlamento, Mr. Gladstone el orgulloso vencedor de la última campaña electoral, se constituye defensor de Mr. Bradlaugh, y sufre en el primer encuentro una derrota debida a la de los torys con los irlandeses y los judíos. En esta cuestión he visto al impresionable admirador de Sarah Bernhardt echar chispas de ira por los ojos y rayos de fuego por los labios. La derrota ha sido estruendosa y los conservadores han gozado bulliciosamente de un triunfo, que, si no ha sido un éxito definitivo, les ha dado por lo menos el medio de dividir la mayoría y de comprometer la política whig. Mr. Charles Bradlaugh electo por Northampton como el representante más neto de las ideas ultra-liberales, parece resuelto a reproducir en el palacio de Westminster las escenas de Wilkes, el famoso miembro de aquella licenciosa cofradía de libertinos de Medmenham-Abbey, que había escrito sobre los muros de la abadía esta obscena divisa rabeliana: "Fay ce que voudras."

No acuso a Mr. Bradlaugh de la impudente inmoralidad de Wilkes. La sociedad inglesa, intransigente y orgullosa de sus buenos hábitos, castigada con la expulsión de Wilkes, a un calavera desenfrenado e insolente, que a pesar de la ardiente defensa de Guillermo Pitt, no podía sentarse en el parlamento sin profanar las tradiciones de la nobleza y de la gentry. Lo prueba el eclipse que en los días del ministerio inhábil de George Grenville sufrió el gobierno parlamentario. Las manías de Jorge III comprometieron entonces las libertades inglesas, dieron por resultado la insurrección de las colonias americanas y hasta hubo aplausos para los desbordes de Sir Francis Dashwood, el decano de todas esas orgías.

Supongo a Mr. Bradlaugh, un sujeto perfectamente honesto, incapaz de vivir con la sociedad del Pavillion o del Aquarium. Pero con toda la franqueza que me inspiran en este momento los sucesos, declaro que Mr. Bradlaugh está muy cerca de ser un espíritu completamente desenfrenado y entregado al fanatismo liberal como otros lo están al fanatismo religioso. Es un free thinker, pero del género insoportable de la falange irregular del tipo de los demoleadores que creen que basta ponerse la corteza de Mazzini para tomar la estatura del maestro; de esos espíritus cavilosos que interrumpen un casamiento por el pretendido temor de que la bendición salida de las manos de un cura católico o de un ministro protestante, contamine su conciencia de liberales; de esos políticos que pretenden tener fijos sus ojos en el semblante de sus electores y que simulan consultarles todos sus actos; de los que no bautizan un muchacho siquiera por dar gusto a las tías viejas de la familia; de los que prohíben terminantemente a su mujer que ponga los pies en la iglesia; en fin, de los de la estofa ridícula de Daniel Rochat, un ser insufrible e incompatible con el buen sentido.

Parecerá raro que un espíritu de este género aparezca en los círculos políticos de actualidad en Inglaterra, y sin embargo, Mr. Bradlaugh es el ejemplar más típico del liberal furibundo. Provoca en el parlamento una cuestión previa a su ingreso, que levanta contra él, y contra el gobierno que lo sostiene, los gloriosos pendones de la tradición anglicana: judíos, católicos y protestantes, como tocados por un solo resorte, recuerdan juntos las campañas parlamentarias de la Reforma religiosa, se reconocen unidos por el sentimiento

oficial y tradicional que exige de todos los miembros de la política británica la creencia en un Dios, y tocan al escándalo contra el ateísmo impávido y fatuo de Mr. Bradlaugh. Electo miembro de los comunes, Mr. Bradlaugh es llamado a prestar el juramento de orden ante el speaker; pero él, en medio del asombro de la Casa, ofrece substituir el juramento por la simple afirmación, fundándose en que no siendo un cuerpo monástico aquel en que debe ingresar, el juramento religioso no tiene objeto, y basta con la simple afirmación que es compatible con la naturaleza política de la Cámara. La proposición cae como una bomba en el campo diminuto de los conservadores. Mr. Disraeli, a quien ni las derrotas, ni los proyectos fallidos desaniman, se pone en campaña desde sus posiciones de retirada. La fatuidad de Mr. Bradlaugh le ofrece la ocasión de realizar una preciosa operación de estrategia parlamentaria. El coloso del torismo golpea el parche de alarma contra el advenedizo que pretende eximirse de jurar como católico, judío o protestante, y aún de afirmar como cuáquero, y sin dar la cara, sin asomar ni siquiera una línea de aquella fisonomía afilada y enigmática, en el mismo cuartel de la victoria liberal, convoca todo el parlamento, y a pesar de la fuerte influencia del gabinete y de los esfuerzos de Mr. Gladstone, los liberales se dividen y el campo queda por los principios conservadores en el primer encuentro.

Yo asistí el día del debate. La sesión comenzó a las 2 de la tarde, se suspendió a las 7, continuó a las 9 y terminó a las 2 de la mañana. Con un joven e inteligente compatriota conseguimos los mejores asientos que es posible obtener en la galería. Pasamos por todas las formas solemnes del ingreso, que difieren un poco de aquella manera de entrar un tanto campechana que usan entre nosotros los asistentes de la barra. Al pie de la estatua de Hampden habla esperado por la mañana media hora para que me llegara mi turno; pero por la noche fuimos más felices porque empleamos un medio más activo de penetrar sin hacer antesalas. De nuestro asiento podíamos ver con una comodidad envidiable aquel salón cuadrado y bullicioso donde se gobierna la Europa desde Londres a Gibraltar, y desde Gibraltar hasta Oriente. El primero sobre quien cayó mi vista fue mi personaje del teatro en la noche pasada, Mr. Gladstone. Tenía la cabeza descubierta, y estaba vestido con aquella negligencia inglesa que equivale no pocas veces a la elegancia. Parecía más pálido que de costumbre y bastaba reparar en la mirada penetrante que fijaba unas veces sobre sus adversarios, y otras sobre los partidarios que en aquel momento desertaban de sus filas, para conocer que estaba nervioso e inquieto. Tenía por delante su cofre de apuntes y papeles y a cada momento hablaba con sus colegas de las bancas ministeriales, como si les consultara o preguntara algo de interés. A su espalda estaba Bright mostrando su fisonomía abierta y expresiva, repantigado cómodamente en su asiento y con el sombrero echado sobre la nuca, con las dos manos en los bolsillos y en una tranquila actitud de observación. ¡Quién podría decir, al verlo con aquella facha de capitán de buque de vela, que ese cuerpo, cuando se incorpora y levanta la hermosa y blanca cabeza con que Dios lo ha dotado, podría servir de modelo a un escultor para bosquejar la estatua de Demóstenes! A la izquierda de Gladstone se sentaba el marqués de Hartington, miembro indispensable del gabinete a causa de su título, porque en Inglaterra no se concibe un ministerio sin una cuota proporcionada de duques, y a falta de duques, de marqueses, como el de Hartington, heredero de uno de los más grandes ducados whigs, dueño de un grupo de votos en la Cámara y de una poderosa influencia en las campañas de Irlanda. ¡Cuántos Hartington sin

títulos hemos tenido nosotros en nuestros y parlamentos! A la Granville, el sucesor de Salisbury, una fisonomía alegre y chispeante que contrasta curiosamente con la mine reposada de los ingleses. Con razón se ha dicho que su rostro y su figura, harían que el espectador lo tomara por un hombre de estado francés bajo la Casa de Orleans. Inferior a Salisbury, y a Cairns y a Derby, y víctima, algunas veces del sarcástico lord Grey, Granville no representa, en toda su elevación y majestad, el alto tipo del hombre de estado inglés, pero es un monumento de honorabilidad política y uno de esos hombres parlamentarios que, aunque mediocres, son tan útiles como necesarios. Dentro del grupo ministerial se extiende un sinnúmero de paladines de los últimos tiempos, y enfrente, toda la falange conservadora se destaca orgullosa y formidable con la alianza Persa que acaba de celebrar con los católicos para batir el ateo. En el primer grupo, llama la atención, Mr. Forster, el orador más claro, más conciso, más lógico y más hábil de la Cámara sin exceptuar a Bright y a Mr. Lowe. El mismo Gladstone no tiene las preciosas y altas cualidades de abogado que distinguen a Mr. Forster. Mr. Forster tiene una cara vulgar pero animada, es más bien bajo, ancho de espaldas y de figura bastante común. Pero cuando se saca el sombrero y pide la palabra y cuando comienza a hablar su discurso, parece un jugador de ajedrez que presenta al adversario todas sus piezas acechándolo con cada una, hasta que lo estrecha y lo rinde con la aparente distracción de los jugadores de lujo y con una soltura, una naturalidad y una sencillez preciosas. Carece es cierto de la frase caliente de Gladstone, le falta la pasión de Bright y aún la elegancia de Lowe, pero cuando ataca o para un golpe lo hace con la frialdad de un geómetra que sabe de antemano el resultado de la operación. En el segundo grupo se han aglomerado los agitadores irlandeses, los católicos fervorosos y ardientes, Parnell, O'Sullivan y la fracción numerosa que ellos encabezan.

Mr. Gladstone había hecho por la mañana un discurso lleno de calor e interés en favor de la admisión de Mr. Bradlaugh por simple afirmación. Cuando se levantó para hablar, la sala quedó dominada y en un silencio profundo. Las palabras con que se introdujo hubieran denunciado para el más profano de los espectadores, al jefe de un partido. Quería desarmar a los adversarios, pretendiendo hacerles comprender que se trataba de una cuestión de muy poca monta; cuestión que en todo caso el parlamento no tenía competencia para decidir, pues que debía someterse a los tribunales de derecho. Sostuvo que la simple afirmación de cumplir con su deber de diputado, debía bastar para admitir a Mr. Bradlaugh; y que, desde que este era un caballero, la afirmación de simple carácter político obligaba su honor al carácter político obligaba su honor al cumplimiento de su promesa, que era el objeto principal de la forma de ingreso, mientras que queriéndole dar al juramento parlamentario un carácter religioso, y no siendo creyente Mr. Bradlaugh, era difícil que bajo su imperio se considerase obligado a cumplir lo que sólo había jurado sometiéndose a una fórmula impuesta. La Casa oía con atención, pero fuera de uno que otro "hear" que lanzaban los adoradores del primer ministro, los adversarios se mantenían fríos y reacios, esperando su turno para contestar los fuegos del coloso.

Gladstone simulaba un excelente buen humor, pero el resultado de la votación, sospechado de antemano, lo tenía montado en una cólera clara y manifiestamente refrenada, pronta a derramarse como un torrente en el instante mismo en que le faltara el dique débil de la calma nerviosa y aparentemente risueña que simulaba. Se expresa con la arrogancia de todos los discípulos de Oxford; es algo difuso pero habla con un arsenal de ideas colosal.

Su discurso tiene mucho de panorámico, y no termina nunca sus párrafos naturalmente sino tronchados, como una serpiente, cuyo cuerpo cortara por el medio. Impetuoso y vehemente, no admite ni una guisada imperceptible del adversario, y cuando el rayo del sarcasmo revienta a sus pies, se yergue súbitamente y como un guerrero asediado que desde lo alto de la torre deja caer un peñasco sobre las cabezas de los asaltantes, esgrime la invectiva, la lanza al rostro mismo del enemigo, saca de este verdadero encuentro a mano armada, una fuente nueva de inspiraciones que corre y se derrama con abundancia, para remontar y extenderse en uno de esos periodos que tienen toda la hermosura y la grander a oratoria, el color, la vida, la pasión, la luz y la fuerza.

Lo he oído días pasados en una discusión sobre las tierras de Irlanda, achatar como una oblea a un miembro de la Cámara que pretendió hacerle algunas observaciones impertinentes. Y no obstante esta fuerza de titán, ese poder de elocuencia que abruma y deslumbra a la vez, no es posible imaginar un espíritu más susceptible: una lapicera con la pluma calzada dirigida contra Mr. Gladstone lo pone fuera de sí, y desde que percibe el puntazo se esquivo como una niña cosquillosa. Le hace poca gracia la caricatura o la sátira y siempre vive prevenido contra ellas.

Cuando la sesión de la mañana terminó quedando citada la cámara para la noche, Mr. Gladstone parecía haber conjurado un tanto la indisciplina que, acerca de la cuestión Bradlaugh, se había suscitado en las filas liberales. Pero por la noche la deserción se hizo más sería ante la influencia misma del primer ministro, que presenciaba mudo, pero agriado aquella enorme falange que se había agrupado contra él para defender una fórmula histórica y tradicional de la constitución inglesa. Sullivan tomó la palabra en medio de una atención atrayente; irlandés y católico de la más legítima especie, apasionado y agresor, hizo un discurso que levantó gritos y exclamaciones de entusiasmo entre los miembros coligados, y especialmente entre los irlandeses de su grupo. Recordó las viejas y gloriosas sesiones de la reforma religiosa; los tiempos de Cobbett, de O'Connell y de Cobden, la emancipación de los católicos y la consumación de esa Reforma benéfica, a pesar de los elementos egoístas y reaccionarios del pasado, que tenían sofocadas las libertades inglesas. Pero esa reforma, exclamó Sullivan, fue llevada a cabo por un partido y por un pueblo que creía en un Dios, que tenía un principio religioso y que cuando las puertas del Parlamento fueron igualmente abiertas para protestantes, católicos y judíos, la entrada quedó expedita para los que creían en un Ser Supremo y común de todos los pueblos civilizados de la tierra. La constitución inglesa, agregó en una frase que es todo el análisis filosófico de ese gran monumento político, has grown, it has not been made; ha manado, ha brotado, no ha sido hecha; y en ella se han incrustado todos los elementos nuevos que la hacen grande y libre, histórica y británicamente considerada. Protestantes, judíos y católicos, "somos todos ingleses" porque creemos todos en un Dios, que es el Dios de nuestra historia y el de nuestros antepasados. La batalla por la reforma consistió en dar iguales derechos políticos a los que tenían análogos sentimientos religiosos; y si era justo que el protestante se sentase en esta casa y gobernase la nación desde ella, justo era que se sentase también el judío y el católico que tenían con él, en la historia política, un origen común. Para entrar pues en esta casa es necesario una creencia, una religión, un principio histórico o una fórmula consagrada por la ley que puedan profesar todos sus miembros sin abjurar de sus ideas. Pero Mr. Bradlaugh no cree en nada; Mr. Bradlaugh exige salvar los umbrales de este recinto pisoteando la tradición de todos los ingleses; pretende derrocar la fórmula parlamentaria, pretende violar

la constitución y alterar los grandes y gloriosos preceptos que la han fundado, sin precedente de legislación especial para sus ideas. Semejante audacia debe ser rechazada negándosele su pretensión, negándosele la petición de afirmar, y aún más, negándosele el derecho de jurar, si lo pidiera, por el solo hecho de no haberlo reconocido como un acto espontáneo al ingresar en la Casa.

El orador era interrumpido con muestras vivísimas de aprobación. Toda la orgullosa falange parlamentaria de las familias históricas se había enrolado en la mayoría que pedía la clausura de las puertas para Mr. Bradlaugh. Sin embargo, varios de sus sostenedores se levantaron para desmontar el efecto que había hecho el discurso de Sullivan, y sobre todo la resolución de no admitir a Mr. Bradlaugh, fuera con juramento o con simple afirmación, como él lo pretendía. Mr. Childers, sin la pasión de Sullivan, ni el brillo de la forma, hizo un discurso hábil y original que demostró hasta que punto, un hombre de sus condiciones sirve para parar el golpe de maza que acababa de descargar el adversario en el centro mismo del ministerio.

Mr. Childers afirmó que en las dos comisiones a que había pasado el estudio de la proposición Bradlaugh, no se había hecho la mínima observación respecto a su ingreso; y que lo único que había estado en tela de juicio había sido si tenía derecho a afirmar o si estaba obligado a jurar. Lo demás era inconducente; la mejor manera de prevenirse contra el ateísmo, era evitar que Mr. Bradlaugh y sus amigos ascendieran a mártires y para combatir la circulación de sus obras, que habían sido tan popularizadas por la oposición levantada contra su ingreso, era hacer justicia. Si se quería arruinar al ateísmo y concluir con los ateos, no debía convertírseles en mártires. La discusión cayó entonces en manos de las menores y recomenzó el bullicio de colmena y de gritos en que están obligados a hablar siempre, y en todas partes del mundo, las medianías parlamentarias.

Sin embargo, en el parlamento inglés se castiga de una manera ejemplar a los fastidiosos que toman la palabra para manifestar una opinión fundada en lugares comunes, que ellos consideran de una importancia indispensable. Es calidad de los necios violar siempre el silencio protector que los ampara, y regla y derecho de los miembros, del Parlamento castigarlos ejemplarmente.

La discusión estaba agotada, y después de haber hecho uso de la palabra Gibson, Northcote y Daly, la cámara se encontró invadida de miembros recientemente llegados. Estaba literalmente llena. Los agentes políticos de cada bando habían salido a la caza de votos a los clubs, a Pall Mall, a Saint James, a Covent Garden y a Her Magesty. Jóvenes y viejos, miembros del parlamento, todos los que no tienen otro rol por desempeñar que la breve tarea de votar, entraban en la sala a última hora vestidos con la más rigurosa etiqueta: camisa inmaculada, cuello hasta la altura de la campanilla, frac al cuerpo, las manos sin guantes pero llenas de anillos, el pantalón angosto y corto, dejando ver la media de seda estrechada por un zapato inglés chato, escotado, aristocráticamente longitudinal y orlado por un moño ancho o indolente, destinado a hacer el papel de banderola en aquellos pies que no permitirían a Mercurio levantar el vuelo si los dioses lo hubiesen dotado con ellos. Los diputados que habían presenciado toda la sesión estaban fastidiados, y los que iban llegando, con mayor razón, puesto que no sabían de lo que se trataba.

Creíamos con mi compañero que el momento de votar era inminente, y nos preparábamos a observar el procedimiento, cuando del fondo de uno de los bancos liberales se levantó Mr. Thorold Rogers y pidió la palabra. La Cámara, como un regimiento de línea, y como si obedeciera a una orden, se cubrió inmediatamente. En el rostro candorosamente iluminado por unas ganas famélicas de hablar, comprendí en el acto que Mr. Thorold Rogers iba a ser la verdadera víctima del drama Bradlaugh. El orador, en el instante mismo que amenazó con la palabra, fue recibido con una verdadera descarga de "No, no, no, yau, yau, no, no, yauuuu". Al principio eran veinte voces; cuando en la primera pausa Mr. Thorold Rogers lanzó para empezar el Gentlemen, que equivale a nuestro señor Presidente, las veinte voces fueron cincuenta, al segundo Gentlemen, cien; al tercero, trescientas y al poco rato, toda la Cámara vociferaba contra el fastidioso. Mr. Rogers con la sonrisa del inocente que no sabe como salir de la embarazosa posición en que él mismo se ha colocado, insistía en continuar, pero la Cámara entera sumergía sus palabras con gritos unísonos y estentóreos de desaprobación. El orador presentaba un espectáculo extraño, porque a la distancia se le veía hablar, pero no se le oía; sus ademanes eran irreprochables y sus labios se movían con un entusiasmo visible; pero la gritería que ya tomaba las proporciones de una manifestación grave, ponía a Mr. Rogers en el caso de desempeñar una pantomima curiosísima. Mr. Brand, el speaker de la Cámara, no se preocupaba ni de la víctima ni de los manifestantes: observaba la escena con una bondad benedictina, con una cara bastante aburrida, pero llena de un gesto de dulzura que se acentuaba más al dibujarse entre las alas plegadas de su enorme peluca. Mr. Thorold Rogers comenzó a picarse y a montarse en cólera poco a poco, alzó la voz y cayó de lo alto de una nota ahogado por un grito de cuatrocientas personas. Al fin hizo un esfuerzo supremo, respiró e hinchó sus pulmones para ahogar aquel coro de mal educados, pero al hacer el movimiento maquinal para proferir el grito, la Cámara suprimió las pausas de sus exclamaciones y formó un coro sordo de la monotonía más insoportable. El honorable gentleman, no se dio por vencido todavía, tomó un libro y pretendió leer, pero no bien el libro apareció en sus manos, cuando el escándalo sobrepasó los límites de lo imaginable y Mr. Thorold Rogers, acosado, convertido de manso cordero en un jabalí enfurecido, levantó el libro entre las manos, lo arrojó furiosamente a sus pies, y cayó desplomado sobre su asiento, morado de indignación y crispado de cólera. Un nuevo grito, el grito de la victoria, saludó al vencido, y terminó aquella escena parlamentaria que en cualquier otro país de la tierra habría producido consecuencias deplorables.

La hora de votar llegó, y el speaker proclamó 230 votos, por la admisión de Mr. Bradlaugh y 275 por el rechazo. Los vencedores festejaron el triunfo con repetidas manifestaciones de júbilo. Pero la cuestión Bradlaugh no debía terminar aquí; al día siguiente el diputado por Northampton iba a negar a la Cámara el derecho de expulsarlo que ella se arrogaba y se iba a presentar pretendiendo sentarse en su recinto. Veremos enseguida las consecuencias de este grande acontecimiento parlamentario.

Cuadros parlamentarios y escenas populares

Londres, julio 1.º de 1880.

La cuestión Bradlaugh estaba destinada a producir grandes acontecimientos cuyo interés se centuplica para los que ponemos los ojos por primera vez en la escena política de la Inglaterra. El parlamento declaró por una mayoría importante y a pesar de la intervención poderosa de Mr. Gladstone y de todo el ministerio, que no recibiría ni el juramento ni la afirmación del miembro por Northampton. Los conservadores, bajo la dirección de su leader Sir Stafford Northcote, consiguieron, sin duda, una victoria de doble importancia. Los principios políticos de la fracción tory habían predominado y una cuestión de partido había sido ganada por ella, porque el rechazo de Mr. Bradlaugh, importaba un voto menos en las filas liberales. Al otro día de la gran sesión, los diarios de la mañana y especialmente los diarios opositores, anunciaban la derrota del gobierno y la división de los liberales; pero la cuestión, que aparecía definitivamente terminada con la resolución votada, debía de reanudarse, complicarse y modificarse como lo vamos a ver.

A la mañana siguiente todo el mundo anunciaba que Mr. Bradlaugh, a pesar de la resolución del parlamento, se empeñaría en ocupar su puesto y provocaría un incidente. Los pedidos de entradas habían alcanzado a los últimos límites de la demanda; era de verse los grupos de hombres y mujeres que rodeaban las avenidas de Westminster aquel día, desde Trafalgar Square hasta las mismas puertas de la Casa. Señoras respetables por sus canas y por sus pelucas, con diarios y folletos en las manos, esperaban la llegada del ateo con ese rostro escandalizado con que los ingleses ven aparecer en su mismo Londres, como brotado de las entrañas de la tierra, un héroe de la demagogia latina, de larga melena, de traje estrafalario, teniendo a Dantón por modelo físico, y a los héroes de la Comuna por ejemplo moral.

En efecto todo era cierto; Mr. Bradlaugh tendría la audacia sin igual de rebelarse contra el voto del Parlamento, y la escena que iba a producirse era una verdadera novedad en los anales parlamentarios de la Gran Bretaña. A las doce y media de la mañana A Mr. Brand, ocupaba la silla del speaker con casi todos los miembros de la Cámara. El palco diplo las diplomático, las galerías, todos los rincones del recinto estaban ocupados por un público silencioso, que sin pestañear se mantenía ávido de emociones. Apareció Mr. Bradlaugh y todas las miradas cayeron sobre él. "Bradlaugh," "Bradlaugh," "Bradlaugh" murmuraron a mi alrededor más de cien voces. Mr. Childers, tenía hasta cierto punto razón, cuando contestando a Sir Stafford Northcote, le decía: "¿vais a hacer una víctima de ese ateo?". Roy Mr. Bradlaugh es el hombre más popular de Londres. Por diez o quince días alcanzará el prestigio pasajero de una opereta, pero haber sido gran hombre como son mariposas los gusanos.

Abierta la sesión, Mr. Bradlaugh en medio de la atención general, se dirige firmemente a la mesa que domina el asiento del speaker, como manifestando la resolución de que se le reciba el juramento. Mr. Brand se levanta como la estatua del comendador y lo detiene con una solemnidad llena de majestad.

-Tengo que informaros, le dice, que la Casa en su última sesión, adoptó la resolución de Sir Hardinge Giffard, por la cual no se os debe recibir juramento ni afirmación. En consecuencia de ella tengo que pedir os que os retiréis.

Mr. Bradlaugh no se inmuta. Gladstone observa atentamente la escena destacándose su figura del grupo numeroso del ministerio. Parnell, Sullivan y los irlandeses, no pueden disimular el rasgo de indignación que se dibuja en sus semblantes. Forster contempla la escena con una sonrisa tranquila y el banco de los conservadores con Northcote al frente aparece una compañía de la Guardia por su actitud inflexible y orgullosa. El speaker ha acompañado su última palabra con un político pero significativo ademán de mano, que significa en el más sencillo idioma de las señas: ¡mándese usted mudar!

Mr. Bradlaugh no se mueve y parece resuelto a todo.

-Previamente, dice, he de pedir por vuestro intermedio, que la Casa, fiel a sus viejas tradiciones, me escuche antes de poner en vivencia su resolución. No hay precedente...

Mr. Bradlaugh no puede proseguir; sus primeras palabras, han sido recibidas con muestras vivísimas de desaprobación en los mismos bancos liberales, y cuando sin preocuparse de ellas ha querido continuar resueltamente su discurso, los gritos de "orden", "retiraos" han apagado su voz.

El incidente está empeñado y el parlamento se encuentra comprometido por la primera vez en muchos años, en una escena verdaderamente revolucionaria e imprevista.

El speaker se levanta y domina como Neptuno aquel mar que comienza a agitarse violentamente.

Entiendo que deseáis que la Casa os oiga sobre el pedido que promovéis. Ese pedido corresponde resolverlo a la Casa. Os invito a que os retiréis para que la Casa resuelva vuestra solicitud.

-Me retiraré mientras ella se considera -réplica Mr. Bradlaugh que se halla resuelto a llevar el incidente al último límite.

Mr. Bradlaugh se retira. Labouchère hace moción para que sea oído. La moción es apoyada, pero Mr. Walpole observa con razón que ella es ambigua y piensa que la intención de los que la apoyan debe ser, que Mr. Bradlaugh hable desde la barra. Un diputado pide que el ministerio indique que procedimiento debe seguirse; la moción es recibida con salvas nutridas de noes; el ministerio guarda atención y por último, el speaker proclama el derecho de Mr. Bradlaugh a ser oído desde la barra. Este se presenta de nuevo con la franca impertinencia que lo distingue.

-Señor, dice, tengo que pedir indulgencia a cada miembro de la Cámara, si hallándome como me hallo en una posición sin ejemplo en la historia de esta Casa, trato de dar algunas razones para demostrar que la resolución que se me ha comunicado no debe cumplirse. Si

no fuera por demás recordar las tradiciones de la Casa, yo apelaría ante ella misma, para demostrar que no hay un solo precedente en sus anales que demuestre que el parlamento ha juzgado a uno de sus miembros en su ausencia, arrebatándole los derechos constitucionales de que está investido. (La atención se establece por unos cuantos hear que se dejan oír en la primera pausa del orador). Aún a los miembros, que han sido suspendidos legalmente, se les oye antes desde sus asientos; y no comprendo como es que la Casa puede ser menos justa conmigo que lo que ha sido con otros miembros de ella. (Los hear se repiten y los gritos de order los contestan). Si me declaráis indigno de sentarme entre vosotros, a lo menos deberíais haber usado la generosidad que el juez usa para con el criminal. Pero es que yo no me encuentro aquí como un culpable, sino como el escogido de una sección electoral de este país, que tiene un deber que cumplir. Me encuentro aquí resuelto a observar el más profundo respeto por la Casa, de la cual espero y entiendo formar parte y a cuyas tradiciones no he pensado arrojar ni siquiera una sombra de ataque. Me encuentro aquí dispuesto a cumplir con cualquier fórmula que esta Casa exija o con cualquier forma que la ley le permita exigir y pronto a desempeñar cualquier deber que la ley me imponga. No argüiré en este acto sobre si la Casa está o no habilitada para resolver algo en contra de la ley, porque debo imaginarme que aun los más intransigentes de aquellos que me han combatido, difícilmente se hallarían preparados a poner en los labios de una persona que consideran demasiado aventurada en ideas políticas, un argumento tan peligroso como este. No pido a esta Casa favor ninguno para mí ni para mis electores, hablo en los límites de la ley y pido únicamente la justicia que siempre ha sido distribuida. Tengo que pedir indulgencia por ciertas palabras pronunciadas en contra mía; algunas de ellas, según siempre lo creí, no debieran haber sido pronunciadas nunca por caballeros ingleses en ausencia de su antagonista y sin un aviso de antemano. También hubo, es cierto, palabras generosas y valientes pronunciadas en favor de quien parece ser en el presente una fuente de trastornos y agitaciones y pongo estas generosas palabras enfrente de las otras. Si las actas son verídicas, veo que otros nombres fueron puestos al lado de mío, en el calor de la pasión y del debate, y es de presumirse que al caballero que usó esas palabras le faltó la hidalguía bastante, porque aunque yo pueda contestar las que contra mí iban dirigidas los aludidos no lo pueden hacer y nada justifica la introducción de ningún otro nombre con el mío. En este momento pido justicia desde este sitio; por derecho (apuntando a los asientos) es allí donde me corresponde pedirla. Este derecho lo invoco en el nombre de los que me han enviado aquí. No ha habido ni antes de mi elección ni durante mi elección ninguna incompatibilidad legal. Se dice "debíais haber prestado el juramento como lo hacen los demás miembros". Yo traté de ponerme en las condiciones de todos los miembros que ingresan; es fácil imaginar un hombre, que encuentre en la fórmula de un juramento palabras contrarias a sus creencias y todo mi delito consiste en haber preguntado si no había una fórmula de ingreso compatible con mi honor y con mi conciencia. Si no he entendido mal, creo que hubo miembros de esta Cámara que dijeron que no tenía ni honor ni conciencia. ¿No he demostrado lo contrario optando por la fórmula que era compatible con mis ideas, y no por la que no lo era? (Aplausos y llamados al orden).

.....

-La ley me da el derecho para prestar el juramento. La ley me da el derecho de ocupar mi asiento allí. Tenéis el derecho de arrojarme, pero no tenéis el derecho de hacerlo sin oírme desde mi asiento. No me podéis negar el derecho que tiene todo miembro de esta

Casa. Suponed que declararíais vacante mi cargo, ¿qué debo decir a mis electores, al regresar a Northampton? Ciertamente es que yo carezco de las tradiciones de familia de muchos de vosotros, pero en cambio, tengo las tradiciones del pueblo que me envía a este recinto para representarlo ¿Entendéis que debo acudir a Northampton en apelación contra vosotros? ¿Pensáis que debo dirigirme a mis electores pidiéndoles que ellos revoquen los mandatos de esta Casa? Espero que no, pero si así lo queréis, ¡qué así sea! Si la Cámara se ensaña, contra un hombre aislado, que use de los medios que cree debe usar y ¡qué se dé la batalla que ella no va a tener lugar con el distrito de Northampton solamente!

Este discurso ha sido considerado por los londoners exaltados, como una pieza maestra. A mi juicio no pasa de ser una muestra de baja oratoria clubista; débil, cínica y plebeya. Mr. Bradlaugh, contesta con una puerilidad a los que le han negado el honor y la conciencia; declara estar dispuesto a jurar, después de haber provocado la tormenta, adelantando sus opiniones filosóficas sobre el juramento e insistiendo sobre la incompatibilidad que media entre ellas y la fórmula de ingreso. Promueve una cuestión capital para hacer ruido y cuando la mayoría le cierra la entrada con dos vueltas de llave negándole el derecho de afirmar y el de jurar, implora el juramento; él, que profesa principios e ideas que lo inhabilitan para jurar; él, que cree que jurando no se encuentra obligado solemnemente al cumplimiento de su deber; él, en fin, ¡qué considera farsaica la fórmula consagrada por la tradición parlamentaria de la Inglaterra!

La escena iba a llegar hasta los límites inusitados en que la impertinencia de Mr. Bradlaugh quería representarla.

Mr. Labouchère hace enseguida una moción para que en vista de lo alegado por Bradlaugh le sea aceptado el juramento. La moción después de un corto pero agrio debate, es rechazada y el protagonista se presenta de nuevo para oír su sentencia ante el speaker.

-Mr. Bradlaugh, os presentasteis esta mañana solicitando prestar juramento y os ordené que os retiraseis. Expresasteis entonces el deseo de ser oído antes de ser definitivamente obligado a retiraros. La Casa admitió, vuestro pedido y habéis sido escuchado. No teniendo órdenes ulteriores de la Casa a las que os he comunicado, os ordeno que os retiréis.

-Me permito insistir respetuosamente en el derecho que me asiste para considerarme como miembro debidamente electo por Northampton, y os pido me recibáis el juramento, para ocupar mi lugar, por cuya razón me niego respetuosamente a retirarme.

La tormenta se aproxima a su período crítico con esta contestación terminante; los gritos de "order" se repiten en los bancos conservadores y la calma parece abandonar los espíritus más serenos. El speaker ha oído las últimas palabras de Mr. Bradlaugh con impaciencia mal disimulada y montando su fisonomía con un poco de energía deja dibujarse en ella al mismo tiempo, una sonrisa desdeñosa, propia de aquel que tiene los medios de hacerse obedecer y respetar.

-Os hago saber que las órdenes de la Casa son de que os retiréis.

-Con respeto me rehúso a obedecer las órdenes de la Casa. Ellas son contrarias a la ley.

El speaker se levanta, entonces lleno de tranquilidad.

-Debo pedir a la Cámara que preste su autoridad a la presidencia para cumplir sus mandatos. Carezco de autoridad sin órdenes de la Casa para ejercer sus poderes y debo por esa razón pedir que ella me dé instrucciones sobre el caso que ocurre.

Pendiente la demanda del speaker, la tormenta estalla en el recinto, el speaker se mantiene de pie esperando que la Cámara lo invista con sus altos poderes para proceder a ejecutar sus órdenes. Bradlaugh espera impasible al desenlace de la escena; la agitación en las bancas crece por instantes; parece que el gran sistema parlamentario de la Inglaterra, pasa por un eclipse y que sufre una crisis con aquella escena bastarda en el linaje de sus cuadros históricos. Se comprende en los anales legislativos de Westminster, que Pitt, en pleno parlamento, cante sarcásticamente en las barbas de Grenville una canción de moda con que lo pone en ridículo, en la que figuran, entre alusiones evidentes con el sobrenombre de la Percha y la Elefanta las duquesas de Kendall y de Artington queridas de Jorge I; que Walpole haga travesuras políticas de todo género durante su larga administración, pero la escena provocada por Mr. Bradlaugh, la elección de Mr. Bradlaugh, y el mismo Mr. Bradlaugh, no son elementos propios del carácter político y constitucional de la Inglaterra. Las ideas radicales, digo mal, el ateísmo y el socialismo, comienzan a manifestar síntomas de epidemia en la Gran Bretaña y me tomo mucho que en las últimas elecciones generales, en que Mr. Gladstone ha tomado tanta parte, hayan ocurrido casos graves; entre ellos el de Mr. Bradlaugh es típico.

El incidente Bradlaugh requería sin embargo una solución compatible con la majestad del parlamento desconocida por el recalcitrante. Northcote se levanta para observar cuán difícil se hace la posición del primer ministro, defensor de los derechos de Bradlaugh. El golpe es a fondo y la estocada tirada en el más oportuno de los momentos. Northcote propone además que se invista al speaker de los medios necesarios para someter a Mr. Bradlaugh al cumplimiento de las órdenes de la Cámara. Mientras se decide el punto y los miembros abandonan sus asientos para permitir la recepción de sus votos, Bradlaugh permanece inmóvil en el mismo lugar. La cámara vota; todo el parlamento con muy raras excepciones, liberales, conservadores y católicos, irlandeses, aceptan la moción Northcote: el speaker ordena a Mr. Bradlaugh en nombre de la cámara que se retire.

-Con sumisión, señor, declaro que la orden de la Casa es contraria a la ley y me rehúso terminantemente a obedecerla.

-El sergent-at-arms conducirá fuera a Mr. Bradlaugh.

El mayor Gossets, rigurosamente vestido con el traje ceremonial, llevando su espadín al cinto, se adelanta hasta la mesa del speaker y deja caer su mano gravemente sobre el hombro derecho del rebelde.

-Me someto al sergent-at-arms, dice Mr. Bradlaugh, pero tan pronto como me deje fuera de la barra, volveré a ocupar mi puesto inmediatamente.

Gran sensación en la Casa; Mr. Bradlaugh es conducido fuera de la barra por el serjeant-at-arms, pero una vez libre de él, avanza hacia su puesto de nuevo. Después de algunas alternativas, imposibles de ser descritas, y en medio de una agitación general, Mr. Bradlaugh consiente en permanecer un poco distante de la barra. Aquí, la escena comienza a llegar a su término. Bradlaugh se niega a abandonar el recinto o invoca sus derechos de diputado.

-Reclamo mis derechos como miembro de esta Casa -exclama a Mr. Bradlaugh, detenido por el brazo del agente policial del Parlamento.

El serjeant-at-arms lo hace retroceder, pero el rebelde, deshaciéndose de su aprehensor, viene resuelto ante la misma mesa del speaker y repite:

-Reclamo mis derechos como miembro de esta Casa para prestar juramento. Admito la facultad de la cámara para arrestarme, pero no le reconozco el derecho de excluirme (los hear, hear, resuenan en el recinto). ¡No consentiré mi exclusión!

Bradlaugh es arrebatado de nuevo por el serjeant-at-arms. La Casa clama por que hable Gladstone y el nombre del primer ministro es repetido a gritos en los bandos liberales. Los conservadores piden que hable Northcote su leader y después de algunos minutos de excitación, Northcote se levanta y funda con palabras ardientes, una moción para que Mr. Bradlaugh sea puesto bajo la custodia del serjeant-at-arms por haber desconocido y resistido la autoridad de la Casa. Bradlaugh pretende levantarse para replicar al orgulloso representante del torismo actual. Y en aquel mismo momento, pálido pero con el semblante lleno de firmeza, la voz serena y la mirada franca, se levanta Mr. Gladstone en medio de un aplauso estruendoso que lo saludaba. El jefe de los liberales, comienza por salvar la responsabilidad del gobierno en el incidente que tiene lugar y deja ver bastante claramente que aquella madeja mal envuelta por la efusión de los liberales y conservadores de ideas religiosas intransigentes, ha producido aquel enredo difícil de desatar. Pero concretándose a la moción de Northcote y tomando como causa de ella las escenas curiosas y sin precedente que han tenido lugar, conviene en que la Casa no puede salir con honor del incidente sino votando la moción y suspendiendo por medio de ella la continuación de aquella escena.

Bradlaugh no se da todavía por satisfecho; pretende hablar, pero el speaker le impone silencio. Finigan, uno de los diputados exaltados, recientemente electo, se permite observar que la Cámara no tiene jurisdicción sobre Mr. Bradlaugh para decretar su prisión, pero la Casa salva la buena doctrina constitucional por 342 votos contra 5. En el momento de cumplirse el mandato de la Asamblea, Mr. Bradlaugh ha abandonado el recinto, pero el serjeant-at-arms vuelve al poco tiempo a informar que ha aprehendido al rebelde, y que lo tiene a disposición de la Casa en la torre de Westminster.

Al día siguiente, todo Londres estaba lleno del nombre de Bradlaugh; los grabados mostraban a Mr. Bradlaugh en las diferentes escenas que había representado en el parlamento. Bradlaugh negándose a obedecer los mandatos de la Casa; Bradlaugh conducido por el serjeant-at-arms fuera del recinto, Bradlaugh en la torre; Bradlaugh en las esquinas pintado al carbón al lápiz y a pluma. Por la noche un dibujante que traza un retrato en un minuto con un pedazo de tiza, bosqueja en un retrato de pacotilla la imagen de Mr.

Bradlaugh con un par de rayas y algunas curvas que forman el cabello y la barba. Bradlaugh es el asunto del día. Se vuelve a hablar de sus libros, de sus juicios escandalosos ante el jurado, de sus discursos, de sus panfletos. Hasta su obra, *The fruits of Philosophy*, digno émulo de Nana, en la cual se dan al pobre los consejos más brutales contra la naturaleza, es ensalzada por sus adoradores demagogos e indisciplinados como un monumento de moral popular. Mr. Bradlaugh se ha enrolado en las aventuras desde muy joven y tiene una historia tormentosa; ha sido procurador, instructor religioso en una escuela protestante; renegó de sus creencias en 1849; abandonó su puesto y se hizo lector público y panfletista. En 1850 se alistó en un cuerpo de dragones, y cansado del servicio militar compró su rescate en 1853. En 1858 y 1868 redactó el *Investigator* y el *National Reformer* en los que proclamó sus teorías exageradas y revolucionarias, sin eco ninguno en la gente sensata. Ha tomado últimamente gran parte en el Movimiento Republicano y después de muchos tiros de audacia, se ha hecho elegir miembro del parlamento por Northampton. He aquí su historia a grandes rasgos, suministrada por un vecino tory de mi asiento en la barra, que lo detesta cordialmente, y que teme muchísimo por la vida del zar en el caso que a Mr. Bradlaugh se le ocurra trasladarse a San Petersburgo.

El 28 de junio por la tarde la plaza de Trafalgar estaba ocupada por veinte mil partidarios de Mr. Bradlaugh. El cautivo había sido puesto en libertad el día antes, sin más incomodidad que la de oír muy de cerca, por una noche, los tañidos sonoros de la campana del reloj de Westminster. Desde los balcones de Morley's hotel se podía presenciar cómodamente aquel meeting que pasaría por monstruo en Buenos Aires y que no ha tenido eco en Londres; la multitud se había congregado para protestar contra la exclusión inconstitucional de Mr. Bradlaugh. Me declaré manifestante y abotonando desde arriba a abajo mi levita a la manera de un clérigo inglés, para evitar las incursiones de manos extrañas en los bolsillos del chaleco, traté de tomar mi puesto lo más cerca posible del sitio en que debía hablar Mr. Bradlaugh.

Después del incidente ocurrido en la Cámara, Gladstone con el propósito de atenuar y modificar la derrota experimentada, trató de buscar un recurso parlamentario que diera por resultado el ingreso de Bradlaugh con el voto unánime de su partido. Algunos habían votado por el rechazo del electo, fundándose en que no había ley que autorizase la entrada de un individuo que no podía jurar porque no pertenecía a ninguna creencia reconocida, y que no podía tampoco afirmar, porque no era cuáquero cuya admisión, sin juramento, está prevista por la ley. Y bien, Gladstone, hizo en términos generales un proyecto de ley para que Bradlaugh, aprovechándose indirectamente de él, ingresase a la Cámara. Este proyecto decía: "Todo miembro recientemente electo que ofrezca una afirmación en vez del juramento requerido para el ingreso, podrá incorporarse a la Casa afirmando solemnemente el cumplimiento de su deber."

Este proyecto ha sido desfavorablemente recibido por la opinión pública. Todo el mundo ha visto en él una evolución vulgar aunque práctica para abrir las puertas al expulsado. Hubiera sido mejor que Bradlaugh ingresara bajo la fórmula de la afirmación, consentida de antemano, o bajo la del juramento mismo, cuando lo reclamaba con súplicas del speaker. Este último temperamento habría sometido al campeón materialista y hubiera servido para

patentizar la energía de sus convicciones. Pero el proyecto de Mr. Gladstone inspirado en la poca escrupulosa filosofía de la conveniencia, no sólo es una revocación inusitada contra la resolución parlamentaria, sino que tiende a favorecer directa y abiertamente el ingreso de Bradlaugh, indigno por cierto de merecer un acto tan marcado de debilidad política por parte de los que le negaron el derecho de ingreso. Nadie ha visto en el proyecto de Mr. Gladstone una ley de orden general; detrás de la mesa en que el proyecto ha sido leído, está Bradlaugh haciendo antesala para introducirse por una gran puerta; él, que según la masa considerable de la opinión pública, debió haber entrado por una madriguera. El proyecto de Mr. Gladstone, arrea indudablemente una de las enseñanzas de la tradición parlamentaria de la Inglaterra; convertido en ley, los ministeriales que lo sancionen y que hayan votado en contra de Bradlaugh, tragarán sus palabras anteriores y bajarán la cabeza ante las conveniencias del partido. Mr. Gladstone abre a la Casa un locus penitentiae, según la frase espiritual de Northcote, y la Casa se arrepiente de su intransigencia con el agitador incrédulo y demagogo. ¡La perfección política será siempre un problema, aún en la gran escuela de la libertad!

Mr. Bradlaugh se presentó en el meeting con una copia del proyecto de Gladstone en la mano. "Sólo la coalición de los conservadores y de los fanáticos, dijo, ha podido violar la ley. No habéis concurrido a este sitio por mí, ni por mis derechos, sino por los derechos constitucionales de un cuerpo electoral. Esperad tranquilamente hasta el jueves a la noche para que la cuestión se ventile definitivamente. Conservad el orden y retiraos pacíficamente a vuestros hogares. Pero antes quiero preguntar a los hombres de Londres, lo que ya he preguntado a los hombres de Northampton. ¿Aprobáis mi conducta? ¡Responded tranquilamente levantando vuestras manos! (Dos brazos se levantaron con las manos abiertas y veinte mil voces contestaron afirmativamente al agitador popular.) Os lo agradezco porque esa contestación me fortalece en mis principios. Tanto Mr. Bright como Mr. Gladstone han dicho que ha pasado el tiempo de los textos religiosos para la Casa de los Comunes." (Aquí los vivas a Gladstone resuenan al pie de la columna de Nelson, protegida por los cuatro leones gigantescos que se levantan majestuosos entre aquel océano de cabezas humanas.) (Una voz propone tres vivas a Gladstone.) "Sí, tres vivas por William Ewart Gladstone. "Sí, tres vivas por el hombre, que teniendo un espíritu religioso, en su amor por la justicia, se ha conducido rectamente con aquel que no simpatiza con sus creencias. Tres vivas por el guardián de la libertad inglesa, que no patrocina el grito de los fanáticos contra los electores que votan por un hombre impopular. Tres vivas por Mr. Gladstone, que resuenen en los corredores de San Esteban!"

La muchedumbre se amura alrededor del tribuno y prorrumpe en gritos prolongados; la policía tuvo que ser un tanto más enérgica que de costumbre; la turba se aglomeró en los alrededores del palacio de Westminster al terminar el mitin; los policemen hacían esfuerzos sobrehumanos para contener a las masas invasoras; los gordos calzados entre los grupos y rodando involuntariamente a merced de los empujones, pasaban por las horribles sofocaciones de su corpulencia; los flacos no perdían rendija por donde escurrirse; hubo algunas señoras Bradlhauguistas emparedadas por algunos momentos entre las ondas de la muchedumbre, que soportaron, heroicamente el vaivén popular; hubo otras que salieron despeinadas y deshechas pero inglesamente resignadas del centro de la multitud, con la peluca trastornada, los rizos desensortijados y lacios, perdidos los guantes, cercenadas las pulseras de oro de Abisinia y los paraguas vueltos al revés, como amenazando tragarse al

primero que se atreviera a desempeñar el papel de salvador. La policía tuvo que ser reforzada considerablemente con nuevos agentes que llegaron de King Street Station y merced a su actitud se aplacó aquella tormenta popular y la turba se dispersó en grupos, refrescada por un aguacero manso pero bastante eficaz para aplacar los espíritus y mojar los cuerpos.

El jueves siguiente el proyecto del ministerio referente a la forma de ingreso era votado por los liberales contra la masa compacta de conservadores que defendieron enérgicamente los dioses tutelares de sus principios políticos y religiosos. Sólo cuatro liberales, firmes en sus puestos, votaron contra el proyecto del ministerio a todos los demás los dobló la irresistible influencia de Mr. Gladstone que ha concluido al fin por hacer un partido liberal con una amalgama informe de elementos antagónicos y heterogéneos. Como consecuencia de la resolución de carácter general votada, Mr. Bradlaugh, acogiéndose a ella, solicitó el derecho a ingresar, bajo la fórmula de la afirmación y le fue concedida por la mayoría, siempre contra el voto implacable y severo de los torys que lo han visto incorporarse a la Cámara sin descender de lo alto de su desdén.

Mr. Gladstone, ha ganado la victoria definitiva, pero el ejército ha flaqueado en el primer encuentro y ha dejado ver mucho de aquella indisciplina que solían demostrar las falanges mercenarias de Cartago que hablaban lenguas distintas, delante de las legiones romanas que hablaban una sola y propia lengua. Los whigs no son hoy los whigs de los tiempos pasados; son un partido anómalo del cual ha dicho con profunda razón el agudo Beaconsfield, que es un nido de aves distintas, un partido aristocrático democrático, en el cual brillan los Gladstone, los Grenville y los Hartington al lado de los Sullivan, los Parnell y los Bradlaugh; furiosos enemigos los dos primeros de la tradición anglicana y el último, un aborto francés del 93 en la época normal que ha legado al país la profunda y educadora revolución inglesa. Y no son ellos solos los que hacen causa común hoy con Mr. Gladstone y los que se enrolan en el partido liberal. Forman parte del ministerio Charles Dilke, Chamberlain y el profesor Fawcett; los tres han sido miembros del Radical Club hasta el día de su nombramiento y han dejado de formar parte de él en cumplimiento de sus reglamentos, que ordenan que todo miembro de la Corporación que ocupe un puesto en el gobierno deja de ser ipso facto socio del Club. Sus concoleas acaban de darles en Londres el banquete de despedida, pero ellos no han arriado en el ministerio la bandera del radicalismo a outrance porque han combatido. Enseguida milita el grupo atrevido y revoltoso de los home rulers que campa por sus respetas y que vota como le conviene aunque está más lejos de los conservadores que de los liberales. El triunfo de Mr. Gladstone ha producido algunas elecciones que pueden considerarse como actos de pura influencia personal; sus dos hijos -que hasta ahora no han revelado dotes sobresalientes por más que sean considerados por mozos inteligentes en Inglaterra, donde parece también que es costumbre encumbrar los talentos de los hijos de los grandes hombres- han conquistado dos asientos en la Casa. Herbert Gladstone desempeña además el cargo de secretario privado del Primer Ministro y es el niño mimado de los partidarios calurosos de su padre, pero hasta ahora la Casa no ha tenido ocasión de verle lucir sus gracias al joven hijo del Conde de Chatham en su maiden speech.

Entre tanto, el partido conservador se mantiene homogéneo y compacto en su derrota, con rumbos claros en la política exterior e interior, con soldados de un mismo credo

político y con propósitos de gobierno trascendentales. El comercio, la industria, y las ciudades manufactureras como Manchester, Glasgow y Birmingham no quieren salir del reducido círculo de los negocios; las masas populares saludan a Gladstone como el redentor de la libertad inglesa; se reducen los presupuestos; se suspenden las constricciones bélicas en Woolwich y en Portsmouth; se fustiga a la pasada administración por los gastos en las guerras de la India y del Cabo, y se garantiza la paz pública, la paz egoísta y positiva del comerciante. Pero cuando en los teatros, en las calles o en los lugares públicos aparece el enigmático y agudo perfil de Mr. Disraeli, la multitud lo aplaude y lo encomia y lo llama "¡Nuestro Dizzi, nuestro amado Dizzi!" ¡Imposible poner en duda su prestigio en el pueblo inglés! Cuando los liberales cantan en los teatros ¡The good time comes! la concurrencia se divide en partes iguales y viva a Gladstone y aclama a Disraeli con febril entusiasmo.

La política es como el juego: la parada ha sido ganada por Mr. Gladstone cuando nadie lo esperaba; cuidado con la primer jugada de Beaconsfield.

Cuadros parlamentarios

Disraeli en la cámara de los lores

Londres, 17 de julio de 1880.

Roberto Peel fue el hombre más elegante de Londres en su tiempo y el ministro más hábil de la Inglaterra. Tengo un retrato de él que podría servir de figurín al más exigente de los artistas de la tijera, y muchas veces, cuando lo he admirado, no he podido comprender cómo aquel espíritu altivo, enérgico y varonil, rendía un culto tan exacto al arte difícil del bien vestir. Cuando se presentaba en los salones aristocráticos o en la corte, la envidia rompía sus dientes contra sus trajes, la misma envidia que se había arrastrado vilmente, dominada por la pasmosa intensidad de sus argumentos en la tribuna, encontraba elementos para condenar o como un espíritu frívolo por razón de la exagerada estrechez de sus pantalones o la demasiado romántica negligencia de sus cuellos. Quién había de decirle a aquel altivo y desdeñoso tory, que dentro de su misma falange, saldría un joven, que con sus mismos gustos y casi con dotes superiores, iba a disputarle las primicias de la moda y el cetro del gobierno parlamentario que empuñaba a despecho de la más poderosa coalición de sus enemigos. Benjamín Disraeli hizo sus primeras apariciones en la tertulia literaria de lady Blessington. Tengo también su retrato cuando todavía no había cumplido los 22 años, en los días en que Vivian Grey y Contarini Fleming hacían su aparición en las librerías de Londres y la crítica los recibía con toda la saña que provocan las obras de los espíritus fuertes. Era entonces un joven de estatura regular, lleno de distinción, de rasgos pulidos y delicados, de tez un tanto mate, el cabello crespo, la cabeza artística, la mirada maliciosa,

arrojando su rayo penetrante como una tangente sobre la parte superior de una nariz que podría llamarse grande si no fuera de una corrección perfecta de líneas; la boca gruesa, pesada en sus labios inferiores, recogida y fina en su labio superior, indicando así la aguda malicia de un observador temible, ese era Benjamín Disraeli cuando a pesar de su nombre, de su apellido y de su origen judío, puso el hombro contra el grupo intransigente de la nobleza inglesa y se abrió la senda que debía llevarlo un día a ocupar un sitio al lado de los ilustres descendientes de la aristocracia británica que llevan todavía los hombres históricos de Argyll, Russel, York, Derby, etc. Hace pocos días que lo he visto, después de 45 años de escrito Vivian Grey y he tratado de imaginarme el pasado de aquel afortunado hijo de nuestro medio siglo. Mr. Disraeli, no es ya el hermoso joven de 1828; aquella mecha indolente que cubría su sien, ha caído con las verdes hojas de la juventud, dejando de su pasada belleza unas cuantas hebras que no bastan para disimular las arrugas de la frente; pero en cambio, el león rival de Peel, mimado de las ladys del pasado tiempo y envidiado por todos los elegantes de al época, es el mismo, exactamente el mismo. Mr. Disraeli se para sobre un pie judío, alto de empeine, angosto y puntiagudo como una daga, se cruza la levita con toda la graciosa facilidad de un gentleman, y el lazo negligente de su corbata atada con un desdén aparente, pareciera deber su nudo a la mano presumida de lord Byron o de Goethe.

No he tenido la fortuna de alcanzarlo en la brecha conduciendo a la Inglaterra con la política fuerte y patriótica de Guillermo Pitt; le he visto en sus posiciones de retirada, vencido por el partido del tanto por ciento que encabeza Mr. Gladstone y que para vencerlo, ha tenido que derramar en las urnas electorales y según sus propias cuentas publicadas, un término medio de ocho mil libras esterlinas por cada diputado liberal; le he visto sentado en su puesto de par de Inglaterra, mimado por la fiera y soberbia nobleza que quema inmenso, en su torno, desde el príncipe de Gales hasta los venerables obispos de York, de Winchester y Canterbury; sentado democráticamente en su butaca, pero con la cabeza descubierta y haciendo un contraste marcado con aquellas bancas de irlandeses agitadores que gritan y blasfeman en la Cámara de los Comunes.

Mr. Disraeli, no podrá encontrar sus blasones ni la estatua de sus antepasados entre los nichos góticos que rodean los muros de las casas de los lores. La vieja heráldica normanda no fundió su corona de conde, ni guarda su escudo de armas aquellas molduras, pero su genio y su carácter han hecho práctica en el parlamento la divisa con que comenzó su carrera, *forti nihil difficile*, y hoy lord Beaconsfield, vale tanto más ante la historia de su país, que sus colegas los descendientes de la nobleza que brilló en los tiempos de Guillermo el Conquistador.

Benjamín Disraeli es el primer hombre de la Inglaterra en nuestros días; lo digo sin embozo y confesando la profunda simpatía que me despiertan su nombre, su vida, sus obras, sus talentos literarios, sus gustos artísticos, su fuerza parlamentaria. Desde joven se ha formado en la lucha, y la historia de su ambición es la verdadera epopeya de su genio. Él supo que era un espíritu superior desde el día que trazó sus primeras frases literarias en el Star Chamber. Desde aquél día, como todos los espíritus privilegiados, buscó en las letras el medio de trepar a la cima y se acordó siempre que había sido bautizado en los brazos del poeta Rogers y de la aguda Mrs. Ellis, el espíritu crítico más fino de su tiempo. Con una naturaleza legítimamente poética, libre de la jerga universitaria de Oxford y de Cambridge,

y aún de la rutina anglicana de los grandes colegios de los nobles, Benjamín Disraeli fue un verdadero campeón literario en sus ruidosos estrenos y se educó por sí mismo, sin tener maestros académicos ni someterse a textos oficiales. Por eso es que un día, hombre ya, cuando notó que la maledicencia pública no se satisfacía bastante en sus ataques sañudos contra lord Byron, sino que pretendía negar la profunda revolución literaria que el autor de Childe-Harold había consumado en Inglaterra y en Europa mismo, él, Benjamín Disraeli, escribió el mejor, sin duda, de sus romances literarios, Venetia, y defendió así con el nombre de lord Cadurcis y contra la implacable chismografía de la Corte, al más brillante y disipado hijo de este siglo, ante cuya historia romancesca y deslumbrante, es un simple idilio la vida de Musset, y una fiesta inofensiva la tertulia alemana en que Goethe y su pléyade vaciaban las bodegas de Rudesheim.

No ha habido un acontecimiento ruidoso en la historia europea desde 1830 hasta 1880, que no haya recibido una impulsión de esa frente espaciosa. Los últimos cuarenta años de la Europa han pasado y se han sucedido unos a los otros, señalando el nombre de Disraeli en cada uno de los sucesos notables que han tenido lugar. Ningún hombre ha despertado más emulaciones que él, desde que era niño, y digo niño, porque sólo a Disraeli en la literatura, le ha sido dado hacer a los 22 años que hizo Pitt en el parlamento. El prototipo de la independencia personal, es tal vez el primer hombre de genio en la política inglesa, que jamás haya dejado de pertenecer a su partido; enemigo del sistema de las exhibiciones populares, de que tanto abuso ha hecho y sigue haciendo su rival. Disraeli, en su legítimo orgullo, ha tenido como sigue el privilegio de considerar con el desdén más alto a las mediocridades, les ha marcado sus defectos con su sarcasmo candente, y enemigo capital de los elementos teatrales con que se fabrican reputaciones en todas partes, nunca ha hecho una cortesía al diarista o al revistero pronto a tributar un elogio o a lanzar un dardo envenenado, según los tiempos, los motivos y las conveniencias.

Así se explica cómo ningún inglés de este siglo y del otro, haya sido más vilipendiado que lord Beaconsfield, por la prensa de su país, y es por eso que ninguno ha tenido como él, esas garras de halcón con que asegura a sus adversarios y les hace en la tribuna o en el romance, todos los dolores y las burlas del ridículo. Es el Voltaire parlamentario, pero dotado de la austera probidad británica y de una consecuencia verdaderamente israelita con sus principios, sus actos y sus amigos. Ambicioso en el campo legítimo de la acción, ha sido siempre generoso y desprendido en la esfera de su propio partido y de sus partidarios; tory por inclinación espontánea, desde que tentó por primera vez los favores de la política, comenzó por seguir las banderas de Peel contra Rusell y Palmerston, pero el día que sir Robert, falto de escrúpulos políticos, hizo traición a los principios conservadores y transó con sus enemigos, Disraeli fue el primero que le disputó el derecho de dirigir el partido y quien contribuyó más poderosamente a la caída del más soberbio de los ministros ingleses. Disraeli es el verdadero reorganizador del partido conservador; comenzó por quitarle el apodo de tory, designación que significaba lo mismo que la que distinguía a los whigs sus adversarios; congregó a toda la juventud inglesa que se había iniciado en el parlamento, en las letras y en la prensa, sosteniendo el mantenimiento de las tradiciones británicas, y fue el verdadero fundador de la Joven Inglaterra, que lo contó entre sus representantes con Bentick, Lytton Manners, Wyndham y otros.

Los demócratas ingleses de esta época pretenden hacer de lord Beaconsfield un verdadero dictador político, un intransigente, un espíritu montado en las ideas aristocráticas más absolutas, un hombre, en fin, que cree haber heredado el derecho de gobernar a la Inglaterra como el rey Juan o como el peor de los monarcas de la Restauración Eduarda; se le acusa de haber puesto al país en el camino de la bancarrota; de haber falseado la Constitución británica; de haber especulado con el patrimonio de sus amigos; de haber perdido y obscurecido un grupo brillante de la juventud inglesa; de haber detenido el movimiento liberal de las ideas políticas, sociales y literarias; de haberse puesto una corona sobre las sienes para dominar con el emblema de la nobleza a la masa independiente y democrática del pueblo inglés.

Todos estos cargos están desmentidos por la vida misma de Mr. Disraeli. Dentro del partido conservador, ningún político inglés de nuestros días, incluso Gladstone, incluso Brigh, incluso los mismos agitadores irlandeses, ha proclamado, sin contradecirse una sola vez, principios e ideas más liberales que lord Beaconsfield. Su querrela y rompimiento con sir Robert Peel, son la más elocuente prueba del hecho. En 1843, Peel, acosado por los desórdenes de Irlanda, irritado y enfurecido por la insolencia y los desmanes de las turbas encabezadas por O'Connell, arroja sobre el Parlamento, con todo el imperio de su orgullo, un proyecto que importaba la anulación de los preceptos más notorios de la Constitución Británica; por ese proyecto se aumentaban las policías y los elementos de represión y se arrebatava a los irlandeses el derecho de llevar armas. En medio de la sorpresa general, y arrostrando las más implacables del mismo Peel, que no se da cuenta en el primer instante de tamaña audacia contra su autoridad, Mr. Disraeli, que tenía muy poco más de 30 años, declara que votaría por el proyecto por no negar al gobierno los medios que solicitaba, pero hace un discurso capital en el cual combate a todo trance la política de rigor que desarrollaba el ministerio, defendiendo muchos de los derechos que invocaba la Irlanda.

Esa misma cuestión que Mr. Bradlaugh ha provocado días pasados en la Cámara de los Comunes, produciendo un escándalo e infiriendo un desmán a los preceptos de la Constitución inglesa, la ha iniciado Mr. Disraeli, antes que ningún liberal, a propósito de la elección del barón de Rothschild, a quien la ciudad de Londres se empeñaba en llevar al Parlamento, a pesar de los rechazos continuos que sufría el electo por su condición de judío. Verdad es que lord Beaconsfield ha sido considerado siempre con marcadas tendencias al israelismo, a causa de su origen judío; pero cristiano como es y miembro del partido que conserva más firmemente la tradición religiosa, él no tuvo en ser el primero en promover la admisión al Parlamento de los judíos, y merced a su palabra se operó la reforma del juramento para el ingreso de la Cámara popular. Su secretario, lord Rowton, nos ha dejado un trozo de aquel admirable discurso que obscureció las peroraciones sobre la igualdad civil y política con que los whigs querían agotar la cuestión: "El judaísmo, decía Mr. Disraeli, ha sido el precursor del cristianismo. Nada existe en los principios de la fe de los judíos que los cristianos no estemos obligados a creer. La primera educación religiosa que se da en nuestros colegios, consiste en enseñar al niño a admirar las hazañas, las virtudes y los sufrimientos de los prohombres de Israel. Los cristianos adoramos a Dios con el mismo lenguaje, con las mismas palabras de los profetas judíos".

Y aquel espíritu acusado de intransigente y de retrógrado, alcanzó con su palabra la reforma liberal del juramento, que muchos de los lores y diputados whigs estimaron como

un baldón contra la bandera de la religión oficial. Y sin embargo, la fracción liberal ha abierto hoy las puertas a un materialista demagogo demoliendo con el proyecto de entrada franca presentado por Mr. Gladstone, el último baluarte en que se custodian los penates religiosos comunes a todos los partidos ingleses, distinción de whigs, de torys y de home rulers.

Es un error profundo creer en las acusaciones de la prensa inglesa contra lord Beaconsfield, su política y su partido. Para los que nos hemos educado en la escuela republicana, la primera impresión simpática la recibimos al apreciar los partidos ingleses superficialmente y tomando como punto de partida la simple designación de liberales y conservadores. Nos parece que el partido de Mr. Gladstone y Mr. Gladstone mismo, se acercan mucho más a nuestro modo de ser y de pensar; nos deslumbra en el primer momento esa caravana de pueblo encabezada antes de las elecciones generales por el actual jefe del gabinete; ese pueblo que sale de los talleres, de las fábricas, de los puertos, de los colegios y universidades; que se congrega en Glasgow, Liverpool, Edimburgo, Carlisle, Birmingham, Manchester y Leicester; que elige y obtiene una victoria numérica de primera importancia que se traduce en condenación enérgica contra la política militar de lord Beaconsfield. Y bien, conviene estudiar el fenómeno de cerca y ver como el último movimiento electoral de la Inglaterra es para esa nación y aun para los principios sanos de la política europea, una verdadera calamidad. Mr. Gladstone considerado como liberal, está lejos de ser el tipo del liberal que nos cuadra a nosotros hijos de la América latina. Mr. Gladstone, que no trepida en abrir las puertas de la Cámara a Mr. Bradlaugh, se cortarí la mano derecha antes de permitir que una sola puerta de legítimo comercio se abriera el domingo en las calles de Londres. Últimamente ha amenazado con cerrar las tabernas, aun para la venta de simples bebidas refrescantes. Disraeli dentro de su partido, no adopta una medida, no emprende un debate, no compromete una opinión, sin consultar, y sin contar con el juicio de todo su grupo. Lleva su hidalguía a tal punto, que, frecuentemente se le ha visto sacrificar la ocasión de hacer un discurso capital, por dar a la juventud que se inicia a su lado, el medio de estrenarse y conquistar una victoria, parlamentaria. Mr. Gladstone monopoliza el debate y pretende imponer siempre la ley y su voto a lo Robert Peel, con toda la majestad irritante de ese orgullo inglés que tanto nos incomoda a los hijos de aquellos países cuando lo vemos manifestarse. Llamar liberal la política internacional de los whigs, es una irrisión. La Rusia detenida y sofrenada por el ministro tory en los últimos consejos europeos, acaba de recibir de los liberales las promesas lisonjeras que constituyen todos sus deseos. La Alemania ha respirado tranquilamente cuando ha visto caer a Beaconsfield. La mano fuerte dio la Gran Bretaña que pesaba sobre el continente precisamente para defender la política liberal, para combatir el militarismo y sofocar los últimos desmanes del despotismo en Europa, se ha abierto hoy fácilmente a impulsos del liberalismo whig, que comienza por encontrar muy natural el voraz apetito con que la Rusia acecha a sus vecinos y la actitud amenazante con que Alemania atenta al equilibrio europeo. Por eso he llamado al partido whig actual, el partido del tanto por ciento; el partido que cree en la Inglaterra no es sino una vasta casa de comercio que debe tener paz con todo el mundo sin preocuparse para nada del camino que hacen las ideas políticas en Europa. No son por cierto whigs, los whigs de los tiempos de Fox, ni mucho menos los que aceptaron la guerra de Crimea. El partido whig históricamente considerado no existe hoy en Inglaterra, porque los elementos que se han unido en las elecciones de marzo representan no un partido, sino una coalición de elementos que se han unido accidentalmente en las

ciudades y en las campañas y que se dividen todos los días en el Parlamento. La incongruencia de su conjunto es tal, que ayer no más Mr. Gladstone, en nombre del ministerio que cuenta tres radicales en su seno, ha defendido a todo trance pero en vano el proyecto que abría las bóvedas sagradas de la abadía de Westminster a los restos del príncipe imperial; y Mr. Briggs, encabezando un grupo numeroso que representaba en aquel momento la justa indignación de los ingleses contra la profanación del Panteón histórico, que guarda las cenizas de Pitt y las de los que contribuyeron a abatir las águilas imperiales, lo ha derrotado con la palabra y con el voto, llevando a los bancos de la negativa un número considerable de miembros que figuraban como sus parciales en los últimos escrutinios. Verdad es que se defendía un proyecto impopular, un proyecto que sólo un pueblo corrompido podía sancionar, pero ello servirá para demostrar hasta dónde llega el liberalismo de Mr. Gladstone y hasta qué grado cuenta con la adhesión de los elementos de su partido.

Mr. Disraeli no ha hecho nunca la política comercial, como se llama en Inglaterra a la nueva doctrina liberal. Las reformas capitales lo han contado siempre entre sus iniciadores, y así se explica que lord Beaconsfield, desde su retiro en la Casa de los lores, provoque entusiasmo, que despierta en las clases populares, a pesar de las diatribas con que lo combaten siempre los bourgeois de las ciudades de Manchester y Liverpool. Él ha sido el campeón de la tolerancia religiosa; él ha sido el primero en corregir pacíficamente las cuestiones de Irlanda; el primero en reducir los impuestos y en aliviar las condiciones de los pobres; el protector de las colonias; el autor de todas las leyes sobre propiedad literaria; el propagador más infatigable de la educación popular; el iniciador, en fin, de todas las instituciones de caridad que se han fundado en Londres, en las ciudades y aún en las aldeas del Reino Unido, Y sólo cuando ha visto que la Inglaterra necesitaba conservar en Europa la posición que ocupó siempre, es que ha pensado con la tradición, que su país era algo más que un banco de descuento universal y que el predominio financiero era un predominio vergonzoso bajo la espada o el poder militar de las otras naciones. Este es todo su delito, por eso lo befan y lo zahieren por haber puesto a la Inglaterra en condiciones de no sufrir nunca las vergüenzas de Metz y Sedán. He aquí al orgulloso tory, el espíritu intransigente, el aristócrata incurable cuyo retrato embadurnan por algunas hojas que se llaman británicas y que se alimentan de las preocupaciones liberales de las ciudades manufactureras de Inglaterra.

-No me ha cabido el placer de oírle hacer un discurso como a Mr. Gladstone, pero le he oído fundar su voto en un proyecto introducido por los príncipes de la familia real, pendiente a abolir la ley que prohíbe el matrimonio de los hermanos políticos. La prohibición nos parece insólita a los hijos de otros países; y en efecto, la opinión reinante en Inglaterra, repite anualmente el proyecto en la Cámara alta, aumentando en cada año los votos por la abolición de la ley. Sin embargo, este año con el pasado, el proyecto fue rechazado, y lord Beaconsfield, fiel y consecuente con sus votos anteriores, habló y votó por su rechazo, pero sin pasión y sin dar a la cuestión la importancia capital que le atribuía el obispo de York y sus colegas. Es menester tener presente que el vínculo matrimonial liga de tal manera en Inglaterra a los miembros de la familia, que la tradición y los hábitos repugnan una nueva unión entre cuñados. Es algo que se considera tan monstruoso como el incesto y la ley reformadora no derogaría la costumbre tradicional contra la cual se trata de reaccionar. El obispo de York no tuvo reparo en afirmar que tal proyecto era contrario a la

ley de Dios; la razón de este axioma no fue dada, porque los obispos de todos los cultos no reconocen la necesidad de las demostraciones; pero Mr. Disraeli, más elástico que el omnipotente prelado de la iglesia anglicana, supo hacer, con aquella voz simpática y sonora con que habla, una pintura tan bella, tan exacta y tan profunda del hogar inglés y de la pureza que lo distingue desde siglos, que sus pocas palabras me bastaron, sino para admitir sus doctrinas, para justificar, por lo menos, una preocupación social y religiosa que entre los católicos se desvanece con las sumas más o menos fuertes de las dispensas.

Mr. Disraeli asiste poco a la Cámara de los lores, pero vive en frecuente y diario trato con las eminencias del partido conservador. Viudo y sin hijos, busca entre los amigos literarios y políticos el consuelo que no le puede ofrecer el hogar. Artista en sus gustos, es, según la voz pública, un verdadero ateniense en su casa, que recuerda todavía las épocas galantes en que el conde de Orsay imponía la ley en los salones de Londres. Tranquilo en los tiempos de adversidad política, ha sufrido su última derrota lleno de pasmosa frialdad, y al día siguiente de la victoria liberal, se ha puesto en pie de guerra para recuperar el campo. Desde luego, lord Beaconsfield, cuenta en las filas liberales con un aliado poderoso, y ese aliado es la profunda anarquía que reina en ellas y el orgullo de Mr. Gladstone, que pretende en vano, disciplinar ese ejército de buenos y malos liberales, en el cual figuran hasta representantes del socialismo rojo.

En la segunda edad de los hombres de Estado, las ideas democráticas se modifican ventajosamente. En Francia, por ejemplo, Gambetta ha comprendido con habilidad y con seso, que la república tiene algo más que hacer que llevar la cucarda y cantar la Marsellesa. En Inglaterra, donde reina la más absoluta igualdad política, la opinión pública y los espíritus serios saben perfectamente que Mr. Gladstone, para triunfar, ha tenido que sufrir una recrudescencia de las pasiones liberales de la primera edad, mientras que lord Beaconsfield, para desalojarlo de sus posiciones, no tendrá sino que aprovechar las discordias que ya han comenzado a estallar entre sus adversarios. Mr. Gladstone, para vencer, ha tenido que exagerar su liberalismo y hacerse radical; Mr. Disraeli, para combatirlo, no necesita sino seguir siendo conservador, que en su genuino significado inglés, implica defender al país de las exageraciones revolucionarias de la escuela moderna.

No hay partido en la Europa más liberal que el partido conservador inglés, y lo que parece una paradoja por la oposición de estos dos términos antitéticos es una verdad cuando se estudia el cuadro actual de la política europea, y se observa de qué lado se inclina la política whig.

El Cenáculo de la rue Bonaparte

París, julio 30 de 1880.

El Sena es el Rubicón para los parisienses de la orilla izquierda, y el límite natural de París para la gomme de la avenida de la Ópera, del boulevard de los Italianos y de las Capuchinas. Las únicas que salvan estas barreras son las golondrinas del Luxemburgo, pero nunca, antes de haber cursado, un par de años en las recomendables escuelas de Bullier o del Chalet. Ni el lion del Boig ni el del café Anglais se presentan en la otra orilla; el alegre bohemio del boulevard St. Michel, no asoma las narices del otro lado de los puentes que conducen al Louvre o a las Tullerías. Se asegura por muchos vecinos de la Sorbona y de la rue de Écoles, que los habitantes de la margen derecha hablan un idioma distinto y pertenecen a una raza desconocida todavía. En tiempo de invierno, cuando el nido del estudiante queda vacío de amor y de muebles, cuando aquél se vuela por el balcón abierto, y estos se consumen en la chimenea, una carta que viene de países remotos hace saber al pobre abandonado, que Mimi lo pasa bien, en un primer piso del boulevard Haussmann, delante de un fuego cariñoso, abrigada por pieles de Rusia y protegida por un lord inglés, que aprovecha la erudición que la heroína ha adquirido en el verano a la sombra de los árboles que rodean la bulliciosa Fuente de Médicis. Vuelve el verano; el lord regresa a Londres a gozar de la season, y Mimi vuela al otro lado del Sena y entra en la bohardilla abandonada, vestida rigurosamente a la inglesa y cantando con alegría la canción escocesa: "Within a mile of Edimburg town." Una rechifla saluda a aquella miss apócrifa; Mimi se desconcierta, conviene en que le falta pie y estatura para adoptar la noble nacionalidad de su espléndido snob, tira sus trajes de seda, arroja sus crêpés rubios, se pone su vestido de percal y sale cantando al boulevard:

"Non, ma jeunesse n'est pas morte,

il n'est pas mort ton souvenir."

Al día siguiente todo el barrio, desde la fuente St. Michel hasta Saint Sulpice, sabe que Mimi ha regresado a la patria; y el Cenáculo de la rue Bonaparte le da la bienvenida con un banquete espléndido y succulento compuesto de un menú de verano riguroso: pepinos a la vinaigrette, escarola frisé, dos porciones de sole frit repartidas fastuosamente en las seis parejas del Cenáculo y un Macon que sólo tiene de antiguo la partida bautismal. ¡Cuánta alegría reina, en aquella fiesta en que Mimi canta con su vocecita débil, pero juguetona, la siempre nueva canción del tiempo! Entonces el coro de sus compañeros la incita a senir con la segunda estrofa y a no descansar hasta haber tarareado la última enmedio de los aplausos y de las libaciones.

Es cierto; el barrio latino está transformado, está suprimido. Una que otra callejuela sirve de muestra para decirnos lo que era. Napoleón III abrió en él los boulevards que segregan aquella gran familia estudiantil que antes vivía amontonada entre libros y papeles de música, entre yesos y lienzos, calaveras y cajas de compases; la gran familia de donde salió el inolvidable Murger, de donde han salido en la nueva época Daudet, Gambatta y Theariet; y donde todavía están alojados, porque no tienen edad para vivir por su propia cuenta, Maupassant y otros, que acaban de romper la cáscara y que pretenden piar en la calle Richelieu a pesar de las corridas que les dan los libreros del Palais Royal. Pero sí es cierto que la calle está transformada, sí es cierto que el sol abrasa en el boulevard durante el verano y el frío hiela en el invierno, los nidos del tercer piso se tejen por la misma clase de pájaros, las canciones son las mismas, los mozos de las brasseries y de los bouillons son tan canallas como sus abuelos, los árboles del jardín del Luxemburgo no se han secado, y en las vetustas paredes del Cluny y de Thermes no se ha estampado ninguna necedad moderna que profane su noble ancianidad. Y después, la vida no ha cambiado: a bailar el jueves y el domingo a la sala de Bullier, la antigua Closerie des lilas en que toda la bohemia, desde Musset hasta los alegres y espirituales muchachos del día, ha bailado y sigue bailando los valeses alemanes exhalados por unos violines, que según la expresión de un poeta de la bohemia, lloran notas de cristal bajo sus arcos. Y, en fin, para que la bohemia sea completa, tiene también su teatro clásico: el Odeón, cuyos actores y autores suelen tener orgullo en no llamarse Got ni Delaunay, ni Coquelin, ni Augier, ni Sandeau, ni Sardou. El Odeón tiene sus sacerdotes y en cuanto a devotos, todo el barrio latino lo adora, cuando no le falta con qué pagar un asiento.

El Cenáculo de la rue Bonaparte número 24 es un cuarto del tercer piso con una lujosa ventana a la calle. Esta suntuosa habitación, ocupada por dos hermanos artistas hasta hace pocos días, tiene tres varas de largo por dos de ancho, y -admírense los que creen que nuestras habitaciones de Buenos Aires carecen de buen acomodo!- los dos hermanos han tenido amueblado el Cenáculo con los siguientes muebles: dos camas y una mesa, una biblioteca suspendida en la pared con dos enormes clavos, un caballete y un taburete; telas en abundancia, en blanco unas, comenzadas y terminadas otras, y algunos bustos de yeso, manos, pies y fragmentos de estatuas colgados también de las paredes. Los dueños de esta mansión en que ha estado instalado el Cenáculo hasta hace poco, se llamaban Maurice y Sulpice K... Maurice ha pintado más de una vez el retrato de Mimi, y Sulpice ha modelado su busto. Allí la he conocido yo, en tela y en yeso; es una muchacha peligrosa, aun al óleo y modelada, y al verla, me he puesto a pensar gravemente en lo caro que les cuesta aprender el francés a los ingleses del boulevard, Haussman.

¡Ah! Desgraciadamente no voy a contar las alegrías del Cenáculo: he venido tarde. Si hubiera llegado a París en los primeros días de la primavera, habría alcanzado todavía las festivas sesiones de esta mansión, triste y enlutada hoy por la muerte de uno de los hermanos. Hace un mes que ella rebosaba de júbilo; todo el barrio cantaba en aquella jaula; el taburete era ocupado por el presidente y las dos camas por los miembros del club; las señoritas, cuando la tertulia se celebraba con damas, ocupaban el balcón en dos o tres sillas que prestaba la portera. Los dos hermanos se adoraban entrañablemente, pero eran de genio tan diverso, que en el Cenáculo no se les designaba sino con sus sobrenombres: a Sulpice, el anabaptista; y a Maurice, Sirop. Aquél era de un carácter fuerte y varonil; éste era, por el contrario, de una dulzura ejemplar. Fue Sulpice quien una vez, con motivo de la primer

fuga de Mlle. Mimi, al gran mundo, decía a Maurice con una seriedad inalterable y en medio de las risotadas de los camaradas: Mira, Sirop, nunca levantes la mano sobre una mujer... sin dejarla caer. Y el amante abandonado sonreía y perdonaba a la hermosa fugitiva, por el buen gusto que demostraba renunciando a pasar el invierno en la calle Bonaparte número 24.

El arte y la literatura parisienses están muy lejos de ser el arte y la literatura francesa. París tiene su escuela propia, y la provincia sigue inalterable la rutina trivial de la Academia. Una ocasión, el tío de Maurice y de Sulpice, viejo pintor de la noble villa de Pau, llegó a París y se alojó en casa de sus sobrinos. Al día siguiente lo llevaron a ver las telas y las estatuas de los últimos salones. El viejo artista, hijo honesto pero vulgar de los Pirineos, se quedó helado de espanto, como un sacerdote en un harén, delante del cuadro de uno de los muchachos pintores en boga, que representaba a Rolla: Rolla abandonando a su querida. La ventana abierta con malicia dejaba ver el amante descolgándose por la baranda, sorprendido por el alba. A la verdad, aquel era un cuadro que habría hecho ruborizar a los hijos de Capua, y cuya estética licenciosa sobrepasa en osadía a las escenas orientales del Palais Royal en el tiempo de la Regencia; digno de figurar en los frescos de sus bóvedas y de estimular el gusto de aquella sociedad mundana en la que el sibaritismo más refinado alteraba hasta la edad del Amor representándolo adolescente y libertino. El tío de Pau cerró los ojos ante aquella tela a la moda, y su indignación ha quedado eternamente grabada en un discurso célebre:

"¡Ah juventud! ¡Ah, sobrinos míos!

-¡En este camino el arte deja de ser sublime, para ser infame! Habéis corrompido hasta el idioma francés, el noble idioma, que hablaban los caballeros antiguos que eran tan honrados que no suprimían ni una sola sílaba, ni una sola vocal. Hoy París no habla, gesticula, y va en camino de convertir la lengua en un órgano completamente inútil. Aspiráis los vocablos, y los volvéis después de haberles hecho sufrir una modificación nasal que produce sonidos rápidos, breves y cacareados a que llamáis idioma francés. ¡Oh profanadores plebeyos de Le Sage!... ¿Y en el arte? ¿Qué hacéis en el arte? ¡Volvéis al estado del Paraíso! Prescindís del pasado, renegáis del Renacimiento; no os bastan las telas que representaban los madrigales de los buenos tiempos de los Luises, ni los grupos de Girardon, ni las fuentes de Versalles; la Madame Recamier os parece demasiado para modelo, y ni Gérard ni David han pintado bastante carne en las Sabinas, en Psyché y en el Amor! ¿Y para qué hablar de las edificantes desnudeces de Rubens? ¡Siquiera hubierais imitado esas carnes sanas y rosadas!, sus princesas robustas como las paisanas belgas, sus espaldas, sus pantorrillas, sus contornos, sus... ¡pero no! Retratáis a la querida de Rolla sirviéndoos de la primera gatita blanca del boulevard! Encamináis al arte en la senda de Namouna y de Don Páez; pintáis la alcoba, el vestido de percal, los botines de las vidrieras del boulevard des Capucines; el sombrero de aquella mala hija del siglo, más extravagante que el de un mosquetero de Luis XIII, y hasta las ligas rosadas! ¡Ah! ¡Y qué! ¿Para qué guardan nuestros museos los patios romanos, la púrpura, la sandalia griega, la diadema y el coturno? Desnudad, en buena hora, pero con fecha atrasada; desnudad a Fedra, a Cleopatra, a Julia; desnudad, aunque sea a toda la familia imperial; pero a esa gatita blanca, pequeñita, delgada, mal alimentada y visiblemente enferma del pecho, que tose al primer golpe de aire

y que no puede vivir sino en un invernáculo, como una flor del trópico... ¡eso sí que no! Eso es abrir la puerta de la alcoba de par en par, y exhibirse a los transeúntes!"

El tío de Pau no dejaba de tener razón en muchas partes de su discurso. Pero lo malo fue, que aunque tan indignado con el cuadro, no pudo resistir a las tentaciones de una copia fotográfica, y sin decir nada a sus sobrinos, por no declinar de su enérgica protesta contra lo que él llamaba crudamente la escuela de Sodoma, compró en la primera tienda una fotografía de la heroína de Musset y la enterró misteriosamente en los bolsillos de su levitón sin decir a nadie una palabra.

Fatalmente aquella tentación se pagó cara. Al llegar a Pau, el tío se olvidó de su fotografía, y ésta cayó en manos de Madame Bichot, su fiel compañera y la tía de los dos artistas de la escuela de Sodoma. Figuraos que el tío de Pau, desde que se había casado, ganaba su vida retratando al óleo a toda la ciudad y pintando imágenes para vender a los templos y a los fieles. Según las cuentas de su taller, había hecho treinta copias de la Asunción de Murillo, que hacían durante el año las delicias de las autoridades de la villa, ¡y que servían, durante las vacaciones, de jarana a Sulpice y a Maurice! Descubierta M. Bichot con la fotografía en el bolsillo, aquel hogar conyugal se convirtió en un campo de Agramante; y las hostilidades no cesaron sino por un solemne tratado de paz que se celebró y cuya condición principal era la absoluta prohibición de volver a París a recibir impresiones artísticas.

La noticia de la escena matrimonial de los tíos de Pau llegó al conocimiento del Cenáculo de la calle Bonaparte número 24, y fue celebrada alegremente en una sesión interesantísima. Mimi brindó por la eterna felicidad de los cónyuges, y porque la fotografía del cuadro maldito jamás renaciera de sus cenizas como el Fénix. Los compañeros poetas escribieron odas y baladas a la reconciliación del ochenta veces reproductor del más casto de los cuadros, del más puro de los pintores; a las distracciones de aquel Juvenal airado que después de blasfemar contra las gatitas blancas, se había llevado la muestra a Pau. Maurice sonreía mientras que los demás proponían medios más o menos divertidos de contestar el discurso del tío de Pau y por último, Maurice concibió y propuso una idea verdaderamente cruel que fue festejada con un aplauso: modelar en yeso al digno M. Bichot y representarlo como un sátiro arrebatando una ninfa. La obra se hizo, y el pobre tío de Pau recibió aquel amargo recuerdo de su flaqueza. Madame Bichot quedó plenamente convencida de que la escuela de Sodoma sólo había querido aludir, en aquella escultura la falta de inspiración artística de su marido, y cuando éste insistía, aun a riesgo de comprometer su fidelidad conyugal, explicando la alusión, con tal de salvar ileso su talento, nunca desconocido ni en París ni en la provincia, la incrédula Madame Bichot le decía: ¡No, Jacques, si te han puesto patas de buey...!

La última vez que vi a los hermanos de la calle fue en un bouillon del barrio latino. Se comía allí alegremente y pasaban de veinte las personas que rodeábamos la blanca mesa de mármol. La comida era frugal pero excelente, y no había peligro ninguno de que el vinito blanco que se bebía condujera a extremos lamentables. No se provengan los lectores; ya veo más de uno que se detiene en este renglón y que pregunta: ¿Y Mimi?... ¿Estaba Mimi entre los veinte? Declaro netamente, que si Mimi hubiera estado, no lo diría, y que si no hubiese estado no me empeñaría en jurarlo para que algunos lo creyesen. El hecho es que,

estuviese o no estuviese Mimi, no faltaron brindis, ni canciones, ni bromas, ni conversaciones serias y provechosas. No se crea que faltaba gente de respeto y de canas en aquella mansión admirable del buen humor. De entrada, un miembro del Cenáculo de la rue de Bonaparte me presentó a un oficial noruego, anciano ya, que había alcanzado el non plus ultra de lo raro en materia de accidentes de guerra: ¡nada menos que el que le matasen el caballo en un combate naval!, y a un lado de este centauro, se sentaba un joven pintor que acababa de presentar al último salón un cuadro lleno de sentimiento, y que sin embargo había sido rechazado por infames rivalidades. La tela representaba una cebolla sobre una mesa, cortada por la mitad, y al lado el cuchillo homicida. Los imparciales habían derramado lágrimas ante aquella tela tocante; pero los jurados, siempre injustos, ni siquiera se habían conmovido. Enfrente de mí saludé a un profesor de música que había arreglado para piano la mayor parte de los cuadros de Gustavo Doré, y en el otro extremo de la mesa, dos geógrafos discutían sobre la forma de la tierra, estando de acuerdo ambos y de antemano en que su pretendida redondez no pasaba de ser una fábula. Con semejantes bases para el arte y para las ciencias, hubiéramos tenido mucho en qué bordar, si la poesía moderna no hubiera estado también representada por un poeta distinguido, que había conseguido inventar un nuevo metro, llamado a ser universal, pues que todos los usados eran la causa de que la poesía moderna careciera de melodía y de medida. El sistema consistía en una aplicación de la aritmética a la métrica y el primer ensayo debía aparecer en breve bajo el título de Guarismos líricos.

De sobremesa se cantó a Béranger y a Dupont en obsequio a los extranjeros. De Dupont, Les Boeufs con un colorido bretón exquisito; y de Béranger... una de las canciones más aderezadas del viejo popular. El autor de los Guarismos líricos sostenía que ambas pertenecían al pasado, ¡en que las ciencias exactas y la poesía eran adversarias por el atraso de los hombres! Se habló de la Comedia Francesa, de la ópera, del baile. Acaba de estrenarse en la calle de Richelieu una pieza nueva de Mr. Dlair, autor nuevo también: Garin. La escena pasa en el siglo XIII y la escuela es indeterminable, porque huyendo de las imitaciones, el autor ha caído en la mediocridad; ha alcanzado diez representaciones, y como un nadador que se fatiga en medio del río y que no puede llegar a la orilla, ha sido retirada poco a poco de la escena, para evitar el naufragio del autor, ya que no fue posible evitar el de la pieza. Garin quedó acribillado sobre la mesa del banquete; la historia lo condenó como un bastardo en los anales franceses, y la poesía moderna lo repudió por su falta de bagaje aritmético: "¡Es el último combate entre los poetas y los números!" - exclamó el fundador de la poesía moderna. Se habló de política: indudablemente no son partidarios los que le faltan a la Francia republicano. Si hubiera menos inventores de doctrinas políticas, si las viejas y complicadas cuestiones sociales del tiempo de la monarquía y del imperio no se hubieran empedernido pasando al tiempo de la República, tal vez el Cenáculo podría entenderse mejor. Pero ¡ay de mí! y siento decirlo por esta juventud iluminada por el arte, por las ciencias y por las letras, lo siento por estos hijos incomparables de la gracia, el Cenáculo, a pesar de su adhesión a Grevy, a pesar de su justo entusiasmo por Gambetta, y a pesar de su fe republicana, gusta de inventar en política, como en poesía, nuevos métodos, y sistemas originales, que, aplicados a la dulce ninfa del ritmo, no ofrecen peligro irremediables, pero que adoptados por la república comprometen su suerte seriamente.

El 14 de Julio, con motivo de la fiesta de las banderas, todo el Cenáculo de la rue Bonaparte estaba en las calles de París. Sulpice, el escultor se había colocado en el ojal de la levita una desbordante cucarda tricolor y una cinta de los mismos colores en el sombrero. Su hermano, menos audaz y más tímido, se había limitado a colocarse una pequeña cintita tricolor. El poeta llevaba un sombrero azul, blanco y colorado, y en el brazo, sostenido por otra cinta nacional, un gran escudo representando una lira enlazada con un compás y una escuadra -signos de la nueva alianza. El coronel noruego también se había asociado a la fiesta, y los geógrafos llevaban hasta bucles triccolores como en los buenos tiempos del 89. La bohemia estaba de gala ese día: comió delante del bullicioso boulevard Saint Michel, presidida por Mimi, que parada en una silla cantó diez veces la Marsellesa en medio de un público delirante y como vivandera, de aquella alegre comitiva inició la marcha, atravesó el Puente Nuevo, que estaba acostumbrado a cruzar en invierno con su lord, seguida ahora de sus amigos, y llegaron todos a los campos Elíseos, que en este instante desbordaban de pueblo y de entusiasmo. Los primeros gritos de ¡Viva, la república! ¡Viva Grery! ¡Viva Gambetta!, los iniciaba Sulpice con su voz de titán; y entre los clamores de la multitud, la vocecita rota y penetrante de Mimi también gritaba ¡Vive la république! El Cenáculo de la rue Bonaparte estaba sentado en las radas que se habían improvisado con tablas para que el público pudiera presenciar la entrega de las banderas a los cuerpos, y la multitud de los primeros peldaños, ávida por observar la ceremonia, se ponía de pie, impidiéndoles ver a los que estaban más atrás. Aquí era Troya: el Cenáculo daba el primer grito de protesta, y las sátiras y las pullas, semejantes a un fuego graneado, obligaban a hombres y mujeres de las filas delanteras a sentarse.

Sin embargo, había entre estos últimos un caballero a quien el Cenáculo no había podido reducir a ocupar su silla. Los gritos de ¡abajo el filisteo!, ¡abajo el obelisco!, ¡abajo la grulla!, no daban resultado. El filisteo, el obelisco y la grulla, continuaba de pie, sin cuidarse de la gritería. Este obstinado era un gascón de mala entraña; daba vuelta de pronto para ver a sus agresores, y se encontraba con las miradas burlonas del grupo que seguía inclemente en su tarea de hacerlo sentar. Nuestro porfiado tenía grandes pretensiones a la elegancia, pero los recursos, más que la falta de gusto, no habían podido conseguir un éxito completo. Vestía este caballero de Mahón rigurosamente -el calor era insoportable- zapatos blancos con puntas negras de charol, y sobre la cabeza un sombrero de paja de un franco, de esos que irritan por su abundancia, un desgraciado sombrero de cuya belleza y elegancia no estaban muy persuadido su dueño, a pesar de la cantidad en que la misma mercadería estaba repartida en las cabezas de los concurrentes, de aquella fiesta popular. De repente, y con toda la gracia de una inspiración del momento, Mimi, parándose a su turno, y apoyándose sobre los hombros de sus compañeros, gritó en medio del grupo: ¡A bas le panamá d'un franc cinquante!

El gascón cayó fulminado sobre su silla, y sobre todos los panamá de un franco cincuenta cayó aquel cruel epigrama femenino.

Nunca ha sido más feliz la bohemia del barrio latino que en la noche del 14 de Julio. Los bailes duraron hasta muy tarde, y las alegres cenas del quartier se prolongaron hasta la madrugada. Ese día las libaciones no tuvieron el límite ordinario; las canciones no cesaron en toda la noche; Mimi y sus compañeras, del brazo de sus compañeros, cantaron como el Coq Gaulois hasta que la aurora comenzó a alumbrar el domo dorado de Los Inválidos y la

flecha de Nôtre-Dame. Sulpice cantó, a pedido de todos, el Chant du Départ, y el coro, la Marsellesa, diez, veinte, cincuenta veces. El poeta recitó su primer canto de los Guarismos líricos, pero fue objeto de una rechifla colosal, mereciendo una manifestación análoga el transportador musical de los cuadros de Gustave Doré.

En medio de la alegre mesa de los estudiantes se apareció, a pesar de su pacto de no volver a París, y el tío de Pau, M. Bichot, y apenas los hubo saludado, cuando el Hércules Sulpice lo levantó en alto y lo presentó a sus alegres camaradas como el último fauno que la mitología conservaba sobre la tierra. M. Bichot reía con su aparente buen humor de las gracias de su sobrino. Cuando el buen tío se quedó dormido en la dulce almohada que un cariñoso Pomard le había colocado en los sesos, se tanteaba las piernas para evitar que se le convirtiesen en patas de sátiro. La bohemia se recogió a las 8 de la mañana del día siguiente, y M. Bichot tomaba a esas horas el tren que lo debía llevar a Pau y se despedía de sus queridos y bondadosos sobrinos, ¡completamente restablecido de sus excesos.

Da pena contar que después de tanta alegría, uno de estos muchachos, el más dulce, el más juicioso, el de más talento y porvenir, debía desaparecer cuando todo le sonreía en torno suyo. A las seis de la tarde del día siguiente, Sulpice, que se acababa de despertar, vio caído en el suelo a Maurice, pálido y con el rostro inmóvil. Se arrojó sobre él sobresaltado: su hermano no respiraba, estaba muerto. Todos los compañeros se reunieron en el cuarto de los dos artistas al poco rato, y aquellos corazones que habían estallado de júbilo el día antes, quedaron agobiados por el dolor ante el compañero muerto: los ojos de todos se inundaron de lágrimas. Haciéndose paso por entre ellos, entró Mimi preguntando a todos con esa interrogación muda pero elocuente, de una fisonomía alarmada por las grandes desgracias, qué era lo que había sucedido, y cuando vio en tierra y exánime a Maurice, cayó en brazos de sus amigos locamente desesperada, y exclamó:

-¡Ah, Sirop; eras el que yo más amaba de tus amigos!

.....

"MUERTE PREMATURA. -El joven pintor Maurice K..., autor de uno de los últimos cuadros que más han llamado la atención en la exposición de los alumnos de la Escuela de Bellas Artes, ha fallecido ayer de un ataque repentino, cuyas causas no se conocen todavía."

Al leer esta noticia M. Bichot, que acababa de llegar a Pau dejando sano y bueno a su sobrino, se quedó abismado y prorrumpió en sollozos, que atrajeron inmediatamente a Mme. Bichot.

-¡Ay, hija mía! Esa escuela maldita de los Musset es la que tiene la culpa de la muerte de este muchacho, la escuela de Sodoma que pinta a Rolla...

-¡Cállate, Jacques, y acuérdate que tú gastaste tres francos en la fotografía de ese cuadro!

Los pájaros del doctor Riboiton

París, 5 de Agosto de 1880.

La ribera izquierda del Sena me atrae con encantos irresistibles. Hay tal vez más luz, más aire, más lujo y más espacio en la avenida de la Ópera, en la Magdalena, en la plaza de la Concordia y en los Campos Elíseos, pero mis viejos conocidos, los amigos de mis primeros años, están allí, allí donde se alza el domo majestuoso del Panteón, donde se abren las verjas del Luxemburgo, donde los muros vetustos de Cluny se ocultan del sol y del aire de los boulevards. Sobre todo, en la madrugada, cuando la orilla derecha duerme y los grandes cafés del boulevard des Italiens cierran sus puertas detrás del último calavera, ¡es tan hermoso mirar el despertar de los barrios del viejo París! Las grisetas que bajan por la calle Soufflot; las puertas de la Escuela de Derecho, de Louis le Grand, de la Sorbonne, del Colegio de Francia, ocupadas por el grupo alegre y bullicioso de los estudiantes; los naranjos del Luxemburgo, inundados por el sol de verano y sahumando con el aroma voluptuoso y fresco de sus azahares aquellas sombrías alamedas de plátanos y de encinas, los cuadros de flores primaverales bordando la tierra, animado todo por el concierto de los gorriones, que cuenta con muchos aunque la pieza no cante sino con una sola nota, ¡el refrán tierno y grave de sus trinos que siempre comienza sin terminar jamás! Aquí vive todo el París digno de ser amado; el París del viejo Nisard que le ha oído repetir muchas veces, bajo las sombras de sus árboles añosos, las Églogas y las Bucólicas del poeta, aquellos eternos alientos de la campaña, del arroyo, del bosque y de los valles; el París del alegre y epicúreo Gautier que fue canto, color y luz, según la hermosa estrofa de Theuriet; el París movible y típico de Nestor Roqueplan y de aquel amado León Gozlan, nunca bastantemente llorado por sus compañeros y por sus lectores cotidianos; no ese París que es ruso, inglés, español y hasta alemán, en el Bosque y en la Opera, no ese París estúpido que brinca, grotescamente en Mabilie, o que se extasía ante el necio desborde del vicio en la escena de "Folies Bergers".

Por aquellos rincones amados me paseaba ayer, deteniéndome delante de los mármoles que adornan el jardín favorito de los poetas parisienses, admirando, los Peregrinos calabreses de Petitot, el rostro profético de la Velléda de Maindron, y lo que es más todavía, llena la mente del recuerdo que me ha dejado una escultura nueva, La Mañana, que ayer no era sino un terrón de mármol de una blancura inmaculada, y que hoy, puesta en el camino del que penetra al museo del Luxemburgo, le arranca un ¡oh! de admiración idólatra por el genio del arte moderno; una virgen animada por el cincel en aquella masa de azúcar, lava un día remoto en las entrañas de la tierra, condensada y solidificada después, en sus senos incandescentes, cuando las corrientes atmosféricas enfriaron las fraguas del planeta, para dar a los hombres la masa de que están hechos sus dioses y sus reyes. Aquella virgen indolente, sentada sobre una plancha marmórea, soñolienta todavía, con la mirada impregnada de esa mística vaguedad de las estatuas, denuncia en su rostro aquella edad

intermedia en que la niña no es mujer y la mujer ya no es niña, adivinada por el artista en su periodo de transición, y descubierta por su cincel entre las venas aporcelanadas de una piedra que comenzó por resistirle brotando chispas, y que acabó por transformarse como si fuera pasta dúctil y simpática a las caricias de la forma y del contorno. El arte, hermano de la naturaleza brilla en estas umbrías arboledas, y se asoma entre sus calles, animando ninfas, náyades o guerreras. Labra la roca en que brota el agua murmurante de la fuente de Médicis y la decora con las divinidades de la fábula. Sobre su reja he venido a contemplar este lugar donde se dan cita las alegres parejas del barrio; donde vienen a encontrar un aire nuevo los músicos del quartier, y el tema de un artículo original los folletinistas agotados, por la diaria de la prensa. Todo se obtiene con la contemplación de este edén de París, edén que no es ni aristocrático ni bourgeois, que desairan los príncipes de los grandes barrios porque no lo conocen, y del cual se alejan los burgueses porque lo temen.

Un viejo amigo francés con quien nos acercábamos a la fuente escondida entre los plátanos me señalaba en los bancos que bordan el estanque cristalino y apacible, a estudiantes y profesores, médicos, pintores, músicos y poetas, y entre los árboles, menos sorprendidas que Galatea, la heroína de la fuente, las sombras fugitivas de las cantineras universitarias, vestidas con las telas alegres y baratas del verano, y cubiertas por sombreros en cuyas alas caprichosas, todas las flores de la primavera y todos los pájaros del Senegal, habían hecho su pequeño jardín para adornar aquellas cabecitas un poco bohemias y vacías, que viven de sol y de amor.

Entre los árboles el concierto de los gorriones se unía al concierto de las festivas parroquianas del jardín. El moineau es el habitante más parisiense de París. Es vecino de todos los barrios, hace la ronda de las mesas de los cafés en los boulevards, no se asusta ni de los fiacres ni de los ómnibus, hace ladrar a los perritos liliputienses y antipáticos de las grandes señoras, sigue a dos niños que comen un bizcocho en los parques o en las calles, y toma una participación activa en todo el movimiento de la gran ciudad. Para ellos no hay glorias ni grandezas históricas más o menos dignas que otras: anidan bajo el soberbio grupo ecuestre del Carrousel, o entre los pabellones del Louvre, con la misma comodidad y confianza que bajo el techo antiguo de la fonda del Caballo Blanco de la plaza de la Bastilla, donde según Dumas, cenó Coconas la noche de la Saint Barthélemy. La Comuna no le quema sus palacios, y el Estado no le quita sus bienes. El moineau es rey eterno en París, con Luis Felipe, con Napoleón III o con Gambetta.

Alrededor de la fuente de Médicis, había el otro día cincuenta, a lo menos, de estos entremetidos, bañándose de la manera más descarada delante de un grupo numeroso de espectadores. Siempre me han hecho bromas mis amigas por mi afición ingenua e infantil a los pájaros, y recuerdo que en una ocasión, un estudio profundo de sus hábitos, de sus costumbres, y aun de las debilidades más interesantes que ellos tienen, como los hombres, me valió muchos días de jarana. Hoy estoy justificado plenamente: cuatro cuartas partes de la población de París, y una cuarta parte de los extranjeros que lo visitan, no se ocupan ni de teatros, ni de bailes, ni de fruslerías de otra clase, sino de contemplar a los moineaux. Ya veo la cara de un turista burgués, que ha regresado a Buenos Aires, contando la hazaña de haber trepado hasta el último peldaño de la cúpula del Panteón, ávido de una descripción catalogada o inventariada, contrariarse con una página cuyos actos principales son los pájaros, y meditar en la diferencia que existe entre ver estos personajes humildes, y la muy

erudita de contar los pies de altura de la columna Vendôme. Por ahí no más, queriéndose salir de los puntos de la pluma, anda alguno de estos entes seráficos, que espulgan a Boedeker como si bebieran la crónica de lo desconocido en un papiro egipcio; echémosle a un lado para que la malicia no lo descubra, y volvamos a nuestros pájaros.

Los moineaux viven, comen y beben en la calle. Pero los que habitan los contornos de la fuente de Médicis, se albergan bajo el enorme gigante Polifemo, cantan desvergonzadamente en su boca, en su nariz y en sus barbas, sin inquietarse de su gesto feroz, y bajan a beber el agua que se derrama sobre la plancha de piedra que representa el lienzo sutil en que yace posada lánguidamente Galatea en los brazos de Acis. Desde que Ottin labró el grupo de la fuente histórica, los pájaros comprendieron que el cíclope que sorprende a los amantes, jamás se desplomaría sobre ellos ni enturbiaría los cristales, en que aplacan su sed. Si es cierto lo que decían los viejos poetas sobre la eternidad de los pájaros, esos moineaux que acuden por grupos a la fuente, son dignos de respeto, porque han sido testigos de grandes escenas pasadas, y porque saben de ellas mucho más que los guías memoristas y rutineros. Ellos son los dueños a perpetuidad de aquel rincón del hermoso jardín. Los paseantes los respetan, los niños no los persiguen jamás, de modo que gozan de una verdadera libertad urbana, tan asegurada como la del ciudadano de la nación más libre. Desde los plátanos o desde las calles del jardín se arrojan sobre la fuente con una audacia impertérrita. Siempre hay uno que despotiza con el derecho del más fuerte, tal vez con el de edad, o quizás con el del más arrojado. Un pliegue de la veste de Galatea, basta para saciar la sed y mojar las plumas de aquel bañista alado, que su pico, corto pero recio levanta la cabeza llena de gratitud a las nubes generadoras de la lluvia, agita sus alas nerviosas, y salta sobre un relieve para contemplar desde allí el pequeño intersticio en que se ha sumergido su cuerpo. La compañía sigue el baño matutino renovando los actores a cada minuto. Unos bajan y otros suben, y a que los personajes que dan alegría, vida y cantos a la ciudad, consiguen interesar la atención aún de los que creen que en París las obras de los hombres pueden oscurecer las maravillas del Creador. Dios ha puesto en los nervios de las alas de ese ser diminuto e indefenso, más misterios que los que el hombre ha sorprendido en los espacios. ¡La vida y las alas que los hombres quitan y arrancan sin saber reemplazarlas!

Había entre el grupo contemplativo de la fuente, de los árboles y de los pájaros, un señor de edad a quien los moineaux trataban con mucha más confianza que a los demás curiosos. Era un profesor de historia, que, según nos lo dijo, tenía el mal hábito, aún a los sesenta años, de levantarse de la mesa con el pan en el bolsillo como los muchachos malcriados. Ese pan era el vínculo de simpatía entre el profesor y los pájaros. El pan, desecho en migajas y repartido por el suelo, atraía una nube de aquellos glotonzuelos, que comenzando por acercarse discreta y precavidamente a los pies del anciano, acababan por convencerse de que su bienhechor no tenía otro propósito que darles de comer. Este parroquiano popular del Luxemburgo y sus pájaros, son conocidos de todos los que se acercan a aquellos jardines. Diez años hace que el doctor Riboiton da lecciones de historia y de comer a los gorriones de la fuente de Medicis. Lleva su silla, la coloca bajo los árboles, y en cuanto se sienta en ella, de los techos y de las calles acuden a devorar su pan sus viejos conocidos. Es increíble la mansedumbre de la banda que rodea al viejo profesor. Un puñado de migas la reúne y al poco rato, el doctor Riboiton se encuentra verdaderamente asediado por todas partes; unos recorren el suelo, trepan a los palos de la silla, saltan sobre el respaldo y vuelan

alrededor del pan, batiéndose en el aire con los otros por alcanzar una miga entre los dedos del viejo amigo; otros, parados sobre sus hombros esperan pacientemente su turno y cuando obtienen una migaja, la devoran gravemente sin abandonar su puesto. De pronto una miga gruesa que cae al suelo aglomera una bandada que se la disputa heroicamente, hasta que uno de ellos la levanta en el pico y vuela a devorarla a un lugar apartado para verse libre de sus rivales envidiosos. El doctor Riboiton pretende conocer a cada uno de sus pájaros: sabe la edad que tienen y experimenta por algunos preferencias verdaderamente irritantes; se impacienta con los atropellados, y llega a enfadarse con ellos de una manera alarmante. Cuando el desorden se hace visible alrededor de sus pies, o cuando algún moineau se conduce inconvenientemente con su sombrero de copa, les tira un manotón y los ahuyenta, pero los pájaros no se toman la pena de marcharse muy lejos, y vuelven a la silla y a los hombros y a la cabeza del doctor con la misma confianza que antes, persuadidos de que sus enojos no son duraderos.

No puedo decir qué impresiona más, si la bandada de gorriones que come a los pies de aquel viejo original, o si él mismo. La inocencia infantil que distingue al doctor Riboiton es digna de ser observada. Sostiene, por ejemplo, que entre sus discípulos de historia hay pocos que tengan la inteligencia de sus parroquianos de la fuente.

Cuando termina el opíparo almuerzo de los moineaux y la mayor parte de estos lo abandona, el doctor Riboiton observa gravemente la ingratitud de los que se van, y premia a los pocos que quedan a su lado buscando en sus bolsillos la última migaja.

El doctor Riboiton odia profundamente a las golondrinas, pero con un odio mortal: pájaro aventurero, sin patria y sin hogar fijo, es la única calamidad de la primavera. El vulgo, y los jesuitas particularmente, han hecho de este animalito inmundo y voraz, un ave sagrada y mística, porque, como ciertos sacerdotes, se introduce en las casas, hace su nido en ellas, cría todo género de sabandijas, y no bien sus pichones mueven las alas, abandonan el tejado protector que los ha abrigado y se ausentan para climas remotos, al África, a la India, quién sabe donde, para volver a incomodar con sus gritos estridentes cuando los primeros retoños de los árboles anuncian la primavera. Es regla del doctor Riboiton que "ave que no se posa en los árboles, es ave de mala índole", y la golondrina cae bajo esta dura máxima. Pero la causa principal de su aversión contra ella, es el espíritu de conquista brutal que la distingue. El doctor Riboiton nos ha contado que la golondrina, desde que aparece en las calles de París, viene dominada por el espíritu de despojo. Los moineaux, dueños legítimos de los árboles y tejados de París, tienen siempre el hábito de anticiparse a la primavera para hacer sus nidos, de modo que cuando la aventurera enemiga del doctor Riboiton aparece en las calles, ya los gorriones están perfectamente instalados, bajo el casco de la estatua de un guerrero, bajo el chapitel complicado de una columna corintia, o dentro de un caño de desagüe, de un cuarto piso. Las golondrinas entonces emprenden la conquista de los agujeros ocupados por los nidos de los gorriones, y el doctor Riboiton no se resigna a permanecer neutral en aquellas batallas aéreas. Según él, a la aparición de la primera golondrina en el Luxemburgo, la alarma cunde por el jardín, por el boulevard Saint Germain, por el boulevard Saint Michel. La fuente permanece abandonada por los gorriones durante muchos días e inútil es llevarles pan por la mañana porque todos están en campaña y comen lo que pueden y lo que encuentran. Entonces el doctor se da a todos los diablos y anda con un humor tremendo. Cada golondrina que le pasa como un dardo por las

narices, culebreando vertiginosamente, le arranca una maldición implacable, y si la ve flotando vagamente en el espacio a favor de sus alas nerviosas, pretende desde la tierra adivinar sus pérfidas intenciones. ¡Ah! Entonces querría tener en su casa a todos los gorriones de París, proporcionarles nido, comida y protección, para defenderlos de sus bárbaros usurpadores.

Oírle contar al doctor Riboiton un combate entre las golondrinas y gorriones, es algo más que dramático y pintoresco. Los acontecimientos históricos sobre que diserta diariamente en su curso, no son sino escaramuzas ante aquellos combates colosales del aire. La batalla de las Termópilas ha tenido su igual en las paredes del palacio del Luxemburgo en los primeros días de esta última primavera. Una pareja de gorriones, que por once años almorzó todas las mañanas en la silla del doctor Riboiton había hecho su nido entre los intersticios de una corniza. La instalación fue completa y feliz, y ya los viajes repetidos que aquellos moradores del palacio, hacían desde su nido a la silla en que se repartía el pan todas las mañanas habían indicado al profesor de historia, que contaba con cuatro vidas más por quienes velar. Una mañana la concurrencia de gorriones fue muy escasa, y noté principalmente la falta de sus asilados del Luxemburgo. Las golondrinas en cambio se cruzaban por millares en las calles del jardín. Lleno de sobresalto, el doctor Riboiton salio y buscó el paradero de sus gorriones; el aire estaba materialmente poblado de golondrinas que volaban lanzadas de un extremo a otro de la calle, convocando a sus compañeras con ese grito peculiar con que manifiestan la alarma. Arrinconados junto a un agujero de la corniza, y defendiendo la puerta de su nido, estaban los dos gorriones del doctor Riboiton, viendo la aglomeración de aquel ejército invasor que se preparaba a traerles un ataque formidable. El combate era desproporcionado por el número y por la fuerza desigual de los combatientes, pero los gorriones defendían su hogar y sus hijos, y en estos casos el valor se redobra en los animales como en los hombres. Las golondrinas comenzaron por circular rápidamente alrededor del nido, pero los gorriones con los ojos abiertos y atentos al golpe del pico del invasor, no bien recibían un picotazo, contestaban con otro defendiendo la entrada del hogar alarmado con un denuedo formidable. El doctor Riboiton no se resignó a observar neutralidad ante aquella batalla desigual cuyo éxito no podía menos de ser totalmente desfavorable a sus gorriones, y sin preocuparse de los paseantes que festejaban su extravagancia, arrojó tanta arena contra las bandadas de golondrinas, que al fin consiguió ahuyentarlas salvando así de la muerte, y de un despojo seguro, a la pareja de gorriones.

El doctor pretende que los pajaritos no han olvidado su acción y que durante el invierno, cuando la nieve cae abundantemente y la fuente se hiela, los dos gorriones con sus polluelos han de venir a pasar con él muy buenos ratos en su confortable cuartito de la calle Soufflot.

Parecerá extraña la existencia del doctor Riboiton. Un hombre que en París, donde hay tanto que ver y tanto en que gozar, se ocupa de dar de comer a los pájaros de la calle y se constituye en su defensor apasionado, no pasa de ser un excéntrico y un extravagante. Tal vez en un parque de Londres, se comprendería en un inglés esta monomanía más propia de su carácter y sus gustos. Así se explica que los ingleses pasen un día, desde la mañana hasta la tarde, esperando en la corriente de un arroyo que un salmón salte sobre la mosca artificial que oculta el anzuelo, y empleen media y hasta una hora, en recoger pacientemente su

presa; pero que un francés, hijo de otro cielo, amante de otros hábitos y costumbres, casi siempre alegre y despreocupado, pierda su tiempo como el doctor Riboiton, eso no es posible sin que tenga principios de locura.

Qué sorpresa no os causará saber sin embargo, que el jardín del Luxemburgo está lleno de doctores Riboiton, de sabios y escritores de primera línea, que después de sus afanes profesionales emplean su tiempo en la fútil tarea de dar de comer a los gorriones, y que gozan tanto con ese espectáculo, como si estuviesen presenciando una pieza de Molière representada por los mejores actores de la Comedia Francesa. En casi todas las ciudades de Europa, y en París muy especialmente, los pajaritos de las calles y de las plazas son parte integrante de la alegría que reina en ellas. Aquí los hombres atraen las aves a la vida de las ciudades; allá, nosotros las arrojamos al desierto. Aquí se aumentan y se desparraman por todos los barrios, allá las especies van desapareciendo porque no hay leyes ni doctores Riboiton que las amparen.

El teatro inglés

Vichy, Agosto 13 de 1880.

Muy fresco llevaba en la memoria el recuerdo de las representaciones que Ernesto Rossi había dado últimamente en la sala del Politeama, cuando vi aparecer, ahora dos meses, al gran Irving en las tablas del Lyceum. Se daba el Mercader de Venecia. Hacía de Shylock Mr. Irving y de Porcia Miss Ellen Terry, una actriz de las proporciones físicas de aquella Paladini que gustó tanto en Buenos Aires, pero con una cara que agradaría mil veces más si se mostrase por un instante en una de nuestras escenas. Artista de primera fuerza, que rendiría de admiración aun a aquellos que viven todavía aferrados a la opinión vulgar de que el teatro Inglés es frío como un páramo y monótono como las canciones de las ladies de la aristocracia. Irving no es un lindo hombre como Ernesto Rossi; no tiene una cabeza, un busto y un conjunto en fin, capaces de llevar el birrete de Romeo, el cinto y la espada de Rodrigo, o la cota y el casco del dulce Pablo en la Francesca. Pero Shakespeare, en la mayor parte de sus tragedias, ha suprimido la belleza física del hombre con excepción del amante de Julieta. Hamlet, la más pura de sus creaciones, es un joven enfermizo, pálido, nervioso, que vaga como una sombra, que huye de la pompa cortesana, que aparece y desaparece enlutado por su eterno y profundo dolor. Lear es un anciano que ha llegado a la edad de los bardos de Ossian. El Moro tiene la belleza africana. Macbeth y Ricardo III no han sido nunca jóvenes. Falstaff, obeso y pletórico, es el tipo de la glotonería desordenada, y Shylock en fin, a la raza de los comerciantes judíos que consumían su cuerpo y secaban su alma labrados por la codicia. Así, pues, cuando vi salir a Irving, me pregunté si aquel era Shylock. Y lo era en efecto. No un Shylock burgués, satisfecho de sus ahorros, sino un

Shylock inquieto, desconfiado, harapiento, flaco y alto como un espectro, con el perfil de una ave de rapiña; no anciano, como el Shylock de Rossi, sino un hombre de cincuenta años, con las guedejas cayéndole secas y desgredadas sobre la frente, las piernas largas y nerviosas como la de uno de esos pájaros que beben en las aguas putrefactas de las lagunas, las manos afiladas, los dedos semejantes a los de un mono, fuertes y agudos, y los ojos como carbunclos en los momentos en que la ira del judío estaba sin testigos, y velados por pestañas crecidas y espesas, cuando necesita cubrir su alma de hiena con el manto del disimulo y de la hipocresía. Su manera de entrar en la escena es completamente nueva, e inusitada entre nosotros; no parece un personaje salido de los bastidores, sino un espectro que hubiese saltado sobre las tablas, como un espíritu malo, inspirando después, con su extraña figura y con sus movimientos peculiares, algo más que la protesta que provoca el alma fría, y vengativa del judío, infundiendo terror, y para ser exacto y decir la propia palabra, infundiendo un asco invencible.

No busquemos en este actor lo que Shakespeare no ha puesto en ninguna de las frases en que Shylock profiere el helado escepticismo que lo caracteriza. No busque tampoco el público las consideraciones con que la forma francesa, por más crudo que sea el argumento de la pieza, transige con las exigencias de su gusto artísticamente refinado. Mr. Irving sobre la escena es el judío de los barrios bajos de la Venecia del siglo XIII, que duerme sobre un montón de paja, y a cuya covacha tiene que penetrar arrastrándose como un gusano; es un judío de esos que rascan, muerden y acarician un escudo antes de recibirlo; de esos en fin que sonrían como un demonio cuando han dado la espalda a la víctima de sus usuras. Esta es la manera más completa con que me es posible transmitir la impresión que me hizo Irving la primera vez que lo vi en el teatro inglés.

Cuando le oí el Hamlet, mi sorpresa fue más grande todavía. Pero una y otra representación me trajeron, sin poderlo evitar, el recuerdo del distinguido artista italiano del Politeama. Reconocí una vez más el mérito de sus nobles y audaces tentativas en el teatro de Shakespeare y la rara preparación literaria con que aquel hijo del mediodía ha logrado abordar, en lengua extraña, sin las castraciones de los libretistas, y conservando todo el vigor primitivo de las creaciones del poeta inglés, ese terreno ignoto y nebuloso ante el cual retrocedió el genio aventurero de Voltaire, y en el que jamás han podido poner el pie ni los autores, ni los actores de la grande escena de la calle Richelieu. Será siempre un alto timbre de gloria artística para Ernesto Rossi haber atacado, el primero, el más alto repertorio dramático del mundo, y el haberlo hecho conocer en los países de Europa y de América que no hablan inglés.

He dicho que Irving aumentó mi sorpresa en la representación del Hamlet. A pesar de la lectura reciente de la tragedia, tenía, sin embargo, en el oído los ondulantes endecasílabos con que Carcano la ha vertido al italiano. No estaba prevenido por el idioma en que lo iba a oír. Esperaba por momentos ver salir al príncipe de Dinamarca, rodeado de sus amigos, persiguiendo el espectro luminoso de su padre en la extensa explanada del castillo profanado por el incesto, por el adulterio y el fratricidio, y no pensaba que el contraste del idioma me produciría un efecto tan profundo. Cuando vi atravesar a Hamlet por la escena y hundir en su pecho aquella cabeza siempre combatida por una extraña y honda melancolía, falta de arrogancia, sin la brillante pedrería negra con que Rossi bordaba su traje, con una espada tosca y pesada suspendida rectamente hacia adelante, como si apuntara la huella

escabrosa en que el malhechor se había extraviado, la mirada cadavérica, los ojos hundidos en sus órbitas profundas, siempre en la penumbra, siempre en el foro, comprendí las grandes ventajas que el idioma y el original daban al artista inglés sobre el notable intérprete italiano. Hamlet, la creación más inglesa de Shakespeare, no debe accionar ni declamar sobre la escena. Las palabras con que su alma, sacudida por las eternas cavilaciones que lo abruma, tiene que manifestar, son simplemente el monólogo monótono que corresponde a su estado patológico. Hamlet no comunica nunca con el mundo exterior. Si lo requieren sus amigos, contesta vagamente. Todas sus fuerzas morales están absorbidas por su constante preocupación, y esta concentración de sus facultades produce la inmovilidad de su mirada y de su gesto, el olvido de todo lo que lo rodea, el cruel automatismo con que aparta a Ofelia, y lo que constituye, en fin, su carácter contemplativo y sombrío en aquella extraña tragedia. No se puede concebir lengua más elocuente que la inglesa para animar aquel ser en el cual el predominio absoluto de la parte moral, ha suprimido todos los recursos fáciles y brillantes que el teatro saca de los dotes físicos de un actor. Hamlet no expresa la pasión de un amor ardiente como el de Paolo, a quien bastan para triunfar su temperamento y su idioma. No es el Cid, cuya lengua caballeresca, vertida por los alejandrinos de rimas épicas y académicas, le proporcionan un campo brillante en que moverse. La Inglaterra, que ha respetado hasta ahora con un tino discretísimo los héroes teatrales de Corneille y de Racine, sin llevarlos a la escena nacional, se contenta con aplaudirlos interpretados por los actores de la Comedia Francesa, y para su propia gloria considera que tiene suficiente con Guillermo Shakespeare, el sublime pintor de caracteres, de sentimientos y de contrastes.

No sé si a todos los hombres de mi raza y de mis hábitos Shakespeare les hace el efecto que me hace a mí. El escenario y el movimiento de sus obras siempre me causan una sorpresa para la que no estoy preparado. La escena del juicio, en el Mercader, no tiene precedente ni igual en ningún repertorio dramático. Las alternativas de gozo y de ira porque pasa el judío, están preparadas con tal maestría, que el auditorio toma parte en ellas con la indignación que le produce la perversidad de Shylock; hombres y mujeres, que han pasado su vida en el teatro oyendo en su propia lengua las comedias y las tragedias del poeta, que saben de memoria sus trozos más célebres, que están al cabo de la maestría del actor que las desempeña, llámese Garrick, Kean, Hervey o Irving, presencian consternados, sin poderlo evitar, la saña con que el judío implacable exige a la víctima de su usura vengativa. Un silencio de muerte se apodera de la sala entera. La compasión, la indignación, el terror, la impaciencia que produce la prolongada escena en que el judío triunfa, se traducen por una atención nerviosa y mortal. Creeríase asistir a la primera representación del drama ante la corte azorada de Isabel. La sala sumergida en una luz intermedia, no reconoce otro foco que aquellas tablas en que se desarrolla, demasiado lentamente para la justicia, el proceso del desgraciado Antonio. Todo es real allí. Desaparece la ficción mientras dura el cuadro. El público está tan conmovido como si fuera el auditorio que presenciara el desgarrante enjuiciamiento de Strafford, la ruidosa condenación de Warren Hastings o cualquiera otro de los famosos trials de la historia inglesa. Las comparsas de imbéciles contratados a tanto por noche, que Rossi se veía obligada a emplear en la representación del Mercader en el Politeama, y que si no provocaban la sátira de los espectadores pasaban, por lo menos, inadvertidos del público, están formadas de una manera especial en las representaciones del Lyceum. El pueblo que asiste al juicio de Antonio, compuesto de hombres, mujeres y niños, no es un simple fondo de cuadro, mudo e inmóvil, es una multitud apasionada y

revolucionaria, que traduce en sus gestos, en sus movimientos, en sus aplausos y en sus execraciones, todos los rasgos distintivos de aquellas turbas, atrabiliarias de la vieja Venecia, vengativas, revolucionarias y plebeyas. El judío la teme y la fulmina con sus miradas iracundas cuando ella se revela contra su derecho y cuando le niega la legitimidad de la cédula en que está escrito su contrato. En esta lucha viva de las pasiones populares, encendidas contra Shylock; Irving obtiene efectos portentosos; hace resaltar sus condiciones miserables, y la rabia de su alma estrecha y seca de sentimientos humanitarios, rompe la espesa multitud que le cierra el paso, como una fiera rabiosa y acosada, que con las fauces abiertas rastrea y persigue inclementemente la presa que se le desliza por momentos. Las mujeres y los hombres claman justicia, los muchachos atruenan la sala con sus gritos; Shylock desenvuelve su pergamino, sucio y manoseado diariamente durante los meses que ha esperado con impaciencia el término fatal acordado a Antonio. Bellario, disfrazado magistralmente por la Ellen Terry, acaba de asesorar al tribunal en el sentido de los apetitos sanguinarios del judío. La muchedumbre se hiela ante aquella opinión que contiene una sentencia inapelable y los jueces se rinden ante el consejo de Bellario. Entonces Shylock, por primera vez en todo el drama, yergue aquella cabeza humillada sobre sus hombros miserables, alumbra su rostro desencajado y minado por la avaricia y por la venganza, con una sonrisa satánica, que desnuda todo el júbilo feroz que lo inunda, y mansa, melosa, repugnantemente, como un reptil que se arrastra simulando la gratitud del hipócrita que usurpa a sabiendas, comienza esa serie de adulaciones viles y cobardes que Shakespeare hace brotar de la boca irónica del judío en alabanza de los talentos de su salvador. De su sayo harapiento saca la balanza fatal que debe pesar la carne de su víctima. El auditorio se conmueve y prorrumpe en largas y enérgicas execraciones, cuando Shylock, sobre la suela desgastada de su sandalia repasa la navaja que debe separar del pecho de Antonio el fruto de su extraña codicia. ¡Cómo afila Irving aquel cuchillo corvo y corto como una uña! ¡con qué placer íntimo lo ensaya en el pulgar de aquella mano descarnada e innoble y cómo lo extiende a la altura de su visual siniestra para convencerse de que la lámina ha perdido todas las melladuras del uso en el frote de la piedra y del cuero! ¡Cuántos efectos obtenidos por su gesto, para incendiar las pasiones vehementes del pueblo que llena las tribunas, y para hacer temblar de espanto a los mismos con la helada perversidad de su alma!

¡Qué victoria para el actor! El público permanecía suspenso. Su tortura su prolongaba demasiado. Sentí esa identificación que convierte en actores a los niños en los cuentos y en las fábulas narradas con colores deslumbrantes para sus imaginaciones; me parecía estar recibiendo las primeras impresiones del drama y de las narraciones de la infancia, cuando la duda y el primer presentimiento aparecen en el espíritu de Shylock, ante la lectura del artículo salvador de los códigos venecianos, respire profunda y tranquilamente, con esa satisfacción que produce la rectificación inesperada de una nueva fatal, la salvación de un amigo querido, la victoria de una causa santa.

Esta escena, que es incuestionablemente el cuadro capital de la pieza, fue una victoria para Irving, y para Ellen Terry. Shakespeare ha reconcentrado toda la simpatía del auditorio en Porcia; todo el odio y la execración en Shylock. El judío está perdido. El concurso que asistía a aquel a escena desgarradora estalla de alegría. Shylock brama de ira, sus escudos, implora su perdón, y sale befofo por la multitud como un maldito: corrido, rodeado, apostrofado, y burlado en su derrota. Entonces es cuando el gran actor inglés se posesiona

noblemente de su rol. Me decía un amigo que tenía a mi lado, que entra a su camarín, bañados los labios en sangre y con las manos arañadas por sí mismo. El despecho del judío está concentrado en rasgos tan vivos, que el actor lo siente y lo sufre como el personaje que representa. Aquella escena en que el judío como un condenado por las iras populares, es acosado por el pueblo, empujado, tironeado e insultado por los espectadores, parece que fuera a continuarse en la calle pública por la manera palpitante como comienza en el recinto del tribunal. Shakespeare la ha copiado al vivo de aquellas puebladas que en los tiempos de las guerras religiosas se levantaban contra los judíos que los arrancaban de sus tiendas, les saqueaban sus casas y los lanzaban a las plazas persiguiéndolos con un sinnúmero de imprecaciones e hiriéndolos con las piedras del camino. Y esta escena es la que Irving reproduce en el célebre final del cuarto acto del Mercader.

He hablado del Shylock y del Hamlet de Henry Irving. Es necesario ahora hablar algo de la Ofelia de Ellen Terry. Figuraos una de esas lindas caras inglesas que asoman fugitivamente a la ventana de un carruaje que cruza Hyde Park; un busto que haría pensar al espectador francés más mundano en el de una virgen que la víspera hubiera abandonado su pensión; la tez de una blancura trasparente, con un cabello color de ámbar, unos ojos celestes en cuyas pupilas parece que miraran la castidad y la inocencia mismas; una voz dulce como un canto; una actitud adorable; un conjunto en fin de dotes naturales y de medios artificiales que hacen de ella una flor, una flor blanca y delicada como la ha soñado el alma del poeta, ¡esa alma robusta y grande que abortó a Lady Macbeth! Esa es la Ellen Terry.

Sin peligro de interpretaciones maliciosas, puedo afirmar algo que muchos observadores penetrantes han de haber notado en la mujer inglesa. Se la cree generalmente helada como los hombres y apática e inabordable a las ternuras humanas. No se dan, los que tal cosa creen, el trabajo de observar ligeramente su naturaleza. Bajo esa nube de candor en que la envuelve su tez incomparable, se ocultan almas tan apasionadas como soñadoras.

Será tal vez difícil tomar posesión en poco tiempo del corazón de una mujer inglesa, pero hecha la conquista, ¡cuidado! que hay muchas Cleopatras en aquella extensa familia de las Ofelias. Parecerá extraña esta reflexión tratándose de una artista que interpreta a la purísima novia de Hamlet, que nace y muere como un lirio, pero esa delicada y perfumada creación de Ofelia, nacida, para amar y para morir, que expira en las ondas coronada de flores silvestres, lleva en su alma una pasión inmensa que, desde Shakespeare hasta nuestros días, ha entregado muchas víctimas al Támesis. Es rara la inglesa enamorada que, en su infortunio, no pierda la razón apelando al suicidio y la que no adopte el agua entre todos los medios posibles a quitarse la vida. La Ellen Terry es la reproducción viva de esta observación que parece trivial a primera vista, pero que es profundamente exacta.

No he visto nunca reunidas en una artista de una manera tan feliz la belleza y el talento. Sarah Bernhardt es sin disputa un genio dramático de primer orden; tiene la belleza artística, la delicadeza y aquella originalidad de la fisonomía que impedirían que Rachel fuese una mujer fea. La Dudley, nueva discípula de la Comedia Francesa, es una mujer hermosísima, pero ni la primera podría competir con el rostro de la artista inglesa, ni la segunda con su delicadeza y con su genio dramático. No la comparo con Croizette, porque Croizette es parisiensemente bella y nada más. Mlle. Bartet y Mlle. Baretta, no tienen

todavía el renombre de Ellen Terry y siento decir que no tendrán nunca el óvalo en que está dibujada aquella cara verdaderamente encantadora. La Porcia, y la Ofelia de esta hija legítima de Shakespeare pasan en Londres por dos creaciones del más alto mérito artístico. El Truth, que es el diario de más refinada perversidad para la crítica literaria y artística de Londres, clava el diente algunas veces en una que otra extravagancia de Irving sobre la escena, pero se mide mucho para atacar a la joven artista del Lyceum.

La mujer del teatro inglés está hecha sin disputa para interpretar el rol de Ofelia con más facilidad que otra cualquiera. Los ingleses no llevan al romance, ni a la escena, la Aventurera de Augier, ni la Margarita de Alejandro Dumas. No conciben en las tablas a la mujer de conducta equívoca: basta que se la exhiba en el teatro real de la sociedad, Por eso es que la Ellen Terry, su hermana Marion, que representa en Haymarket, la Bancroft y todas las artistas distinguidas de los escenarios de Londres, no necesitan salir de su medio para actuar en distintos géneros como los actores del teatro francés. No hago una crítica ni un elogio de ninguno de los dos teatros; el debate ha sido y sigue siendo largo, aquí mismo; pero conviene observar que si el teatro serio en Inglaterra se defiende valientemente contra el eterno poema del adulterio, cantado en mil formas diariamente por la literatura dramática francesa, los artistas ingleses no cuentan con el variado repertorio que constituye la riqueza de los archivos de la casa de Molière. Londres está invadido por los arregladores de piezas francesas para los teatros alegres, y los empresarios ofrecen una guinea (cuando la ofrecen) al desgraciado que se atreve a proponerles la representación de una obra ¡Esto es triste!

Sin embargo, la season de 1880 ha tenido una excepción a esta regla. Los Bancroft, Mr. y Mrs. Bancroft, han dado con Conway y con la Marion Terry, en la escena de Haymarket, la comedia School de Robertson. Una comedia que es una joya de gracia y de originalidad, y que ha sido representada de una manera completa por todos sus intérpretes. Un amigo francés a quien le contaba el argumento me decía: "¡pero esa es una pieza de un platonismo primitivo!" Y en efecto; los personajes animados en la escena, son todos extraídos de una escuela de aldea. No bien dos truhanes, solteros y divertidos, caen en aquel recinto de fresca alegría, ya el autor les hace dejar en el umbral todos sus malos hábitos de club y de la high life, y los enamora de dos alumnas. Excuso extenderme en una narración sucinta del argumento; bastará presentar a los personajes que parecen modelados a lo Dickens. La maestra de la escuela Mrs. Sutcliffe, diríase exhumada de Pickwick Papers. Es una vieja romántica y pedante como todos los pedagogos, de un trato insoportable, de una impertinencia crónica y enamorada sistemáticamente de su marido. Este, es el prototipo de la obediencia pasiva, aunque con todas las formas magistrales y ridículas del jefe de la casa, que opina siempre de una manera indirecta, interrogando a su implacable y con toda la inocencia de un alma buena se prenda de Bella, una colegiala huérfana. Preséntase un momento en que la ira olímpica de Mrs. Sutcliffe lo aterra de tal modo que casi llega a convencerse de que ha estado a punto de serle infiel. Bella tiene la bondad, la pureza y la ingenuidad de la protagonista del Almacén de Antigüedades. Naomi Tighe, interpretada por la Bancroft, es la muchacha más filibustera, más audaz y revolucionaria. Tiene que ver el examen del segundo acto presidido por el doctor Sutcliffe, ante un auditorio de invitados; Mr. Sutcliffe está poco preparado para examinar y hace esfuerzos inauditos para disimular su falta de conocimientos en las preguntas, pero comete, sin poderlo evitar, errores capitales y graciosísimos. Su eterno verdugo, Mrs. Sutcliffe, lo fulmina con miradas aterradoras. Naomi revuelve la escuela con una frialdad pasmosa, replica desatinos de todo calibre, y

por detrás de la terrible maestra, tira besos a su novio y rompe la formalidad del acto. Para completar aquel cuadro del ridículo, un viejo calavera, caduco y agobiado por una vida poco ordenada, que lleva el nombre de Beau Farintosh, y que es la esencia misma de la imbecilidad, aplaude estruendosamente todos los disparates de las alumnas, antes que el desventurado Mr. Sutcliffe hubiese tenido tiempo de consultar el texto, de reojo, para saber si no se le ha contestado un desatino. Allá entre las colegialas alegres y divertidas aparece el tipo eterno del monitor, hipócrita, falso, denunciador, odiado por toda la clase, con sus proyectos subterráneos para el porvenir, pensando en casarse con la huérfana, para heredar la escuela y explotarla por su cuenta. Lleno de envidia y de celos mezquinos al ver que su pretendida ama a otro, la denuncia a Mrs. Sutcliffe y escondido en el fondo del teatro, goza con el fruto de sus chismes. El actor que hizo este papel, Mr. Henneage, no desmerecería al lado de Silvain haciendo el Tartufo, como la Bancroft en el papel de la Naomi Tighe de la pieza de Robertson y a pesar de sus cuarenta años, podría disputar a la fresca y espiritual Samary cualquiera de sus victorias de la Comedia Francesa.

¿Os acordáis de una pieza lírico-dramática que el teatro español exhibe bajo el título de Luz y Sombra, y cuyo autor, si mal no recuerdo, es don Narciso Serra? Llamó la atención en Buenos Aires, no tanto por la forma cuanto por la delicadeza lírica de la composición, en la época en que se estrenó. La he visto representada sin disfraz en el escenario del Lyceum, por Irving y por la Ellen Terry. Es el poema de Henrik Hertz "King Rene's Daghter". Willis la ha adaptado al teatro bajo la forma de un idilio, y Hamilton Clarke le ha puesto una música digna de la delicada poesía y del sentimiento que respiran los admirables versos del poeta. La Ellen Terry, que sabe hacer tan bien la Ofelia, tuvo otro triunfo fácil en el papel de Yolanda. La niña hija del rey Renato, que ha nacido ciega y cuyo padre la tiene aislada en su jardín para que nunca ser humano alguno penetre allí y descubra el misterio de su infortunio, encontró en la linda y fascinadora artista inglesa el ideal del poeta. En cuanto a Irving, aunque fuera de sus medios naturales sostuvo con talento la parte ingrata del amante, que sorprende aquella flor en medio de su recinto ignorado.

.....

Estoy en Vichy desde hace días, lleno el espíritu de las emociones que me ha causado oír a Molière de Get, de los dos Coquelin y de Jeanne Samary; a Corneille interpretado por Mounet Sully, por Worms, por Prudhon y por Mlle. Favart, y admirado de la comedia moderna animada por el gusto exquisito, la dicción impecable y la eterna juventud de Delaunay. Mato el fastidio que me causa esta sociedad de extranjeros valetudinarios, pensando en la noche del 25 de Agosto: en ella se celebra el segundo centenario de la Comedia Francesa, y ya el telégrafo me ha pedido un asiento para esa noche. Aquello será un poco más divertido que la fiesta naval que tiene lugar en estos momentos en la rada de Cherburgo, y que las escenas populares del 14 de Julio.

El teatro inglés

Vichy, Agosto 13 de 1880.

Muy fresco llevaba en la memoria el recuerdo de las representaciones que Ernesto Rossi había dado últimamente en la sala del Politeama, cuando vi aparecer, ahora dos meses, al gran Irving en las tablas del Lyceum. Se daba el Mercader de Venecia. Hacía de Shylock Mr. Irving y de Porcia Miss Ellen Terry, una actriz de las proporciones físicas de aquella Paladini que gustó tanto en Buenos Aires, pero con una cara que agradaría mil veces más si se mostrase por un instante en una de nuestras escenas. Artista de primera fuerza, que rendiría de admiración aun a aquellos que viven todavía aferrados a la opinión vulgar de que el teatro Inglés es frío como un páramo y monótono como las canciones de las ladies de la aristocracia. Irving no es un lindo hombre como Ernesto Rossi; no tiene una cabeza, un busto y un conjunto en fin, capaces de llevar el birrete de Romeo, el cinto y la espada de Rodrigo, o la cota y el casco del dulce Pablo en la Francesca. Pero Shakespeare, en la mayor parte de sus tragedias, ha suprimido la belleza física del hombre con excepción del amante de Julieta. Hamlet, la más pura de sus creaciones, es un joven enfermizo, pálido, nervioso, que vaga como una sombra, que huye de la pompa cortesana, que aparece y desaparece enlutado por su eterno y profundo dolor. Lear es un anciano que ha llegado a la edad de los bardos de Ossian. El Moro tiene la belleza africana. Macbeth y Ricardo III no han sido nunca jóvenes. Falstaff, obeso y pletórico, es el tipo de la glotonería desordenada, y Shylock en fin, a la raza de los comerciantes judíos que consumían su cuerpo y secaban su alma labrados por la codicia. Así, pues, cuando vi salir a Irving, me pregunté si aquel era Shylock. Y lo era en efecto. No un Shylock burgués, satisfecho de sus ahorros, sino un Shylock inquieto, desconfiado, harapiento, flaco y alto como un espectro, con el perfil de una ave de rapiña; no anciano, como el Shylock de Rossi, sino un hombre de cincuenta años, con las guedejas cayéndole secas y desgredadas sobre la frente, las piernas largas y nerviosas como la de uno de esos pájaros que beben en las aguas putrefactas de las lagunas, las manos afiladas, los dedos semejantes a los de un mono, fuertes y agudos, y los ojos como carbunclos en los momentos en que la ira del judío estaba sin testigos, y velados por pestañas crecidas y espesas, cuando necesita cubrir su alma de hiena con el manto del disimulo y de la hipocresía. Su manera de entrar en la escena es completamente nueva, e inusitada entre nosotros; no parece un personaje salido de los bastidores, sino un espectro que hubiese saltado sobre las tablas, como un espíritu malo, inspirando después, con su extraña figura y con sus movimientos peculiares, algo más que la protesta que provoca el alma fría, y vengativa del judío, infundiendo terror, y para ser exacto y decir la propia palabra, infundiendo un asco invencible.

No busquemos en este actor lo que Shakespeare no ha puesto en ninguna de las frases en que Shylock profiere el helado escepticismo que lo caracteriza. No busque tampoco el público las consideraciones con que la forma francesa, por más crudo que sea el argumento de la pieza, transige con las exigencias de su gusto artísticamente refinado. Mr. Irving sobre la escena es el judío de los barrios bajos de la Venecia del siglo XIII, que duerme sobre un montón de paja, y a cuya covacha tiene que penetrar arrastrándose como un gusano; es un judío de esos que rascan, muerden y acarician un escudo antes de recibirlo; de esos en fin que sonríen como un demonio cuando han dado la espalda a la víctima de sus usuras. Esta es la manera más completa con que me es posible transmitir la impresión que me hizo Irving la primera vez que lo vi en el teatro inglés.

Cuando le oí el Hamlet, mi sorpresa fue más grande todavía. Pero una y otra representación me trajeron, sin poderlo evitar, el recuerdo del distinguido artista italiano del Politeama. Reconocí una vez más el mérito de sus nobles y audaces tentativas en el teatro de Shakespeare y la rara preparación literaria con que aquel hijo del mediodía ha logrado abordar, en lengua extraña, sin las castraciones de los libretistas, y conservando todo el vigor primitivo de las creaciones del poeta inglés, ese terreno ignoto y nebuloso ante el cual retrocedió el genio aventurero de Voltaire, y en el que jamás han podido poner el pie ni los autores, ni los actores de la grande escena de la calle Richelieu. Será siempre un alto timbre de gloria artística para Ernesto Rossi haber atacado, el primero, el más alto repertorio dramático del mundo, y el haberlo hecho conocer en los países de Europa y de América que no hablan inglés.

He dicho que Irving aumentó mi sorpresa en la representación del Hamlet. A pesar de la lectura reciente de la tragedia, tenía, sin embargo, en el oído los ondulantes endecasílabos con que Carcano la ha vertido al italiano. No estaba prevenido por el idioma en que lo iba a oír. Esperaba por momentos ver salir al príncipe de Dinamarca, rodeado de sus amigos, persiguiendo el espectro luminoso de su padre en la extensa explanada del castillo profanado por el incesto, por el adulterio y el fratricidio, y no pensaba que el contraste del idioma me produciría un efecto tan profundo. Cuando vi atravesar a Hamlet por la escena y hundir en su pecho aquella cabeza siempre combatida por una extraña y honda melancolía, falta de arrogancia, sin la brillante pedrería negra con que Rossi bordaba su traje, con una espada tosca y pesada suspendida rectamente hacia adelante, como si apuntara la huella escabrosa en que el malhechor se había extraviado, la mirada cadavérica, los ojos hundidos en sus órbitas profundas, siempre en la penumbra, siempre en el foro, comprendí las grandes ventajas que el idioma y el original daban al artista inglés sobre el notable intérprete italiano. Hamlet, la creación más inglesa de Shakespeare, no debe accionar ni declamar sobre la escena. Las palabras con que su alma, sacudida por las eternas cavilaciones que lo abruma, tiene que manifestar, son simplemente el monólogo monótono que corresponde a su estado patológico. Hamlet no comunica nunca con el mundo exterior. Si lo requieren sus amigos, contesta vagamente. Todas sus fuerzas morales están absorbidas por su constante preocupación, y esta concentración de sus facultades produce la inmovilidad de su mirada y de su gesto, el olvido de todo lo que lo rodea, el cruel automatismo con que aparta a Ofelia, y lo que constituye, en fin, su carácter contemplativo y sombrío en aquella extraña tragedia. No se puede concebir lengua más elocuente que la inglesa para animar aquel ser en el cual el predominio absoluto de la parte

moral, ha suprimido todos los recursos fáciles y brillantes que el teatro saca de los dotes físicos de un actor. Hamlet no expresa la pasión de un amor ardiente como el de Paolo, a quien bastan para triunfar su temperamento y su idioma. No es el Cid, cuya lengua caballeresca, vertida por los alejandrinos de rimas épicas y académicas, le proporcionan un campo brillante en que moverse. La Inglaterra, que ha respetado hasta ahora con un tino discretísimo los héroes teatrales de Corneille y de Racine, sin llevarlos a la escena nacional, se contenta con aplaudirlos interpretados por los actores de la Comedia Francesa, y para su propia gloria considera que tiene suficiente con Guillermo Shakespeare, el sublime pintor de caracteres, de sentimientos y de contrastes.

No sé si a todos los hombres de mi raza y de mis hábitos Shakespeare les hace el efecto que me hace a mí. El escenario y el movimiento de sus obras siempre me causan una sorpresa para la que no estoy preparado. La escena del juicio, en el Mercader, no tiene precedente ni igual en ningún repertorio dramático. Las alternativas de gozo y de ira porque pasa el judío, están preparadas con tal maestría, que el auditorio toma parte en ellas con la indignación que le produce la perversidad de Shylock; hombres y mujeres, que han pasado su vida en el teatro oyendo en su propia lengua las comedias y las tragedias del poeta, que saben de memoria sus trozos más célebres, que están al cabo de la maestría del actor que las desempeña, llámese Garrick, Kean, Hervey o Irving, presencian consternados, sin poderlo evitar, la saña con que el judío implacable exige a la víctima de su usura vengativa. Un silencio de muerte se apodera de la sala entera. La compasión, la indignación, el terror, la impaciencia que produce la prolongada escena en que el judío triunfa, se traducen por una atención nerviosa y mortal. Creeríase asistir a la primera representación del drama ante la corte azorada de Isabel. La sala sumergida en una luz intermedia, no reconoce otro foco que aquellas tablas en que se desarrolla, demasiado lentamente para la justicia, el proceso del desgraciado Antonio. Todo es real allí. Desaparece la ficción mientras dura el cuadro. El público está tan conmovido como si fuera el auditorio que presenciara el desgarrante enjuiciamiento de Strafford, la ruidosa condenación de Warren Hastings o cualquiera otro de los famosos trials de la historia inglesa. Las comparsas de imbéciles contratados a tanto por noche, que Rossi se veía obligada a emplear en la representación del Mercader en el Politeama, y que si no provocaban la sátira de los espectadores pasaban, por lo menos, inadvertidos del público, están formadas de una manera especial en las representaciones del Lyceum. El pueblo que asiste al juicio de Antonio, compuesto de hombres, mujeres y niños, no es un simple fondo de cuadro, mudo e inmóvil, es una multitud apasionada y revolucionaria, que traduce en sus gestos, en sus movimientos, en sus aplausos y en sus execraciones, todos los rasgos distintivos de aquellas turbas, atrabiliarias de la vieja Venecia, vengativas, revolucionarias y plebeyas. El judío la teme y la fulmina con sus miradas iracundas cuando ella se revela contra su derecho y cuando le niega la legitimidad de la cédula en que está escrito su contrato. En esta lucha viva de las pasiones populares, encendidas contra Shylock; Irving obtiene efectos portentosos; hace resaltar sus condiciones miserables, y la rabia de su alma estrecha y seca de sentimientos humanitarios, rompe la espesa multitud que le cierra el paso, como una fiera rabiosa y acosada, que con las fauces abiertas rastrea y persigue inclementemente la presa que se le desliza por momentos. Las mujeres y los hombres claman justicia, los muchachos atruenan la sala con sus gritos; Shylock desenvuelve su pergamino, sucio y manoseado diariamente durante los meses que ha esperado con impaciencia el término fatal acordado a Antonio. Bellario, disfrazado magistralmente por la Ellen Terry, acaba de asesorar al tribunal en el sentido de

los apetitos sanguinarios del judío. La muchedumbre se hiela ante aquella opinión que contiene una sentencia inapelable y los jueces se rinden ante el consejo de Bellario. Entonces Shylock, por primera vez en todo el drama, yergue aquella cabeza humillada sobre sus hombros miserables, alumbrando su rostro desencajado y minado por la avaricia y por la venganza, con una sonrisa satánica, que desnuda todo el júbilo feroz que lo inunda, y mansa, melosa, repugnantemente, como un reptil que se arrastra simulando la gratitud del hipócrita que usurpa a sabiendas, comienza esa serie de adulaciones viles y cobardes que Shakespeare hace brotar de la boca irónica del judío en alabanza de los talentos de su salvador. De su sayo harapiento saca la balanza fatal que debe pesar la carne de su víctima. El auditorio se conmueve y prorrumpe en largas y enérgicas execraciones, cuando Shylock, sobre la suela desgastada de su sandalia repasa la navaja que debe separar del pecho de Antonio el fruto de su extraña codicia. ¡Cómo afila Irving aquel cuchillo corvo y corto como una uña! ¡con qué placer íntimo lo ensaya en el pulgar de aquella mano descarnada e innoble y cómo lo extiende a la altura de su visual siniestra para convencerse de que la lámina ha perdido todas las melladuras del uso en el frote de la piedra y del cuero! ¡Cuántos efectos obtenidos por su gesto, para incendiar las pasiones vehementes del pueblo que llena las tribunas, y para hacer temblar de espanto a los mismos con la helada perversidad de su alma!

¡Qué victoria para el actor! El público permanecía suspenso. Su tortura se prolongaba demasiado. Sentí esa identificación que convierte en actores a los niños en los cuentos y en las fábulas narradas con colores deslumbrantes para sus imaginaciones; me parecía estar recibiendo las primeras impresiones del drama y de las narraciones de la infancia, cuando la duda y el primer presentimiento aparecen en el espíritu de Shylock, ante la lectura del artículo salvador de los códigos venecianos, respire profunda y tranquilamente, con esa satisfacción que produce la rectificación inesperada de una nueva fatal, la salvación de un amigo querido, la victoria de una causa santa.

Esta escena, que es incuestionablemente el cuadro capital de la pieza, fue una victoria para Irving, y para Ellen Terry. Shakespeare ha reconcentrado toda la simpatía del auditorio en Porcia; todo el odio y la execración en Shylock. El judío está perdido. El concurso que asistía a aquella escena desgarradora estalla de alegría. Shylock brama de ira, sus escudos, implora su perdón, y sale befofo por la multitud como un maldito: corrido, rodeado, apostrofado, y burlado en su derrota. Entonces es cuando el gran actor inglés se posesiona noblemente de su rol. Me decía un amigo que tenía a mi lado, que entra a su camarín, bañados los labios en sangre y con las manos arañadas por sí mismo. El despecho del judío está concentrado en rasgos tan vivos, que el actor lo siente y lo sufre como el personaje que representa. Aquella escena en que el judío como un condenado por las iras populares, es acosado por el pueblo, empujado, tironado e insultado por los espectadores, parece que fuera a continuarse en la calle pública por la manera palpitante como comienza en el recinto del tribunal. Shakespeare la ha copiado al vivo de aquellas puebladas que en los tiempos de las guerras religiosas se levantaban contra los judíos que los arrancaban de sus tiendas, les saqueaban sus casas y los lanzaban a las plazas persiguiéndolos con un sinnúmero de imprecaciones e hiriéndolos con las piedras del camino. Y esta escena es la que Irving reproduce en el célebre final del cuarto acto del Mercader.

He hablado del Shylock y del Hamlet de Henry Irving. Es necesario ahora hablar algo de la Ofelia de Ellen Terry. Figúrate una de esas lindas caras inglesas que asoman fugitivamente a la ventana de un carruaje que cruza Hyde Park; un busto que haría pensar al espectador francés más mundano en el de una virgen que la víspera hubiera abandonado su pensión; la tez de una blancura trasparente, con un cabello color de ámbar, unos ojos celestes en cuyas pupilas parece que miraran la castidad y la inocencia mismas; una voz dulce como un canto; una actitud adorable; un conjunto en fin de dotes naturales y de medios artificiales que hacen de ella una flor, una flor blanca y delicada como la ha soñado el alma del poeta, ¡esa alma robusta y grande que abortó a Lady Macbeth! Esa es la Ellen Terry.

Sin peligro de interpretaciones maliciosas, puedo afirmar algo que muchos observadores penetrantes han de haber notado en la mujer inglesa. Se la cree generalmente helada como los hombres y apática e inabordable a las ternuras humanas. No se dan, los que tal cosa creen, el trabajo de observar ligeramente su naturaleza. Bajo esa nube de candor en que la envuelve su tez incomparable, se ocultan almas tan apasionadas como soñadoras.

Será tal vez difícil tomar posesión en poco tiempo del corazón de una mujer inglesa, pero hecha la conquista, ¡cuidado! que hay muchas Cleopatras en aquella extensa familia de las Ofelias. Parecerá extraña esta reflexión tratándose de una artista que interpreta a la purísima novia de Hamlet, que nace y muere como un lirio, pero esa delicada y perfumada creación de Ofelia, nacida, para amar y para morir, que expira en las ondas coronada de flores silvestres, lleva en su alma una pasión inmensa que, desde Shakespeare hasta nuestros días, ha entregado muchas víctimas al Támesis. Es rara la inglesa enamorada que, en su infortunio, no pierda la razón apelando al suicidio y la que no adopte el agua entre todos los medios posibles a quitarse la vida. La Ellen Terry es la reproducción viva de esta observación que parece trivial a primera vista, pero que es profundamente exacta.

No he visto nunca reunidas en una artista de una manera tan feliz la belleza y el talento. Sarah Bernhardt es sin disputa un genio dramático de primer orden; tiene la belleza artística, la delicadeza y aquella originalidad de la fisonomía que impedirían que Rachel fuese una mujer fea. La Dudley, nueva discípula de la Comedia Francesa, es una mujer hermosísima, pero ni la primera podría competir con el rostro de la artista inglesa, ni la segunda con su delicadeza y con su genio dramático. No la comparo con Croizette, porque Croizette es parisienamente bella y nada más. Mlle. Bartet y Mlle. Baretta, no tienen todavía el renombre de Ellen Terry y siento decir que no tendrán nunca el óvalo en que está dibujada aquella cara verdaderamente encantadora. La Porcia, y la Ofelia de esta hija legítima de Shakespeare pasan en Londres por dos creaciones del más alto mérito artístico. El Truth, que es el diario de más refinada perversidad para la crítica literaria y artística de Londres, clava el diente algunas veces en una que otra extravagancia de Irving sobre la escena, pero se mide mucho para atacar a la joven artista del Lyceum.

La mujer del teatro inglés está hecha sin disputa para interpretar el rol de Ofelia con más facilidad que otra cualquiera. Los ingleses no llevan al romance, ni a la escena, la Aventurera de Augier, ni la Margarita de Alejandro Dumas. No conciben en las tablas a la mujer de conducta equívoca: basta que se la exhiba en el teatro real de la sociedad, Por eso es que la Ellen Terry, su hermana Marion, que representa en Haymarket, la Bancroft y

todas las artistas distinguidas de los escenarios de Londres, no necesitan salir de su medio para actuar en distintos géneros como los actores del teatro francés. No hago una crítica ni un elogio de ninguno de los dos teatros; el debate ha sido y sigue siendo largo, aquí mismo; pero conviene observar que si el teatro serio en Inglaterra se defiende valientemente contra el eterno poema del adulterio, cantado en mil formas diariamente por la literatura dramática francesa, los artistas ingleses no cuentan con el variado repertorio que constituye la riqueza de los archivos de la casa de Molière. Londres está invadido por los arregladores de piezas francesas para los teatros alegres, y los empresarios ofrecen una guinea (cuando la ofrecen) al desgraciado que se atreve a proponerles la representación de una obra ¡Esto es triste!

Sin embargo, la season de 1880 ha tenido una excepción a esta regla. Los Bancroft, Mr. y Mrs. Bancroft, han dado con Conway y con la Marion Terry, en la escena de Haymarket, la comedia *School de Robertson*. Una comedia que es una joya de gracia y de originalidad, y que ha sido representada de una manera completa por todos sus intérpretes. Un amigo francés a quien le contaba el argumento me decía: "¡pero esa es una pieza de un platonismo primitivo!" Y en efecto; los personajes animados en la escena, son todos extraídos de una escuela de aldea. No bien dos truhanes, solteros y divertidos, caen en aquel recinto de fresca alegría, ya el antor les hace dejar en el umbral todos sus malos hábitos de club y de la high life, y los enamora de dos alumnas. Excuso extenderme en una narración sucinta del argumento; bastará presentar a los personajes que parecen modelados a lo Dickens. La maestra de la escuela Mrs. Sutcliffe, diríase exhumada de *Pickwick Papers*. Es una vieja romántica y pedante como todos los pedagogos, de un trato insoportable, de una impertinencia crónica y enamorada sistemáticamente de su marido. Este, es el prototipo de la obediencia pasiva, aunque con todas las formas magistrales y ridículas del jefe de la casa, que opina siempre de una manera indirecta, interrogando a su implacable y con toda la inocencia de un alma buena se prenda de Bella, una colegiala huérfana. Preséntase un momento en que la ira olímpica de Mrs. Sutcliffe lo aterra de tal modo que casi llega a convencerse de que ha estado a punto de serle infiel. Bella tiene la bondad, la pureza y la ingenuidad de la protagonista del *Almacén de Antigüedades*. Naomi Tighe, interpretada por la Bancroft, es la muchacha más filibustera, más audaz y revolucionaria. Tiene que ver el examen del segundo acto presidido por el doctor Sutcliffe, ante un auditorio de invitados; Mr. Sutcliffe está poco preparado para examinar y hace esfuerzos inauditos para disimular su falta de conocimientos en las preguntas, pero comete, sin poderlo evitar, errores capitales y graciosísimos. Su eterno verdugo, Mrs. Sutcliffe, lo fulmina con miradas aterradoras. Naomi revuelve la escuela con una frialdad pasmosa, replica desatinos de todo calibre, y por detrás de la terrible maestra, tira besos a su novio y rompe la formalidad del acto. Para completar aquel cuadro del ridículo, un viejo calavera, caduco y agobiado por una vida poco ordenada, que lleva el nombre de Beau Farintosh, y que es la esencia misma de la imbecilidad, aplaude estruendosamente todos los disparates de las alumnas, antes que el desventurado Mr. Sutcliffe hubiese tenido tiempo de consultar el texto, de reojo, para saber si no se le ha contestado un desatino. Allá entre las colegialas alegres y divertidas aparece el tipo eterno del monitor, hipócrita, falso, denunciador, odiado por toda la clase, con sus proyectos subterráneos para el porvenir, pensando en casarse con la huérfana, para heredar la escuela y explotarla por su cuenta. Lleno de envidia y de celos mezquinos al ver que su pretendida ama a otro, la denuncia a Mrs. Sutcliffe y escondido en el fondo del teatro, goza con el fruto de sus chismes. El actor que hizo este papel, Mr. Henneage, no desmerecería al lado de Silvain haciendo el Tartufo, como la Bancroft en el papel de la Naomi Tighe de la

pieza de Robertson y a pesar de sus cuarenta años, podría disputar a la fresca y espiritual Samary cualquiera de sus victorias de la Comedia Francesa.

.....

¿Os acordáis de una pieza lírico-dramática que el teatro español exhibe bajo el título de Luz y Sombra, y cuyo autor, si mal no recuerdo, es don Narciso Serra? Llamó la atención en Buenos Aires, no tanto por la forma cuanto por la delicadeza lírica de la composición, en la época en que se estrenó. La he visto representada sin disfraz en el escenario del Lyceum, por Irving y por la Ellen Terry. Es el poema de Henrik Hertz "King Rene's Daughter". Willis la ha adaptado al teatro bajo la forma de un idilio, y Hamilton Clarke le ha puesto una música digna de la delicada poesía y del sentimiento que respiran los admirables versos del poeta. La Ellen Terry, que sabe hacer tan bien la Ofelia, tuvo otro triunfo fácil en el papel de Yolanda. La niña hija del rey Renato, que ha nacido ciega y cuyo padre la tiene aislada en su jardín para que nunca ser humano alguno penetre allí y descubra el misterio de su infortunio, encontró en la linda y fascinadora artista inglesa el ideal del poeta. En cuanto a Irving, aunque fuera de sus medios naturales sostuvo con talento la parte ingrata del amante, que sorprende aquella flor en medio de su recinto ignorado.

.....

Estoy en Vichy desde hace días, lleno el espíritu de las emociones que me ha causado oír a Molière de Get, de los dos Coquelin y de Jeanne Samary; a Corneille interpretado por Mounet Sully, por Worms, por Prudhon y por Mlle. Favart, y admirado de la comedia moderna animada por el gusto exquisito, la dicción impecable y la eterna juventud de Delaunay. Mato el fastidio que me causa esta sociedad de extranjeros valetudinarios, pensando en la noche del 25 de Agosto: en ella se celebra el segundo centenario de la Comedia Francesa, y ya el telégrafo me ha pedido un asiento para esa noche. Aquello será un poco más divertido que la fiesta naval que tiene lugar en estos momentos en la rada de Cherburgo, y que las escenas populares del 14 de Julio.

La Comedia Francesa

Vichy, agosto 19 de 1880.

La Casa de Molière está de gala desde el año último. Sus huéspedes han pasado una buena temporada en los teatros de Londres, mientras el recinto se restauraba. M. Emile Perrin, a pesar de haber aprendido a manejar el pincel con Gros y Delaroche, y de haber obtenido algún éxito con sus telas ahora treinta años, ha dejado que otra paleta decore las bóvedas del templo. Un fresco deslumbrante, firmado Mazerolle 1879, ilumina el techo. En la altura se ve bajo los rasgos de un pincel habilísimo, el séquito de las dos familias literarias de los dos últimos siglos.

Los rostros nobles de Corneille y de Racine padres de la tragedia, inspiradores de Talma, de Rachel, de Mlle. Mars; Molière cuya escuela literaria no ha cesado un solo día de flagelar al matrimonio y a los maridos, conjugando eternamente a Sganarelle; Voltaire, animado por su sonrisa característica dibujada en los pliegues de su boca burlona; los poetas del Imperio y de la Restauración, épocas intermedias entre el genio viejo que se despedía, y el nuevo que se incubaba; Scribe tan fecundo como Dumas; Dumas tan fecundo como Scribe; Alfredo de Musset, el cincelador de los Proverbios que ha hecho suyo el repertorio de la comedia, y todos, en fin, los ilustres muertos que duermen en el Père Lachaise, en Montmartre o en Montparnasse, están reproducidos en mármol en el foyer del teatro, presididos por el autor de Irene, sentado sobre su silla por el cincel de Houdon, y conservando aún en su avanzada ancianidad el gesto sarcástico y penetrante.

¡Ah!, pocos de los contemporáneos y colegas de Rachel conmemoran hoy en la escena los centenarios de Molière, Bressant, Regnier y Samson, han dejado su lugar a la generación nueva. Hoy Hernani es Mouney Sully; el Cid, Worms; Figaro y Mascarille, Coquelin; Doña Sol, Sarah Bernhardt; Adriana Lecouvreur, Mlle. Favart; Manon, Croizette, y alrededor de este grupo que constituye el esplendor del teatro francés de nuestros días, Got y Delaunay hacen brillar todavía el pasado, y Mlle. Bartet, Mlle. Barretta y Mlle. Dudlay nos anuncian el porvenir brillante. La Comedia Francesa es una casa como la Sorbona, como el Colegio de Francia, como la Escuela Normal. Es un liceo, una facultad en la que nunca faltan maestros ni alumnos distinguidos. Mientras el arte sea un anhelo constante de la civilización, la Casa de Molière subsistirá. Su ventaja capital sobre el teatro inglés es que ella es una institución, mientras que aquel depende de que la casualidad descubra un genio como Garrick, como Kean o como Macready y que lo arroje huérfano sobre la escena a interpretar a Sheridan.

He estado a dos ocasiones en París viviendo frente al Palais-Royal. Diez, quince veces, he querido atravesar la avenida de la Ópera para oír y ver Aida, y digo ver Aida, porque mi sabio y buen amigo Gastón Maspero, profesor del Colegio de Francia y el más culminante que tiene hoy la Europa, ha derramado en las decoraciones con que se exhibe la ópera de Verdi todas las riquezas que contienen el Louvre y el Museo Británico de la antigua nación de Isis y de Osiris. Y bien, al pasar por la alegre plaza, los carteles del Teatro Francés me atraían invenciblemente. La primera noche me arrebató Tartufo; la siguiente quise pasar de largo para llegar al boulevard des Italiens, cuando delante de mis ojos apareció un letrado que decía Daniel Rochat, -la pieza revolucionaria que tanto escándalo ha provocado en el último invierno parisiense. La tercera noche, en cuanto llegué a la plaza, tomé la vereda opuesta a la del teatro: me había resistido heroicamente a informarme del título de la pieza que se ponía en escena en aquella casa fascinadora, cuando un pilluelo me dejó el programa en las manos: ¡Les Précieuses Ridicules, Les Fourberies de Scapin Me dirigí al teatro como

si me hubiera arrestado un agente de policía. Decididamente no veré el boulevard, ni el café Anglais, ni el café Riche, ni el café Américain. Las noches subsiguientes me substrajeron la Aventurera, Mademoiselle de la Seiglière, el Cid y Le Gendre de Monsieur Poirier, de Julio Sandeau.

No he visto Aida hasta dos o tres días antes de venir a Vichy, y con Aida, esa Alhambra moderna que se llama la Grande Opéra. El retardo con que he satisfecho esta curiosidad no me ha sido perjudicial, porque tanto los Hugonotes como la Aida de verano que hemos presenciado, podían verse una noche cualquiera con los oídos cerrados.

En cambio, la Casa de Molière me hace olvidar todo lo que rodea las comidas al aire libre de los Campos Elíseos, sus teatros de verano, el bullicio de los boulevards, la política, las fiestas populares y patrióticas que han tenido lugar en las plazas de París y que se repiten en las aguas de Cherburgo. Si este entusiasmo despótico me continúa voy a devorarme todo el repertorio.

Lo cierto es que si a la Comedia Francesa se le hubiese antojado viajar durante estos meses París para mí sería una ciudad inhospitalaria por la noche: clôturé en el Odeón; clôturé en el Gymnase y en el Vaudeville. El Chatelet amenazando noche a noche con una temperatura brasileña y con Les Pilules du Diable, y Cluny, exhumando les Mystères de l'été, en que yo perdí mis últimas timideces de la adolescencia oyendo a la desbordante y desbordada Pauline Lyon en nuestro venerable teatro Argentino que el señor Rom tuvo la gloria de derramar.

En Londres me había iniciado en el arte divino de la tragedia Sarah Bernhardt, proscripta por sí misma de la Comedia Francesa a causa del último lance judicial provocado por la representación de l'Aventurière de Emilio Augier. La vi en Fedra representada ante un público entre cuyos admiradores se contaba el mismo Mr. Gladstone. El resto de la compañía con que trabajaba, aunque cuenta con Talbot, fugitivo también de la Casa de Molière no merece los honores de la mención. Ella, en cambio llenó de emociones a aquel auditorio que, según la costumbre de los mismos críticos parisienses, conoce a la perfección la literatura dramática de los clásicos franceses. Conocida del público inglés desde el año anterior, la desterrada se presentó de nuevo en el campo de sus triunfos, sin rivales a quienes temer, ni autores exigentes con quienes reñir. Bernhardt es excéntrica como el duque de Buckingham, pero siempre ha contado con la impunidad ante el auditorio del Gaiety Theatre. El año pasado, por ejemplo, monsieur Perrin que se hallaba en Londres con todos los socios de la Comedia, anunció una noche l'Etrangère. La demanda de localidades fue tal, que los revendedores de segunda mano fijaron y obtuvieron precios que habrían estremecido a un Rothschild. Cuando todo aquel público grave, y tieso bajo el rigor de la etiqueta más severa vio descender el telón pensando que aparecería la caprichosa artista, Delaunay correctamente vestido anunció que la dirección se veía en el caso de devolver el dinero, porque la extranjera sufría en aquellos momentos de una indisposición grave. Los ingleses se mordieron los labios, algunos de las galerías se permitieron una que otra demostración de contrariedad, pero la masa del público hizo justicia al derecho que Mlle. Bernhardt tiene de sufrir un ataque de spleen diez minutos antes de la representación. La prensa bramó al día siguiente, y el Truth siempre escrito con una acrimonia cultísima pero envenenada, se vengó del desaire con unas cuantas líneas que encolerizaron a la artista

soberbia y caprichosa. Pero, ella sabía como hacerse perdonar, y aún como obtener una enmienda honorable por parte de los descontentos. El Times, que fulminaba a Croizette aun cuando nunca se permitió el capricho con el público británico, había reconocido a Sarah las dotes que constituyen el ideal de la mujer: "fragility, physical delicacy", un talle esbelto, una voz dulce y embriagadora como la de una sirena y todos aquellos medios que evocan en el espíritu las imágenes de la pureza, de la ternura, y aun de la debilidad, que parecen requerir protección y que marean la profunda distinción entre la mujer y el hombre. ¿Cómo no perdonarla y quemarle incienso y aplaudirla hasta el delirio, cuando la artista se dignaba a la noche siguiente comprometer su delicada salud interpretando la Fedra ardiente de Racine?

En esta tragedia la vi yo por primera vez y prevenido contra ella por la enorme popularidad y el renombre que le han dado las gacetillas y los folletines de los diarios de París, por sus lances ruidosos, por su romanticismo rebuscado y pretencioso, por sus tentativas charlatanescas -es la palabra- en la pintura y la escultura, por sus soirées en que se llegó hasta la parodia de Aspasia y de Cleopatra, dando a Zola motivo para hacer historia en sus romances vergonzosos, pensé que era menester defenderse contra la admiración del primer momento. La prueba era fuerte. Era la primera vez que le oíría el deslumbrante alejandrino de Racine, su esplendor rítmico, sus melodiosos y elegantes períodos, vertidos por unos labios que tenían todas las misteriosas malicias del arte y de la pasión para emitirlos. Sabía además, que los ingleses renombrados por su alma helada e insensible, se quedaban arrobados al oírla y mucho rato después de corrido el telón, se acordaban de cerrar la boca y de secarse los labios con el pañuelo. ¡Eran serios antecedentes para resistir!

La vi aparecer con calma. Desde luego, instintivamente, adiviné en ella la escuela de Rachel. Todas las lecturas de las crónicas de los folletinistas que formaban el coro de alabanzas de la célebre causa francesa, me vinieron a la memoria. Entró con un paso lleno de indolente majestad, el rostro inmóvil, los ojos abiertos desmesuradamente, la fisonomía labrada, por el amor insano y colérico de Fedra, el brazo descarnado pero nervioso como todas las líneas de su cuerpo, señaladas en los pliegues negligentes de la túnica griega; unas ojeras vagas y azules, surcos profundos de los bárbaros y atormentadores anhelos de la víctima de un amor insensato; la mirada distraída y soñadora como si buscara en el espacio la vana sombra de un ideal, alimentando en su seno todas las tormentas con que amenaza el desenlace de aquella tragedia doméstica. Arrullada por los consejos engañosos de la traidora confidente, acaricia la esperanza dulce del amor de Hipólito, y de repente, despertando de su sueño, permanece fija, clavada, hundiendo la mirada y la conciencia en el abismo a que le arrastra la llama incestuosa que la quema. Comencé a persuadirme que no debía resistir por sistema. Había en aquella mujer la carne y el alma de la tragedia, esa fragility and physical delicacy, que el sentimiento británico le había descubierto: el físico de una mujer distinguida. Es cierto que sin las curvas blandas ni la belleza correcta de una Venus, pero con la belleza característica del arte: las líneas irregulares pero cautivadoras, el busto escaso pero provocativo, el cuello un tanto largo pero elegante, la cabeza perfecta, el ojo encendido aún bajo el velo de los párpados fatigados. Una reminiscencia de Felicia Ruys me brotó en el recuerdo, y pensé que tal vez habría encontrado el modelo de aquella extraviada fascinadora.

Sarah Bernhardt ha estudiado en la tradición escrita y hablada, el gesto, la acción, la voz, la escuela, en fin, de Rachel. Sin aquel órgano que emitía los acentos de Fedra, y que podría haber dominado, según sus contemporáneos, la plaza de Atenas en los tiempos de Sófocles, ella ha sabido formarse el suyo, educando poco a poco sus inflexiones, y una alcanzado en la imitación un timbre puro y metálico que provoca el aplauso de los viejos. En las tiradas tiernísimas en que Fedra desahoga toda su alma, dos o tres notas sombrías de contralto llevan al espíritu toda la melancolía quejumbrosa del periodo, y cuando subiendo las escalas del dolor, de la ira y de la desesperación, proclama su amor y lo publica haciéndolo estallar, su rostro pálido, los nervios de aquella criatura débil y romántica se retuercen en la ira, y el labio, en un solo grito estridente y agudo, descubre el fatal arcano a Hipólito sobrecogido.

Es doloroso que las excentricidades y extravagancias más caprichosas hagan víctima a esta artista tan eminente, de tantos incidentes y trances ridículos. Proscrita de la Comedia Francesa, fuera de aquel centro de comparación y emulaciones constantes en que fue mimada por los viejos y por los jóvenes, desde Hugo, el maestro, hasta Banville y Coppée los discípulos, con una naturaleza delicada, un espíritu educado en todos los detalles de la estética artística, Sarah Bernhardt se ha impuesto el destierro por una simple exigencia del amor propio. Viaja con cómicos vulgarísimos en Inglaterra, Bélgica y Dinamarca, y en su afán de reproducir a Rachel, se amenaza a sí misma con un viaje a los Estados Unidos. Espíritu preparado fatalmente para la nostalgia, la caprichosa expatriada, cuando se encuentre delante de su auditorio materializado por la mecánica y la fuerza, y democratizado por el self government, sufrirá los horribles dolores de su modelo. La crítica parisiense le ha recordado, con motivo de este viaje, aquel verso en que Ovidio lloraba las amarguras del exilio en la tierra poco lírica de los sármatas.

"Barbarus hic ego sum, quia non intelligor illis!".

Pero Mlle. Bernhardt no escarmentará: continuará formando parte de la Société du doigt dans l'oeil, un club de excéntricos; recibirá sus visitas en un ataúd de raso negro capitonado; se vestirá de hombre para esculpir o pintar alguna fruslería, abusará de la fotografía hasta el fastidio, y subirá en globo cuatro veces por semana. Nadie le puede disputar en cambio su gran talento dramático. Si en Fedra admira, en Adriana Lecouvreur seduce. La agonía del último acto no tiene nada que envidiar a ninguna de aquellas muertes desgarrantes de la Ristori. Esta caía y expiraba, como un gigante; ella muere como una flor y arranca lágrimas de las almas más rebeldes al sentimiento. La he visto en Frou-Frou; jamás la trivialidad de la heroína, su futilidad, su ligereza, encontraron intérprete más genuino. Y en otra de sus glorias, una de sus últimas glorias parisienses, la doña Sol de Hernani, en que la opulenta versificación del poeta se derrama en sílabas mágicas de su labio, cuando, en el último acto, el veneno de Ruy Gómez le da la muerte con su amante. No he tenido la fortuna de verla en la reina de Ruy Blas y en Marion Delorme, donde debe llegar a la cumbre, a juzgar por los recuerdos que ha dejado en la exhibición de los dramas románticos. Pero tanto la Comedia Francesa, como el Odeón, y aun el mismo Gymnase, recuerdan su nombre y el de los hábiles compañeros que la han secundado en estas piezas. Si me fuera permitido entrar en los dominios de la crónica íntima de esta hija del siglo, intentaría algunas páginas anecdóticas y entretenidas, pero debo pensar que los honestos hábitos coloniales predominan felizmente todavía en los folletines de nuestros diarios y que

las niñas suelen poner sus ojos en ellos. Guardaré, pues, los chismes para cuando me encuentre solo con los curiosos, y cumplo con las curiosas haciéndoles conocer los versos de un poeta enamorado de la artista, que la revelan admirablemente:

O Beauté! Quels émois ténébreux tu nous causes.

Qui peut te déchiffrer, énigme? Quel devin,

quel poète, envolé loin des terrestres proses,

dira ton origine, et ta règle, et ta fin?

Voir une femme, c'est comme admirer des roses,

ou contempler un astre et ce n'est pas en vain

que ce lien existe: et les métempsycoses,

peut-être, éclairciraient ce mystère divin!

Regardez celle-ci: quelle impression vibre

en vos esprits, devant ce front pâle et hautain?

Ne vous semble-t-il pas qu'en un temps très lointain,

son âme voltigeait, calme, invisible, libre

dans le parfum d'un lys royal ou dans la voix

d'un rossignol, charmeur mystique des grands bois?

Tengo que recordar mis noches en la Comedia Francesa sujetándome al orden en que he seguido los espectáculos. Desde luego, la admiración que me han causado las piezas de los autores del más célebre teatro moderno, representadas por artistas, maestros en la acción y en la dicción, ha ido aumentando cada día con todos los atractivos de la novedad. Leer el

Cid entre un círculo de amigos, o estudiar a Molière en el texto, es indudablemente la tarea más amena que un espíritu tranquilo y despreocupado de tristes recuerdos o de hondos dolores puede entregarse. ¡Pero cuánto tiempo pasó desde aquellos días serenos de la juventud en que hice esas lecturas! Me había olvidado de todas aquellas creaciones de tipos admirables, que parecen haber existido realmente en un tiempo, y que hacen el efecto de resurrecciones al verlos aparecer en la escena, encarnados en sus intérpretes, moviéndose y hablando como en la vida.

Los franceses nos llevan la ventaja a los que hablamos la lengua española, de haber cultivado por tres siglos consecutivos su teatro antiguo mientras formaban su teatro moderno. Tartufo no ha dejado un solo día de vivir en las tablas, Mascarille no ha desaparecido un instante del cuadro de los criados pillos y descarados, y la mansedumbre y la piedad de Scapin siguen siendo siempre el tipo de la impavidez. Nada digo de Horacio que nunca cae, de Britanicus que siempre pasma, de Paulina que jamás dejará de arrastrar el alma. El olvido del culto artístico ha enterrado a Moreto, a Lope y a Alarcón. El mismo Moratín, valiente restaurador de la comedia española, no tiene ya sino uno que otro intérprete mediocre. El teatro clásico ha muerto en todos los países en que se habla lengua española. Las tentativas de unos pocos autores modernos no han hecho otro Máiquez, ni otro Romea siquiera.

La Comedia Francesa no olvida una sola semana a los maestros. El drama y la comedia moderna no los ha desalojado. Sus obras son siempre nuevas y gozan del mismo éxito que obtenían cuando se estrenaban en los escenarios del teatro Guénégaud o en el teatro de l'hotel de Bourgogne. Dugazon, Talma, Grandmesnil, la Vestris, Dazincourt y la Lange han dejado descendientes ilustres en la casa de sus triunfos, y desde Molière y Regnard, ni un solo día, ni una sola noche ha sido apagada la lámpara del templo. Cuando el romanticismo echó por tierra los ídolos huecos de los filisteos y el escenario en que se representaban sus tragedias escritas bajo las reglas más severas de la retórica y de la métrica, ese teatro fue profanado con el drama romántico. Hugo y Dumas, el primero con el lujo deslumbrante de su idioma, y el segundo con sus adivinaciones incomparables del drama histórico, echaron por tierra, es cierto, a los déspotas literarios, pero no hicieron olvidar un solo día a los poetas del siglo dorado. Nadie ha sobrevivido con más vigor que Voltaire y Molière en las ideas literarias, sociales y políticas de la Francia, y la influencia de las creaciones del último persiste arrastrando todavía por la misma senda la escuela nueva de la comedia.

Vi el Tartufo por Got, y por Silvain que reemplazaba a Febvre en el rol del protagonista, pero ¡Orgon es también un protagonista y Got un hombre incomparable! La representación pasó como un relámpago. Hubiera querido prolongar más sus escenas; oírle repetir dos, tres y cuatro veces a Silvain aquellos himnos de la hipocresía, que han alcanzado tan imperecedera celebridad y ver cien veces la cara azorada de Got, asomada por debajo de la mesa en el momento en que Tartufo, creyéndose libre de testigos, declara su repugnante pasión a Elmira. Comprendo el delirio que causó el Tartufo en Londres, y eso que allí el papel de Orgon fue representado por Léopold Barré, que aunque es un artista completo, carece del genio profundo del decano del Teatro Francés. La dirección ha sido ingrata: después de esa noche, Tartufo no ha vuelto a aparecer en los anuncios.

La escuela de Molière inspira a la comedia moderna. Orgon reaparece con rasgos más acentuados en los dramas en boga, y digo con rasgos más acentuados, porque los maridos del Demi-monde, de *Supplice d'une femme*, de *Sphinx* y de *L'Ami Fritz* son menos felices que Orgon, a quien Molière le da una esposa fiel y altiva, que castiga al hipócrita seductor. Los padres puestos en ridículo, convertidos en entes grotescos en *Mademoiselle de la Seiglière* y en *Le gendre de Monsieur Poirier* de Jules Sandeau recuerdan un poco a Goraibus en *Les précieuses ridicules* y muchísimo a Géronte. El adulterio ha sido la musa de Alejandro Dumas, y las cocottes las heroínas de Augier. Ahí está la Aventurera, un derroche de talentos envidiables como composición y como forma, pero una creación que no responde a los grandes destinos del teatro moderno. Llevar, como Alejandro Dumas padre, la historia al drama y a la novela para crear la Reina Margot o *Un mariage sous Louis XIV*, se explica y se comprende. Pero no soy de los que quedan deslumbrados delante de las admirables producciones la literatura dramática de nuestros días, sin meditar seriamente sobre su influencia en los hábitos e inclinaciones del pueblo que se alimenta de ella.

¿Realiza acaso el teatro sus fines haciendo confesar sin esfuerzo al espectador que Sandeau, que Feuillet, que Augier o que Sardou saben seducir su atención, hacer saltar chispas de luz del diálogo admirable con que animan sus personajes y sorprenderle con el desenlace inesperado de sus obras? La sociedad francesa, o más bien dicho la parisiense, necesita otra escuela, y sus encaminadores otra fuente de inspiración. Cosechar en el boulevard las miserias y desventuras de Margarita Gautier, no es una hazaña. Llevar a la escena una heroína del vicio, que se encuentra todos los días en la calle, no es un triunfo. Hacer una pieza fría, y plate para atacar directamente ciertas ideas sociales, como el Daniel Rochat, es convertir el teatro en una escuela de decadencia moral. Estos pretendidos reconstructores de la sociedad comienzan por demoler lo existente sin reconstruir nada en cambio. Si el marido y los padres tienen que ser vulgares y esféricos, tipos de la bourgeoisie más grotesca, y si los hijos deben ser licenciosos y calaveras para ser espíritus d'élite, y si es fuerza que las esposas sean adúlteras para no caer en la prosa insulsa y tediosa de un hogar honesto, ¿qué puede esperarse de los que consideran compatibles con la delicadeza de los gustos y de los sentimientos artísticos, la existencia de un padre vulgar como Poirier, y de una mujer bonita que se aburre con las lecturas de Rabelais?

Le Gendre de Monsieur Poirier de Sandeau que acabo de citar, es un ejemplo. Un noble descendiente de una familia histórica, ha hecho un negocio de aquellos en que la vergüenza anda cubierta y la arrogancia del apellido desafiando al mundo. Delaunay, con una educación artística sorprendente y con un estilo y unas maneras que sólo un francés es capaz de presumir, representa a este verdadero y para mí repugnante pillastre que se casa con una muchacha delicada, sin amarla y contando solamente con pagar sus trampas con los tres millones de monsieur Poirier. El marqués de Presles hace una víctima, y explota un hogar en el cual Sandeau se goza en hacer aparecer a lo vivo la insoportable vulgaridad del suegro. No me extenderé en el argumento, porque la pieza es muy conocida, y porque no llevo ese objeto, pero marco una escena para demostrar cómo, hasta en la forma, se ofende al padre desgraciado que es la víctima de un malvado. Los acreedores del marqués de Presles llaman a la puerta de monsieur Poirier, y el suegro le anuncia al yerno que va a pagar a sus acreedores; el yerno, en el seno del hogar, delante de extraños, presente su mujer, exclama:

-¿Mis acreedores? ¡Los vuestros, querréis decir, puesto que os los he endosado!

Esto es canalla: ¿es dura y torpe la palabra, no? Os invito a que la reemplacéis con otra más culta y elocuente. Entretanto, bajo el dominio exclusivo del arte dramático, nada más admirable que esta comedia. ¿Por qué no destinar el talento de forma y fondo que en ella se ha empleado, en explotar motivos más nobles y sentimientos más encumbrados? La bourgeoisie no es un enemigo tan terrible en Francia. Son más terribles los jesuitas, que merecen todos los respetos de Victoriano Sardou, y si se quiere dar batallas sociales y políticas en la escena, ¿por qué no atacar y fulminar el fanatismo religioso o los excesos de una prensa roja e incendiaria que hace el panegírico de las llamas de 1871?

Molière me ha hecho conocer a Got y a Coquelin; al primero como Orgon, al segundo como Mascarille. Asistimos con Carlos Marengo a una de las representaciones de Les Précieuses Ridicules; habíamos hecho ya relación con Coquelin en el papel de abogado de Mlle. de la Seiglière y nos había dejado una impresión duradera aquel rostro lleno de impavidez y zafaduría. Cuando vimos su nombre en los carteles, el de la Samary y el de su hermano, en el reparto de la comedia de Molière, volamos al teatro. Aquella noche había además otro atractivo. Se daba el Cid. Prevenidos de la gran concurrencia que llamarían las dos piezas clásicas, nos anticipamos a tomar localidades e hicimos bien. Había a las 7 1/2 una cola, bajo las galerías, que me hizo recordar los percances que cuenta Dumas en sus Memorias. El Cid constituía todas nuestras ilusiones, y Les Précieuses Ridicules cautivaba nuestra curiosidad pero sólo en segundo término. En el resultado de la representación, triunfó Molière.

Worms hacía el Cid, la Dudley Jimena, Maubant Don Diego, Martel el conde de Gormas. Worms tiene un nombre notorio en la escena francesa, hace pocos días que ha venido a Vichy a dar el Hijo Natural, su caballo de batalla, comedia en la que ha merecido los elogios de la crítica más severa. Es el intérprete reciente de Hernani y pasa por ser un maestro en el arte de la dicción. A mí no me ha entusiasmado un solo momento; lo he encontrado discretísimo, hábil, correcto en todos sus detalles, pero aquello que es algo más que el arte, aquello que subyuga más que un acento puro y una acción irreprochable, el fuego, la inspiración, la fuerza, le faltan. Será un maestro, será un actor distinguido, pero no arrebatará jamás como Salvini o Ernesto Rossi. El público mismo que lo admira, los críticos que lo respetan y lo aplauden, no se exaltan ante él como cuando oyen a Mounet Sully, a Mlle. Favart o a Sarah Bernhardt. La Dudley es una esperanza y Maubant y Martel no consiguieron a mi juicio, a pesar de sus talentos, levantar el Cid a la altura de Corneille.

Entretanto, y mientras lamentábamos aquel pequeño desencanto, se alzó el telón y descendió de su litera con un desenfado lleno de graciosa insolencia el marqués de Mascarille. Jamás hubo criados y sirvientas más charlatanes, más libres y más garrulos que los de Molière: y el lenguaje en que está escrito Les Précieuses Ridicules da la prueba de las buenas piezas que debían ser los lacayos del tiempo de Luis XIV. Les Précieuses Ridicules son la parodia bufa de las provincianas románticas, pedantes y guarangas -perdón por el argentinismo- que hablan con todas las reglas del arte y de la moda haciendo frases de una cultura ridículamente rebuscada y valiéndose de tropos y figuras de lenguaje para manifestar las cosas más sencillas de la vida. Son las niñas que sueñan con la aventura

amorosa, y que se fastidian delante de un novio que penetra por la puerta de calle abierta por el mismo padre, que desean que el amor trepe por cuerda al balcón y salte a la calle cuando se ve sorprendido por el ogro paterno, que no falten duelos ni heridas, y que la existencia sea un eterno madrigal. Este tipo tan común de la mujer en todos los países y en todas las épocas, dio motivo a Molière para escribir esta sátira, que es considerada como una de las obras maestras de su repertorio. Todo es bufo en ella; desde Gorgibus, que comienza por lamentarse del consumo de grasas que exigen las pomadas y afeites de su hija y de su sobrina, hasta los trajes estrafalarios de Mascarille y de Jodelet.

Elles ont usé, depuis que nous sommes ici, lard d'une douzaine de cochons!, exclama Gorgibus desesperado por el derroche que representa la toilette de Madelon y de Cathos.

Mascarille ha saqueado el guardarropa de su amo, y llega ataviado como un paje y perfumado como un pomo. El lenguaje que emplea es la caricatura del lenguaje cortesano que se hablaba por aquellos días en Versalles, y Coquelin tiene una manera incomparable para reproducir toda la verdad histórica que representa el personaje: se sienta en las comodidades de la conversación, se repantiga en ellas con una magnificencia de príncipe, cruza la pierna indolentemente y poniendo sus guantes perfumados en las narices de Madelon deslumbrada, le dice: dedicad un poco a estos guantes la reflexión de vuestro olfato. La improvisación del madrigal, cantado y dicho por Coquelin, levanta al público, que aplaude ruidosamente al actor, con cuyos talentos parece que hubiera contado Molière para triunfar en esta escena.

¿Y Madelon? Los que conocen a Jeanne Samary podrán decir si jamás Molière tuvo una hija que más legítimo origen. Jeanne Samary es una de las alhajas de la comedia francesa; nunca está inmóvil sobre la escena, sus grandes ojos claros están llenos de agudas malicias, y su juventud, su frescura, su genio festivo y travieso la hacen incomparable en los roles de sirvientas y damiselas de que jamás prescinde en sus comedias el autor del Tartufo. Son escasas las artistas que provocan la hilaridad del público con la facilidad de los grandes cómicos. Pues bien; la Samary derrama la gracia desde que aparece, y arranca carcajadas al más grave y normal de los espectadores. Ella posee también, como Coquelin, la ciencia que requieren las representaciones de las obras de Molière; y basta verla peinada y vestida con toda la extravagancia de que es capaz una burguesa romántica cuyos cascos se han inflamado con el ejemplo de una corte deslumbrante, para reconocer el mérito con que interpreta un papel que es mil veces más difícil que muchos de los que las grandes artistas desempeñan en las piezas modernas.

El drama histórico ha hecho una tentativa reciente, pero desgraciada, en el estreno de Garin de M. Paul Delair. A pesar de haber sido representada por Mounet-Sully y Mlle. Favart, la pieza, después de haberse arrastrado durante diez o quince representaciones, ha sido un fiasco completo. ¿Será culpa del público, cuyo gusto está mal educado, o será culpa del autor? Me falta tiempo para examinar las disensiones que el drama de monsieur Paul Delair ha provocado. Pero debo ser franco; no lo he encontrado tan malo como se le quiere hacer aparecer. Desde luego hay pasiones bien expresadas y una que se levanta en muchos de los períodos del drama. La escena se desarrolla a principios del siglo XIII. El barón Herbert, señor de Sept-Saulx vive en su castillo feudal con Garin y Alix sus hijos legítimos, y con Aimeri, su hijo bastardo. El viejo noble, fatigado de la guerra se lastima de su

soledad. Para distraerlo se trae al castillo una cuadrilla de bailarines y gitanos; la belleza de Aischa, una de las bailarinas, cautiva a Herbert a su hijo Garin. Herbert se casa con Aischa. Garin, víctima de celos furiosos, asesina a su padre, y ocultando su crimen, se desposa con Aischa. El remordimiento lo acomete y lo persigue como a Macbeth, y en el momento de penetrar con su novia en la cámara nupcial, la habitación se convierte para ellos en una tumba, y el espectro de Herbert, lívido y ensangrentado, se interpone entre ambos y reclama su esposa al parricida. Garin pretende luchar en vano con la sombra, y Aimeri, el hijo bastardo de Herbert, informado del horrible crimen por una adivina, provoca a Garin. Aischa se envenena y Garin se atraviesa el pecho con su puñal.

La Dudley ha hecho, a mi juicio, una Aischa pasable, luchando con los inconvenientes que tiene el carácter pasivo del personaje, y Mounet Sully y la Favart han puesto todos sus talentos al servicio del autor poco feliz del Garin. La pieza ha muerto, su agonía ha sido lenta y dolorosa; en vano se han empleado en repetirla casi todo el mes de julio; la víctima ha sido arrastrada cruelmente a su tumba y al olvido.

Todavía no ha llegado el día que anunciaba en mi anterior correspondencia a El Nacional. Pero ya sabemos que M. Perrin estará de vuelta el 24 en París, y que el segundo centenario de la Comedia Francesa será celebrado con L'impromptu de Versailles del gran Molière.

Ascensión al Monte Blanco

Valle de Chamonix, septiembre 3 de 1880.

¡De Vichy a Lyon y de Lyon a Ginebra! Para entrar en Suiza y hacer una convalecencia dulce y de carácter contemplativo, en los valles y las montañas de la patria de Guillermo Tell, estaba más exento de riesgo este itinerario, que regresar a París, y deber abandonarlo a los tres o cuatro días. La gran ciudad comienza en esta estación a despojarse de sus alegres trajes de verano. Se olvidan sus parques, sus plazas, sus jardines, se abandonan las villas encantadas de las márgenes del Sena y los conciertos al aire aperto, y el mundo que se divierte se encierra en los restaurants de la bulliciosa T que forma la avenida de la Ópera, con el boulevard de las Capuchinas y el de los Italianos. Además, todos los teatros abren sus puertas el 1.º de Septiembre. Es duro para algunos dejar esta perspectiva por los grandes encantos de la naturaleza, y yo tengo compañeros que reniegan diez veces por día de la vida de touriste. Son mis víctimas porque resuelvo no dejarlos nunca quietos, y hacerlos viajar constantemente de un lado al otro. Cuando se resisten, los amenazo con la soledad, el más elocuente de todos los argumentos, para que me sigan como una sombra.

Vichy nos tenía hartos de salud y de amor platónico. Los médicos que se ríen del agua de Lourdes, han inventado a Vichy, a Carlsbad, a Marienbad y a todos esos pueblitos en que el laboratorio químico de la tierra hace la competencia a los desgraciados boticarios. En ellos, la Botica de los Angelitos se arruinaría en una semana y tendría que liquidar. En Vichy he acabado de convencerme de que Eduardo Wilde es un gran médico. Él me dijo un día, con ese agudo buen sentido con que se expresa siempre, de puro travieso, en una forma que hace enrojecer de escándalo las calvas de la Facultad de Medicina, que los pueblos de baños debían su fama a una confabulación de los médicos sin clientela con los especuladores desgraciados de terrenos ¡Ni Cervantes ni Molière han dicho una verdad más grande! Pero a Wilde le ha faltado complementar el cuadro, y decir por qué se perpetúa la confabulación. Se perpetúa porque los pueblos de baños tienen atractivos de mayor interés que la pretendida mala salud de sus visitantes. Son el rendez-vous de un amorcito culpable, o un pretexto para matar el aburrimiento exponiendo a una carta unos cien mil francos, o un medio, en fin, para que los cómicos y los cantores no se mueran de hambre en el verano. En cuanto a la salud, nadie piensa en ella. Los hoteleros desprecian profundamente al ente singular que sale y entra honesta y regularmente a flote con su vasito saturado por las aguas minerales. Este tipo es la última expresión del candor humano.

Pero ¿a dónde voy? ¡He puesto a mi correspondencia un título más pedante que el cartel de un prestidigitador, y me pierdo en una disertación sobre pueblos de baños! Es necesario subir al Monte Blanco, y llevo ese propósito desde que he salido de Lyon. No se lo comunico a mi compañero porque sería capaz de saltar por la ventana del tren, y volverse a Vichy a tomar las aguas; pero la idea de este viaje me ha herido, como un golpe eléctrico, la he meditado y estoy acariciándola en la mente con fruición, con verdadera y evangélica fruición. Estoy seguro que propuesto de una manera humilde y sencilla, sin precipitaciones y con cierta diplomacia que yo me encargaré de desplegar en el debido momento, Marengo acabará por convencerse de que oír el Mefistófeles de Boito es una aspiración común y de mal gusto, comparada con la poética ascensión a la más alta montaña de la Europa.

Hemos comenzado por observar su cima con el anteojo desde la de la calle que lleva su nombre, en Ginebra, y yo he agregado tres ¡oh! homéricos para igualar la afirmación de mi compañero. Sin embargo, una malhadada fotografía, que hemos visto en una vidriera representando el accidente, que diez ingleses sufrieron en 1867 y que costó la vida a los diez, ha sido una piedrita puesta en el cambio de mi proyecto reservado, y contribuirá en mucho a demorar mi proposición. En cambio no es posible llegar a Ginebra sin pensar en Charmonix, el dulce y pintoresco valle de la Linda y la flor de la Saboya, y en Chamonix se despierta fácilmente la pasión de las excursiones insensatas al Monte Blanco. Cuando se abre la ventana del cuarto y se presencia la caída del sol, entre los picos nevados, en una tarde plácida del mes de agosto, el espíritu presta fuerzas al cuerpo y el deseo de remontar a las alturas nos agujonea tanto, que acaba por convertirse en una resolución irrevocable. Yo contaba con las maravillas del espectáculo, para encontrar mi víctima. El camino de Ginebra a St. Gervais y de St. Gervais a Chamonix, nos llevó de sorpresa en sorpresa. Hijo de la vasta llanura verde, infinita y monótona, la enorme barrera de montañas que nos acompaña perennemente, como una cárcel ambulante nos limita el espacio y el horizonte. La mirada recorre las alturas donde el sudario de las nieves eternas guarda los más altos relieves de la tierra en las regiones heladas de la atmósfera; desciende para recrearse en las faldas risueñas, donde la cabaña suiza, grande y hospitalaria, con sus techos anchos y

protectores que abrigan sus balconcitos calados, la aparece a lo lejos como sostenida sobre un guijarro que, al rodar al precipicio por la pendiente rápida de la montaña, ha encontrado un obstáculo y se ha detenido para servir de cimiento a la morada del hombre. Y cuando después de admirar las albas frentes de los picos y la verde alfombra de las cuevas, sumergimos la vista en el hondo valle que se extiende a nuestros pies bañado por las aguas corrientes y bullentes del Arve, el alma quiere escapar de aquella urna profunda que la oprime, y los ojos buscan en vano en el horizonte la línea fugitiva en que la patria planicie se une, en un beso eterno, con los últimos confines del espacio:

"...el desierto

inconmensurable, abierto"

de Echeverría, que ha sabido demostrar con el pincel de los grandes maestros la solemne majestad de la pampa.

¡Ah! Chamonix contribuye a sumergirnos, en una intensa melancolía que nos sella los labios, en sentimiento de pena profunda, que, sin causa, existe sin embargo en las almas de los que saben inspirarse delante de las armonías eternas de la naturaleza. Es necesario sacudir esa inacción perjudicial, y reír, y gozar, y apartar del espíritu el spleen que pretende invadirnos. ¡Maldito valle con toda su peligrosa poesía! La belleza melancólica de la tarde es irresistible. Ni una brisa, ni un rayo del sol. Ya el viento ha plegado sus alas y el sol se ha escondido del lado de Italia. La aldeíta hormiguea en el seno del valle sumergido en la luz intermedia del crepúsculo, y las paisanas de la vecindad bajan a Chamonix a vender la miel de sus abejas, la crema y las fresas de sus montañas. Abandonamos la fastidiosa, table d'hôte para hacer la cena frugal de los caballeros andantes; pero la dulzura perfumada del panal y la fragancia de la fruta me traen a la memoria escenas muy queridas, y el hambre se me quita, y el corazón se me oprime a cada bocado mientras mi compañero acaba por empalagarse con la miel y renegar contra toda la poesía de aquella comida anacreónica. Salimos a la calle; el rebaño de cabras que regresa agitando los cencerros, y la campana destemplada de la iglesia que toca la oración y cuyas vibraciones encuentran un eco confuso y prolongado en el seno de la montaña, son otras tantas causas de la tristeza que nos persigue. Los grupos de desconocidos que pasan por nuestro lado, hablando lenguas diferentes, la luna, en fin el astro más triste del cielo, que aparece entre la niebla ligera en que se han envuelto las cumbres de las montañas, todo contribuye a dejarnos mustios y pensativos con la idea fija en la patria, en el hogar y en los amigos.

Es necesario un esfuerzo supremo para arrancarnos del tedio; un medio poderoso, algo que despierte grandes emociones, que sea una preocupación viva y que desvíe el espíritu

del sentimentalismo que lo inunda. Volvamos al hotel a dormir. Hemos hecho diez horas en diligencia desde Ginebra a Chamonix, y estamos molidos. La fatiga contribuye a la prostración moral en que nos encontramos. Mañana la luz risueña de la aurora, los cantos alegres de los pájaros y el bullicio de la aldea que despierta, nos infundirán alegría, ánimo y resolución.

Yo, en medio del contagio melancólico de mi compañero, no había olvidado de acariciar un solo instante mi propósito de ascensión al Monte Blanco. Durante la tarde, mis tentaciones se habían duplicado con la vista de su cúspide majestuosa, con las puntas enhiestas de las agujas del Midi de Blétière y de Charmoz. Había acariciado por lo menos una excursión a la Mer de Glace, a la cadena de las agujas Ronges, al Brevent y a La Flégère; y dentro de mí mismo hice el juramento de no seguir a Martigny sin escaparme de este valle melancólico saltando por sobre las montañas que lo rodean.

Un accidente curioso que tuvo lugar a nuestra vuelta, al hotel del Mont-Blanc donde nos hospedamos, vino a favorecer mi proyecto, que, hasta entonces había guardado en la más profunda de las reservas. Cuando entramos al hotel, en una pieza destinada a sala de lectura hallamos un número considerable de personas que al parecer mantenían una discusión vivísima. La curiosidad nos hizo abrir los ojos y los oídos, y con el derecho de huéspedes, penetrar en el recinto del debate. Había en el centro, sentadas en el sofá y en las sillas, seis personas, cinco hombres y una mujer, y alrededor presenciando la discusión, como nosotros, ocho o diez individuos más. Se trataba de subir al Monte Blanco en la mañana siguiente, y el proyecto se discutía de la manera más formal. Los expedicionarios eran dos ingleses, Mr. Theobald Gostwyck y Mrs. Ida Gostwyck, su señora; un ruso, el conde Birbichkoff; un italiano, el signor Giacomo Dellepiani; un distinguido naturalista francés, M. Ricamord, y un japonés, cuyo nombre puedo estornudar pero no escribir, porque nuestro abecedario es de una pobreza menesterosa para escribir el dulce idioma nipón. Delante de estos caballeros -bien puede pasar por tal Mrs. Ida- silenciosos y resueltos estaban los dos guías más afamados que tiene Chamonix, para las ascensiones de la gran montaña: Alberto Tournier y Benoni, dos saboyardos con caras, cuerpos y pies de antílope, impagables para encaramarse en la misma punta del Himalaya.

Mr. Teobaldo Gostwyck estaba rojo de indignación y de whisky. Dos compatriotas suyos, comprometidos para la ascensión del día siguiente, que habían echado atrás, descompletando el número de la partida. El amor patrio estaba herido en lo más sensible, y los furros del caballero Gostwyck reconocían así una causa justificada. Mrs. Gostwyck lagrimeaba de vergüenza; el Japonés trataba en vano de consolarla; el signor Dellepiani juraba uniendo en consorcio inconveniente a la Madonna y al dulce Baco, que los dos ingleses habían mandado la historia de las ascensiones; el conde ruso manifestaba su rabia concentrada en la inmovilidad de sus ojos penetrantes sombreados por dos cejas en forma de acentos circunflejos, mientras M. Ricamord, como buen francés, gozaba del más fresco y espontáneo buen humor.

-Señoras -decía Mr. Gostwyck en un francés excelente en esta expedición, la Inglaterra, pensaba estar representada, como siempre, por doble número de fuerzas, y he aquí que dos

ingleses, vergüenza me da declararlo, han desertado, fugando ignominiosamente a Martigny. En esta pequeña y fácil empresa, todas las nacionalidades que se han dado cita este año en Chamonix, se hallan presentes; pero la comitiva desearía que si hubiera algún caballero alemán, español o portugués, entre los huéspedes, que quisiera representar a su nación en la partida, lo hiciese y se nos incorporara mañana.

Ni un alemán, ni un portugués, ni un español se encontraban allí para aceptar la galante invitación de Mr. Gostwyck, y un silencio profundo reinó entre los circunstantes. Marengo me tiraba del saco para sacarme fuera, porque veía comprometida nuestra posición de extranjeros, y las indirectas de Mr. Gostwyck podían alcanzarnos. Yo le convencí en el acto de que no éramos ni alemanes, ni españoles, ni portugueses, y que por consiguiente la alusión de milord no nos llegaba, pero de repente Mrs. Ida, que desde que entré me había mirado con unos ojos llenos de simpatía, a causa, espero, de mi traje inglés, fijó la vista en mí, y con el acento más dulce y político de la tierra me preguntó:

-Are you english also?

-No, madam. Y am..., y busqué los ojos de Marengo, para interrogarlo y le encontré una fisonomía descompuesta, pero resignada. ¡Imposible pasar por japoneses, y a Roma por todo!

-Y am american -contesté resueltamente y en un inglés tan pasable, que Mrs. Gostwyck, con una sonrisa de inteligente complacencia, agregó, tal vez con la última duda que le producía mi poco sajona fisonomía.

-Yankee no? South Carolina?

-No lady, River Plate.

En cuatro palabras, Mr. y Mrs. Gostwyck, el señor Dellepiani, el conde ruso, el doctor Ricamord y el japonés, se dieron cuenta de nuestra nacionalidad. El señor Dellepiani, por otra parte, conocía el Río de la Plata, lo había visitado durante la guerra del Paraguay, tenía un amigo en la Boca, e hizo un elocuente discurso sobre nuestro país y nuestros hombres. Estábamos en descubierto y Marengo renegaba contra la curiosidad que nos había llevado a aquella cueva de insensatos, decididos a romperse el pescuezo a la mañana siguiente. La galantería exquisita de Mr. Gostwyck no se hizo esperar, y a las pocas palabras, nos encontramos sujetos por una indirecta que consistía en manifestarnos que nuestro país, teniendo dos dignos ciudadanos, como nosotros, no podía, con honor, quedar sin representación en la empresa. Invocamos nuestro delicado estado de salud, argumento viejo y usadísimo que hizo sonreír de incredulidad a Mrs. Gostwyck, y de desprecio al japonés. La lady me contestó que ella estaba bajo la influencia terrible de un ataque de paperas, y que contaba con una cura inmediata en la cima del Monte Blanco. El italiano nos invocó a Garibaldi; el conde Birbichkoff nos hizo una gárgara con algunas palabras en ruso que debían ser muy convincentes, el japonés rumió también con una galantería dulcísima y en su idioma, la última súplica, y M. Ricamord nos cantó la Marsellesa: "Allons enfants...".

Yo estaba decidido, y por mi parte, con grandes deseos de realizar la empresa; sentía por mi compañero que no me quería abandonar por nada, pero a quien era necesario reconocer el odio recalcitrante que tiene por las excursiones. Al fin nos decidimos y firmamos el acta y el contrato con los guías, celebrado por intermedio de lord Teobaldo. Marengo y yo carecíamos de traje, de calzado y de los demás elementos para la expedición. Apenas lo insinuamos, como último recurso para excusarnos de la partida, se nos trajo lo que pedimos, con más, lo que ignorábamos que fuese indispensable.

Para cada uno, un gorro de lana, puños para abrigar las muñecas, medias de punto, zapatos de gruesas suelas, unas calcetas para no resbalarse sobre el hielo, un largo báculo de pino nervioso y elástico, una cartera para sandwichs y un frasco de whisky. Las cuerdas y las escaleras y demás elementos para la ascensión debían ir en manos de Benoni, de Tournier y de los otros guías. Hora de partida: las cuatro de la mañana, en punto, en la puerta del hotel del Mont Blanc. La melancolía desapareció y nos recogimos agitados por una emoción extraña. Antes de apagar la vela, me cayó a la mano un Figaro del 24 corriente, que daba cuenta de un accidente que le acaeció a un estudiante de Montpellier, que días antes había tentado una ascensión. Un trozo de hielo que debía servirle de escalón en un mal paso, se había desprendido y el joven cayó a 40 metros arrastrando en su caída el témpano, que aplastó a uno de los compañeros. ¡Maldito diario y maldita noticia! ¡Y esa Mrs. Gostwyck y ese japonés temerario que estarán durmiendo en este momento llenos de risueñas esperanzas!

A las 3 salté de la cama, hice levantar a Marengo, nos disfrazamos con los trajes facilitados por el matrimonio Gostwyck, tomamos una taza de café con crema y miel para aliviar la última amargura de la partida, y nos estacionamos en la puerta de calle. A las cuatro toda la comitiva estaba congregada y pronta para partir, menos el doctor Ricamord; el pícaro francés estaba encerrado en su cuarto, y no abría ni a Cristo. Había sido más sabio que nosotros. La indignación de los expedicionarios estalló: los ingleses atacaron a la Francia y a los franceses, y recordaron la justicia del castigo de Santa Elena; el signor Dellepiani habló de Magenta y Solferino; el conde ruso dijo que los franceses necesitaban otra Moscow, y el japonés disertó enérgicamente contra la falsificación de abanicos del Japón que se hace en París. ¡Marengo y yo en mutuas confianzas reconocíamos la acertada travesura de Ricamord!

Debíamos ascender en el día hasta el albergue de Grands-Mulets para hacer noche allí y continuar hasta la cima en la madrugada siguiente. Dimos principio a la marcha atravesando el dulce valle. Nos pareció más alegre que la tarde anterior. Comenzaba a aclarar, y un grupo de curiosos habíase reunido en la calle para ver partir a los expedicionarios al Monte Blanco. Todos íbamos en mula, menos los guías; debíamos abandonar nuestras cabalgaduras en el pavillon de la Pierre Pointue, para continuar caminando. La ascensión empezó fácilmente; la mula, hábil y prudente, no pone el pie sino sobre terreno firme, después de haberlo despojado de las piedritas que le sirven de obstáculo peligroso. Por otra parte, no mira nunca el precipicio, y es bastante animal para no sufrir de vértigo, ¡Qué cosa horrible es el vértigo a 2.000 metros de altura!

A las seis y media estábamos en el restaurante de la Pierre Pointu, admirando las ondas sólidas del enorme glacier des Bossons: parece un torrente gigantesco, congelado

instantáneamente en el momento mismo en que se iba a desbordar al valle arrastrando todo lo que encontrara a su paso. El japonés comenzó a tiritar ante el espectáculo de aquellas ondas puntiagudas, diáfanas e inmóviles. Parecía aquello un pueblo de fantasmas blancos, y la imaginación pretendía adivinar formas humanas en los relieves de los hielos. Por el frente apareció el Monte Blanco en toda su alba majestad; apenas una aureola de tenues nubes circundaba su cima como corona flotante, y comenzaba a disiparse a los primeros rayos del sol y al soplo de las brisas de las regiones superiores. Me parecía tan conjetural llegar hasta la altura, que estuve por derrumbarme al valle e incorporarme al francés. El pequeño refrigerio terminó, y emprendimos la ruta a pie por una cuesta empinadísima; los tacos sufrían todo el peso de la marcha, la espalda y la cabeza agobiadas, y el cuerpo sostenido por el alpenstock, cuyo cliente férreo mordía la tierra y aseguraba el paso. Seguíamos la marcha en el orden siguiente: Benoni y otro guía adelante, enseguida Mrs. Gostwyck y después Dellepiani, Marengo, Birbichkoff, Mr. Gostwyck, yo y el japonés; detrás del japonés el guía Alberto Tournier y dos guías más.

Íbamos derechito a rompernos el alma en un precipicio, o a hundirnos en un témpano, de donde algún perro de San Bernardo nos extraería quizás como un helado de crema. La conversación de la marcha, cuando Benoni daba permiso para conversar, era bastante desconsoladora; Mrs. Gostwyck contaba el número de víctimas que habían causado las ascensiones y daba hasta los nombres; Mr. Gostwyck, por precaución, había testado al salir de Londres, y los guías encontraban muy prudente esta última medida; Marengo y yo íbamos mustios y muertos de fatiga. Después de una hora de marcha llegamos a la Pierre de la Echelle, verdadero precipicio, ironía de escalera, la que no hay más remedio que trepar o decidirse por los 3.000 metros en que se hunde la visual. Y sin embargo, tengo una memoria dulce de aquellos toscos escalones labrados en la roca viva; ellos fueron el último límite de la tierra firme; dimos dos pasos más, y ya nos encontramos en un mar de hielo inconmensurable. ¡Y hay quien ambicione el polo después de conocer estas regiones!

Antes de entrar en los dominios de los hielos nos sentamos en fila en la estrecha ladera, y Benoni y Tournier nos colocaron las calcetas para no resbalar. Mrs. Gostwyck depositó con poco pudor su pie y su pierna en manos de Benoni, que debió encontrarlas con una temperatura igual a la de los hielos porque no hizo la mínima demostración de entusiasmo. Verdad es que Mrs. Gostwyck tiene 48 años, unos ojos color ágata, indescriptibles; es flaca como una espina dorsal de anguila, tiene dos brazos que son dos pajas, a cuyos extremos están pegadas unas manos largas y chatas como dos hostias. El japonés se calzó sus medias fácilmente y seguimos la marcha por aquel campo de cristal. Atravesamos el glacier de Taconnay con una labor ímproba; y arañando con pies y manos los hielos, arribamos en hora y media a la morada de Silvain Couttet, el águila solitaria des Grands-Mulets, la última estación en que vive el hombre en Europa entre el cielo y la tierra. Couttet es como un oso blanco domesticado, y a pesar de vivir entre los hielos sabe ofrecer el calor de la hospitalidad en su tosca cabaña de piedras. Allí debíamos cenar y pasar la noche. Couttet estaba provisto; tenía dos cuartos de chamois, la cabra salvaje de los Alpes, galleta y aguardiente para calmar el hambre y la sed; de postre Mrs. Gostwyck nos invitó con unas pastillas de clavo y pimienta, que a pesar de la temperatura, nos transportaron por unos instantes, a mí y a Marengo, al Ecuador. Por camas no teníamos más que el suntuoso lecho de Couttet -dos tablas de pino- y las piedras del piso de la cabaña, infinitamente mejores que la superficie bruñida del hielo. Concluida la cena, en la que Benoni, Mrs. Gostwyck,

Dellepiani y el japonés brindaron con whisky por la próxima confederación de sus cuatro naciones respectivas, Gostwyck cantó una canción inglesa en fa con una voz de pito de cazador. La aplaudí frenéticamente a pesar de las avisadas protestas de Marengo que no sé si pretendía oír en el Monte-Blanco la Sonámbula cantada por la Nilson.

La noche se pasó oyendo las relaciones de Couttet, y celebrando el postre con que pretendió invitarnos el conde Birbichkoff: ¡una vela de sebo! La devoró con ansias y dejó el pabito seco admirando nuestra falta de apetito. Los demás compañeros dormían en el suelo; el italiano soñaba con la federación futura; el inglés juraba que la Francia entraría en ella, y el japonés estaba resuelto a fundar un diario -en su idioma naturalmente- en cuanto se estableciese en Ginebra. Mrs. Gostwyck dormía vestida y sola, en la cama de Couttet, y yo y Marengo al oír las historias dramáticas de las ascensiones que nos hacía nuestro huésped, comenzábamos a creer que habíamos hecho una barbaridad. Por fin, pudimos morder también el sueño, y acurrucados junto al cariñoso fogón, nos dormimos con un costado abrigado y el otro helado. El ladrido de los perros de Couttet y los aprestos de los guías nos anunciaron la hora de la partida. Era noche todavía y sin más toilette que pasarnos las manos por la cara nos pusimos en marcha.

Cuando asomamos las narices afuera, el suelo estaba blanco como la hoja de papel en que escribo. La tierra no se veía, una densa masa de nubes la cubría totalmente, las estrellas brillaban con un vivísimo esplendor y la luna derramaba un reguero de luz opalada sobre aquella inmensa y diáfana superficie. En la altura ni una nube: las montañas hasta las cimas, se presentaban distintamente; allí el Monte Blanco, allá la aguja del Midi, acullá el domo del Goûtex y la vasta serie. ¿Qué es aquella fogata que alumbra en la pendiente lejana? ¿Algunos expedicionarios que queman grandes troncos de pino sobre los hielos? ¡Imposible!... Es el sol que rompe su marcha, entre el seno de las montañas; primero se diseña un rasgo rojo casi imperceptible y a los pocos minutos su disco aparece con todo su esplendor. Ya se remonta el padre de la naturaleza, cuyos rayos no pueden dar vida a estas cimas frías y elevadas. El cuadro es grandioso y extraño, pero la empresa absurda. ¡Ah, qué sabio fue el francés en preferir su cuarto y su cama, en el Hotel del Mont Blanc al Monte Blanco verdadero!

La senda ya no existe: el camino es todo el piso, y cuando la cuesta es perpendicular, Benoni y Tournier, con sus compañeros, colocan la escalera de manos, y cuando ella no alcanza, el hacha de estos hijos intrépidos de la montaña, labra en los hielos dos, cuatro, seis escalones, que hacen la ilusión del mármol. Mrs. Gostwyck es la primera que se lanza después de los guías; enseguida su marido, después nosotros; el japonés es siempre el último y constantemente hay que izarlo porque se le ha helado un tobillo. Caminamos en dos grupos amarrados todos a una cuerda, cuyos extremos delanteros conducen Benoni y Tournier con increíble agilidad. Comenzamos a bajar una pequeña caída de la montaña para volver a repechar la cuesta que está enfrente, pero al llegar a la garganta nos encontramos con un precipicio profundo que divide las dos orillas; ¿cómo salvarlo? Benoni recorre con una mirada de águila, los alrededores, y descubre allá abajo un pequeño arco natural, que puede hacer de puente; el arco es débil, angosto y poco liso en la superficie, que debe servir para cruzarlo. Mr. Gostwycke, con una temeridad que le vale una reprimenda furibunda de su marido, que olvida entre los hielos y por un momento las conveniencias del lenguaje, es la primera que pone el pie en aquella trampa en el arco ílaquea, pero la audaz inglesa tiene

tiempo de retirarse antes que se derrumbe. Un grito de estupor atruena aquellas soledades, pero Mrs. Gostwyck no se horroriza. Estamos incomunicados con el otro lado de la montaña y en una península que nos permite retroceder pero no avanzar. Y mientras tanto es necesario llegar a la cima. El italiano y el japonés proponen un regreso honorable; el barón ruso se resiste y Mrs. Gostwyck nos amenaza con el suicidio si no avanzamos. Benoni encuentra por último la manera de afirmar los extremos de su escalera en cada una de las márgenes del precipicio y por este medio pasamos todos como por una trampa. El japonés al pasar trastabilla y se encaja con una pierna, entre los palos de la escalera, pero está amarrado de la cintura por la cuerda salvadora que nos une a todos. Benoni de un tirón lo iza como un fardo. Comenzamos ahora lo más serio: estamos casi en la cima, y para pisarla nos falta apenas 60 metros; pero es necesario remontar una pendiente lisa como una lámina y empinada como los palos de una A. Los gulas labran escalones en ella y comenzamos esta ascensión atados los unos a los otros. Benoni y Tournier, siempre en la punta, trepan el último escalón; pero una imprudencia del japonés que desde les Grands Mulets viene tiritando de frío y de miedo, hace perder el pie al conde de Birbichkoff que a su turno arrastra a Mrs. Gostwyck. Yo encomiendo mi espíritu a Dios porque veo el instante en que detrás de la lady rodamos Dellepiani, Mr. Gostwyck, Marengo y yo, y me afirmo sobre mi escalón, pero ¡oh fortuna! la cuerda cede y los de arriba permanecemos en nuestra posición. ¿Qué ha sucedido? Dellepiani, riéndose y vendiéndonos perdidos ha sacado su enorme navaja y ha cortado la cuerda, ¡el último y único lazo que lo unía en la vida con Mrs. Gostwyck! ¡Esta el japonés y el barón ruso han desaparecido en el precipicio! ¡4740 metros! ¡Qué horror!

Dellepiani se disculpa; no había otra cosa que hacer. Pero cuando temíamos la desesperación de Mr. Gostwyck, éste nos deja helados de espanto y de indignación.

-Mrs. Gostwyck era una coqueta, dice, y Dios la ha castigado dándole la tumba que merecen las coquetas. En cuanto a Birbichkoff, no valía ni un kopeck.

Nos miramos sobrecogidos; y como el peligro amenazaba aún, pensé en Plinio, y envidié su fortuna, que al fin y al cabo murió abrigado. Decididamente el italiano nos había salvado a todos, pero Mr. Gostwyck era un salvaje. Yo, mientras conocí a Mrs. Gostwyck jamás, le descubrí un solo acto de coquetería. A no ser que el japonés... Pero ¡ca!

Estábamos en la misma situación y sin resolvernos a subir o a bajar. La catástrofe había sido espantosa, y fuera de bromas, costaba tres vidas. Se decidió por una resolución firme y enérgica seguir hasta la cima. Pero cuando Benoni puso el pie en el último peldaño de la escalera que labró su hacha, sentimos un estampido horrendo en la altura y vimos venir, lanzado hacia nosotros, un alud que parecía una montaña.

-¡Estamos perdidos!, gritó Benoni, y se dejó caer.

Yo ya me sentía aplastado por el enorme témpano, cuando Marengo sacudiéndome fuertemente, me despertó de mi ascensión al Monte Blanco con una taza de leche y con una fuente de miel de Chamonix.

¡Eran las 8 de la mañana y recién abría los ojos en mi cuarto del hotel del Mont Blanc!...

La Suiza Nueva

Berna, 10 de septiembre de 1890.

He aquí un país que podría compararse a una colmena. El espacio de tierra que ocupa es reducido, la labor recia y productiva, los campos bellos y fértiles, las abejas belicosas y nómades. Celosos de su autonomía y de su independencia selvática y montañesa, los viejos y los nuevos helvecios han defendido más de una vez sus sierras y desfiladeros, en más de una ocasión han emigrado por bandas servir bajo banderas extrañas como los soldados de Amilcar. Tres retazos de tres grandes pueblos han formado esta patria pequeña, que podría compararse a un condominio político, si dentro de esas montañas y de esos valles poéticos, no hubiera surgido un vecino que representa toda una nacionalidad. Pas d'argent, pas de Suisse, ha dicho con malicia la cáustica sátira francesa de la revolución, al otro lado de Ginebra. El italiano académico de Turín y de Milán se escandaliza al oír el idioma que hablan los bárbaros de Locarno; y los hijos legítimos de Alemania necesitan de intérprete para hablar con los paisanos del Oberland Bernés. Lo primero, no es cierto como definición del carácter nacional; un suizo del Tesino no es más interesado que un barquero del golfo de Nápoles, ni habla un dialecto más detestable que él; y la Alemania puede recibir en sus más inexorables academias los libros de Rodolfo Wyss, de Ferner, de Bitzius y de Khun. Si la Suiza pudiera ser extraída de raíz, como una planta del espacio que ocupa en el mapa de Europa, para surgir como una isla en cualquiera de los mares del globo, la Inglaterra podría decir que tenía una rival en medio del océano. Desgraciadamente este pueblo está condenado a vivir como una nuez, herméticamente encerrado por sus vecinos, que por todos los costados le tienden la mano diariamente pero sin abrirle la puerta jamás. ¡Cuánto habría dado la Suiza, si, como Bolivia, hubiese tenido el erial de Cobija para mirarse en el mar!

Y entretanto este país, que vive en los valles y cuyos hijos se trepan a las montañas, tiene algo más que mostrar que las eternas bellezas de sus paisajes. La naturaleza le ha dado todos sus elementos y todas sus fuerzas, simples pero grandes: los bosques seculares de pinos y de cedros que caen bajo el hacha del leñador; el torrente que hace inútil la fuerza finita y limitada del vapor, y que hiende los tréboles, labra las piedras y mueve la rueda sencilla; sus ganados cuyo número es fabuloso en proporción a la tierra en que pacen; sus ciudades y aldeas donde florece un verdadero industrialismo de colmena, que si no hace del suizo un artista, lo dota con toda la ciencia práctica e ingeniosa del obrero, que, a favor del lente anima la pequeña pero complicada armonía del reloj, y encuentra en la caja de música una mecánica para interpretar automáticamente las inspiraciones de Beethoven y de Mozart. La libertad ha formado en esta tierra una familia artificial que ha adquirido al fin

una naturaleza social y política bien definidas. Esa raza que habla tres lenguas, ha fundado un sistema parlamentario de primer orden sin convertirse en una Babel; ha hecho estado del distrito, municipio y comuna libre de la ciudad, de la villa, de la aldea: asociación del vecindario, escuela de todo el territorio, ciudadano al ejército, banco de la riqueza cantonal, institución de la caridad; ha levantado como los pueblos griegos cátedra para la moral, para la virtud, para la templanza, para la ciencia y para la industria; ha perforado las más altas y difíciles montañas de la Europa; ha trepado el riel hasta sus cimas; ha provocado y salvado una reforma religiosa, se ha desprendido de los despotismos y de las conmociones revolucionarias de la Francia; ha conjurado el militarismo social y político de la Alemania; ha admirado e imitado a Washington, ha llorado a Lincoln, ha plantado, en fin, en un pedazo de la Europa el árbol de la democracia, cuyos frutos, ¡ay! se malogran entre los senos exuberantes de nuestra América.

Esa es la Suiza nueva: la que antes fue mercenaria de los Luises y de los Papas, que tuvo también sus Niebelungen, que no ha olvidado nunca su epopeya y que, desde las cimas de sus montañas, mira por sobre los troncos el porvenir de la familia humana. Yo la amo porque amo la libertad con el trabajo. No hay pueblo libre sin talleres, sin escuelas, sin esos grandes medios que hacen del hombre una fuerza deliberada, y no un paria bueno para todo y para nada, un enfermo de empleomanía, que porque sus padres, el vecindario, la escuela, la sociedad, la patria, en fin, no le dieron un oficio o una profesión, un brazo diestro para la fragua, o un espíritu preparado para las altas creaciones, se ve en el caso de aspirar en toda la plenitud de sus fuerzas físicas y morales, al puesto improductivo del empleado, propio sólo, en un país libre, del inválido, del anciano y de la mujer. Y digo de la mujer, porque en Suiza la mujer no es sólo el ser pasivo de nuestras sociedades hispano-americanas en las que palpita la colonia todavía; en Berna, el palacio federal, durante el receso, nos fue mostrado por dos paisanas inteligentes y competentísimas. ¡Oh, qué sátira habría provocado entre nosotros ver a los regalones porteros del Congreso destinados a aserrar maderas en el Parque, mientras cuatro muchachas bonitas, tuviesen la guarda de la casa!

El suizo es un hijo de la industria, y el cultor más devoto de sus derechos y de sus deberes cívicos. No tiene en general el espíritu artístico, a pesar de los que se llaman Rodolfo Töpffer en las letras, James Pradier y Niedermeyer en el arte. El suizo es un término medio entre la abeja y la hormiga. La abeja zumba, el suizo satisface en el hogar sus gustos musicales con el hilo de melodía que produce el cilindro erizado de la caja de música contra los dientes del peine. La abeja y la hormiga labran sus celdas y elaboran eternamente en sus claustros. El suizo, metido en su cabaña, rodeado de sus hijos, todos con un cuchillo en la mano, labra monótonamente, noche por noche del largo e inclemente invierno, las típicas reducciones de sus casitas campestres, las picas con sus empuñaduras complicadas, los rebaños de cabras salvajes, y -¡ay! de la estatuaria griega- ¡los ingenuos bustos de sus héroes! Pinta en porcelana fría y mecánicamente pero con exactitud; rivaliza con los joyeros de Pforzheim en la elaboración del doublé y del oro de 14 quilates; es un poco pastor de Arcadia porque fabrica quesos y beneficia miel, y bien merecería que sobre la puerta de su casa se inscribiesen aquellos versículos célebres del poeta latino: Sic vos non vobis...

Pero esa abeja o esa hormiga que deja que Florencia haga por el arte, París por la gracia, Berlín por la inspiración, sabe que la colmena y el hormiguero es un pueblo o una sociedad

organizada. Exígidle sus ahorros en dinero o en mercancías, y en el primer caso, el suizo os mostrará su libreta de banco, sus títulos de crédito; y en el segundo caso, su cosecha floreciente o sus graneros repletos. Exígidle su servicio militar, y abandonará en manos de su familia los instrumentos de la labranza, su taller, su rebaño; tomará las armas, cumplirá sus deberes de ciudadano y de soldado, y regresará al hogar con un sentimiento placentero de haber cumplido su obligación con la patria que lo protege, con el vecindario que necesita de policía, con las leyes, en fin, que requieren guardianes en todas las sociedades organizadas. Llamadlo a votar, e irá cantando sus aires nacionales a las urnas, a elegir su cura si es católico, su pastor si es protestante, sus autoridades locales si va como vecino a constituir el gobierno de lo propio, sus parlamentos, si como entidad política del estado. La Suiza es una nación eminentemente municipal, a pesar de las tendencias unitarias que han predominado casi siempre en su forma republicana de gobierno. El derecho municipal es el que ha engendrado las pequeñas pero múltiples asociaciones de beneficencia, de protección mutua y de enseñanza, etc. El derecho municipal es el que ha reducido el pauperismo, aplicando aquella máxima inexorable de un ministro británico que declaraba indigno al inglés indigente, y repartiendo y arrendando la tierra en proporciones sabias y justas. El derecho municipal, en fin, más enérgico, más fuerte aún que en Inglaterra, ha combatido la ebriedad, esa peste del aguardiente, como la llamaba Zschokke, que ha assolado más de una vez los cantones populosos de Berna, de Lucerna y de Zurich.

Es necesario ver cómo brilla la aldea suiza desde Ginebra hasta Basilea o Schaffhouse. Ahora cincuenta años, menos tal vez, ahora veinticinco años, el paisano suizo era un simple medio en manos de los partidos urbanos. En las hondas disensiones religiosas iba a las filas fanatizado por su caudillo. Se le ha visto ciego de ira en la guerra, de la fe en Zurich volar al combate a las órdenes de un pastor, y producir los motines populares que los suizos alemanes conocen con el nombre de putsch. En las revoluciones del Tesino, en la guerra civil del cantón de Valais en 1844, en las grandes expediciones de los cuerpos francos, el paisano suizo ha sido muchas veces un instrumento inconsciente de grandes pasiones sociales y políticas: ignorante, torpe, fanático y no pocas veces indisciplinado. Pero el principio democrático que asomó poco tiempo después de la revolución de 1830 y que suprimió al viejo régimen derrocando a Carlos X y a Polignae, preparó y consumó al fin, aun contra las amenazas de las grandes potencias vecinas, el pacto de 1848, que constituyó la autonomía y la alianza constitucional de veintidós cantones, y que consagró las bases fundamentales de la actual confederación. Hoy el paisano suizo, el último aldeano de las más pobres poblaciones del cantón, conoce derechos, respeta y cumple conscientemente sus deberes, sabe lo que se debate en Berna por el Congreso Federal, lo que se discute en la capital de su distrito; profesa un culto cuyos principios elementales de religión le son perfectamente familiares, sabe leer y escribir, está familiarizado con su derecho electoral, y, lo que es más curioso todavía, conoce los candidatos y los sostiene o combate casi siempre con juicio propio. Esto lo ha hecho la educación. No es raro hoy en el día domingo, al pasar en las diligencias que recorren las altas laderas del Brunnen, o que descienden a Martigny por el valle del Ródano, ver en la puerta del albergue a un campesino, leyendo en voz alta la gaceta de la ciudad o del vecindario a un grupo de parroquianos, entre los cuales se discute y se analiza el artículo después de leído. No quiero decir con esto que el estado social sea perfecto, en materias políticas y administrativas la perfección es siempre un ideal, una eterna sombra, una aspiración. El suizo, lo he dicho antes, término medio entre la hormiga y la abeja, está sometido a cargas y tributos duros; las contribuciones lo persiguen

y lo agobian; la heterogeneidad de raza y de lengua hace difícil fundir la familia nacional en un conjunto uniforme. La situación mediterránea es una amenaza en los cambios periódicos y repentinos del mapa europeo; pero muy feliz es el hijo de ese pueblo, que por más modesta que sea la posición social que ocupe, sabe darse cuenta de estos grandes problemas por sí mismo, para buscar el modo de corregir los defectos y marchar sereno a la perfección por medio de la reforma.

He tenido la mala fortuna de encontrar en receso el Consejo Federal. Habría deseado ver expedirse esa perfecta miniatura parlamentaria, que pasa con justicia por modelo en los países americanos. Menos imponente que el parlamento inglés y mucho más sereno que el congreso de los Estados Unidos, tiene en su seno hombres de un mérito capital en la ciencia del gobierno. Ese pueblo vive libre de esa influencia perniciosa, del caudillaje político y personal que entre nosotros, como en los estados de la Unión, ha engendrado al hombre omnipotente en los partidos y en el gobierno. Desgraciadamente las dinastías de la democracia no son cortas ni en la América latina ni en la América inglesa. Aquí, es el hijo coronado de la Escuela Politécnica o de las tres universidades, cantonales de Bâle, de Zurich y de Berna el que se abre la senda de la vida pública con título legítimo: es Rossi en 1816 o Sismondi en 1842 y además la espada y el rifle, en manos de la autoridad no ofrecen peligros, ni provocan conflictos, en Suiza no hay soldados, ni casernas bulliciosas. El ciudadano no desaparece nunca bajo el simple uniforme con que su patria lo llama a las maniobras periódicas; y un regimiento o una brigada del ejército civil de la Confederación, alojados en una ciudad o en una aldea, o acampados en sus suburbios, lejos de provocar amenazas, odios y repulsiones instintivas, provocan fiestas y un júbilo indescriptible, porque todos los hombres libres ven en ellos a sus hermanos, a sus compañeros de trabajo de ayer, a los que mañana se les volverán a juntar en la fábrica, en los talleres, en los campos, en fin, para producir los nobles frutos de la industria, o para abrir con el arado el hondo surco de la tierra fértil y libre de la Suiza.

Lo que aún está vivo en Suiza son los debates religiosos; la silla de Calvino en la catedral de Ginebra no ha dejado de ser cátedra un solo día. El reformador no sólo levanta un partido tenaz y ardiente contra los papistas, sino que enseñó la polémica teológica al pueblo reformado. De ahí proviene que los contenedores de todas las creencias ocupen en Suiza un puesto tan alto en las esferas intelectuales. Recuerdo entre otros a Schulthess, a Cellerier, a Viret, a Diodati y Mounier, a quienes sus escuelas respectivas veneran, levantándoles estatuas y monumentos.

La doctrina inexorable de Calvino entraba con sangre. Su propaganda protestante empleó muchos de los medios que la propaganda católica usó con el Santo Oficio: las llamas, el puñal y el martirio. ¡Así fueron también las venganzas que la paz de Westfalia trajo consigo! Cuando Calvino, Zuinglio y Lutero murieron, los partidos reformadores que ellos habían encabezado dieron mártires innumerables a los jesuitas, que hacían su estreno levantando la bandera de las venganzas y de las restauraciones católicas en los pueblos de Europa. El espíritu nuevo con la constitución de 1848, comenzó por proclamar la libertad de todos los cultos cristianos; y cuando en 1866 toda la nación suiza rechazaba en los comicios los principios ultra unitarios y centralistas que había predicado el club político La Helvecia, los cantones, uniformes todos en sus ideas, no aceptaron sino el artículo que consagraba los derechos religiosos de los israelitas y la libertad de cultos. Sin embargo, a

pesar de las vinculaciones que la Suiza ha tenido con la Francia monárquica y con Roma, el sentimiento nacional de la confederación, en sus cantones más populosos y adelantados, es hoy abiertamente contrario al catolicismo jesuítico de Roma. La juventud de los liceos, de las academias, de las universidades, los maestros de las escuelas primarias, las autoridades vecinales y los grandes cuerpos políticos de la nación, han visto con júbilo la sanción de la ley Ferry: y no sólo ha impedido crecer en el propio suelo la cicuta venenosa de la Compañía, segándola cuando pretendía cubrir la espiga sana que produce los frutos de las ideas liberales, sino que por medio de la palabra, de la lectura y de la crítica, han preparado un pueblo en cuyos hijos no reclutarán adeptos los sutiles discípulos de Loyola, sin soportar todas las consecuencias del debate público, oral y escrito, al que no resisten sus agentes. El católico suizo de nuestros días, con raras excepciones, es un ser pacífico, dulce, tranquilo, poco pródigo para abrir la bolsa delante de un fraile, sin exaltaciones hidrofóbicas de fe iracunda como Veuillot, jamás gasta un franco en un amuleto de la virgen o del santo parroquial. Obedece al Papa, pero sin entusiasmo, y cumplirá con los preceptos de los jefes de su culto, siempre que estos no se entrometan en su hogar ni en su patrimonio. Hace muy poco tiempo que la Suiza ha roto con los últimos y débiles vínculos que la ligaban a Roma: el pueblo, por sí mismo, ha completado esta emancipación, y la ciencia y la industria libres, se han encargado de firmarla para siempre.

El espíritu de enseñanza en este pueblo es maravilloso. Derrotada en la opinión pública, después de una campaña fija parlamentaria, la idea de crear una universidad federal, los cantones de Lausanne, de Neuchâtel, de Ginebra, de Bâle, de Zurich y de Berna, han fomentado ardientemente sus grandes centros docentes, realizando en los tiempos modernos aquella fecunda y gloriosa rivalidad de las universidades francesas, alemanas y españolas de fin de la edad media. Mientras que en Francia durante el imperio, se armaba cada día con más autoridad al ministro de instrucción pública, y ganaba terreno el pensamiento de una universidad centralista y absoluta, reguladora de los programas, y armada de la superintendencia oficial de la enseñanza, en Suiza el espíritu centralizador y unitario, ha sido sabio para dejar en poder de la acción cantonal el fomento de las grandes escuelas superiores. Fuera de la Escuela Politécnica de Zurich, que es patrimonio del poder central y que llena necesidades especialísimas y capitales de la Confederación, la descentralización universitaria es casi un principio consagrado en Suiza; y los doctores de Ginebra y de Berna gustan de buscarse en la liza, para

estimularse recíprocamente y realizar las batallas pacíficas y brillantes de Oxford y de Cambridge.

Los clubes literarios y las asociaciones científicas o industriales se fundan y se perpetúan en Suiza en todas las ciudades y en muchas poblaciones secundarias. El médico, el abogado, el ingeniero, el industrial, y hasta el pastor, tienen su club. En los cantones alemanes las sesiones de estos centros sociales son utilísimas y fecundas, y el espíritu de empresa y de trabajo se conserva vivo en ellos. Allí nacen las habilitaciones que hacen del principiante un capitalista a los pocos años; en ellas se predica la templanza, se forman las grandes sociedades que han dotado a la Suiza de espléndidas vías férreas y de caminos carreteros, que atraen a este país durante el verano una población flotante que algunos han calculado en 500.000 almas, y cuyo tránsito produce en Suiza un alimento considerable de la renta pública todos los años. En pocos países de Europa son más elocuentes los

progresos de las ciencias naturales; todas las riquezas de las comarcas suizas están estudiadas profundamente en los museos de las capitales cantonales, y sus publicaciones literarias, históricas y científicas ocupan uno de los primeros rangos en el mundo intelectual de la Europa.

La República Argentina es mucho más conocida en Suiza que en otras partes de Europa; exceptúo a Londres, a Liverpool, a Glasgow, al Havre y a Burdeos, y algunos puertos italianos, donde la comunicación marítima directa mantiene constantemente una relación casi diaria con nosotros; hablo del pueblo suizo y no de los banqueros ingleses y comisionistas franceses. Será fácil encontrar en cualquier ciudad suiza personas capaces de imponer fácilmente al inmigrante de las condiciones climáticas del Río de la Plata, del valor de nuestra tierra, de la naturaleza de nuestras producciones, del porvenir y crecimiento de nuestra ganadería y de nuestra agricultura, de la honestidad y facilidad de nuestros hábitos, de la sencillez de nuestros hogares, de la belleza de nuestras ciudades, del espíritu liberal y progresista de nuestras leyes. Entretanto, de paso por Lyon, la natural curiosidad de saber noticias de nuestro país, nos llevó a visitar al señor Mauricio Côte, nuestro cónsul argentino en la primera ciudad manufacturera de la Francia, y con esa franca sorpresa de los sudamericanos que notan un desatino geográfico en labios de un europeo, oímos de boca del señor Côte -que por otra parte parece un caballero cultísimo- que en Lyon nunca se sabía nada de ce pays là; que no se recibían nunca ni periódicos ni más noticias de nuestro país que los que, rara vez, pudieran dar los diarios de París, y que por otra parte, no había motivo para que él estuviese informado de lo que acontecía en la República Argentina, porque Lyon no tenía relaciones comerciales con nosotros. Un cónsul argentino en Lyon que dice esto debe llamar la atención de nuestro gobierno. No hay tienda de Buenos Aires de alguna importancia que no esté vinculada con los fabricantes de aquella gran ciudad, o, que por lo menos, que no tengan agentes en París para comprar telas y toda clase de mercaderías en sus talleres. La mayor parte de los artículos de lujo que se venden en Buenos Aires como artículos de París son de Lyon, y si la casa de Burgos quisiera confesar el origen de los ricos objetos de sus vidrieras, diría que una parte es de industria porteña y el resto de Lyon.

Entretanto, en Suiza no pasa eso. Mi mala memoria no me permite señalar en esta página el nombre del autor de un folleto sobre la República Argentina que se reparte profusamente en los cantones suizos. Atravesábamos el lago Léman de Ouchy a Ginebra y al entrar en el vaporcito, mi compañero, me mostró un gran aviso que decía La República Argentina y sus colonias por***. Tomamos el libro con avidez y hubiera anhelado encontrarme con su autor para abrazarlo con gratitud y efusión. Era un propagandista entusiasta de nuestra tierra; había pasado varios años en Buenos Aires, describía nuestro estado social y señalaba a sus compatriotas, como un nuevo Lacio, nuestras fértiles campañas. He vuelto a encontrar el mismo libro en Ginebra, en Berna, en Zurich, en Lausanne, en nuevos vapores, en los hoteles y en las estaciones, y prometo buscar el nombre de su autor para entregarlo a la gratitud de los hombres de mi país. En Suiza se oye hablar de la República Argentina todos los días; el hijo de las montañas elogia con entusiasmo nuestras llanuras y cuenta con gratitud el progreso de sus hermanos en las colonias argentinas. Si las nubes que cubren algunas veces el horizonte de la patria no produjeran la duda de lo desconocido, deteniendo la corriente emigratoria, nuestra ganadería y nuestra agricultura atraerían en doble y triple número esta raza fuerte y sobria

que ama el trabajo, y que a la par de su virilidad física tiene una educación moral de primer orden para fundar el hogar feliz en nuestros campos.

¡Y qué país...! La esencia de las bellezas de la naturaleza europea está representada en esta sección geográfica que tiene más de dos millones y medio de habitantes -ciento cincuenta mil obreros- y donde todos desde la edad de diez años trabajan sin excepción. Cuando se sorprende una caída de sol en los lagos, y la atmósfera clara, diáfana, hace destacarse en los límites del cuadro las altas montañas heladas con sus faldas vestidas de pinos y sus valles verdes y risueños, donde alrededor del templo sonríen las pintorescas casitas de los pastores, parece que aquel país fuera una nación de poetas contemplativos y soñadores a los que el espectáculo siempre nuevo de la naturaleza no les diera tiempo para pensar en las cosas humanas. El panorama se oscurece paulatinamente a medida que el sol se hunde en las montañas, y entra la luz tenue del crepúsculo, los picos se coloran de rosa, se transforman en puntas azules después, y se confunden en las nubes cuando los rodea la primera tiniebla de la noche. Toda la tierra parece dormida entonces, ni aún se sospecha que existe allá en un extremo del lago una ciudad populosa y activa; y si al acercarse, el vapor se sorprende a Lucerna con su torre redonda y circular, o a Ginebra con sus casas que recuerdan a las de Edimburgo, diríase que anclamos frente a Pompeya o delante de alguna de las viejas y sibaritas ciudades del mar Jónico. Bajad a la tierra, no hay napolitanos que canten o toquen el laúd en las azoteas, ni músicos ambulantes, ni limosneros pegajosos y adulones, ni cíngaras, ni bohemios, ni nada, en fin, de aquellas poblaciones vagabundas que recuerdan a los griegos la decadencia. Os encontraréis con una raza antipoética y refractaria al arte lírico, al baile y a todos los pasatiempos que exaltan los sentidos, que embotan la actividad física de los hombres. Una raza un poco tosca, es cierto, pero noble, laboriosa y ávida de fortuna económica, previsora, disciplinada que sabe perfectamente lo que tiene, lo que consume y lo que guarda; una raza cuyos individuos pueden hacer nuestra desesperación en el trato social, porque viven con la exactitud invariable del cronómetro que fabrican, pero que indudablemente, han constituido un país honesto, vigoroso, sano de cuerpo y fuerte de alma. Basta ver cómo se engalana un pastor suizo o una campesina de Berna, cuáles son las diversiones que ama en sus horas de ocio, cómo cantan, cómo bailan, cómo se enamoran y cómo se casan. La mujer de los campos es generalmente dura y enhiesta; ni un contorno flexible, ni una mirada dulce y soñadora: parece una granada que acaba de reventar al sol; se mueve como un maniquí en la rueda de su danza favorita; toca apenas la punta de los dedos de su compañero. Ceñido el talle, y cubierto el busto por un peto que es una verdadera armadura, y no satisfecha todavía con esta defensa, la fortalece con cadenas de plata, cuyos broches ella sola tiene el secreto de abrir; y cuando con sus compañeras aparece por los domingos en las ciudades, curiosa, absorta y tiesa, diríase que es un regimiento de granaderos el que pasa por la calle, porque pisan la tierra con un zueco tallado en un trozo de pino que tiene la virtud de endurecerse a medida que se usa y se envejece.

La poesía y el arte en Suiza están en el paisaje, pero todos los elementos que constituyen la sociedad libre se hallan en el corazón del pueblo. Los Estados Unidos, cuyas maravillas están dejando muy atrás a las gigantescas magnificencias de Londres y de París, no han producido todavía una ópera, una tela célebre, o un bronce notable. La Suiza, a pesar de sus aspiraciones artísticas y del fomento que presta a las bellas artes, no avanza en esta senda;

pero uno y otro país van dejando atrás a la Europa en las ideas prácticas que hacen grandes y ricos a los pueblos.

¿Será que la república y la democracia son refractarias a lo bello y a lo sublime, y que sólo bajo los despotismos de Augusto nace y se desarrolla el arte y se revelan los grandes poetas de la humanidad?

Las anémonas

Wildbad septiembre 16 de 1880.

A mi amigo Bernabé Artayeta Castex

De la activa chismografía de un pueblo de baños recojo la siguiente historia, cuya originalidad no me atrevería a invocar, porque no pasa de ser un viejo poema de amor desgraciado, que se repite todos los días.

La familia Morin había casado a la señorita Luisa con un fabricante de espejos. Los padres estaban radiantes de felicidad, como que no hubiese sido posible encontrar en Lyon, para una muchacha bonita, un partido mejor que el de Antonio Barot, miembro de la razón social Barot y Cia., y hombre a toda prueba, como lo decía papá Morin. Sano de espíritu, fuerte de cuerpo, laborioso como un castor, enemigo capital de las lecturas románticas, y con unas manos primorosas para azogar una luna de tres metros de largo por uno de ancho. Papa Morin había equilibrado aquellas sobresalientes cualidades del novio dando a Luisa una linda dote, de modo que no fuese Antonio el único que llevara bienes al entrar en la serena vida del hogar, como él mismo llamaba al matrimonio. Luisa acababa de salir de una pensión de Paris. Tenía 19 años, unos ojos verdes, grandes y tranquilos, una alma exquisita, delicadamente melancólica, y si amaba los espejos como todas las mujeres, detestaba su fabricación, y se dormía de fastidio cuando Antonio explicaba de sobremesa el último procedimiento de azogar que le había valido un brevet d'invention y dos medallas en las exposiciones de provincia.

En las familias burguesas, buenas pero incómodas, madrugadoras como los gallos, sordas a la música y ciegas ante una tela de Bodmero o ante un mármol de Moreau, suelen aparecer unas muchachas que se diría sacadas de un proverbio de Musset. Luisa no era linda, porque no lo son generalmente las francesas, pero ese diablo azul de la gracia, de la elegancia, del sentimiento, digamos la palabra, de la poesía, animaba todo su rostro y

saltaba en toda aquella cabecita simpática y adorable. Hija legítima del siglo, nacida para amar, no como una paisana sino como aman los seres escogidos del sentimiento, en aquel hogar de provincia en que solo se hablaba del precio del cristal y de los impuestos sobre el azogue, era como una de esas flores de aromas voluptuosos que nacen y mueren en las aguas estancadas. Y vaya un detalle que confirma esta comparación demasiado rebuscada. Luisa adoraba esas flores imposibles cuyo aroma había aspirado a pulmones llenos en los cantos de Theuriet, de Copée y de Sully Prudhomme, animados por una musa siempre convaleciente que tose y que agoniza coronada de lotos y nenúfares. Su marido hacía un contraste, y el domingo, con una consecuencia invariable, la obsequiaba con un ramo de nardos y de claveles encarnados que la pobre Luisa encontraba de un olor insoportable a bourgeoisie, Barot se desesperaba y maldecía a los inventores de flores nuevas, como él los llamaba, pero decididamente, en materia de galantería y de gusto, los alcances de Antoine Barot no se extendían más allá del bisel de una luna veneciana, y de los racimos y las frutas talladas en el marco macizo de los espejos. Era un hombre de pulpa; un ser refractario a la moda, al arte, a esa delicadeza maliciosa hija de la educación, de la que muy pocos poseen el secreto, y que es lo único con que se interpreta y cautiva el corazón de las mujeres distinguidas. Un marido incomparable, exacto como un itinerario inglés, metódico como una hermana de caridad, y de una honradez tan cuadrada que rayaba en fastidiosa e insoportable, no era para absorber a Luisa. Además, amaba un poco el dinero; respetaba profundamente las piezas de veinte francos como si fueran seres superiores, miraba de igual modo el busto de la república en las de cinco, y tenía un desprecio altanero por la de diez céntimos. Otra cualidad que se me olvidaba: la pipa no se le caía nunca de la boca, y primero habría estrellado de un puntapié la mejor luna de su fábrica, que dejado de tomar todas las tardes su mazagrán y su copita de ron en uno de los cafés de la rue de la Republique, mientras jugaba con su socio la invariable partida de dominó.

Papá Morin juraba que a Luisa le había tocado una suerte brillante, y mamá Morin se pavoneaba también como un papagayo en las calles de Lyon. Pero Luisa languidecía, y sus tres benefactores, el padre, la madre y el marido, pretendían que lo que necesitaba para restablecerse era... comer. ¡Pobre monsieur Morin! Él nunca había curado sus males de otro modo, y a pesar de sus años disfrutaba de un apetito conventual. En cuanto a Barot, Francine, la cocinera de la casa, con una de esas frases golpeantes y zafadas de los franceses, se encargaba de hacer el elogio de su conformidad con el menú cotidiano. "Ah! monsieur Antoine!... Son estomac n'est pas exigent pour la qualité! Quant a la quantité c'est une autre affaire! Voilà un trou qu'il faut bien meubler tout les jours jusqu'au bout!"

Yo no conozco tormento igual al de soportar el trato diario de las gentes opacas. Las llamo así por no llamar necios y vulgares a los padres y al marido de Luisa. Es que esas gentes, en la obesidad intelectual con que ruedan cómodamente por el mundo, no nos dejan de donde agarrarnos, y a pesar nuestro, ¡tenemos que rodar con ellos! Y, por Dios, no acusemos a Luisa de orgullosa, de vana o de romántica. Aquella criatura había nacido delicada como la flor de las orquídeas; necesitaba luz y aire para vivir, y no se adaptaba a la tierra gorda y abonada en que había brotado sano, fuerte y materialmente feliz, Antoine Barot. La ignorancia, los malos modales, la falta de gusto y de malicia, no ofenden cuando se revelan en una mujer o en un hombre del pueblo o de los campos. Yo hay nada que alivie más el espíritu de las preocupaciones de la vida de las ciudades, que penetrar al hogar de un paisano, interrogarlo, beber su vino, comer su pan, y sazonar esa mesa frugal hablándole y

oyéndole hablar de sus sembrados, de sus cosechas y de sus bueyes. La naturaleza es una madre, sencilla, pero no vulgar. ¡Pero, la bourgeoisie en provincia, y en Francia!...

¡Pobre, Luisa! ¡Qué horror!

Luisa, como he dicho, se había educado en París en una de esas pensiones en que la niña, al transformarse en mujer, aspira todas las emociones extrañas y dulces que forman los ensueños dorados de la adolescencia. Si Luisa no hubiera, salido nunca de Lyon, tendría el busto recio y la pepsina indomable de madame Morin; el rostro colorado como una frutilla, las manos y los brazos gruesos como una aldeana de Rubens. Papá Morin comenzaba a comprender vagamente el pequeño desequilibrio moral que había entre ellos y su hija, y no pocas veces se le oyó quejarse, y apuntar, movido por un sentimiento instintivo, la causa de esa desigualdad. "¡Ah París! ¡Maldito París y maldita pensión de madame Steinz! ¡Si te hubieras educado en Limoges, donde yo me eduqué, en casa de maître Jacquemin, madame Jacquemin te habría enseñado a leer y a escribir, un poco de cuentas y el crochet; comerías piedras, estarías sana y rosada como una arlesiana, y no le harías asco a nuestra sopa de cebollas!"

Papá Morin tenía razón, pero el mal ya estaba hecho.

Barot se desesperaba. En vano había hecho, como él decía, el esfuerzo supremo para halagar a Luisa: cubrir de espejos todas las paredes de la casa a fin de prolongar el espacio y la perspectiva del salón. Luisa miraba con una indiferencia glacial aquella infinita reproducción de imágenes, pero Antoine por dispuesto que estuviese a hacer su voluntad, no reparaba en ello, y era insaciable para exhibir su sala mágica, como él llamaba a su salón. Diariamente reclutaba espectadores en la calle y en el café, y de grado o por fuerza, los conducía a su casa, llamaba en su ayuda a M. Morin, los hacía circular en marcha por todo el salón, y sonreía satisfecho al ver multiplicarse en él la figura de sus parroquianos. Es que monsieur Antoine Barot había encontrado el medio de hacer servir para dos usos la sala de los espejos: como halago para su mujer, y, como exposición para su clientela. Y el muy necio se lo contaba en confianza a Luisa. Monsieur y madame Morin encontraban que su yerno era un hombre de rara astucia y de grandes y luminosos recursos.

La felicidad de Luisa era cosa muy notoria en Lyon para que todas las muchachas de su edad no hubiesen envidiado su casamiento con Antoine Barot, hombre altamente colocado, en el comercio, inventor de un método nuevo de azogar, premiado con una medalla de cobre, y dueño de unos trescientos mil francos largos. Lleno de experiencia, cuarenta y cinco años, liberal y de una rara honradez en los negocios, no aceptaba ni por un momento el parangón con Rodolfo Morin, el primo de Luisa, que había pasado con ella los primeros años de la adolescencia bajo los nogales frondosos de Limoges, en la vieja casa de sus abuelos. Antoine sabía poco de este idilio; y por otra Parte, Rodolfo era un muchacho tan desacreditado en la familia, que sus tíos lo habían abandonado a su propia suerte. "Figuraos, decía papá Morin, que mi sobrino, destinado por mí a la noble profesión de farmacéutico, me ha costado trescientos francos mensuales en París durante tres años, y acabo de saber recientemente que el muy bribón me ha explotado, porque no sabe ni siquiera manejar el almirez. ¡Ah París, París! ¡Quién se salva en él! Si yo hubiera pasado

allí mi juventud no envidiaría tu felicidad, Catalina". Y cuando papá Morin decía esto, ¡madame Morin creía todavía que su marido estaba expuesto a las tentaciones!

Rodolfo, a quien he conocido en Vichy, es un muchacho de grandes esperanzas, pero la familia Morin no da mucha fe a sus talentos artísticos. Esto sucede a menudo entre tíos y sobrinos. Todavía me acuerdo de un amigo mío, que desgraciadamente murió cuando todos sus sueños iban a convertirse en realidades, y que huérfano, había caído en manos de un tío excelente, pero de una opacidad tenebrosa. Cuando alguien aplaudía alguna página del sobrino, el viejo rechazaba el elogio con una intransigencia heroica. Un día, recuerdo una persona de mi familia, le dijo: "señor don Ramón, el artículo de su sobrino, que publica tal diario, es una pieza notable; no hay muchos hombres que escriban como él entre nosotros". El viejo, incrédulo, le cobro cierto terror respetuoso a su sobrino, pero fue el último en convencerse de que el muchacho tenía talento.

Ni más ni menos había sucedido con Rodolfo Morin. Desde muchacho reveló una pasión singular por los lapices y el papel. Se le veía frecuentemente en Limoges errar por el campo y detenerse delante de un cuadro de la naturaleza para reproducirlo. Desde los abuelitos Morin hasta las viejas sirvientas de la casa, todos habían sido retratados por el lápiz de monsieur Rodolphe. En las largas vacaciones de agosto, cuando Luisa y Rodolfo iban juntos a vivir a casa de los viejos, los paisanos que los veían pasar corriendo por la orilla del bosque, decían siempre, que cuando monsieur Rodolphe fuese farmacéutico y cuando fuese señorita mademoiselle Louise, el cura los bendeciría. Pero Rodolfo interrogaba el porvenir sin pensar nunca en las drogas; el niño presentía que con el tiempo tendría alas y exclamaba arrogantemente: -¡Yo no quiero ser boticario!

Así sucedió. Rodolfo Morin no fue boticario; pero Luisa no fue su mujer. Refractario a la pintura, papá Morin, que nunca creyó en los talentos artísticos de su sobrino, supo con verdadero desagrado que éste, en vez de estudiar la botica, consumía la exorbitante pensión mensual que le pasaba, en estudiar el paisaje. Y, lo que era el colmo del escándalo, la pintura a la aguada: -"¡Un Morin, un hijo de Pedro Morin, fabricante de alfombras en Lyon, entregado a la vida licenciosa del arte en París! ¡Qué vergüenza!" Desde entonces no se volvieron a repetir en Limoges las ingenuas profecías de los paisanos, y Luisa no volvió a pasar sus vacaciones de pensionista con sus abuelos. Pero había entre aquellas dos almas un vínculo espontáneo de simpatía que nació a los diez y seis años, y que la soledad, el campo y la juventud, tres grandes agentes del corazón sellaron para siempre sin que Antoine Barot pudiese disolver con sus espejos biscautés y su sala mágica de Lyon. Era en marzo, en ese mes en que los bosques no deberían visitarse sino con tutores como Ruy Gómez. Luisa y Rodolfo salieron solos: cantaban los pájaros anunciando a la naturaleza que despierta para su labor eterna; ella caminaba adelante fresca como una cereza; de repente se detuvo y entusiasmada, entre la sombra de los arbustos enmarañados, señaló a Rodolfo una anémona rosada que hacía contraste con las otras flores de la planta que eran de una blancura láctea. Rodolfo le contó un madrigal de colegio que Luisa encontró muy oportuno, pero al tomar la flor, las espinas de los arbustos lastimaron la mano de la prima, brotó la sangre, roja como el jugo de las grosellas, y Rodolfo llevó los labios a la herida y bebió gota a gota aquel licor tibio y dulce. La sangre salpicó la pechera del primo y manchó una de las cintas rosadas del vestido de Luisa. De regreso a la casa, los abuelos encontraron un moño de menos en el vestido de la niña, y algo confusa aquella historia que Rodolfo debió emitir para explicar la

herida de su prima. Los viejitos se satisficieron medianamente con la explicación. Pero cuando los primos se recogieron, la abuela meneó la cabeza y resolvió prohibir aquellos paseos al bosque de las anémonas.

Un día, Luisa recibió en la pensión un ramo de anémonas blancas y rosadas pintadas por Rodolfo con colores a la aguada, y al pie de la cartulina estos versos que no dejaban de ser de una oportunidad adorable:

C'était au bois, en mars, et le merle sifflait.

Elle allait devant moi, délicate et mignonne,

et sa main me montra dans l'ombre une anémone

rose, auprès de ses soeurs blanches comme du lait.

Je lui contai la fable antique: -le filet

D'où s'elance le dieu que la haine aiguillonne,

Adonis qui se meurt et l'herbe qui fleuronne,

empourprée, à la place où le sang pur coulait.

Elle écoutait... Soudain aux ronces de la hate

son doigt meurtri saigna... Ma bouche sur la plaie

comme un vin capiteux but la rouge liqueur...

Goutte á goutte, le sang tomba dans ma poitrine,

et, comme aux temps lointains de la fable divine,

la pourpre fleur d'amour sentrouvrit dans mon coeur.

La niña devoró estos catorce versos que la deslumbraron con el brillo de los primeros recuerdos. Todo su corazón se reconcentró en sí mismo y saboreó en silencio la solución de

aquel sencillo enigma de amor. Tres años después, Monsieur Barot encontró en un mueble de Luisa la cartulina de Rodolfo. El color de las flores había palidecido, y el tiempo había puesto amarilla aquella página. Antoine no se dio la pena de admirar las flores ni de leer los versos. "Toma, le dijo a Luisa, un dibujo de esa bohemio de tu primo, adornado de un madrigal, que es lo único que sabe hacer". Luisa tomó la pintura de manos de su marido, y se puso roja como la púrpura. Pero Antoine era opaco como un espejo al revés, y salió para su fábrica pensando en una luna de una pulgada de espesor que tenía en preparación. La salud de Luisa empeoraba de un modo visible. Decididamente los consejos de papá Morin eran impracticables; Luisa no disfrutaba del apetito patriarcal de sus padres y de su marido. Lyon le era cada día más insoportable, y no sé que maldita inspiración hizo concebir a Barot que un verano en Limoges, cerca de los abuelos, restablecería su salud. Francine preparó los baúles; y en los primeros días de marzo de este año, los abuelos Morin recibían a su nieta en su casa de campo, llena de recuerdos encantadores pero peligrosos para la recién llegada. La alegría de los viejos comenzó a manifestarse por besos y abrazos, y acabó, como siempre terminan estos cuadros tocantes de familia, por lágrimas y sollozos, en los que como era natural, tomaron parte los antiguos sirvientes de la casa que habían conocido niña a mademoiselle Louise. Barot escribía poco pero regularmente; sus cartas eran de una igualdad desesperante.

"Mi querida gatita: (Barot encontraba del mejor gusto el dar este tratamiento a su mujer) hemos tenido una desgracia irreparable en el taller. Ya sabes cómo es de aficionado a los perros de caza Monsieur Menestron; el otro día entró con 'Diana' y 'Medor' al depósito núm. 1, donde tenemos guardados los elipsoides gigantes. 'Medor' persiguiendo a 'Diana' trepó sobre una pila, le falló un pie y cayó sobre el Atalanta, la pieza más notable de mi fábrica; tres y medio metros por uno y medio; cristal de Bohemia; dos pulgadas de espesor, setecientos pies cuadrados de azogue; veinte mil francos de pérdida. Reparación imposible. 'Medor' ha pasado por el medio dejando un agujero enorme. ¡Estoy desolado!"

El sábado siguiente Luisa recibía otra carta de Barot:

"Mi querida gatita: más consolado, he hecho espejos chicos de los restos del Atalanta y los he vendido a buenos precios. El azogue ha subido mucho; el tiempo muy húmedo; imposible trabajar porque el cristal no muerde la masa. Desm Noir frères y Cía., fiasco completo en la exhibición anual de lunas. Si ese Monsieur Menestron no se hubiera metido a mis depósitos con sus malditos perros, mi Atalanta saca el primer premio, pero..."

Y seguía la misma retahíla. La pobre Luisa no tenía valor para terminar aquella invariable correspondencia semanal. Los abuelos y especialmente el viejo, encontraban soberbias las cartas de Antoine Barot, pero la abuelita observó un día que había poco amor y ninguna poesía en ellas: Luisa suspiró lánguidamente.

Una mañana de marzo, Luisa oyó ruido en la puerta de calle y una voz que no le pareció desconocida. Tratando de engañarse a sí misma, procuró cerrar los ojos y los oídos para no darse cuenta de lo que pasaba. Pero de repente, radiante, y medio ahogada de alegría, entró al cuarto en que dormía Luisa, una de las antiguas sirvientas de la casa gritando: -
"¡Señorita! Monsieur Rodolphe acaba de llegar de París; es todo un hombre y todo un pintor de fama; ¡viera usted que buen mozo es! ¡Qué lindos bigotes tiene! ¡Qué ojos, y qué

figura, arrogante! ¡Sus abuelos lo han encontrado parecido a Rafael! ¡Trae pinturas y va a retratar a todo Limoges! Lo que ha sabido que estaba usted en casa ha querido marcharse. ¡Es verdad!... monsieur Morin quería que fuese boticario, pero monsieur Rodolphe quería ser pintor, ¡y de allí el rompimiento! ¡Qué lástima de cuestión!"

Luisa no había visto a su primo desde el día del ramo de anémonas, y la última noticia que de él recibió, fue un envío de las flores pintadas y de los versos a la pensión. Después de esto, Rodolfo tuvo la audacia de descubrir a su tío, sus pretensiones hacia Luisa, y monsieur Morin, que a consecuencia del cambio de profesión le había retirado del todo su ayuda, prohibióle solemnemente que pusiera los pies en su casa por ningún motivo. Pero para todos, las primaveras que Luisa y Rodolfo habían pasado en Limoges eran un cuento de hadas, menos para el joven pintor y para su exquisita prima madame Barot. Luisa experimentó un temblor irresistible cuando supo que su primo acababa de llegar; y Rodolfo palideció cuando supo a su turno que madame Barot estaba pasando la temporada de campo en casa de los abuelos y que ocupaba el mismo cuarto que había sido de ella en otros tiempos. Sin embargo, el encuentro de los dulces compañeros fue cómodo para ambos en el instante de saludarse. Luisa mantuvo una estricta reserva con su primo, y Rodolfo se limitó a informarse de la salud de sus tíos guardando después silencio. Los abuelos atribuyeron aquella acogida glacial a los resentimientos de la familia con Rodolfo, que tantos malos ratos había ocasionado a papá Morin con su aversión a la farmacia y con su alarmante vocación a la pintura.

Pero el éxito con que Rodolfo terminó su carrera, había acallado todas las murmuraciones de la familia Morin; y al fin y al cabo, según lo decían dos abuelos, Luisa no tenía motivo para tratar de ese modo a Rodolfo, porque si su marido era miembro principal de la razón social Barot y Cía., fabricantes de espejos en Lyon, aquel día uno de los jóvenes pintores de cuyos cuadros hablaban con más frecuencia los diarios de París; y las muchachas de Limoges, no sin razón, ponían al joven artista dulces y sentimentales los ojos, ¡porque lo consideraban un partido brillante! ¡Inútiles tentativas! ¡Rodolfo estaba resuelto a no casarse, y en Limoges mucho menos!

Hacía una semana que los dos primos vivían en casa de sus abuelos. Una mañana, Luisa, que acostumbraba a pasear por la orilla del bosque, atraída por la sombra cariñosa de los árboles, penetró por una senda angosta que conducía muy lejos de la calle principal. De pronto, se detuvo inmóvil, como si un obstáculo insuperable le impidiera seguir a su camino: Rodolfo pintaba a un lado de la senda, y al ruido de su vestido y de sus pasos había descubierto a su prima que venía hacia él. Verla y levantarse, fue la obra de un instante, y aquellos dos seres que se miraban fría e indiferentemente entre los extraños, no pudieron disimular la emoción de aquel encuentro fatal. Luisa estaba roja como una grana; Rodolfo pálido y tembloroso. Quiso interrogarla y balbuceó algunos monosílabos incomprensibles; ella trató de contestar, y la voz se ahogó en su garganta. ¡El amor suele ser a veces de una ineptitud lamentable!

Al fin, Rodolfo se arriesgó:

-Luisa, la dije, si te molesto cambiaré de sitio.

-¡Oh no! Yo me retiraré. Perdóname si te he importunado; no sabía...

-¡Oh! quédate por favor, si es que tú también no me odias.

-¿Odiarte? ¿Y por qué? ¡Yo no sé odiar a nadie, Rodolfo...!

-¿Te acuerdas de estas flores? -dijo Rodolfo interrumpiéndola y mostrándole un gajo lleno de anémonas blancas y rosadas. Desde aquel día odio esas flores porque han sido mi desgracia. ¡Tú me juraste ser mía Luisa y tú también me has engañado!

Luisa no tuvo valor para contestar, y la escena iba a prolongarse de una manera inconveniente para madame Barot, cuando en el fondo de la calle aparecieron los abuelos caminando lentamente, enlazados como dos novios, y cortaron la continuación del idilio. Luisa murmuró unas palabras para justificar su presencia, y Rodolfo volvió a su caballete y a sus pinceles. Aquella tarde, cuando todos entraron en la casa, la abuela volvió a menear la cabeza como en otros tiempos y dijo al oído de su marido:

-¡Hum! ¡Decididamente, Rodolfo nos compromete! Y este año la primavera se ha anticipado mucho, mucho, Martín; llámalo aparte, y dile que se marche a París. Ese Antoine Barot se preocupa mucho de sus espejos y nada de su mujer.

Pero no fue necesaria la interposición de los abuelos. Al día siguiente, Luisa, en medio de la sorpresa de toda la casa, resolvió su regreso a Lyon; y por la tarde, Rodolfo desde la orilla del bosque, vio cruzar como un relámpago el tren que la llevaba.

Un telegrama hizo saber a la familia Morin y a Barot que Luisa llegaría a Lyon a la mañana siguiente. Los tres la esperaban en la estación. Monsieur Morin con su paraguas azul y su levita de paño negro; madame Morin con su vestido de seda, inflado como un globo en el instante de partir; una gorra con flores color naranja que hacía esfuerzos inauditos para mantenerse quieta sobre dos baterías laterales de bucles engomados, irradiando oro de cadenas y prendedores desde las orejas hasta la cintura, empinándose con impaciencia por sobre todo el mundo para ver llegar a su hija, y abanicando incesantemente su rostro que destilaba sudor y cosmético derretido. Antoine Barot incomparable; llevaba su pantalón de damero a cuadros como el plano de una ciudad, y su redingote cursi pero orlado de un moño púrpura en el ojal de la solapa. Cuando Luisa bajó del tren, antes de preguntarle por su salud y por los viejos de Limoges, el padre y la madre, mudos de alegría, le llamaban la atención sobre la cinta roja de Barot, mientras que este no se quedaba atrás, porque tomándola con la mano derecha se la metía por los ojos a su pobre mujer y le decía:

-Caballero de la Legión, ¡mira! ¡mira! "El mar de luz", cuatro metros por uno y dos tercios; ¡éxito completo! ¡Mira! ¡Mira!". Y la pobre Luisa tenía que cerrar los ojos, de temor de perderlos, porque aquel imbécil le restregaba la solapa por la cara.

La temporada que Luisa había pasado en Limoges no contribuyó, por cierto a restablecer su salud. La familia no se daba cuenta de su estado, hasta que por una causa indirecta, monsieur y madame Morin y el incomparable Antoine Barot, se trasladaron a Vichy, donde

yo tuve ocasión de tratarlos por un incidente casual que me ha hecho conocer también esta historia.

Debía inaugurarse durante esta estación el Cercle International, preciosísimo y suntuoso club situado en uno de los extremos del parque. Los grandes espejos que lo adornan habían sido encomendados a la casa de Barot y Cía., fabricantes de espejos de Lyon; gran medalla de cobre, en la exposición lyonesa de 1879; gran medalla de plata en la exposición departamental 1880; brevet d'invention etc., etc.

Barot no cabía de orgullo; en la plaza de Belle Cour, de la noble villa manufacturera, no había un solo curioso que no hubiera marchado preso de la manga a visitar las lunas que Barot y Cia. azogaban para el Club de Vichy. Todos las encontraban colosales y soberbias. Antoine mismo debía dirigir su colocación en el gran salón, y ni el maquinista de la Grande Opéra de París habría tenido tarea más ardua que aquella sobre sus hombros.

-Mira Luisa -la dijo un día pegándose en la frente como un hombre que acaba de concebir una idea luminosa- puesto que de todos modos tenemos que trasladarnos a Vichy el mes que viene, aprovecharemos la oportunidad para que tomes las aguas. ¡Quizá te prueben mejor que los destierros de Limoges!

Papá y mamá Morin que hacían siempre coro a las brillantes ideas del yerno, declararon otra vez que Antoine era un hombre de genio. Se consultó al médico de la familia -un viejo lionés que detestaba a los médicos de París y que era un héroe del período de las sangrías- y éste no hizo oposición.

El mes pasado la familia Morin y Antoine Barot estaban instalados en el Hotel du Parc y el diario de Vichy, anunciaba pomposamente el arribo del incomparable fabricante de espejos: "Acaba de alojarse en el Hotel del Parque y del Casino el señor Antoine Barot, caballero de la Legión de Honor, fabricante de espejos de Lyon, exornador del gran salón del Cercle Intervational, gran medalla de plata, etc., etc.

Una mañana, en una tienda de un judío, llena de preciosidades, vi un cuadro que me llamó profundamente la atención. Representaba una calle de nogales, y bordando la senda, un grupo de plantas de anémonas blancas y rojas; una muchacha, herida con las espinas de unas zarzas, había dejado caer algunas flores a sus pies. Había aire en aquella tela, y en elogio del artista, diré algo que rayará la exageración, pero que expresa mi entusiasmo: se aspiraba el perfume del campo en aquella alameda que remataba en un pedazo de cielo, y llenaba el ambiente la gracia incomparable que fluía del gesto ingenuo de la linda lastimada.

¿Cómo se llama ese cuadro?

- "Las Anémonas", me contestó el mercader, creyendo por mi entusiasmo que se trataba de un negocio hecho.

-¿Cuánto vale?

-Tres mil francos; les regalado: su autor Rodolfo Morin, primer premio del último salón, ¡y tiene apenas 25 años!... ¡Ya veis señora! -agregó el judío dirigiéndose a una mujer joven y bonita que en un rincón de la tienda permanecía extasiada, como yo, delante de la tela-venís todos los días y no acabáis de decidiros.

Había en el rostro de aquella persona un no sé qué de distinción que valía la belleza misma. Con uno de esos trajes que los refinamientos de la moda han concebido para traducir la delicadeza de los contornos y las líneas fugitivas y sobrias del busto y de los brazos, la desconocida me llamó -lo confieso- profundamente la atención. Mi curiosidad debió molestarla bastante, porque sin poderlo evitar comencé a mirarla alternativamente con la tela y acercándose a la puerta desapareció en la calle.

-¿Quién es esa señora? -pregunté al judío.

Toda la fisonomía del mercader se alumbró como una lámpara, y moviendo maliciosamente los ojos y tirándose misteriosamente la barba, me dijo:

-Fijaos en el cuadro y sabréis quien es.

Vichy, agosto 20 de 1880.

Mi querido amigo:

Te llevará esta carta mi amigo Rodolfo Morin que va por algún tiempo a Buenos Aires. Morin es un artista de mérito y su nombre ha sido saludado en París con la simpatía más completa. Trátalo y preséntalo a nuestros amigos. Verás que es un artista y un poeta de alma y de corazón. Morin va enfermo y lleva la intención de restablecerse allí. Hazle feliz, la vida y cuenta con mi agradecimiento -tuyo.

Dos días después de despedirme de Rodolfo Morin que salía para Buenos Aires, el judío del Parque de Vichy me llamó con mucho interés y me dijo:

-Señor, dígame usted donde vive para mandarle "Las Anémonas"; M. Morin me ha dado orden de enviar el cuadro a su casa.

¡Imposible obtener la revocación de aquel presente inesperado! Quise observar, pero el judío me objetó que no podía dejar de cumplir las órdenes del pintor ausente, y tuve que aceptar el cuadro que conservo en mi poder.

Pero el día antes de embalarlo pasó por la tienda del judío el incomparable Antoine Barot, y recorriendo las pinturas expuestas, detuvo sus ojos asombrado delante de la tela de Morin y exclamó:

-¡Tiens! ¡On dirait ma femme!

Lammermoors Land!

Heidelberg, setiembre 20 de 1880.

En los primeros días del mes de julio y después de haber recorrido todo el Rhin burgrave salía yo de Ostende para Dover. Había atravesado las provincias rhinianas entrando en las bellas campañas de la Bélgica. Era la segunda vez que pisaba el suelo de la Inglaterra. Iba solo, pero buenos amigos me esperaban en los lagos y en las montañas escocesas. Llegué a Londres, y desde que salí de Charing Cross, y asomé por el Strand a Trafalgar Square, las calles y las plazas, las casas y los monumentos, los ómnibus y los cabs que se desenvolvían en la eterna y complicada red del tráfico, me parecían viejos conocidos. Estaba en mis barrios, y sentía esa satisfacción ignorada para quien recibe por primera vez el golpe de vista que ofrece una ciudad como Londres. Llevaba la intención de salir en el acto para Glasgow, pero no pude resistir al deseo de sorprender a mis amigos de Charlotte Street, Bedford Square, y me dirigí a la hospitalaria casita de Mrs. Cochrane, la simpática y cariñosa Mrs. Cochrane, la inglesa más decididamente argentina de todo Londres. Sorprendí a uno de mis compañeros cantando en el piano con el entusiasmo, británico más recomendable, la canción en boga del Pavillion the Penny's Snobs-

He wears a penny floiver in bis coat, "lardy dah!!"

And a penny paper collar round his throat, "lardy dah!!"

In his hand a penny stick.

in his mouth a penny pick,

and a penny in his pocket, "lardy dah, lardy dah!!"

-¡Hola! ¡aquí estoy yo! -le dije, después de haberle cantado a su espalda el coro de la canción- ¡pronto! ¡un cuarto para mí y un asiento en la mesa!- y me instalé en medio de la sorpresa que causó a los presentes mi repentina aparición. No era para menos, hacía once días que faltaba de Londres y había estado cinco en París, uno en Colonia, horas en Coblenza, cinco en Saint Goar, donde los ascendientes maternos de mis hijos yacen a orillas del Rhin rodeados de castillos feudales y de viñas doradas; otro día en Bruselas, de vuelta, y una media hora en Ostende, lo bastante para forjarme las impresiones de una tela flamenca -las barcas de velas latinas, coloradas, los canastos de ostras en la playa, los pescadores destacándose entre las nubes espesas del humo de sus pipas y con la nariz sumergida en la espuma inconsistente de los jarros de cerveza.

Pasé en Londres unos pocos días; salí enseguida para Glasgow en el volador escocés, y por la noche cerré los ojos y me dormí soñando que viajaba en el caballo de Rolando. A las 7 de la mañana estaba instalado en Waverley's hotel, y a las nueve en casa de mi excelente amigo Mr. Agar, un porteño incorregible, que habla el español lo mismo que nosotros, y para el cual, todo, todo es lindo en Buenos Aires, hasta el empedrado de la calle de Buen Orden. Este caballero con el cual me liga hoy una amistad estrecha, me hizo conocer Glasgow por dentro y por fuera: la ciudad que sonrío y encanta con el espléndido parque que domina la Universidad y los Terraplenes y Recintos de Sauchiehall Street; y la ciudad-usina que parece eternamente envuelta en tormentas; aquella en que los astilleros de John Filder no cesan de dotar al mar con escuadras y flotas mercantes. Cuando se habla de Glasgow en Buenos Aires, se cree generalmente que la Liverpool escocesa no pasa de ser un barrio de los Millwal o West India Docks de Londres. Allí estamos acostumbrados a ver el nombre de Glasgow sólo en el dorso de los durmientes y en la popa de los buques que fondean en la canal exterior. ¡Cuánto nos sorprende descubrir aquí que Glasgow es una de las más lindas ciudades de Europa! Si Buenos Aires tuviera una cuadra de Argyle o de Buchanan Street, y la cuarta parte de sus parques, sería una ciudad completa a pesar de sus viejos y monótonos barrios coloniales. No me puedo detener en una fría descripción de las grandezas que contiene esta capital de la industria escocesa, pero no puedo menos que señalar, de paso, la jerarquía que ella ocupa entre las primeras ciudades de la Gran Bretaña.

La última campaña electoral que ha dado la victoria a los bandos liberales, tuvo a Glasgow por teatro principal en Escocia. Su claustro universitario, uno de los más ilustres

del Reino Unido, abrió sus puertas a Mr. Gladstone en su peregrinación política por las ciudades, las villas y las campañas inglesas.

El hábil leader del partido liberal, habló dos días delante de uno de los públicos más doctos de Inglaterra. Sin afectar las cuestiones palpitantes de la política misma, exhibió en una de las arengas más famosas que haya pronunciado hasta ahora, los grandes destinos históricos del pueblo británico en las artes y en las ciencias. Aquello fue uno de los triunfos oratorios más ruidosos que un hombre público puede obtener para labrar en veinticuatro horas, no sólo su prestigio propio, sino el prestigio de un partido oprimido hasta entonces por la firme conducta de sus enemigos. Poner al servicio de una causa, el talento y el saber fuera de la esfera ardiente de las luchas electorales, es otro medio político desconocido entre nosotros, donde los triunfos de la inteligencia que no brillan en la prensa o en la tribuna parlamentaria, son pura pérdida para los partidos cuando se obtienen en la cátedra o en el libro. Ecos perdidos en la indiferencia de nuestro pueblo.

Fueron las grandes ciudades fabriles y manufactureras de la Gran Bretaña el blanco sobre el cual lanzaron sus tiros los liberales de 1880; y Mr. Gladstone comprendió perfectamente que en ellas estaba su teatro, cuando resolvió levantar su tribuna en las plazas, en los clubes y en los colegios de Liverpool, de Manchester, de Birmingham, de Stirling y de Glasgow. Esa enorme masa social que se agita en el comercio en las fábricas y en los astilleros de estos pueblos, necesitaba una voz que le diera la clave para descifrar las causas de la paralización comercial que los conflictos de Afganistán, de Oriente y del Cabo, habían operado sobre los mercados ingleses y sobre las plazas de ultramar. El jefe liberal, echando a un lado con más malicia que sinceridad los escrúpulos de viejas ideas, proclamadas sobre la preponderancia continental de la Inglaterra, templó las sonoras vibraciones de su voz con el tono en que vociferaba contra Beaconsfield toda esa colmena ensordecedora de grandes mercaderes; y el orador se paseó triunfante, entre un ¡hurra! no interrumpido desde Glasgow hasta Edimburgo. Glasgow fue al norte el cuartel general de los liberales, y la vieja Escocia bajó también de sus montañas a cantar hosannas al agitador.

¡Grande debió ser el cuadro que presentaba en los primeros días de marzo el parque en que se alza la majestuosa Universidad de las márgenes del Clyde! Una fotografía que se encuentra en todas las vidrieras de Argyle y Buchanan Street, da una idea de aquella imponente escena de las libertades políticas de un gran pueblo. Mientras el hombre público, bajo las bóvedas doctorales del edificio, hablaba con el estilo y las ideas del antiguo alumno de Cambridge, en la esfera vasta y serena de la ciencia y de las letras, la masa popular que rodeaba la Universidad, y que no podía oír sus palabras vivaba su nombre, y él sacaba así las ventajas políticas de su victoria al parecer puramente universitaria. Pero me aparto de mi ruta y es necesario volver al punto de partida.

No podía conformarme con regresar a Buenos Aires sin haber visto la tierra romántica de los Mac Gregor. Esa tierra que ha sido descubierta -digo poco todavía- que ha sido hecha, por el más virtuoso el más sabio el más grande de los novelistas que ha producido el siglo XIX. La Escocia antes de Walter Scott; era, un matorral, como la llamaban las cultas y afectadas damas inglesas del otro siglo. El autor del Rob-Roy fue su primer explorador, el primer pionero que recorrió sus montañas, que navegó sus lagos sombríos y majestuosos, que atravesó sus selvas agrestes y salvajes, que espulgó los archivos de sus castillos, de sus

palacios, de sus solitarios y olvidados monasterios. Él fue el restaurador de la gloria de sus héroes, el juez y defensor de sus reyes, el salvador de los tesoros de su Corona sepultados entre los muros macizos de los baluartes; él, en fin, ha hecho a su patria el más grande de los beneficios. Walter Scott no es solamente el novelista, el poeta, el anticuario, es el resurrector de un pueblo, de una raza, de un período histórico. Ha sido el inspirador de Macaulay, el fundador de la escuela histórica moderna, el arqueólogo que ha rehecho un estado social y político olvidado. Ha legado, en fin, a su patria la herencia más grande que jamás filántropo alguno pudo dejarle por grande que hubiese sido su fortuna: sus novelas, que atraen 200.000 turistas al año, ávidos de seguir la leyenda y el poema en el teatro mismo de sus héroes; renta enorme con la cual ninguna institución de crédito podría rivalizar. Cuando anciano y abatido por sus dolencias físicas, la Inglaterra ponía a su disposición un navío de tres puentes para que fuera a respirar las brisas tibias del Mediterráneo, su patria no podía calcular entonces, cuán pequeño era ese homenaje, ¡comparado con la opulenta fortuna que representaban los volúmenes de Waverley Novels!

Llegué pues a Escocia con el espíritu deslumbrado por todos los prestigios del romance. Quince años hacía que había leído aquellos libros queridos, amigos de mi juventud, cada cual más amado y más bello. Pero la memoria débil e infiel para la novela de nuestros días, donde los personajes se mueven en los salones y en las alcobas, no había olvidado las grandes figuras y los contornos enérgicos de aquellos cuadros históricos. Ivanhoe el más ideal de nuestros ideales juveniles, se me aparecía todo vestido de hierro, volteada la visera sobre el rostro, orlado el casco por el flotante penacho de plumas negras, asida la lanza con la diestra defendida por las escamas aceradas del guante; airoso y amenazador sobre su gigante caballo que lanza un relincho guerrero sobre la arena del torneo. Entre la muchedumbre bulliciosa que presencia la escena, aquel episodio del viejo arquero, que cuenta entre los grupos las proezas de sus mayores en el campo de Hastings, más allá el ermitaño, y apareciendo entre la senda del bosque el gran rey Ricardo, más grande todavía, después del Talismán que esbozó su figura en todos sus detalles. De Ivanhoe me trasportaba al Abad, al Monasterio The highland Widow, the Fair Maid of Perth, Rob Roy, los clans errantes por las montañas, sus guerras intestinas, los combates parciales de sus caudillos, sus trajes vistosos, orlados por las flores rojas del heather, sus cuchillos ataviados lujosamente con los ricos cristales de Inverness, sus gorras características coronadas por la flor emblemática del cardo que advierte al enemigo el genio indómito de la raza; y me creía instalado en aquel mundo de tan fantásticas bellezas como la tierra que les sirvió de teatro.

Toda la fuerza íntima y resurrectora de mi memoria extraía de su seno insondable las imágenes evocadas, pero al agolparse sobre la pluma que vuela, ¡el tiempo me falta para trasmitirlas al papel!

Yo había hecho mi plan de viaje en Escocia con la misma tranquilidad que si se tratara de recorrer una biblioteca o una mesa de papeles que no se hubiesen tocado por algunos años. Tomé las guías como simples auxiliares, pero me guardé bien de someterme sumisamente a sus indicaciones. Por este medio he conseguido conocer todas las ciudades principales y todas las comarcas que me despertaban un interés palpitante. Comencé por el centro desde Loch Lomond hasta Loch Achray y Loch Venachar, y circundé todo el mapa desde Glasgow a Oban, por el canal Caledonio, hasta Inverness, y desde Inverness a Edimburgo por la margen oriental de la Escocia. En esta red, toda la tierra de Rob-Roy con

sus lagos interiores y sus ásperas serranías, queda perfectamente comprendida. Y tengo que agradecer profundamente mil y mil veces a mi excelente y distinguido, amigo Thomas Agar, la compañía que me hiciera en una buena parte de mis expediciones.

El 8 de Julio por la mañana zarpábamos de Greenock, el puerto avanzado de Glasgow, en el Lord of the Isles, el vapor más suntuoso que surca los lagos salados escoceses; con comodidades para 300 pasajeros y con una máquina que obtiene fácilmente 22 nudos por hora. Íbamos con rumbo a Inverary, la recia residencia de los duques de Argyle, cuyo nombre está tan vinculado a la tierra escocesa. Desde que salimos del Clyde y comenzamos a penetrar en aquellas largas y complicadas lenguas de agua del océano que lamen las montañas occidentales de la Escocia, el espectáculo comenzó a desarrollarse en toda su majestad; las aguas saladas y claras de los lagos eran de un verde diáfano y purísimo; la cintura protectora de las montañas las conservan tranquilas; los vientos y los vaivenes de las grandes masas de agua del mar se rompen entre los promontorios exteriores, y las débiles ondulaciones no tienen fuerza ni aun para rizar la superficie de aquellos golfos. De un lado al otro, montañas en cuyas plantas y laderas fermentan una infinidad de pequeños pueblos sobre los cuales no podría detenerme sin dar a estas páginas proporciones enormes.

Al poco tiempo de salir de Loch Fyne y después de haber recorrido el majestuoso Loch Long, avistamos a Inverary, a poca distancia del río Ary que corre casi al pie del imponente Castillo de los Duques. Salté del vapor con el propósito de visitar aquel asiento de una de las familias más antiguas y famosas de la nobleza escocesa; pero desgraciadamente, la entrada estaba prohibida para el público y aunque el guardián parecía interesarse en mis empeños reiterados, no fue bastante resuelto como para abrirme las puertas. Me contenté con recorrer el bosque espléndido que lo rodea, cuya entrada me franquearon, merced a mi carácter de extranjero, y desde las calles inmediatas al castillo pude admirar aquella mole de piedra con sus cuatro torres redondas y el gran pabellón que corona su parte superior. Los campos del duque de Argyle figuran entre los más famosos rendez vous de caza de la Escocia, pero, desgraciadamente, la puntería de los aficionados sin título o sin un nombre célebre en la sociedad inglesa, no tiene ocasión de distinguirse en los faisanes y en las liebres de sus bosques.

Desde Greenock hasta Inverary he podido admirarlos yachts más gallardos que el lujo y la fantasía británica han aparejado para surcar, de una margen a la otra, en largas y audaces bordadas, esos tranquilos lagos. Los que no tienen el sentimiento de la estética naval no pueden comprender la honda admiración que produce el conjunto de esos barcos. Les sucede algo parecido a aquellos que nacieron sordos para el ritmo y para la música. Y sin embargo, jamás la ciencia de las líneas geométricas se hermanó tan íntimamente con el ideal poético de la forma. Esas naves sobrepasan en coquetería a las barcas de Cleopatra, y en belleza a la indolente góndola veneciana. Su casco tiene la delicadeza, la elegancia y la riqueza del mueble más artístico que haya salido de las célebres fábricas de París o de Viena. La curva fugitiva de la borda, que se levanta airosa sobre las proas ágiles y cortantes como el pecho de los pelícanos, y que desaparece elegantemente hacia la popa, anima aquel yate ataviado de velas dóciles a la brisa que se tiende voluptuosamente sobre las aguas mientras sus tripulantes, atentos al rumbo y firmes a la caña, espían el momento oportuno para cruzarse sobre sus rivales y ganar una victoria.

Allí acude toda la juventud inglesa durante los días templados de julio y de agosto, y desde que el vapor zarpa de Greenock, la flota de yates no cesa de hacer su desfile, como la bandada de gaviotas pescadoras que vuela perseverante en pos de la estela de la nave. Frente a Banavie y en una de las grandes compuertas del canal Caledonio visité una de esas embarcaciones singulares: La Nerissa, propiedad de un joven lord, que venía de voltejear en Loch Linhe. Medía 180 toneladas, su aparejo era de pailebot pero armado en unos palos desmesuradamente altos. Su cámara, una joya de riqueza y de buen gusto, tapizada de ricas telas orientales y adornada por cuatro acuarelas que representaban otras tantas victorias del yacht. Una chimenea de bronce adornaba el pequeño salón, y en sus columnas la parietaria y esa infinidad de enredaderas que sólo los ingleses saben cultivar en donde quiera que se hallen, mezclaban sus hojas y sus flores en rededor del marco de un espejo, obra maestra de sencillez y de buen gusto. A proa la hospitalidad de aquella miniatura artística no era menos agradable; una pieza de forma octógona amueblada con sillas y sofás de cuero, anchos y confortables, servía de sala de lectura; sobre la mesa Walter Scott, Ossian, Burns, Moore; en los estantes un sinnúmero de romances ingleses del día y casi toda la colección del Sea Side. Todas estas obras estaban encuadradas en esa lujosa pero sobria pasta que conserva inalterable el perfume de los libros ingleses, peculiarísimo y único en el mundo. El dueño de La Nerissa, con una franqueza espontánea, nos abrió las puertas de su mansión flotante y nos despidió con una copa de brandy y agua y con un recio apretón de manos.

¡Cuántos habrá entre nosotros que no darían un paso por navegar en un yacht como La Nerissa por temor a un ataque de spleen escocés! Cuestión de gustos; así las carreras, otra de las diversiones favoritas de los ingleses, me producen a mí un sueño invencible: la presencia de un jockey basta para hacerme bostezar.

La costa occidental de la Escocia es la tierra de Fingal. Vista en el mapa, parece que el mar, en sus embates eternos, la hubiese recortado desigual y ásperamente. La Escocia occidental, sobre la carta geográfica, semeja una gota de plomo enfriada irregularmente al caer; sus márgenes están erizadas de islas y promontorios; sobre ellos, según la leyenda, resonaron los ecos de la trompa de Ossian, a la luz de la estrella de la tarde, convocando al combate a los hijos de Cuchullin. He visitado la gruta imponente que lleva el nombre de Fingal, en la que las olas del océano se rompen con fuerza cuando el viento del este azota la costa escocesa nada de más salvaje y extraño que el aspecto interior de aquelantro que abre su pórtico de sesenta pies de altura sobre el mar, con su galería profunda sostenida por columnas de una simetría prodigiosa y con su techo adornado de pilares colgantes. El golpe de las olas rebota en los muros basálticos de la gruta y repercute sorda y melancólicamente en su seno lóbrego y sombrío. Cuando el pequeño esquife que penetra en ella vuelve a salir al mar, el aspecto del océano, del cielo, y de las montañas, anima y levanta el espíritu que sale oprimido de las bóvedas de aquella enorme y solitaria galería. Esta costa y esas montañas que se levantan sobre el horizonte, son las comarcas de Ossian, el Homero de las epopeyas del Norte. Allí sobre las cuchillas batallaron diez días y diez noches los hijos de Fingal. Allá, por entre la selva de pinos olorosos y sombríos, voló el mensajero que llevó la noticia de la victoria al campo de Erin. En aquel valle templó Dora el harpa y tejó la corona de roble para su amante vencedor. En aquella falda Calmar y Orla, los héroes hermanos, Calmar dulce como el resplandor de la luna, y Orla; impetuoso como los torrentes, cayeron combatiendo contra toda una legión; los cuervos nocturnos graznaron

alrededor de sus cuerpos, mientras los bardos celebraban sus hazañas bajo las copas de las encinas.

No lejos de Perth está Crieff. Cuenta la tradición que entre Glen Almond, y Small Glen, una enorme piedra, desprendida de las montañas, cayó sobre el valle para cubrir las cenizas de Ossian. Wordsworth ha inmortalizado la tradición en una de sus estancias:

In this still place, remote from men,

sleeps Ossian in the narrow glen

La isla de Iona contiene las tumbas de los famosos caudillos escoceses. Los célebres ascendientes de los Maclean y de los Macdonald yacen allí: los primeros, protegidos por sus características cruces rúnicas; los segundos, separados de sus rivales en una serie de tumbas especiales. La catedral de Iona es uno de los templos más famosos de Escocia y ha sido popularizada por la pluma del duque de Argyle. Cuando el vapor se aleja de Iona y de Staffa y perdiéndose de nuevo en los golfos interiores, para volver a Oban, se abandona con cierta tristeza aquellas islas risueñas y románticas que la tradición ha dotado de tantas leyendas deslumbrantes.

Yo había ido a Oban por el nuevo camino de hierro que acaba de construirse, y que pasa por Callander, construcción prodigiosamente audaz y sobre todo tendida en la comarca más selvática y agreste de la Escocia. No se puede retirar los ojos de los cristales. No son éstas las campañas verdes y risueñas de la Suiza, donde todo es dulce y alegre a pesar de la majestad de las montañas. Este es un país erizado de selvas negras, de riscos ásperos y de valles sinuosos. Todo es solemne en el paisaje de Stirling hasta el extremo septentrional del lago Awe; los torrentes que se desprenden de la altura se suceden en tal número, que es difícil explicarse de cómo aquellas enormes masas de agua encuentran su nivel sin anegar los valles, desbordándose en los lagos y en los ríos. Es este el escenario típico de los clans, que podríamos llamar la intrépida montonera escocesa, porque Rob-Roy y sus bandas llevaban la guerra de recursos a los usurpadores de sus tierras, y cuando el enemigo común desaparecía, semejantes a los señores feudales en otros tiempos, las tribus de unos y otros se hacían también la guerra de conquista en una constante rivalidad. Nada más hermoso y como cuadro de ese oscuro y constante batallar, que la Fair Maid of Perth, donde Walter Scott ha pintado con los colores más vivos de su paleta el tremendo combate entre el clan de los Chattan y el de los Quhele. El género descriptivo jamás ha encontrado un pintor como el autor de Waverley. Puede decirse que no hay una comarca, un lago, un río, una sola siquiera de sus playas, que no hayan sido puestos en acción por su pluma. El mapa de Escocia podría formarse con las descripciones

geográficas de sus novelas; la cueva de Mac-Gregor se conserva a las márgenes de Loch Lomond; el teatro del Abad no es una invención, está vivo como en el tiempo de sus héroes; el puente del Aive recuerda aquella conmovedora relación de la Viuda del Highlander y en el valle del Alwyn, cerca de la mansión del poeta, podrían localizarse hoy día las escenas dramáticas del Monasterio. Yo me he sentado sobre los blancos guijarros de la Silver Strand, y he subido a la Isla de Elena en el lago Katrine, cuyas montañas sirven de marco a las románticas estrofas de La Dama del lago. En todas partes encontramos a Walter Scott y sus creaciones. Y cuando se cruza Loch Lomond y se pasa al pintoresco y famoso camino de los Trossachs por Loch Katrine, es de los Mac Ivor, de los M'Dougall, de los Macdonald, de quienes se habla. Lammermoor, esa reproducción del Romeo y Julieta de Shakespeare en los odios de los señores escoceses, viene a la memoria; y la muerte de Edgardo y de Lucía no es menos llorada que la de los apasionados novios de Verona.

Tengo viva en la mente la tarde en que navegábamos por Loch Katrine con mi amigo Ayar. Habíamos salido de Glasgow el sábado con uno de esos días providenciales bajo las latitudes escocesas. Un sol de oro bañaba el cristal de los lagos y la cima histórica de Ben Lomond. Sobre el vaporcito en que recorríamos el lago de este nombre, se entonaban los cantos nacionales de los Highlands, por una partida de lindas muchachas y de alegres compañeros, que libres de padres e institutrices, formaban festivas y animadas parejas. El vapor volaba sobre las aguas levantando con sus ruedas torrentes de espuma. El lago reproducía en su seno líquido el imponente cuadro de la naturaleza. Ni una nube en el cielo, ni una brisa en el éter; día tranquilo y sereno como los nuestros en las tardes brillantes de noviembre. Mi amigo me traducía los cantos de aquellas criaturas felices; me daba el nombre de las montañas, me contaba su leyenda, me indicaba las suntuosas propiedades de sus márgenes. Ardiente admirador de Scott, había encontrado en mí un apasionado, no menos fervoroso, y en coro repetíamos la alabanza del gran maestro con sus propios versos; comentábamos recíprocamente las escenas de sus libros, y él, con más medios que yo, como era natural, me hacía la geografía de las batallas, la historia de los amores, y la descripción de las mansiones de aquellos otros rivales de Yugurta que pusieron mil veces en jaque a los cuadros de las legiones inglesas. Un carruaje nos llevó del extremo de Loch Lomond, en que acabábamos de desembarcar a las márgenes del poético Loch Katrine. Cruzamos por primera vez este lago a bordo del Rob-Roy, el único vaporcito que lo surca. Poco antes de tomar el fondeadero, vistamos el Silver Strand y la Isla de Elena, donde en un blanco lecho de piedras, que limita una de las márgenes del lago, está una pequeña y encantadora selva circular que surge poéticamente entre las aguas, retiro misterioso del outlaw como dice el poeta:

Where for retreat in dangerous hour

Some chief had framed a rustic bower.

Busqué, volviendo la cabeza, quien me acompañase en la contemplación de aquel bello espectáculo: ¡todos los viajeros leían! Hubiérase creído, por la semejanza del formato de sus libros, que era una oración, pero los renglones cortos de la página me indicaron las estrofas, y el pensamiento adivinó lo demás. Nadie apartaba los ojos de La Dama del Lago, cuyo relato seguían aquellos turistas con la devoción de un salmo. Mi memoria volvió revocar sus recuerdos; y yo sé quién al leerme se acordará de aquellas colecciones de la Galería de Vernón, que ahora veinte años, en las delicadas convalecencias del niño, me fijaron las primeras impresiones de estos paisajes. Aún andan esos libros en el hogar en poder de nuevos y tiernos dueños, ávidos de emociones; en sus páginas destrozadas, que han servido de deleite a dos generaciones, no ha de faltar tal vez un grabado que indique una parte del bosque de los Trossachs, un rincón de la Isla de Elena, una de estas nobles encinas al menos, llevando al pie un dístico de tus dulces estancias, ¡oh grande y venerando Walter Scott!

Bajamos a tierra; llegamos por los Trossachs a las márgenes de Loch Achray, y nos instalamos en el hotel, un edificio de piedra que imita un antiguo castillo feudal. Yo temía abusar de la amable compañía de mi amigo, a quien consideraba obligado a regresar pronto a Glasgow, cuando él mismo, conmovido con el paisaje y adivinando la devoradora curiosidad que me dominaba por recorrer de nuevo la comarca que acabábamos de atravesar, me propuso pasar el domingo en los Trossachs y seguir en la mañana siguiente para Edimburgo. Gran alegría me causó aquella determinación, y esa misma tarde volvimos a pie hasta la margen de Loch Katrine, tomamos un bote en la orilla y remamos con brío hacia el centro del lago. Declaro sin modestia que remamos igual y parejo. La isla es áspera y se necesita observar con prudencia sus márgenes antes de tentar abordarlas. Por fin conseguimos desembarcar, amarramos el bote, y recorrimos el poético asilo del héroe del poema. El crepúsculo prolongado de las tardes de julio nos permitió regresar, todavía con luz, al muelle, y emprendimos la marcha al hotel, donde nos recogimos temprano con grandes proyectos para el día siguiente.

Sunday in the Trossachs!... Yo conocía los domingos de Londres, contra los cuales se irritan tanto los extranjeros, y sin ninguna razón, porque a nadie se le quita el derecho de pasar el día sin la Biblia y tendido en un sofá en la más contrita imitación de Poe. Recomiendo el sistema contra el spleen; si no es saludable, tiene la ventaja de permitir que uno se despierte el lunes, perfectamente curado. Pero en Escocia era menester aprovechar el tiempo. Yo había propuesto desde la noche antes a mi compañero, una pesca de truchas en el lago Katrine y el proyecto había sido aceptado. Al levantarnos llamamos al mozo, que se presentó creyendo que deseábamos el desayuno. Cuando le pedimos cañas y líneas, se embutió de espanto en la pared. Ya comprendí yo que iba a ser más fácil tomar las truchas con la mano que clavarlas en los anzuelos. No había anzuelos... ¡Falso! ¡mentira audaz!... y mentira en domingo, lo que es mil veces peor que prender un salmón en el momento del servicio divino. Pero ¿qué hacer? No hubo medio de convencer a aquel fiel ejecutor de las órdenes de sus patrones; ni súplicas, ni empeños, ni la imagen de la reina Victoria puesta como argumento en las manos del mozo, le redujo a satisfacer lo que pedíamos. No me dejé de impacientar y estuve por volver a pescar a mi cuarto a lo Edgar Poe; pero en la tarde anterior, habíamos hecho amables relaciones con media docena de buenos. escoceses,

dueños de los botes y poseedores de excelentes aparejos de pesca. Salimos del hotel con las manos limpias, ¡pero según creo, entre las murmuraciones de los que se habían enterado de nuestros anticristianos!

Llegamos a la orilla del lago Katrine y encontramos a los boteros dispuestos a alquilarnos el bote, pero cuando, con toda la diplomacia y las introducciones indirectas del caso, les hicimos presente que pretendíamos pescar, nos contestaron también que no tenían anzuelos. Ofrecimos dinero; en vano. Rogamos; inútiles ruegos. Lo que más me impacientaba era la hipocresía de la negativa. Observador, como todo aquel que entiende un poco del oficio, descubrí a orillas del lago un pequeño barril, abrí la tapa y encontré el cuerpo del delito, y la prueba misma de la mentira; un cardumen de pescaditos, destinados evidentemente para cebo, ¡¡Ah farsantes!! Los cuatro escoceses sonreían maliciosamente, y se limitaron a asegurarme que era completamente inútil que procuráramos líneas para pescar porque el domingo era día de paz para las truchas.

¡Y así fue!... Aquel día visitamos el Silver Strand; volvimos al hotel y navegamos el Loch Achray. Alguna aventura ha de recordar mi amigo Agar sobre cierto naufragio que nos puso en apuros, y que me obligó a echarme al agua para salvar nuestro bote de un torrente que nos arrastraba.

A la mañana siguiente, la primera diligencia que parte del Hotel de los Trossachs, nos llevó por un camino labrado en el borde de la montaña hasta Callander para tomar el tren de Edimburgo. Entre las matas vi correr y saltar las primeras liebres sorprendidas por el ruido del carruaje; y al doblar una vuelta de la senda, un ciervo espléndido pegó un brinco, y salvando a saltos la ladera, ganó la altura, y se detuvo mirándonos atentamente, como un fugitivo que toma un descanso sin perder de vista a sus perseguidores. ¡Ah! Un rifle en aquellos momentos, y ¡que el duque de Argyle me hubiese puesto cien demandas después!

En el camino encontramos lo que llaman en Inglaterra un ground-keeper, un montero que vigila la caza y cuida de los perros. Iba rigurosamente vestido a la escocesa; la pierna cubierta hasta la pantorrilla; el gorro redondo del highlander, la pipa en los labios, la escarcela en la mano. Lo seguían cuatro perros de primer orden, un deerhound, un spaniel, y dos pointers de la más aristocrática y legítima extirpe de esa noble familia. En las cabezas y en los ojos alertos de aquellos animales se traducían la rara inteligencia que los distingue: la frente ancha y espaciosa, la oreja larga y colgante, signo de nobleza, la boca correcta y las quijadas blandas y sueltas.

Los que renieguen contra la pesca y la caza pueden saltar estos párrafos; pero yo no puedo privarme de hacer crónica de mis diversiones favoritas al recordar la Escocia y sus montañas. Por lo demás, amigos y compañeros me sobrarán que extrañan que todavía no haya escrito, una sola palabra sobre mi primer tiro al vuelo en esta estación. No me faltará ocasión de hablar con ellos de cacerías europeas.

A las once de la mañana entrábamos en Edimburgo, la metrópoli escocesa, y nos alojábamos en Royel Hotel. Si Walter Scott es el mejor guía de las campañas escocesas, no hay nadie que haya historiado con más interés los barrios de su noble ciudad natal. ¡Así ha sido de honrado su nombre en sus calles y en sus plazas! Sólo el Albert Memorial de Hyde

Park puede rivalizar en grandeza y magnificencia con el monumento elevado al autor de Waverley en Princess Gardens. Si los bajos relieves de aquel representan el desfile de los grandes maestros de la humanidad en las ciencias, las letras y las artes, la justicia de un pueblo para con un simple ciudadano, mejor fundada siempre que el tributo pomposo de los reyes a sus deudos, ha rodeado a Sir Walter Scott de los héroes evocados por su musa y animados por su imaginación. Jamás hombre de letras pasará a la posteridad de una manera más majestuosa que él, sentado plácidamente en su silla de trabajo, custodiado por sus caballeros ingleses y normandos, por sus arqueros legendarios, por sus pajes y heroínas celebrados, por sus compatriotas en fin, los fieros defensores de la independencia de Escocia. Este monumento representa algo más que el homenaje al talento de un escritor ¡es el panteón de toda la Escocia que celebra la fama de su evocador! ¡Qué valen ante él las columnas romanas y las tumbas soberbias levantadas a los opresores de los pueblos, al altivo domeñador de las naciones cuyos hijos alientan todavía la venganza después de transcurrido casi un siglo!

No tengo tiempo para detenerme en la nueva Edimburgo que se levanta enfrente del Castillo y de Holyrood. Toda la grandeza de los monumentos que coronan a Calton Hill, desde la columna levantada en memoria del héroe de Trafalgar, hasta el monumento nacional que conmemora la victoria de Waterloo, si sobrepasa en importancia a los barrios de la vieja ciudad, no tiene para mí el profundo interés histórico de High Street y de Canongate. Aún incluidos Nuremberg y Ginebra, la ciudad más típica de la Europa es Edimburgo. Sus viejas casas de diez y de once, pisos dicen tanto como sus crónicas; altas y sombrías, forman callejuelas estrechas y complicadas que son el teatro de la historia de toda la edad media y de los cuatro últimos siglos. ¿Cómo no había de exaltarse la imaginación de Scott al observar el típico balcón desde donde John Knox, el reformador escocés lanzaba sobre sus sectarios sus ardientes arengas? ¿Cómo aquel espíritu profundamente artístico y literario, al ver desde el parque el legendario Castillo de Edimburgo, no había de tentarse por rehacer su historia y por dramatizar los famosos asaltos que rechazaron sus murallas inexpugnables? Con una curiosidad religiosa buscamos la casa de los fundadores de la Revista de Edimburgo, aquella hoja impresa que exaltó tanto las iras de lord Byron, y en cuyas páginas hicieron sus primeras armas los más grandes literatos ingleses que ha producido este siglo. Fue en el cuarto modesto del joven Jeffrey, próximo a casarse y víctima de una pobreza cruel, que nació la Revista de Edimburgo. Al mes, media Inglaterra se agitaba con su lectura; y los londoners se la arrebatában de las manos a la llegada de la posta que hacía el trayecto entre la bella capital de Escocia y la aristocrática capital del Támesis. Las reminiscencias históricas y la memoria de los grandes varones no cesan de avivarse. En el cementerio de la iglesia de Canongate inclinémonos con respeto, porque la humanidad honra allí tres grandes espíritus: David Allan el artista inspirado, Ferguson el poeta, y el grande Adam Smith, el autor inmortal de la Riqueza de las Naciones.

¿Quién no recuerda a Holyrood? La abadía está llena de tradiciones. Sus ruinas solitarias, su pórtico soberbio, sus arcos ya vacilantes e inclinados, revelan la pasada grandeza del antiguo convento. El palacio es el teatro de los dramas misteriosos de María Estuardo. Mujer liviana y corrompida, el catolicismo la ha idealizado en su martirio, pero la historia cuenta en las cámaras y escaleras secretas de Holyrood, la vida de esta reina cuya corte rivalizó en vicios y crueldades con la de los Borgias. Hume y Macaulay, sin las

afecciones nacionales del autor de El Abad, han trazado su período con la más alta imparcialidad del juicio histórico.

En la plataforma del Castillo de Edimburgo he tenido un encuentro raro que merece mencionarse. El regimiento de escoceses que lo guarnece es el heredero del número y de las glorias de la célebre legión con que Berresford y Pack tomaron a Buenos Aires en 1806. ¡Qué íntima satisfacción experimenté al ver a aquellos descendientes de nuestros vencidos! Tal vez los aires nacionales que tocaban los pifanos y las gaitas eran los mismos que habían resonado ahora 74 años en las calles de la vieja capital del virreinato, y que sirvieron también para animar las campestres que el después vencedor de Soutl en los campos de Albuera, daba en el Bajo a las vivaces y agudas porteñas de los primeros años de este siglo.

En los días siguientes recorrimos todo Edimburgo. Vimos sus grandes bancos, sus espaciosos clubs, los establecimientos con que el desarrollo moral y material de los últimos tiempos, ha dotado a la culta capital de la Escocia.

Pocas horas después yo continuaba mi viaje y salía para Oban hasta Inverness por el canal Caledonio. En esta excursión crucé los lagos Linnhe, Arkaig, Oich y el Ness que da el nombre a la capital de los Higlands. En Inverness he pasado un día de veintiuna horas; a las 12 de la noche he podido escribir a Buenos Aires con la luz que bañaba todavía el ancho espacio de Union Street. Visité el castillo levantado sobre el mismo sitio en que en otro tiempo se levantó la mansión de Macbeth, aquel tétrico señor de RossShire cuya leyenda ha servido para inspirar a Shakespeare la más extraña de sus creaciones. Recorrí el campo sangriento de Culloden Moor y abordé las márgenes de la Isla Negra, donde todavía la superstición de los campesinos supone que las brujas consejeras de Macbeth se convocan cuando el relámpago, el trueno y la lluvia, amagan la tierra de Duncan y de Banquo. Desde Inverness he descendido por la línea férrea de los Higlands recorriendo a Aberdeen, llamada con razón la ciudad granítica, y que es la tercera en rango después de Glasgow y de Edimburgo; a Perth, la histórica Perth de los Chattan, y a Dandee que se levanta sombríamente sobre la orilla derecha del Tay.

En toda la rápida excursión, ¡cuántos lugares históricos y romancescos, cuántos castillos, cuántos pueblos célebres me veo obligado a omitir! Estamos en las habitaciones del castillo de Abbotsford, entre los libros queridos del poeta, respirando el aire que respiraba, recorriendo la galería de retratos en que aparece lord Essex, Oliverio Cromwell, Hogart, Claverhouse, Carlos II. Viene otra vez a la memoria la leyenda, y la cohorte de sombras desfila de nuevo bajo los techos y las paredes de aquella mansión. ¿Qué puede decir una descripción fría de ese santuario para traducir las emociones que experimentamos cuando ponemos el pie en sus losas?

Un día estando en las galerías de Kensington, en Londres, me llamó la atención un cuadro que representaba a Sir Walter Scott en su gabinete de trabajo de Abbotsford, y simpatiqué profundamente con el bravo corazón del artista que había vencido todas las grandes dificultades de la escena. Los que amen las horas tranquilas en que el espíritu, templado para el trabajo y para la actividad intelectual, se concentra en intensas meditaciones, deberían tener una copia de ese cuadro que representa el hogar del virtuoso y

noble literato que restauró el pasado de su pueblo, ¡y que se levantó con el romance histórico a la altura de los grandes escritores de la antigüedad y de los tiempos modernos!

El militarismo en Alemania

Berlín, octubre 6 de 1880.

Si la doctrina del espiritismo estuviese fundada en hechos incontrovertibles, y si las formas inmateriales que anima esa nueva nigromancia, bajaran a la tierra en la corriente del fluido de las evocaciones, el príncipe de Bismarck no gozaría tranquilamente de sus victorias, porque el alma de Voltaire andaría suelta por el mundo. ¡Y cuidado con los espíritus! En Alemania sobre todo, donde hasta el mismo diablo ha bajado a la tierra para hacer libertina la ciencia, satánico el amor y simbólica y mística la filosofía, Voltaire viniendo del otro mundo, haría travesuras de tal género que ante ellas, serían un idilio las conjuraciones del demonio de Hoellenzwang del antiguo Fausto, en cuyos dibujos cabalísticos y frases tenebrosas, Goethe inspiró su célebre poema. Voltaire, por debajo de un mueble en Babelsberg, haciendo tic tac como un reloj, o asomando la silueta de su mano fina y huesosa en las paredes del castillo, haría temblar de espanto al bravo emperador de la Alemania. Conocedor como nadie de los alrededores de Potsdam, durante el día, como las aves nocturnas, se albergaría entre los maderos carcomidos del viejo molino de la anécdota, o se escondería entre los papagayos y macacos de su escritorio rococó de Sans-Souci; y por la noche, cuando el unificador de la Alemania, mortificado por el insomnio de la ancianidad y de las preocupaciones, tratara de conciliar el sueño, el travieso parroquiano de Federico el Grande, en traje de alma, haría ruido entre las viejas armaduras que decoran el aposento de Babelsberg, rompería la porcelana de Saxe que adorna las paredes y que cubre los muebles, agitaría los viejos gobelinos, y golpearía en los cristales venecianos y alemanes de los armarios.

¿Por qué no ha de ser cierto el espiritismo en Alemania? Después de la India este es el país que está en relación más inmediata con el otro mundo han aparecido profetas hace apenas tres siglos ¡y profetas verdaderos! que dieron leyes, que constituyeron un orden social, y que quemaron hombres y unidades en nombre de una idea. Verdad es que en Francia, el otro día no más, han aparecido vírgenes. Pero la Madona de Lourdes es una heroína de comedia, de magia, mientras que Juan de Leyde fue todo un personaje bíblico. Notemos sin embargo que los Hohenzollern de nuestros días no creen en fantasmas, que no

padecen de ideología como los profesores de Heidelberg y de Bonn. Federico el Grande no fue solamente el primer general de su tiempo; fue algo más, fue un hombre de letras distinguidísimo, un Mecenas con grandes cualidades artísticas, y no poco galante a pesar de la disciplina. Basta acercarse a sus bibliotecas, a sus pequeños y misteriosos gabinetes de trabajo en que sólo entraban sus íntimos amigos literarios, para saberlo. En esos armarios están los libros de Saint Real, de Chanhein, la Jerusalem libertada, los cuentos de La Fontaine, Corneille, Scarron y... ¡Boccacio! Este último lleno de señales, acotando tal vez los pasajes más plásticos y sabrosos que se gustaban en petit comité y sin más indiscretos, que algún galgo favorito dormido sobre los ricos almohadones de un sillón. Sus salas estaban iluminadas con cuadros de Watteau, ese Molière de la pintura; con grandes relojes de París que la Pompadour le regalaba; y el estilo rococó de Dresden, esa escuela espontánea del Renacimiento en la porcelana, ornamentaba las puertas, los muros y los techos. Fue aquella una corte artista, y para que nada faltara en ella, el rey mismo rendía también un culto fervoroso a las otras dos musas hermanas, porque tocaba la flauta, componía sonatas y había encontrado a Terpsícore en La Barberina. Voltaire fue el pendant de Federico en aquella corte, y con su genio genuinamente francés y agresivo, representó el papel de poeta imperial. Hizo a Horacio, hizo a Virgilio e hizo a Ovidio pero sin verse obligado a cantar en los Tristes los contrastes que le acarrearán sus sátiras y travesuras.

Hoy los príncipes de Alemania no son sino militares; las ocupaciones pasivas de la paz no los seducen. En la mesa del emperador las letras brillan por su ausencia. He estado en tres de los palacios que ocupa habitualmente y he llevado ex profeso la vista a los libros en uso activo, que es el medio infalible para conocer las inclinaciones ordinarias de un espíritu. Pura literatura militar en los armarios; ¡las listas anuales de revista sobre el escritorio en volúmenes separados desde 1862 hasta 1881! ¡El imperio alemán vive siempre más adelantado que el almanaque! En historia, la historia militar de todos los pueblos y de todos los tiempos. En las ciencias, tratados sobre balística, sobre artillería, sobre los fusiles de diferentes sistemas; la ciencia de la guerra moderna en una palabra. Innumerables obras sobre táctica militar y cartas geográficas destinadas a la estrategia. Por adornos, balas cónicas de cañón; vasos con bajos relieves representando desfiles de guerreros; banderas de sus regimientos, favoritos; ¡cuadros de las últimas batallas! ¡Y no exagero! Los que hayan entrado alguna vez al palacio imperial de Berlín, habrán visto en el vestíbulo una pieza de artillería, y los que visiten el vestíbulo de Babelsberg encontrarán dos piezas de artillería de diez, montadas soberbiamente, ¡regalo de Krupp en el cumpleaños del emperador!

Yo amo la Alemania porque no puedo olvidar que ella ha completado en la Reforma, la revolución más grande de los tiempos modernos, más trascendental y más eficaz que la revolución francesa, porque la posteridad la ha acatado sin someterla al examen crítico y filosófico. Amo ese pueblo que ha profundizado con Niebuhr la historia antigua, con Bunsen la tradición religiosa, con Humboldt la ciencia, en un libro en que el saber y la erudición han tomado todos los colores fascinadores del poema para manifestarse. ¿Quién puede olvidar el espíritu vulgarizador y propagandista de la Alemania en el otro siglo? Madame de Staël recorrió ante la Francia el velo tras del cual estaba ese pueblo que había interpretado todas las literaturas y bebido en todas las fuentes. La Francia creía tener el más alto representante de la crítica en La Harpe, pero el grupo de Lessing lo oscureció para siempre. Fue la Alemania quien reveló el teatro de Shakespeare a la Europa; la que primero comprendió y estudió a Cervantes y el teatro español del siglo XVII. Ha sido siempre ella

la que ha atacado, la primera, el misterio que encerraban los viejos pueblos del Oriente. El primer filólogo de nuestros tiempos, Max-Müller, es alemán, y debemos recordar con satisfacción que Buenos Aires hospeda desde hace años a Burmeister cuyo renombre es incontestable en toda Europa.

¡Pero los reyes!... No pretendo hacer una tirada democrática y declamatoria, contra los príncipes. Hay reyes que pasan inadvertidos y esos son los mejores. Pero los reyes y los emperadores que gobiernan como los príncipes de Alemania, y que mandan militarmente, no pueden sernos simpáticos a los que hemos tenido la suerte de beber el espíritu nuevo en los libros que enseñan el buen gobierno de las naciones. Hay en Alemania dos entidades capitales que no pueden confundirse en una sola para fulminar el ataque. La primera, la forman los príncipes o los nobles, la segunda la forma el pueblo. La primera ha organizado el imperio militar en la época propicia de las victorias; el éxito es una razón suprema. La segunda incuba los gérmenes de la más grande y más profunda revolución que haya experimentado jamás un pueblo. De una parte hay una familia de príncipes sobrios, autoritarios y altaneros, con una nobleza fiel que tiene sus mismas aspiraciones, sus mismos sentimientos, y que reconoce iguales destinos. De la otra parte, hay un pueblo varonil, intrépido, ilustrado, y naturalmente, revolucionario. Ese pueblo, por más que pretendan lo contrario los comerciantes de Hamburgo, los banqueros de Frankfort y los industriales de Leipzig, aborrece a sus príncipes, y se da perfecta cuenta de los motivos de su odio. Ese pueblo fermenta en Heidelberg, en Bonn, en Berlín mismo; comienza por ser estudiante y termina por tener representantes que se llaman Lepsius, Virchow, Strauss y Müller. Ese pueblo tiene cerrados los labios y ligadas las manos. En el parlamento no se atreve a atacar frente a frente al príncipe de Bismarck como lo haría Northcote en Inglaterra con Gladstone. En la prensa, no bien abre las alas, la autoridad se las cierra. Y citaré hechos para demostrar ambas afirmaciones. En el Reichstag, el canciller del imperio más de una vez ha impuesto silencio con tono furibundo a los diputados radicales, y no transcurre un mes sin que se cuenten, cuatro o seis supresiones de diarios y periódicos. Yo mismo he tenido ocasión de juzgar los hechos prácticos. Se me había extraviado en viaje, el libro de Grenville Murray, Los alemanes en Alemania, un libro imparcial, más festivo que crítico, y con un fondo de justicia serena que constituye su mérito verdadero. Quise obtenerlo en Berlín y lo pedí en la librería del bibliófilo Asher, la primera, en el ramo de la ciudad. Encontré todas las obras del mismo autor, ¡pero la que buscaba era libro prohibido! ¡Los que duden del hecho repitan la tentativa!

Cualquiera que sea la fuerza formidable de la Alemania, su actual estado político no será duradero. Antes de medio siglo, si el imperio no opera la revolución pacífica, el pueblo operará la revolución armada. La Rusia puede perpetuar el zarismo, porque es un país sumamente extenso cuya población no ha alcanzado todavía, por la educación, todas las fuerzas morales que inician y realizan los sacudimientos populares. Pero la Alemania esta constituida de manera distinta; su población densísima cuenta en cada ciudad y en cada villa con un sinnúmero de espíritus cultivadísimos que se rebelan y protestan, con toda la conciencia del hombre libre, contra las cargas que les impone el rango de nación de primer orden. Ese pueblo que paga enormes impuestos y que está obligado sin excepción, a abandonar su trabajo, a postergar o cortar sus estudios por el servicio militar, conspira o emigra. Y todos los años los puertos de Bélgica son testigos de la fuga de miles de jóvenes

conscriptos, que van hacia aquel lado del océano a buscar la libertad del trabajo y la quietud del hogar en las libres campañas del Canadá y de los Estados de la Unión.

Cuenta Grenville Murray que alguien se preocupaba un día delante de Bismarck, del número considerable de soldados que había perdido la Alemania en sus últimas campañas. El príncipe contestó con cinismo inconsciente: "Eso es nada en comparación de los que nos arrebató la emigración". He ahí la crítica más elocuente y definitiva del sistema, hecha por su mismo autor.

En la edad media la nobleza alemana estaba en armas contra el rey. En nuestro tiempo la nobleza es la aliada más firme de los príncipes. La carrera militar en el imperio es hoy el monopolio, casi exclusivo, de los nobles. Basta ver un grupo de oficiales en las calles o en los teatros de Berlín para asegurar, sin temor de equivocarse, que todos pertenecen a familias de la aristocracia. El plebeyo estudia o trabaja en los ramos distintos del comercio y de la industria. El estudiante por lo mismo, es uno de los elementos de oposición más recalcitrante contra el sistema militar. Es audaz, aventurero y revolucionario, con muchos caracteres del viejo estudiante de la tradición y con algunos de sus rasgos externos, como el traje, por ejemplo, y su gorra que consiste, de ordinario, en un birrete de colores imposibles, rosado, amarillo o verde claro, suspendido en la extremidad de un jopo fugitivo. El estudiante conspira siempre, si no en la acción inmediata de los hechos, en la propaganda, en la tesis, en el club y hasta en las tabernas. Del elemento letrado que constituye esta verdadera clase social en Alemania, sale el enemigo de la nobleza militar. Nada de más antagónico entre sí que un casco, con su punta metálica tentadora de los rayos, y el casquete microscópico del estudiante de Berlín.

La imagen del perro y del gato que representa la antipatía de dos razas, no es más elocuente que estos dos emblemas del odio entre dos órdenes sociales. De los primeros salen los grandes generales que ocupan los altos y delicados puestos del Estado Mayor, y que desempeñan a la vez como Moltke, diez o doce cargos militares, centralizando de la manera más completa la dirección suprema del ejército. De entre los segundos salen los espíritus que sorprenden al mundo con la solidez y la profundidad de su genio. Estos dos elementos comienzan por divorciarse desde que toman su rumbo en la vida, ¡y llegan a detestarse desde sus posiciones recíprocas en la sociedad! El día que choquen con fuerzas iguales, no será difícil prever a quien corresponderá la victoria. La Alemania será grande y unida ese día por las ideas, no por las armas. Estará soldada por los vínculos que engendra la libertad de la prensa y de la palabra, y la Prusia dejará de ser el puño que aprieta los fragmentos de un todo sin cohesión, pronto a dividirse en el acto en que se abra la mano fuerte que lo liga.

Los adoradores del imperio militar sonríen tranquilamente cuando se les apunta las pequeñas heridas que amenazan ser grandes llagas en el cuerpo del imperio alemán. No pocos atribuyen a francesismo las observaciones que se les hace, y los otros no se dan ni la pena de meditarlas. Pero para estudiar a la Alemania política de nuestros días, no es necesario salir de Alemania. En ella misma encontramos los dos elementos antagónicos que han de librar tarde o temprano una lucha inevitable. Ningún pueblo por otra parte se encuentra más educado que este en las revoluciones. Los primeros síntomas del socialismo germinaron en las ciudades alemanas; Juan de Leyde y los anabaptistas, según lo observa

Murray con aguda penetración, fueron los primeros sectarios. ¿Para qué recordar las profundas conmociones parciales que produjo la Reforma y el espíritu de la revolución? Ese mismo pueblo de Berlín amedrentó un día a su idolatrado emperador Guillermo, cuando todavía no era rey haciéndolo emigrar a Inglaterra, precisamente porque hasta las primeras tentativas del régimen autoritario y personal que debía implantar después de la muerte de Federico Guillermo IV.

El Imperio Alemán ha triunfado de la Austria y de la Francia; ha restablecido al Norte el viejo régimen militar de otros tiempos. Es la primera potencia del continente en nuestros días, pero le falta triunfar de la Alemania, y mientras que no triunfe por la libertad absoluta, por la libre discusión, por el desarme paulatino, por la disminución del impuesto, por la abolición de los privilegios militares, por el respeto y la sumisión a los hombres de saber, y por las garantías dadas al pueblo que despierten en él el amor espontáneo a la patria, será un edificio levantado sobre arena. Ni las formidables fortificaciones de Metz, ni un millón de soldados, ni los adelantos de sus célebres armeros, ni las combinaciones de Bismarck, ni el genio guerrero de Moltke, impedirán su caída y su restauración. Es un hecho fatal. Cuando los sucesos históricos no reconocen otro fundamento que el genio de un hombre, el problema, resuelto por algún tiempo, se complica y se presenta de nuevo, en el acto que el héroe desaparece. Sólo la práctica diaria y la enseñanza constante de la libertad, producen hechos definitivos y normales en los pueblos. Por eso es que la Inglaterra no necesita, ni ha necesitado nunca de un Bismarck que la gobierne, de un Moltke que ejerza la dirección militar y omnímoda de sus ejércitos. Bismarck existe por sí mismo. Mr. Gladstone no se concibe sin Mr. Disraeli, ni Mr. Disraeli sin Mr. Gladstone. La ancianidad y la muerte retirará a estos combatientes de la escena, y otros los remplazarán con más o menos genio tal vez, pero el país no se inquietará, porque cuenta con la eternidad del culto que engendra el sistema, y no con los sacerdotes que lo sirven. La Alemania no puede decir lo mismo

Hace cerca de un mes que viajo por ella observando fríamente los hechos. Todos los encantos que tiene este país dulce y poético están oscurecidos para mí por el militarismo. He estado en Heidelberg, en Frankfort, en Leipzig, en Dresden, en Hamburgo, en Berlín y en Postdam. En todas partes casernas y soldados. Los números de los cuerpos suspendidos en los hombros de los conscriptos pueden dar una idea de la suma colosal del ejército; ¡he alcanzado a ver el 242, en un uniforme de infantería; 83 en uno de caballería; 61 en otro de artillería; 37 en un soldado de ingenieros! En Berlín, ahora dos noches, se daba Flick y Flock, un baile pantomima que obtiene gran éxito, cada vez que se representa. En uno de los palcos principales, al lado de los príncipes de la casa imperial, conté sesenta oficiales poco más o menos, todos en un grupo. En la platea doble número; en la galería pelotones de soldados. ¡La tercera parte de la concurrencia vestía uniforme y el teatro estaba lleno!

La Alemania no es, sin embargo, un pueblo guerrero. La familia es dulce y bondadosa como en ninguna parte. El hogar es pacífico y verdaderamente adorable por la armonía que reina entre los hijos y los padres. La madre de esos granaderos gallardos e imponentes que infunden respeto en las filas y admiración por su belleza varonil fuera de ellas, no es una madre griega que pone el arma en las manos del hijo, que le enseña los cánticos de guerra desde niño, que previene en fin su naturaleza para el espíritu militar. Por el contrario, es suave y meditativa; tierna, débil como debe ser el ideal de la mujer. No tiene las inclinaciones al lujo de las francesas, ni esa dureza inevitable que suele plegar el rostro de

las inglesas. Se comprende a Margarita cuando se trata a una de esas dulces mujeres de las márgenes del Rhin. ¿Y acaso los hombres tienen una naturaleza distinta? Yo sólo comparo la ternura y los extremos del cariño y la amistad de las familias de Alemania, con el que distingue a las nuestras. Desde que se pone el pie en el umbral de una de esas casas patriarcales se aspira el perfume de la felicidad.

La fiereza proverbial de este pueblo es obra de los que lo gobiernan y no calidad de los gobernados. Si el pueblo alemán amara la guerra y el servicio militar, la emigración no acusaría lo contrario con la cifra elocuente que alcanza anualmente. Las madres y los padres son los primeros en fomentar en el hijo las inclinaciones al destierro. Tal vez el prusiano sea el único que pueda llamarse soldado en toda la extensión de la palabra. Los bávaros viven alejados de su rey y del emperador. El rey Luis II está muy cerca de ellos, pero es un mito, un ente misterioso e incomprensible a quien no se le conoce amigo de ningún sexo, sino Wagner que disfruta exclusivamente de la sociedad de este ser singular. El emperador está muy lejos para que la Baviera se preocupe de él. Lo mismo sucede en Wurtemberg y en Sajonia, donde el pueblo lamenta tener que jurar por Guillermo y no por sus reyes anulados.

No hay un vínculo espontáneo que reúna en un sólo sentimiento las aspiraciones de los pueblos que forman la Confederación, y de ahí, el horror que inspira el casco, y las evasiones periódicas de los llamados al servicio militar.

Parecería, que, tal vez, la última guerra con la Francia hubiera cavado un hondo abismo en el comercio de las ideas entre ambos pueblos. El antagonismo de la masa popular existe como es natural, y no es necesario demostrar que la cuenta entre las dos naciones espera todavía su saldo. Pero la Alemania no cesa un sólo día de asimilarse todo lo que su rival produce en la esfera de las ideas, lo serio y lo ligero, lo bueno y lo mediocre, lo sano y lo enfermo. La política literaria del Canciller no es tan absoluta en estas materias como las del tribunal literario de Inglaterra. Desde el Almanaque de las Cocottes, hasta el vaudeville y el romance más desvergonzado, pasan fácilmente por la frontera y se exhiben en las vidrieras de los libreros de Berlín con el indispensable viento de paraître. Se me ha asegurado, yo no lo afirmo, que hay pocos mercados en el extranjero iguales a Berlín para Nana.

En cambio, puedo asegurar que la demanda de estos libros proviene, en gran parte, del número considerable de extranjeros que viaja por las capitales, y tal vez de los militares que en todas partes tienen buen estómago para digerir estos manjares. Sin embargo es necesario reconocer que en cuanto a moralidad, el ejército del Imperio es un modelo. Las menores faltas del soldado y del oficial se castigan severamente, y los últimos comprenden de tal manera la solidaridad de sus intereses con los deberes de su empleo, que podría decirse sin cometer un error que son impecables con relación a la ordenanza.

El militarismo erigido en sistema de gobierno, como en Alemania, es incompatible con el pretendido gobierno constitucional y parlamentario del Imperio. Si antes, los nobles se alzaron contra los reyes, representando los dos elementos antagónicos del tiempo, mañana, el pueblo, más sabio y más digno que ellos, usará de sus derechos y acabará con la plaga que lo oprime.

La Alemania tiene que ser libre y pacífica, porque su pueblo ha nacido de la revolución y se ha educado en el trabajo. Ese día habrá realizado el gran problema de la Unión que el príncipe de Bismarck ha creído resuelto por el sólo hecho de poner una corona Imperial en la cabeza del rey de Prusia.

El paso por Alemania

Hamburgo, octubre 7 de 1880.

Cuando vuelva al Rhin hablaré de los románticos castillos que desde lo alto de las montañas miran pasar melancólicamente las aguas correntosas entre Maguncia y Colonia. Ese es el Rhin burgrave; el Rhin amado de los poetas franceses; el Rhin de las leyendas. Todo es dulce en aquellas márgenes. Las faldas de las montañas se visten como el Himeto de viñas doradas. ¡Hasta las nieves de la Loreley y del Rheinfels son tibias! Sus pueblos, que según la expresión ingenua y primitiva de un rústico, parecen ropas blancas tendidas sobre sus márgenes, se destacan agrupados todos, en torno de la flecha, decidida de sus pequeños templos, cuyas campanas hacen repercutir su eco en el seno de los valles.

Cuando hablo del Rhin, hablo también de sus arrabales, del Neckar que pasa por los umbrales de Heidelberg la docta, la Salamanca de los alemanes, la madre de todos esos filósofos a lo Hegel, que han hecho suyo a Descartes y que viven en los limbos científicos, mientras los reyes y los emperadores ensayan sus cañones en las campiñas de Coblenza. Hablo de Frankfurt, la vieja villa libre del centro, convertida en el París del Rhin por el lujo prusiano de Wiesbaden, de Ems y de Düsseldorf donde Cornélius, Schadow y Bendemann, los grandes pintores alemanes de este siglo, han dado a las artes el brillo que Weimar dio a las letras en los tiempos de Goethe y de su grupo.

Cuando se entra en Heidelberg por el Anlage, lo primero que llama la atención son los bulliciosos estudiantes, con sus pipas trepadas hasta la altura de sus lentes y con sus casquetes llamativos. Semejan bandadas de cardenales de copetes amarillos y colorados, por el bullicio que producen y por el número en que invaden las calles y las tabernas. A primera vista, todos nos parecen hermanos; no hay entre ellos esa diversidad de tipos que presenta el estudiante parisiense. Se diría que están vestidos por el mismo sastre, calzados por el mismo zapatero y servidos por el mismo fabricante de gorras. Todos son rubios, invariablemente lampiños, con los ojos pequeñitos e infantiles, el rostro como alumbrado por detrás de la epidermis, los cabellos levantados a la desesperada sobre una frente alta y despejada. ¿Cómo encontrarles algo parecido entre nosotros?... Imaginaos a Wilde, sin barbas, sin ese dejo salteño tan antialemán con que habla, suprimido su sombrero monumental por un birrete liliputiense de color celeste, y tendréis algo aproximado a ese

bohemia soñador e ideólogo, que comienza por ser socialista y que termina por vivir en los espacios del subjetivo y del objetivo como Neander.

Allá, sobre el camino que lleva al Castillo, que los franceses hicieron saltar convirtiéndolo en la ruina más imponente de la Alemania, se domina todo ese vasto y verde valle del Rin que han pintado Mme. de Staël y Víctor Hugo, con colores tan deslumbradores. Heidelberg y sus alrededores tienen todo el sello de la edad media. En la ciudad se extienden esas calles sombrías y tortuosas como las de la vetusta Nuremberg, formadas por edificios de base angosta, de ventanas voladizas, de puertas bajas y de techos en forma, de apagadores que protegen y cubren los muros de las inclemencias del invierno. En las campiñas, el panorama ofrece las últimas colinas del viejo Palatinado rhiniano, vestidas de pinos sombríos, en cuyos troncos se envuelve la yedra y a cuyos pies brotan abundantemente los helechos; y allá a la distancia, en el llano raso del valle, se ve el Rin que se desenvuelve como una cinta, besando el umbral de las innumerables aldeas vecinas. Todo es dulce en esta tierra que no azotan los vientos rudos del norte y que está lejos de las agrias y arenosas planicies del Mecklemburgo. El vino no mancha el cristal de los frascos que lo contienen como los vinos capitosos del Portugal. La mujer es el tipo en que Goethe entrevió el cielo cuando concibió a Margarita. Ese mismo estudiante bullicioso y pendenciero que sale de las aulas con el rostro cubierto de costurones, tiene una sensibilidad tan exquisita, que tiembla como una flor, si escucha un aire caliente y meridional de la música italiana; ama las partituras de Glück, y las frases oscuras y complicadas del Alceste le son tan familiares como a nosotros los coros guerreros del Trovador. Los he observado atentamente en las tabernas de Heidelberg y en el Palmengarten de Frankfurt, con su vaso lleno de la cristalina cerveza de Munich, la nariz al viento y la cabeza levantada como la de un mirlo que aprende a cantar, escuchar esa música hegeliana en la que nosotros tropezamos muchas veces antes de morder un aire y hacérselo familiar. Hasta en los vales en que el genio fácil de los italianos encuentra siempre rimas abundantes, los Strauss, desde el viejo Strauss hasta los hijos, hacen ciencia y sorprenden el tema entre un acompañamiento sesudo que es todo un comentario.

Anoche no más, Eduardo Strauss con su orquesta ejecutaba el *Bitte Schön*, un alegre de notas cristalinas que arranca como un madrigal, pero que en medio del tema los violines bajan y se extravían en un episodio completamente extraño a la inspiración conceptuosa de la pieza. Es entonces cuando la atención se reconcentra, mientras la espuma de la cerveza se desvanece en el vaso y el fuego de las pipas se extingue. Es entonces cuando los alemanes se sumergen en una abstracción extática, de la cual no los arrancaría el estampido de un cañonazo. Entre nosotros despiertan burlas de incredulidad las anécdotas de estos soñadores. Hegel importunado por su sastre, en medio de la concepción delicada de un problema, toma de sus manos un pantalón y trata de ponérselo; se saca sólo una pierna del que tiene puesto y olvida sacarse la otra; al ponerse la primera pierna del nuevo, encuentra con asombro que el sastre ha hecho tres piernas al pantalón y corta la que le queda de más. Neander en medio de su meditación deja caer un día su mano sobre la página de un libro; cuando quiso dar vuelta la hoja para continuar la lectura, preguntó quién se permitía poner la mano sobre su libro. Y para contar algo curioso diré, que casi siempre después de terminada cada pieza de concierto, los oyentes aseguran que los mozos, aprovechándose de su distracción les han bebido la cerveza.

En los pueblos meridionales, el arte fue siempre religiosa o política. Desde Fidias hasta Miguel Ángel, el cincel constituyó algo más que un oficio. En Alemania el arte ha sido siempre un culto y en ninguna parte se mantiene más pura la de sus inspiraciones. Se ha observado por los mismos franceses, por los mismos italianos, que la decadencia artística cunde en París y amenaza a Roma y a Florencia; y alguien cuyo nombre se me escapa en este momento, ha llamado a nuestro siglo el siglo del arte tapicero. Hay algo de verdad en este apodo amargo contra el bourgeois que vive dominado por el furor de aglomerar tejidos sucios y desvaídos sobre sus paredes, por el solo mérito de los años que cuentan. Aún en el bronce cunde la decadencia; el bronce viejo, casi siempre caro y apócrifo está en boga absoluta. Y como el campo literario y artístico es campo común para todos los espíritus que lo recorren, ya la escultura moderna ha producido al marmolero, hijo bastardo del escultor, y a los pintores dio Nanas, la Venus loreta del nuevo Olimpo. ¡Y la porcelana! ¡Oh, la porcelana! ¡Las fábricas de Bohemia y de Saxe no dan ya abasto para envajillar -perdón por el verbo- los vestíbulos de las Villas de la aristocracia, bourgeoisie! Sólo en Alemania el arte se remonta a las esferas vaporosas del éxtasis y produce una escuela que, a mi juicio, está destinada a desaparecer por exceso de idealismo, como la escuela francesa nueva está condenada a malograrse por exceso de materia. Dresde no ha aumentado su pinacoteca y ha hecho bien; pero Berlín que ha necesitado rivalizar con los frescos del Louvre y de Versalles, ha hecho trepar a los techos y a las paredes de su gran museo y de la Galería Nacional una pléyade de artistas que han reproducido la comitiva de los héroes mitológicos del Norte: a Herta, a Odín y a Balder y a Hulda, la Ceres, el Júpiter, el Apolo y la deidad de las virtudes domésticas. ¡Exceptuemos al valiente y fuerte Kaulbach que ha acometido en una de las pinturas murales de la escalera monumental del Nuevo Museo, la grande escena de la Reforma, cuadro audaz y revolucionario, en donde asoman las cabezas de Lutero, Melanchton, Zuinglio y Calvino al lado de las de Huss, Wielef y Savonarola, representantes de la emancipación religiosa; las de los hugonotes representando la acción en los hechos; las de Copérnico, Galileo, Kepler, Newton y Colón en la ciencia; las de Leonardo de Vinci, Dürer, Holbein en las artes; las de Gutenberg y sus discípulos en la propaganda; las de Shakespeare, Cervantes, Hütten y Petrarca en la batalla literaria!

Sólo el paisaje triunfa en la pintura moderna. Pero el paisaje es también la decadencia. Es a la pintura lo que la música ligera a las composiciones de los grandes maestros. Los ingleses lo han monopolizado y los alemanes les disputan el monopolio, pero mantienen en él la tendencia idealista. Gabriel Max que lo anima con el lúgubre poema de sus amores, es monótono y excéntrico; espía los momentos menos frecuentes de la naturaleza, para pintar sus crepúsculos extraordinarios, sus marianas nebulosas, sus días oscuros, y siempre, en todos ellos, su novia muerta, pálida como una sombra, recordando el espectro de Atala en la galería del Louvre. Sin embargo, la Alemania moderna tiene razón en estar orgullosa del artista.

En ninguna parte de Europa la tendencia al arte fantástico es tan marcada como en Alemania. Si ella ha invadido la pintura y la música no ha dejado de contagiar el teatro en todas sus manifestaciones. Las mejores comedias de magia se representan en Alemania: Las Píldoras del Diablo, La Pata de Cabra, El Cuerno Encantado, con la más torpe y vulgar combinación de decoraciones. Un muchacho argentino descubriría al maquinista a través de los cambios de escena, sorprendería al imbécil que produce un relámpago con el soplete, vería la bala de cañón que rueda sobre la plancha de cobre para producir la detonación del

trueno que retumba a la distancia, y reiría a carcajadas de la farsa. Es necesario ver el Oberon de Weber, en el teatro de Dresde, para conocer a las hadas y al diablo, arreglando los negocios particulares de los súbditos del rey de Sajonia. Prescindamos de la música a pesar del teatro, porque jamás he visto sobre la escena de teatro alguno una compañía más torpe que aquella; pero, atentos, sin perder un detalle, observemos ese escenario que cambia, desaparece, se transforma y se modifica, como el círculo movible que arroja sobre la tela el foco de una cámara obscura, y veremos cómo hasta en eso los alemanes aman las quiméricas e imposibles. Si os dijera que el mar, en uno de los actos, produce mas monstruos marinos que el Aquarium de Brighton, no lo creeríais; el sol sale sobre sus horizontes dilatados e ilumina de púrpura sus ondas; la tempestad estalla y las espumas de las olas embravecidas baten las rocas; las naves zozobran, y los náufragos arriban nadando a la playa; la tarde se pone bajo la luz de un crepúsculo soberbio; llena la noche, la luna riela sobre las aguas y las estrellas titilan en los cielos; del seno del mar brotan ninfas cuyos trajes se miran al través del líquido elemento; saltan cocodrilos y brincan sapos y ranas monstruosos, y para que no falte lo grotesco en aquella escena que parece extraída de una de las evocaciones de Fausto, una tropa de langostas de mar baila sobre las tablas una verdadera ronda oceánica.

Y delante de este cuadro, un público deslumbrado, a quien parece que le hubieran hecho fumar una enorme pipa de haschisch cuyo depósito estuviese en la escena. Y no se crea que es un público compuesto, de mujeres y niños como es el nuestro en esa clase de espectáculos.

Por el contrario, personajes de una gravedad recomendable, y militares imponentes con el pecho constelado de medallas, miran absortos aquel poema simbólico en que un anillo encantado crea más prodigios que la lámpara maravillosa de Aladino.

Cuando pasé por Leipzig yo no estaba preparado para comprender el móvil de estas inclinaciones singulares. Pero al bajar al Auerbachs Keller, el sótano en que Goethe compuso los más tenebrosos del Fausto, comprendí cuán cierta debía ser la anécdota según la cual los sirvientes aseguraban que el poeta trataba de noche mano a mano con el diablo. Figuráos, en una calle angosta y tortuosa, un buraco con pretensiones de puerta que conduce a un antro dividido en dos cuartos por un pasaje estrecho y misterioso. Desde que se pone el pie en el primer escalón, una arpa que parece tocada en el fondo de la tierra, o modula una obertura incomprensible, o al verse arañada violentamente por la rubia Safo que la pulsa, exhala el Valse de Bouc, inmensa bacanal según Emile Pagés, que hubiera hecho palidecer de espanto a Musard, y que hubiera arrojado a Brididi en la más horrible desesperación. Entremos al antro: en cada sala hay seis muchachas sajonas, lindas todas como las hadas de Noël, que rascan las arpas con entusiasmo y ponen el grito en el techo. No os podéis imaginar nada más limpio que aquel verdadero Keller; brilla el mantel sobre las mesas y relucen los cubiertos en los platos, mientras que el bouc, encerrado en el enorme barril tradicional, ¡corre como el Janto amenazando inundar aquella cueva! ¡El diablo por todas partes! En los muros unos viejos frescos del siglo XVI que representan la tradición del Fausto. El diablo ha estado tres veces en aquel antro; una vez de caballero andante como Don Quijote, otra de estudiante de Heidelberg en vacaciones, y la tercera de judío vendedor de librejos raros, impresos por Gutenberg y llenos de máximas contra los

exorcismos. Están marcados sus pasos y se conservan los anteojos que dejó olvidados cuando estuvo de israelita. ¡Qué horror!

En las paredes el evocador de Mefistóteles ha dejado todos sus recuerdos, y como si no fueran ellos bastantes, los de sus queridas. Allí está su retrato; un rizo de sus hermosos cabellos, que tenían tantas apasionadas; los borradores del poema y la pluma y el tintero con que los escribió; el enorme bocoy en cuyo espiche se incendió la copa del diablo cuando brindó con los soldados fingiéndose su camarada. La concurrencia bebía cerveza de Baviera y comía mariscos. Nuestra comitiva hizo lo mismo, y esa noche me acosté en los brazos de Satanás.

Allí acuden los estudiantes y no pocas veces los judíos que en Leipzig cuentan una buena suma de la población. El estudiante, como en todas partes canta y bebe. El judío observa y trafica; unas veces vuelve de la feria donde ha hecho sus usuras y ha guardado sus thalers dentro del bolsillo sin fondo de sus levitas longitudinales; otras veces viene a buscar a un pobre escolar a quien puede comprarle todavía la última casaca y el último libro que le queda. Es de verlos por grupos, con sus barbas luengas, sus mechas rizadas sobre las sienes, las caras magras y los ojos vidriosos y apagados al mismo tiempo y vestidos de negro casi siempre. Del paño de sus ropas el uso gastado la frisa, y la trama de la tela se ha cubierto una capa grasienta e impermeable, que parece hule en los faldones y cuero en el cuello. Se congregan por grupos en las callejuelas de Leipzig y de Frankfurt, hacen su bolsa en ellas siempre flemáticos y abatidos, desconfiados y disimulados. El oro los empuja, los lleva, los atrae, los hace vivir la vida intranquila y terrible de la codicia, y a pesar de su humildad, de su pobreza, de su miseria, ellos son los que llegan primero a la riqueza. De sus faltriqueras corre el Pactolo, y sólo así se explica, que la Sinagoga nueva de Berlín sobrepase a la Alhambra en riqueza y magnificencia, ¡aunque la higiene no sea capítulo observado por sus ministros!

La fisonomía de las ciudades de Alemania es completamente diversa en todas ellas. Se observa a través del mismo idioma, un pueblo distinto, inclinaciones diferentes y gustos opuestos. En Frankfurt vive el banquero; es planta legítima de la antigua ciudad libre que ha hospeda a los Rothschild todavía. En Heldeberg y en Bonn los profesores y los estudiantes monopolizan con las truchas el derecho de habitación. En Leipzig, la librería ha formado el más gran taller de la Europa, y digo el más grande, porque Leipzig edita en todos los idiomas y reproduce todos los libros. Los alemanes tienen calidades sobresalientes de asimilación. En los depósitos de Tauchnitz puede encontrarse toda la literatura, la ciencia y la historia de Inglaterra. En Cassel, Teodoro Kay absorbe todo lo que los libreros franceses producen al año. Los autores extranjeros protestan contra esta competencia barata que los editores alemanes hacen en el continente, usurpándoles la propiedad literaria, y aún creo, que el abuso ha sido materia muchas veces de enérgicas reclamaciones diplomáticas. ¡Inútiles protestas! ¡Hasta la Amalia de Mármol es buena presa de la tipografía alemana, y la América Poética de Gutiérrez ha sido publicada por una Anita X... que se titula audazmente autora de esa colección!

Los alemanes tienen las primeras bibliotecas del continente. La de Dresde por ejemplo, que pasa de 600.000 volúmenes, es de primer orden. Basta decir que la República Argentina dispone en ella de un armario entero, para formarse una idea de la manera cómo

estarán representadas las otras naciones. Verdad es que hay en ella libros de autores argentinos cuyos nombres me guardaré bien de pronunciar, que pueden haber salvado nuestro crédito literario gracias a que la indiferencia los ha respetado, según lo indica el polvo abundante de sus lomos. Pensad que hay poetas de la media caña; de aquellos que escribieron en el periodo benedictino que media entre la caída de Rosas y la sanción de la Constitución nacional, ¡y podréis, si sois maliciosos, adivinar a los héroes de ese parnaso bizantino!

Podéis imaginaros qué impresión curiosa recibiría al treparme sobre la escalera que me proporcionaba el empleado diciéndome: "hay poetas de su tierra en esa fila". Pensé que iba a encontrarme con el nombre de Echevarría, de los dos Gutiérrez, Juan María y Ricardo... y ¿por qué no con el de los muchachos jóvenes que comienzan, como Navarro Viola?

¡Horror! Allí estaban don Pedro, don Juan y don Diego, con sus odas al Gorro de la libertad, su Pirata a lo Espronceda y su Silva a Petronita en el día de su cumpleaños con un ramo de claveles... Me desplomé de la escalera como empujado por la musa y me acordé de que yo también había hecho versos y merecido los honores de ser puesto en música en la canción de la letra más guaranga y popular que cantan los Tenorios en las noches del Carnaval. ¡Qué ignominia! ¿Si estaría yo también en la biblioteca de Dresde?

Después de ver la galería de Dresde, ¡todas las otras galerías de la Alemania hacen pensar en ella! ¿Quién no ha perdido una hora delante de la Madona de San Sixto? ¿Quién no ha tenido la tentación criminal de tomar un compás y de hacer un círculo para sacar en él esos dos bambinos que, reclinados sobre el marco de la tela contemplan con sus ojos atentos a la virgen que se adelanta en un cielo de querubines ¿Qué puede hacer el arte nuevo que pinta a Rolla entre las telas desordenadas de un lecho, para levantarse al nivel de las creaciones de ese hijo profano del arte que, si trasladaba sus queridas al lienzo, las purificaba al menos en el ideal y las transformaba en la forma? Me vienen a la memoria los versos de la Melancolía de Gautier, que leíamos ha poco con un amigo de gusto selecto en Buenos Aires. El poeta francés en su tiempo creía profano a Rafael, y lo creía con razón porque no contaba con la nueva escuela artística y literaria, que debían levantar en su tiempo los hijos del romanticismo. Recordaba toda esa mística tribu de Dürer, que hoy he podido admirar; a Santa Inés, a Santa Úrsula, a Santa Catalina, con la mirada en el cielo y la palma en las manos, según la frase correcta y respetuosa del más audaz colorista de las formas; y comprendía que si era remota la relación artística del hijo meridional del arte que pintaba sus vírgenes bajo el cielo celeste con las del místico maestro de Nürnberg, no había vínculo bastante fuerte que pudiera reunir las creaciones profanas de Rafael, de Corregio y de Batoni, con las heroínas de orgía de los sectarios de M. Zola. ¡Hasta las carnes rosadas y abundantes de Rubens serían puras al lado de las mujeres de la Escuela Desnuda!

Se sale del museo de Dresde como de un panteón en que estuvieran enterrados los héroes con sus trofeos. Por todas partes después es necesario adormecer el recuerdo, para no encontrar la mediocridad. La escuela alegórica, en Alemania que ha hecho ensayos en los últimos tiempos, es tan deplorable como la escuela naturalista, para valerme del nombre con que se le conoce. Creen sus panegiristas encontrar un académico escrupuloso en cada crítico, y pretenden que la desvergüenza puede producir una revolución. Creen los otros que el arte necesita purificarse y pintar la fábula, lo imposible. Así el arte es en el primer

término canalla y en el segundo puramente simple y tonto. Entre tanto, la histórica, la gran creación esencialmente moderna, ha perdido y pierde cada vez más sus representantes. Ese eterno manantial inagotable de los hechos que en ninguna parte es más fecundo que en Europa, parece haberse agotado, porque no hay brazos bastante fuertes para golpear en la roca y abrir la fuente. En Berlín se ve alguna que otra tela de gran mérito que ya tiene medio siglo. En las nuevas, nada sino las batallas últimas que carecen aún de los golpes felices y brillantemente charlatanescos que han dado celebridad a los cuadros de Vernet. El capital no se ha aumentado mucho, en Francia, después de Gêrome y de las tentativas aisladas que se olvidan, en el acto, ¡que se vuelven a mirar las grandes y singulares inspiraciones de Delacroix, de Delaroche y de Gérard! Pasamos por la época de los pigmeos, ha dicho el otro día Aureliano Seboll. ¡Y tiene razón!

Estoy en Hamburgo y hablo de arte. ¡Qué anomalía! Tanto valdría hacerlo en Cardiff dentro de una mina de carbón, después de haber salido de Londres y de haber pasado un día en la galería de Vernon.

¡Hamburgo! ¡Pero ese es nuestro amado y protector puerto del norte! Para qué pensar en arte, para qué recordar a Dresde, el triste Dresde, que es una ciudad muerta, en la que uno bosteza después de salir del Zwinger? ¿A qué nombrar a Heidelberg, a Bonn, a Frankfurt mismo, sobre cuya existencia hay mucha gente entre nosotros que podría dudar? ¿Qué nos importa Berlín, el Berlín imperial, con su Unter den Linden, sus gallardos oficiales, sus revistas militares, sus baterías de cañones, su puerta de Brandeburgo coronada por la victoria de Shadow? ¡Hablemos de Hamburgo, la villa burguesa por excelencia de la Alemania, la Liverpool y la Glasgow del continente, que perdió todas sus antigüedades en un incendio pero que ha ganado cuatrocientas mil almas con el comercio colonial! Es también una ciudad libre; se gobierna a sí misma; tiene su senado, su cámara y los tendrá mientras el príncipe de Bismarck no las quiera suprimir, para anexarla como un simple barrio comercial de Berlín. Esta es la ciudad que nos compra nuestras lanas y nuestros cueros, y donde los argentinos somos conocidos por nuestros nobles productos. Aquí debían venir a sus viajes de recreo nuestros estancieros y buenos padres de familia que van a aburrirse lamentablemente en Covent Garden, o a bailar inconvenientemente a París.

Hamburgo es una hermosa y enorme ciudad tendida sobre el Elbe que está al habla con todas las naciones del mundo como los grandes puertos continentales de la Francia y de la Inglaterra. No ha tenido reyes como Dresde que hayan fundado para ella monumentos donde se consagra el culto de lo bello. No ha vivido como Munich viendo de cuando en cuando atravesar misteriosamente por sus parques al excéntrico rey de los bávaros. Pero vive envuelta en las grandes empresas, tiene una bolsa a la que asisten seis mil comerciantes diariamente, y un puerto donde se juntan los audaces navegantes del Norte que bajan a Holanda y a Bélgica y a sus orillas, para cambiar sus productos por los que vienen de las zonas meridionales de la Europa y de las dos Américas.

Aquí termina mi travesía por Alemania; mañana entraré a los antiguos dominios del rey de España para ver la tierra flamenca donde guerrearon tanto tiempo los soldados españoles del siglo XVII. Bajaré en Rotterdam y Amsterdam y volveré al Rhin pasando por Amberes y Bruselas.

¡Ahasverus marcha!... Y Ahasverus no parará un sólo día, hasta volver a Buenos Aires.

La Catedral de Colonia

Colonia, 15 y 16 de octubre de 1880.

Cuando los griegos terminaron el Partenón y sobre sus sencillas y grandiosas columnas, vieron levantarse aquella magnífica epopeya del relieve cuyo conjunto se adelanta como movido por el aliento soberano de Homero, ¡cuan lejos estaban de pensar que el arte, despertando de entre los escombros y las ruinas de sus hijos del Lacio, en la penumbra de los primeros siglos cristianos, había de convertir en la miniatura del orden gótico los pórticos majestuosos de los templos y el pedestal de sus estatuas colosales!

La suprema elegancia de la sencillez llegó a su apogeo cuando de las alturas de Atenas, bajo el cielo azul de la Grecia, se podía divisar aquella ciudad como labrada por los hijos de Fidias, entre las entrañas de mármol de la tierra. Del fondo de la edad media nació la ojiva sombría, angosta y puntiaguda, recordando su contagio bastardo con el pesado y raquíptico arco normando, que poco a poco transformó su cuerpo macizo en la complicada y ligera filigrana de los godos. Delante del templo de Marte y de Venus se concibe el Olimpo, se adivina la blanca sombra de la sacerdotisa iluminada por su lámpara de cobre, destacándose sobre las losas que reflejan las hojas gallardas y correctas del chapitel corintio. Entre la corte mística y numerosa que se agrupa bajo los arcos de las catedrales góticas, entre los intersticios innumerables de sus torrecillas, parece siempre que se viera asomar la cabeza deforme de Cuasimodo. Aquél es el arte libre y profano que comprendió toda la majestad de las líneas rectas en la corona de la columna dórica, y toda la gracia de la línea curva en el chapitel jónico; éste es el arte ortodoxo que trasladó el frontispicio de los misales del siglo XIII a la portada de sus basílicas. Aquel brotó en la blanca carne del mármol; éste ha nacido entre la piedra oscura y arcillosa que ennegrecen las nieblas del norte, convirtiendo las construcciones góticas en espectros sombríos y colosales. Así, Westminster, Winchester, Nôtre-Dame y la catedral de Colonia -cuya consagración festejan doscientas mil almas en este momento- necesitan, para ostentar su grandiosa majestad, de los días nebulosos del otoño y del invierno. El sol no consigue por más brillante que sea, animar sus puertas agobiadas por el peso de sus relieves innumerables. El humo de Londres y las neblinas de París o del Rin, las envuelven en una atmósfera densa y gris, a través de la cual se destacan, con no sé qué gravedad melancólica, sus torres colosales, derramando sus molduras hacia la base, como un cirio gigantesco sobre cuyo tronco la cera derretida hubiera bordado agrupaciones caprichosas.

La ruina del arte gótico, como la ha llamado Taine, no se conserva si no vela al pie de sus cimientos la cuadrilla del arquitecto: sus puertas, sus pilastras, sus estatuas diminutas, sus nervaduras, los arbotantes graníticos que sostienen toda esa mole de piedra, cavada, tallada, esculpida como la cáscara de una nuez, están en perpetua restauración. El místico concurso de santos y de obispos incrustados sobre la ojiva en series innumerables, representa casi siempre una hecatombe; la piedra carcomida por el tiempo, lento y perenne demoledor, ha borrado la fisonomía de los héroes; las multitudes populares los han decapitado en sus furiosos histéricos, y la mano piadosa del restaurador tiene todos los días que velar por ese encaje que se desmorona eternamente. Los templos griegos recibían la luz por el cuadro elegante de sus puertas, es a cuyo umbral se llegaba por las graderías que los hacen surgir del nivel del suelo con una gallardía incomparable. El templo gótico tiene sus puertas en el mismo plano, la luz penetra en sus naves al través de las rosas y de las ojivas de sus cristales, unidos como fragmentos de mosaico entre venas de estaño, que representan, en su conjunto, todas las escenas del martirologio cristiano, para cuya reproducción Munich no tiene rival. Aquellos cuadros translúcidos animan figuras lineales y duras, en las que los anticuarios han educado un gusto artificial, y nuestro siglo, que en materia de arte retrocede a la edad media, restaura con una exactitud de imitación digna de los artífices chinos, los cristales de las ventanas del siglo XV y XVI.

Hoy, de siete siglos, uno de esos espectros góticos, cuyo origen se liga casi con la leyenda, ha recibido la piedra que ha venido a coronar el crecimiento constante de sus setecientos años. La catedral de Colonia comenzó a construirse mucho antes que el Dante hubiese descifrado todos los misterios religiosos y simbólicos del cristianismo, y ha terminado cuando la verdad no ha triunfado todavía de todos los errores que se predicaban bajo sus bóvedas ojivales. Su terminación ha sido consagrada, por un emperador guerrero, que, rompiendo la tradición de Constantino y de Carlomagno, ha considerado que la alianza del monarca y de los obispos en la consagración de la obra terminada, era de poca importancia en un país en el que, como en todos los demás, la iglesia pretende levantar un poder extranjero dentro del radio de la patria. Cosa curiosa. La catedral de Colonia, templo católico, con su obispo destronado por rebelde y contumaz, ha sido terminada e inaugurada por Guillermo I, rey de Prusia y emperador de Alemania, que ha cooperado a la conclusión de la obra con una decisión entusiasta. Los ultramontanos han pedido en vano, antes de la celebración de la fiesta, la restauración de sus obispos. Ante la negativa imperial que remitía su solicitud a Berlín, se han abstenido de cooperar y de concurrir a ella, y han llegado a la ceremonia con manifestaciones hostiles, pero hasta este momento, su ausencia no ha dejado ni un vacío, ni un pequeño trecho siquiera en las calles y plazas de Colonia, y aun los balcones, las puertas y los tejados de la ciudad riniana, fueron espacio reducido para contener el desborde de todos los pueblos alemanes de ambos márgenes del Rin.

A las diez de la mañana, la muchedumbre que llenaba la plaza del Domo, formaba un triple muro alrededor de las tribunas que se habían levantado para las familias patricias de Colonia. Era imposible transitar por las calles inmediatas. La policía, a pesar de toda la severidad prusiana que la distingue, no podía luchar con las avalanchas del pueblo que se lanzaba sobre sus agentes, ávido de curiosidad por presenciar la ceremonia, y sobre todo, por ver a sus príncipes y al cortejo numeroso de reyes y soberanos con que la comitiva imperial debía concurrir a la fiesta. Se temía desórdenes, y aun se había anunciado que la de los católicos respondía a una plaza perfectamente preparado con el objeto de pifiar

públicamente a los principales promotores de la fiesta. Pero nada de esto sucedió. Como en toda aglomeración de multitudes, hubo verdaderas batallas y luchas, atropellos y accidentes de todo género, pero el sitio de la ceremonia había sido prudentemente circundado por la línea de las tribunas, y a ellas no entraban sino aquellos con cuya cooperación se contaba.

La familia imperial, desde el emperador hasta el último de los nietos, se había hospedado en Brühl. A las diez y media se hicieron sentir en las calles inmediatas a la basílica, gritos y voces numerosas que saludaban la entrada de la comitiva a la ciudad. El cortejo penetró en la catedral por la puerta principal, y asistió al tedéum que se celebraba. Sobre la misma plaza y en medio de las dos grandes tribunas, se había construido un pabellón enorme donde los soberanos de Alemania debían suscribirse el acta de la terminación del templo. El frente estaba destinado a las diferentes autoridades municipales y a las corporaciones civiles de la ciudad.

A las once, las puertas que dan sobre el Domhof se abrieron y la comitiva apareció. Mi curiosidad era provocada más por el pueblo que por los monarcas. La fisonomía del rey Guillermo, del príncipe imperial, del príncipe Federico Carlos, nos es conocida por sus retratos, y en Alemania es imposible dar un paso sin verlos en yeso, en bronce en cera y hasta en madera. Pero ese pueblo no parecía satisfecho con los retratos y buscaba a todo trance el medio de mirar los originales. Los reyes se ven siempre como cosas raras; tienen mucho de teatral, y la plebe de todas partes del mundo sabe que el verlos no es una ganga que se presenta todos los días. El rey Guillermo apareció con la emperatriz Augusta del brazo. Él, un anciano de aspecto adusto, rígido, como un viejo granadero de Federico, da a conocer que ha sido un lindo hombre en su tiempo. Ella, que según las malas lenguas de los colonenses frisa en los setenta, representa treinta y cinco, a la distancia. Esta dama, empeñada en reproducir a la princesa de los Ursinos, en la corte de Alemania, parece tener los secretos de la eterna juventud, y, según las mismas malas lenguas, posee tesoros y medios milagrosos en su boudoir con que sale casi siempre vencedora en sus luchas con las injurias del tiempo y de los años. Así, he oído decir en Colonia, que la emperatriz de Alemania de no tiene otro cutis que una antigua cubierta de albayalde que se fijado permanentemente en su rostro. Sobre ella, como sobre un muro, el arte imita todos los frescos imaginables. Un día las rosas animan aquella máscara que no puede sonreír de temor de una factura, otro día la palidez conviene a aquel rostro sobre el cual hace tiempo que ha dejado de circular la sangre. La murmuración va aún lejos; se dice que el busto de la emperatriz es de cera y que la banda anaranjada que corresponde a las familias reales de Alemania, lo cubre directamente de las miradas de los curiosos, realzando las formas del artificio.

A todas estas malas lenguas alemanas que murmuran de la belleza respetable de Augusta, se les podría recordar el soneto célebre de Argensola. El hecho es que en la Corte y entre la nobleza misma, la emperatriz no goza de la simpatía de que goza el emperador; y como un extranjero, con una pregunta discreta, puede explorar las opiniones y los sentimientos y a mí me ha sido fácil averiguar que la Prusia no quemaría un cartucho para hacer una salva a su soberana. En cambio, es difícil encontrar hombres más gallardos que los príncipes de la familia imperial; y aunque Bismarck haya dicho que la princesa Victoria de Inglaterra ha contribuido a degenerar la raza de los Hohenzollern, los prusianos tienen que reconocer que su futura emperatriz cualesquiera que sean las extravagancias inglesas

que la distinguen, es una bella mujer y una madre virtuosa, mientras que el príncipe imperial, si puede enorgullecerse de su rara belleza física, no puede rivalizar con las virtudes domésticas de su consorte.

La Confederación Alemana, con excepción del rey de Baviera, estaba representada en la inauguración de la catedral por todos los soberanos de los estados que la componen. Ninguna nación de Europa tiene más reyes, más príncipes, que el imperio alemán, donde cada uno de los grandes soberanos y de los señores de los pequeños estados, ejercen todavía el gobierno de sus provincias con los mismos títulos con que lo practicaban en los tiempos pasados.

El imperio había convocado además a todos los grandes dignatarios de la Prusia y sólo faltaba el príncipe de Bismarck, cuya ausencia no se me ha explicado satisfactoriamente. Alrededor de la Corte se agrupaba un sinnúmero de oficiales y jefes de todos los cuerpos del ejército, entre ellos Moltke, a quien el pueblo aclamó con tanto entusiasmo como a su emperador. Sencillamente vestido, con aquella cara de vieja que lo caracteriza y lo hace parecer insignificante, si se prescinde de su hermosa cabeza, preparada de una manera admirable para abarcar íntegramente el complicado mecanismo del ejército. A un lado, un sinnúmero de militares vestidos con un lujo deslumbrante; los coraceros de blanco, con sus cascos dorados y relucientes; los húsares de todos los colores, verdes, granates y azules, ostentando sus uniformes pintorescos y extravagantes; los ulanos, los célebres ulanos de 1870-71, ágiles y elásticos, con sus trajes calzados como un guante; los oficiales de línea, con sus cascos terminados en lanzas como pararrayos, y mezclados entre la muchedumbre, un sinnúmero de soldados, tan elegantes como sus oficiales y tan buenos mozos como el príncipe imperial.

Cuando el emperador y la emperatriz con todo el cortejo imperial y real, ocuparon el pabellón que se les había preparado en la plaza de la Catedral, toda la concurrencia de las tribunas, que no bajaría de cinco mil almas en ese momento, prorrumpió en hochs repetidos que atronaron los aires. Guillermo rigurosamente vestido en uniforme, saludó militarmente a sus súbditos y tomó asiento en su trono. El gobernador de la ciudad de Colonia dio lectura del acta levantada con motivo de la conclusión de los trabajadores del templo, y enseguida ella fue firmada por todos los monarcas y príncipes, desde el emperador hasta el último de los soberanos que habían concurrido.

El acto de las Armas despertó entre los concurrentes de las tribunas una curiosidad singular. Todos llevaron sus anteojos a la mesa sobre la que el rey Guillermo debía poner su rúbrica. Este se sacó tranquilamente los guantes, los puso a un lado y tomó la pluma. Yo observaba al público en ese momento. Un murmullo de comentarios llegaba a mis oídos: uno comunicaba a otro más alejado del buen sitio, el momento solemne en que la firma iba a ser puesta; las señoras devoraban con los ojos la escena; alguien que estaba a mi lado en ese momento, pretendiendo adivinar en tal movimiento de la mano del emperador las letras que formaba, repetía en voz baja la palabra que se escribía en ese instante a una cuadra de distancia. En fin, el último rasgo de pluma fue hecho, y uno de los grandes momentos de la ceremonia había pasado. Firmaron enseguida el príncipe imperial y la emperatriz y después todos los otros príncipes y reyes de la comitiva. Cuando el acta quedó suscrita por todos, el emperador se adelantó y leyó un discurso que fue saludado con vivas muestras de

entusiasmo. El acta fue puesta en manos de las autoridades de la ciudad y un delegado de ellas subió a la cúspide de la torre, donde se había dispuesto una urna en la que debía depositarse el documento que certificaba la inauguración de aquella obra del arte ojival, en cuya construcción se han empleado más de siete siglos.

Cuando se puso la última firma y el pliego fue enrollado por el burgomaestre, todas las miradas se dirigieron al águila que dominaba el frontispicio de la tribuna. La impaciencia que suele dar alas a la imaginación, hizo creer a más de uno que el pájaro se desprendía de lo alto y que tendía el vuelo. La concurrencia con un candor ingenuo no pestañeaba esperando el momento solemne, pero el águila parecía resuelta a no abandonar su cómoda posición. El intervalo que medió entre la terminación del acta y su conducción a la torre, se prolongaba indefinidamente, y cuando todos esperábamos ver elevarse a la mensajera imperial, una bandera blanca agitada repetidas veces en la altura, anunció que el documento histórico había arribado al pináculo, conducido por un valiente, que, en vez de volar como Ícaro, había escalado los quinientos y tantos pies del edificio, sirviéndose de sus piernas. Las esperanzas de ver remontar al águila imperial se desvanecieron.

El estandarte imperial y la bandera roja y blanca de Colonia fueron enarbolados en las dos torres; y los fuertes de la ciudad saludaron la terminación de la ceremonia con una salva de ciento un cañonazos, que atronaban los aires, y unían sus detonaciones a los gritos de júbilo del pueblo y al grave eco de la campana que sonaba en la torre repicando acompasadamente. La familia imperial y los diferentes soberanos que la acompañaban, tomaron de nuevo sus carruajes entre un océano de cabezas humanas. La comitiva se dirigió a Brühl, donde debía tener lugar el banquete de estilo, y el pueblo quedó entregado al más completo regocijo.

Por la noche la ciudad fue profusamente iluminada. El puente colosal que une a Colonia con Deutz, alumbraba desde sus altas columnas, con dos grandes lámparas eléctricas, el domo que domina majestuosamente la llanura en que se levanta la capital de la baja Alemania. Una noche espléndida de luna inundaba la escena con sus resplandores, y producía un extraño contraste con la iluminación a gas y con los grandes fuegos de Bengala que coronaban las hermosas y típicas torres del Hotel de Ville y de la Iglesia de San Martín. El pueblo recorría las calles con músicas y cantos, y las plazas eran estrechas para contener a la muchedumbre que se aglomeraba en ellas. Banderas de todas las naciones, exceptuada la bandera francesa, guirnaldas de flores, estrellas de luz y faroles venecianos, adornaban el frente de los edificios. Una que otra casa, muy rara por cierto, perteneciente a algún católico recalcitrante, representaba, con sus puertas y sus balcones herméticamente cerrados la protesta de los descontentos.

Pero en cambio, el entusiasmo era tanto, que las muchas manifestaciones de los clericales se perdían en la indiferencia clerical. El gran monumento al rey Guillermo III que domina el centro de una de las plazas principales, era otro de los puntos de reunión popular, y como en el actual imperio alemán se levantan estatuas a los personajes vivos como en tiempo de Augusto, los monumentos del rey Guillermo y del príncipe de Bismarck, que habían sido coronados ambos con guirnaldas de roble, se levantaban también en medio de la muchedumbre, demostrando al pueblo que sus soberanos y sus señores han hecho todo lo que es necesario para su gloria, hasta la obra de la posteridad.

El 16 tuvo lugar un gran cortejo histórico. Si con motivo de una ceremonia patriótica se hubiese invitado a tomar parte a las principales familias de Buenos Aires, desde los graves padres de familia hasta las alegres muchachas de dieciocho años, nadie habría aceptado la invitación entre nosotros, excepción hecha de tres o cuatro tontos que se habrían extasiado ante la perspectiva de vestirse teatralmente. En Colonia, los nombres patricios se han disputado el honor de representar un papel en el cortejo del 16 de octubre. Un lujo excepcional se había empleado en la confección de los trajes, y sobre todo, lo que llamaba alegremente la atención era la exactitud con que estaban interpretadas las distintas épocas históricas. Me hacía sonreír el ingenuo candor con que algunas señoras y caballeros desempeñaban sus papeles. En Bruselas, con motivo de las últimas fiestas en que celebraron los cincuenta años de independencia de la Bélgica, no fue posible reducir a ninguna de las familias principales a jugar un papel en la procesión histórica. Fue necesario reclutar comparsas en las calles y en los teatros, y delegar en ellas el honor de desempeñar las grandes figuras del cortejo. En Colonia, desde la madrugada, los pajes estaban vestidos con los blasones de sus señores; los cetreros recorrían las calles con halcones embalsamados, y seguidos por la cuadrilla de monteros que conducían a su turno los perros d'élite de la comitiva de caza; los heraldos vestían sus grandes corazas y andaban sofocados bajo el peso formidable de sus cascos; los antiguos ciudadanos de Colonia con sus trajes del siglo XIII, en vez de provocar la risa, como habría sucedido entre nosotros, la admiración de todos los espectadores. Reinas, princesas y grandes damas vestidas con riquísimas telas antiguas, cabalgando en hermosos bridones, se reunían en las calles y se incorporaban, poco a poco, a la gran procesión. En ella estaban representados los antiguos señores de Colonia, sus magistrados municipales de la época en que fue una ciudad libre, y los del tiempo en que fue la capital de la liga anseática; la burguesía, el clero, las clases obreras, y el pueblo, repartido entre los diferentes gremios sociales. Y por último, para que nada en la historia local de la ciudad, la época presente, representada por diputaciones del ejército alemán compuestas de soldados prusianos, wutemburgueses, bávaros, sajones, etc., y por dos piezas de artillería moderna, ¡la suprema razón de los pueblos!

El cortejo desfiló delante de la comitiva imperial, precedido por un cuerpo numeroso de heraldos que anunciaron su entrada en la gran plaza del Domo, y siguió por las calles principales de la ciudad en medio de músicas militares, cuyos aires a su vez los himnos que ha cantado Colonia en sus distintas épocas históricas. En el centro de la procesión, custodiada por el arzobispo de Colonia y por el emperador Federico Barbarroja, era conducida la urna dorada que, según la tradición, encierra los restos de los tres reyes magos tomados por este emperador en el asalto de Milán a mediados del siglo once. Conrado de Hochstaden, el fundador de la catedral, tipo histórico y sumamente popular en Colonia, era representado por un caballero que a pesar de sus cuarenta años cumplidos, experimentaba la satisfacción de un niño al verse convertido en aquel hijo famoso del siglo XIII; y por último, la Germania perfectamente interpretada por una matrona patricia, sobre su carro triunfal y empuñando los colores imperiales, llamaba a su alrededor a todos los grupos de aquel cortejo destinado a representar la reconstrucción del gran imperio del norte y la unión de la Alemania.

La fiesta ha sido una verdadera novedad, y la excitación y la curiosidad que ha despertado en toda la Europa son la prueba más evidente de su importancia. Colonia tiene

razón de estar orgullosa de su imponente basílica, rival de la catedral de Milán y la de Burgos en armonía y elegancia. Sus autoridades católicas no han sido restablecidas; de modo que la terminación de la obra ha sido festejada por judíos y protestantes, por el imperio y por todos los reyes de la Alemania, no como un monumento religioso, sino como un triunfo del arte. Por eso es que los grandes ingenieros que se han sucedido los unos a los otros en la labor constante del templo, los muertos y los vivos, han sido objeto en estos días de grandes manifestaciones, y los primeros poetas alemanes han celebrado el renombre de los viejos maestros del siglo XIII y la gloria de Ahlert, de Zwirner y de Voigtel, que en este siglo han conseguido colocar la última piedra de la magnífica catedral gótica.

Escribo a escape y apenas tendré tiempo para tomar el tren y llegar a Saint Goar esta noche. Estoy postrado de cansancio: hace hoy 28 días que ando vagando por la Alemania, como el oso del poema de Heine, y necesito descansar de mis peregrinaciones. Vuelvo al Rhin, donde he dejado tanto recuerdo cariñoso y tan dulces como buenos amigos.

Política Europea

París, 31 octubre de 1880.

Ahora cien años la Europa estaba en plena revolución. Hoy, en el último quinto del siglo XIX, el espíritu revolucionario vuelve a hacer una nueva tentativa. H. Taine ha rasgado el velo que cubría la tradición fantástica de la Revolución Francesa. Los fanáticos no lo han creído; los convencidos han dicho que su libro es una mala acción. Jamás la Francia dio a luz un libro más sano ni más trascendental. Si la revolución la inflama de nuevo, el libro de Taine será un ejemplo vivo que le mostrará el camino que debe seguir para no caer como antes en el desorden y en el fanatismo políticos.

Los síntomas revolucionarios se manifiestan en todas partes. Ni la Inglaterra se salvará esta vez de la tempestad. Irlanda hierve ya como un volcán, y la política liberal trata, en vano, de amordazar a los agitadores. La comuna debate en Francia sus principios y proclama sus delirios a la luz del día. Pero la Francia es una nación singular, única y curiosa. Está rica como nunca, y por sus campañas y ciudades diríase que corre el Pactolo. Hasta la fabulosa contribución de guerra de 1871, constituye una California para los tenedores de sus títulos. Decididamente el príncipe de Bismarck hizo un mal cálculo. Entretanto, la Alemania está fuerte, pero el pueblo está pobre. En todo el vasto imperio del norte no hay un pedazo de tierra como el mediodía de la Francia. El aumento de la riqueza pública en este país inquieta al canciller. Francia puede mantener un millón de hombres sobre las armas. Es un lujo que paga con su eterno buen humor. El ejército prusiano agota el sudor del pueblo y su conservación es un arduo problema. Se reproduce la extraña

leyenda mitológica del gigante que se alimenta con su propia sangre. Austria está pobre y decrepita. Se lacera para conservar el antiguo renombre de su imperio. Rusia lucha con el nihilismo, y toda la tremenda policía del Zar no alcanza a sofocar el germen de esa extraña plaga, de la amenaza. Italia está purificada por la libertad, y no naufragará en la revolución.

La revolución está en el corazón de toda la Europa. Tiene que estallar para producir el equilibrio definitivo que sigue a todo cataclismo. No vendrá con teas vengadoras como ahora cien años, pero vendrá. Todas las naciones la observan; unas la combaten tenazmente, la sofocan, las oprimen; otras piensan sólo en encauzarla, y éstas son las más prudentes porque comprenden que ella es inevitable. Y al lado de la revolución que cada nación de Europa lleva en su seno, la guerra exterior se cierne como un presagio, y el predominio europeo es un ideal para cada potencia que lo pretende. Nuestros violentos sentimientos políticos son un idilio al lado de la gran tormenta que se forma en el viejo mundo. Nuestros pueblos son pueblos felices, porque todavía no han sido presa de las arduas cuestiones sociales que carcomen a las grandes ciudades de la Europa y a sus campañas. El progreso material, engendra aquí la barbarie, al mismo tiempo que la civilización. Del seno de los grandes centros industriales y manufactureros, surgen verdaderos monstruos que atentan contra el orden social, delirando con las formas más amenazantes del fanatismo. Nosotros no conocemos el socialismo porque las ideas sobre la propiedad son en nuestro país claras y netas. Aquí son oscuras e indefinidas para muchos, y un problema para todos. Es necesario leer las extravagancias insensatas de Félix Pyat y examinar las tendencias disolventes de los agitadores irlandeses, y para hacerse una idea de lo que es la anarquía social. ¡No se concibe nada más brutal ni más absurdo! Y esto se nota hasta en Inglaterra y en Francia, donde la libertad es hay un culto y donde predicar el desorden es un delito, porque en ninguna otra nación de la Europa el derecho de hablar y de escribir es más respetado que en estos dos países.

En el mes de julio yo anunciaba las dificultades en que se vería envuelta la Inglaterra con motivo de la victoria electoral de los liberales. Observé la alianza ilógica y heterogénea que el partido whig había realizado con las fracciones independientes del parlamento. Noté, en fin, los sacrificios, de opiniones y principios propios, que Mr. Gladstone se había visto obligado a hacer para vencer al gabinete tory. He tenido la suerte de acertar, lo que no es poco, para el que pretende adelantarse al porvenir; y la satisfacción de ver una profecía realizada me anima a hacer otra. No pasaran muchos meses sin que Beaconsfield vuelva al ministerio y Mr. Gladstone a la oposición. Desde luego, el gabinete whig ha faltado abiertamente a su programa. Ha provocado la tempestad interior y no ha sabido conjurar los conflictos del exterior. El tratado de Berlín había devuelto a la Inglaterra su vieja preponderancia en el continente. Fue un triunfo diplomático capital de lord Beaconsfield. La Rusia satisfizo todas sus exigencias; la Turquía abandonó su actitud inquietante. Los negocios políticos y militares de la India recibieron el impulso enérgico de un espíritu valiente que conocía el pueblo que gobernaba, parecía que la Inglaterra volvía por sus tradiciones. Hasta su poder militar en el continente fue motivo de grandes alarmas para la Alemania, la Austria y la Rusia. Disraeli demostró que la Inglaterra podía poner un ejército de 600.000 hombres en Europa y que ese número se extendería sin dificultad. Sus escuadras, sus medios de transporte, exhibieron al coloso en Portsmouth y en los otros puertos del Reino Unido. El tratado de Berlín fue la prueba de su grandeza y del espíritu de justicia que la anima; la Rusia cedió, y la Alemania y la Austria, aunque interesadas

vivamente en la cuestión, representaron el papel de coadyuvantes y dejaron hacer según su gusto al representante indomable de la Gran Bretaña.

Hoy la cuestión de Oriente que Mr. Gladstone prometió contrariando absolutamente la política tory, es un acceso difícil de operar. La Inglaterra representa en ella un papel que no tiene nada de satisfacción. Anteayer en un gran banquete político que ha tenido lugar en Taunton, el marqués de Salisbury ha dicho más, refiriéndose a la demostración naval, ha declarado que ella ha puesto en ridículo a la Inglaterra, sin obtener hasta ahora ningún resultado. En efecto, las potencias y especialmente la Inglaterra, han estado siendo la mofa del Sultán y de los albaneses. La entrega de Dulcigno al Montenegro se posterga todos los días, y la formidable escuadra con que se exige esa entrega permanece impasible como un fantasma delante de los turcos y de los albanos, ricos en mañas y en astucias como Ulises. Las declaraciones de Francia, Alemania y Austria han quitado por otra parte, toda su eficacia a la demostración naval. Estas tres naciones están apenas representadas en la flota combinada, y han declarado que no entrarán, por ningún motivo, en las vías de hecho. La Italia guarda reserva sobre su actitud. La Rusia, como es natural está interesadísima en disparar el primer cañonazo; y la Inglaterra con diez naves, de primer orden, representa en definitiva, según la cáustica expresión de un diario conservador, el papel poco honorable de gendarme de las naciones de Europa.

Pero el pueblo es sabio, es noble allí, y sabe volver sobre sus errores. El gabinete liberal pasa en estos momentos, por todo género de angustias. La opinión pública ha comprendido su ineficacia y en favor de los vencidos. Si la reina disolviera todas las fortunas whigs, derramadas en los círculos electorales, no evitarían que Mr. Gladstone sufriese una derrota estruendosa. Desde junio hasta la fecha, todas las elecciones parciales que han tenido lugar para integrar el parlamento, han sido ganadas por el partido conservador. El partido liberal está abatido y desanimado. La alianza facticia que celebró con los homes rules, ha sido rota públicamente, con motivo de los sucesos que se desarrollan en Irlanda en estos momentos. Ha predominado, como era natural, el espíritu inglés, altamente conservador, aunque los whigs ocupen el gobierno. La liga agraria a cuyo frente se encuentra Parnell, miembro del parlamento, ha producido ya todo género de escándalos, desde el motín popular hasta el asesinato. Esa Irlanda es la pesadilla de un siglo que agita a los grandes hombres de estado ingleses. La liga agraria es un motín, nada más que un motín, contra el gobierno, contra la nación, y contra las instituciones británicas. Si se cree lo que pregonan las declaraciones irlandesas y algunos diarios socialistas de Francia que, por el hecho de predicar el desorden social, se consideran hermanos de causa, diríase que el despotismo y la crueldad de los señores de Irlanda, sostenidos por el gobierno, pesa como una maldición sobre los desgraciados ocupantes de la tierra. Es necesario darse cuenta de lo que son los ocupantes de las pequeñas fracciones de terreno en Irlanda, y aun más, de los especuladores políticos que explotan su ignorancia, y que dirigen sus odios y pasiones.

En relación a lo que producen la Inglaterra y la Escocia, la producción de la Irlanda es mínima. Como en todos los países en que el suelo alimenta a sus hijos, la Irlanda le exige en muchas partes lo que la tierra no puede darle. De aquí el hambre y la miseria en muchos de los condados. La miseria engendra el desorden social en todos los pueblos; y la sabiduría de las instituciones inglesas no es bastante para evitarlo. En Francia, la propiedad, a pesar de las protestas de los energúmenos del comunismo, constituye la dicha, la felicidad y la

satisfacción de la familia, porque la tierra es opima. Por eso el francés no emigra; la Francia se basta para todos sus hijos. En Irlanda, la absurda pretensión de los agitadores de ocupar y hacer producir una tierra rebelde y mezquina, dividida hasta lo infinito, les inspira el odio contra el usurpador. Pero es que la tierra, en manos del pobre, no sólo no produce allí nada, sino que no basta ni aun para salvar de la miseria a la familia que la ocupa. Y a medida que este estado se prolonga, la situación se hace cada vez más crítica. El ocupante de la tierra se dice su dueño único, porque pretende que es él quién ha transformado el suelo estado natural y primitivo en que lo recibió poniéndolo en condiciones de producir. La verdad es todo lo contrario; el pequeño agricultor ha agotado las fuerzas de la naturaleza en el área reducida que labra. Pretende ser propietario y falta lo elemental, la propiedad. Porque la propiedad no es la lonja, árida, arcillosa, diminuta, de tierra fatigada y flaca, que no tiene fuerza para reventar la simiente en su seno. La propiedad no existe sin la producción que mantiene a su señor y enriquece, con su excedente, la comarca. Entretanto, los irlandeses que podrían encontrar en los jornales el medio de subsistir, se resisten enérgicamente a cambiar su absurdo derecho de propietarios, por la evidente felicidad, que les promete el pago exacto de un salario, cuatro veces más crecido que la pretendida renta con que creen contar. La tierra en mano de los capitales puede ser puesta en benéficas condiciones para la producción, y en esa transformación saludable, todos encontrarían la subsistencia, y la felicidad. Pero es en vano. Los especuladores políticos y los declamadores de que la Irlanda tiene el privilegio exclusivo de surtir a la Gran Bretaña, echan fuego a la hoguera. La ignorancia asesina, la astucia explota, y se predica la guerra civil por un clero que parece brotado de la España de Felipe II. Hace pocas semanas que la revolución ha sido abiertamente proclamada en New Ross por los mansos ministros católicos, que, según la frase de un diario, representan a Satanás en el escándalo de Irlanda. ¡Cuántas tormentas puede sembrar, en la ignorancia popular, esa cruzada negra lanzada en las grandes cuestionas sociales que agitan a los pueblos!

La pintura que se hace en Inglaterra del paisano irlandés y del bajo pueblo de las ciudades de Irlanda, no es injusta, ni responde al viejo antagonismo que existió antes entre ingleses e irlandeses. El catolicismo ha hecho su obra en Irlanda; el hombre del pueblo y de las campañas es ignorante, brutal, vicioso y holgazán. Hacen sonreír las arengas de Mr. Parnell, de Mr. Healy y de Mr. Redpath, sobre las condiciones de las víctimas del furor oficial. Bajo el ministerio de lord Beaconsfield, los agitadores, que especulan con la ignorancia y las pasiones brutales de un pueblo, no habrían preparado la tempestad sin encontrarse comprometidos en ella, como ha pasado con estos remedos de O'Connell. Mr. Parnell, como un personaje bíblico, se hace escoltar hasta las estaciones por puebladas de agricultores. Mountmorres es asesinado; se pone a precio la cabeza del asesino, pero éste desaparece, como en el seno de un abismo, entre la muchedumbre revolucionaria que lo esconde y lo salva de la justicia. Tengamos presente, nosotros los argentinos, este pequeño escándalo, para que los severos jueces que nos juzgan algunas veces con la autoridad del extranjero, no invoquen como modelo infalible la justicia europea. Nuestras campañas están hoy mucho más tranquilas que ciertos condados de Irlanda; y si todas las naciones de Europa no tuvieran otra cosa que lamentar que el estado político bajo el cual viven, más o menos despótico, más o menos militar, el continente podría descansar de las alarmas continuas que producen en él las profundas conmociones sociales que lo amenazan.

En Alemania la cuestión social y la cuestión política no son menos alarmantes. Existen en las poblaciones de las grandes ciudades elementos de propaganda revolucionaria. El impuesto acosa al pueblo. El gobierno lo ha comprendido y las más halagadoras promesas anuncian una reducción de 14 millones de marcos en el presupuesto de 1881. Desgraciadamente para el Imperio del norte, la reducción se opera tomando por base los gastos ordinarios. Pero el príncipe de Bismarck esquilma a su pueblo con los gastos extraordinarios que reclama una nación inmensa, sujeta al más fastuoso rango militar. Nación pobre, la Alemania es fuerte merced a los grandes sacrificios que hace; el pauperismo existe en Silesia, y las comarcas prusianas del norte suelen ser rebeldes a la agricultura, que las pone anualmente a contribución para armar y alimentar al gigante. El socialismo trabaja allí con más justicia y con mayor razón que en Francia. El estado de sitio declarado en Berlín contra los socialistas, se ha extendido a otros pueblos y ciudades de la Confederación, para los cuales la autonomía y la libertad dependen de las resoluciones del Canciller. En Hamburgo, Altona, Wandsbeck, Pinneberg y Lauenbourg, la policía prusiana suprime el habeas corpus para los sectarios. Este es el primer paso con que se prepara la anexión marítima y comercial de Hamburgo a la Prusia. Dentro de poco tiempo la gran ciudad libre del norte será un barrio de Berlín.

Entretanto, el pueblo alemán no se resigna a la inacción. No renuncia a la propaganda revolucionaria. La prensa, oficial y gubernista, con La Gaceta de la Alemania del Norte a la cabeza, denuncia, ataca y fulmina a la oposición; pero la oposición, desalojada de la prensa por las leyes de la era bismarkiana, acude al libro. Suprimido el libro recurre a la palabra hablada, a la propaganda oral que deja huellas profundas en el espíritu de los discípulos, sin dejar rastro a los espías de la autoridad. Se expulsa a los propagandistas, pero surgen otros que continúan su obra. Se les castiga, pero el martirio político no los arredra. Tenaces y consecuentes, continúan la propaganda llenos de fe en el porvenir. El libro de Boissier La oposición bajo los Césares, es hoy de una actualidad singular en Alemania. La parodia de régimen constitucional con que en vano se disfraza el imperio del estado de sitio, levanta en todas partes el espíritu revolucionario. La actitud pacificadora y remisa que la Alemania ha observado en los sucesos de Oriente, da claramente a conocer, que su ánimo no es otro que conservar sus conquistas de 1870-71, sin buscar nuevos lances y aventuras en Europa.

Pero, ¿será esto posible? El engrandecimiento prodigioso de la Francia la alarma con profunda razón. Las convulsiones sociales que se pronuncian en su propio seno, la obligan a vivir siempre vigilante. La cuestión religiosa que se encuentra también a la orden del día contribuye a producir en ella la anarquía popular, que es la peor de las plagas que pueden invadir una nación, cuya política exterior ofrece tantos peligros y dificultades.

Bismarck, comprendiendo los grandes problemas que el Imperio necesita resolver para consolidarse, ha buscado y ha obtenido la unión con la Austria. Siguiendo el viejo sistema de las alianzas que le ha permitido aprovechar a sus coligados y sacrificarlos después para deshacerse de amigos sospechosos, ha impuesto en Viena su política continental. La Austria le sirvió en 1864 para ultimar a Dinamarca. En 1866 le fue fácil vencer a la Austria buscando la cooperación de Italia. Obtuvo en 1870-71 la complicidad de la Austria para batir a la Francia, y hoy no gozaría de reposo de la victoria, si no contase con una nueva alianza. Si se atraviesa la frontera alemana para entrar en Francia por Nancy, diríase que la guerra es imposible. He visto a Metz. Metz no es una ciudad fortificada, es una por todos

los rumbos, que contiene diez o doce aldeas, campos en los que se cosecha y que hacen imposible la rendición por el hambre y perfectamente fácil la defensa militar. Me dicen que Estrasburgo se encuentra en el mismo estado. En cuanto a Nancy y a Chalons, no es Moltke quien los ha de rendir tan fácilmente en una nueva guerra. Son vastas regiones de terrenos defendidas por fuertes, formidables que abrazan un círculo tan vasto que las muchedumbres de Jerjes no bastarían para circunvalarlas. Hay en Europa cinco millones de hombres sobre las armas. En el último quinto del siglo XIX las grandes naciones no reconocen más derecho que la fuerza, y un espíritu supersticioso podría anunciar que el nuevo siglo abriría su era en medio de grandes conmociones.

En el horizonte político se adivinan las alianzas que producirán el equilibrio, si la guerra no estalla. La Italia, que hasta hace poco había fluctuado entre la Alemania y la Francia, lógica en sus tradiciones de raza, ha de decidirse por la última. Ella ha comprendido que la Inglaterra y la Francia son sus aliados naturales, y que la Rusia es su aliada necesaria. Las últimas aventuras de Mr. Gladstone en la política de Oriente, la frialdad con que el gabinete francés ha considerado la belicosa actitud de la Inglaterra en Turquía, no han entibiado las corrientes simpáticas que existen entre las dos naciones, y que las vincularán en un porvenir no muy lejano. La Rusia lo sabe y busca en ellas sus ventajas. La Italia, más sincera que la Rusia, no puede separarse de los intereses británicos en el continente, que le aseguran su preponderancia meridional, y comprende bien que Francia tiene con ella algo más que el vínculo interesado de una alianza. El espíritu político y social de los dos pueblos es el mismo. Las ideas democráticas y constitucionales van por el mismo camino en uno y en otro y su éxito los compromete a una unión duradera. No será la absurda cuestión de razas la que estalle, sino la eterna lucha entre el principio democrático y los imperios absolutos e irresponsables que predominan en el mundo todavía.

La caída del imperio francés fue un hecho fatal y necesario. Pero todos los profundos dolores de la Francia, ahora diez años, están compensados por su noble restauración. Era el vicio, la canalla, la mediocridad, trepados en el poder, los que la habían envilecido y preparado su caída. Todo lo que se ha escrito sobre el período de Napoleón III no pinta bien a lo vivo esa era de envilecimiento de un pueblo. Y la prueba de ello -una prueba elocuente e irrefutable- es el espectáculo vergonzoso que presenta el partido bonapartista en la oposición. Es un grupo de parvenus quebrados que sobreviven a sus propias miserias. Se befan, se insultan, se enlodan entre ellos, como una partida de malos especuladores descubiertos por la justicia. Hoy están a la luz de París sus hombres, políticos, sus literatos, sus banqueros, su pueblo, en fin, ya que con pueblo pretenden contar los que, el otro día apenas, han reunido dos mil facciosos en el Circo Fernando. ¡Qué mediocridades! En la prensa están representados por el señor de Cassagnac cuyo oficio se reduce a insultar a Gambetta. Gambetta es un noble y elevado espíritu, con el corazón de un patriota y las costumbres de un patricio romano. Ha hecho su culto de sentimiento en Francia; ha contribuido a fundar un gobierno de orden, puro, austero, insospechable. Por más bilis que la prensa bonapartista arroje sobre ese gobierno nunca alcanzará otra cosa que recordar aquellas vergonzosas administraciones del pasado, de las que *Le pays* era el órgano oficial. La prudencia y la serenidad, con que la Francia nueva hace su camino, le abren el porvenir. Ella hará tranquila y sin agitaciones la revolución de este siglo o la del otro. Su rico territorio la salvará de las tragedias de la guerra social; la industria y el comercio crecen aquí como las plantas en los trópicos. París, Lyon, Marsella y Burdeos han pagado todos

sus errores, todos sus sacrificios, y el arca milagrosa, llena de riquezas ingentes, no deja de ver ni el rastro siquiera donde la Prusia hundió el puño insaciable para obtener su botín de guerra.

Hay, sin embargo, grandes cuestiones de principios que discutir. Desde luego, la cruzada contra las congregaciones religiosas es una cruzada dura pero necesaria. La existencia de la República la reclama, porque la República no puede consentir que dentro de su propio seno se amamenten los enemigos de su existencia. La ley Ferry ha sido un valiente paso. Roma no puede continuar siendo un segundo poder en los estados católicos. De allí uncen las reacciones que conspiran contra el principio democrático de los pueblos de nuestra raza. En Inglaterra la religión es una institución patriótica y nacional. En Francia pretende ser una institución extranjera. Esa institución se apodera con los jesuitas, del espíritu de la juventud; propaga en sus escuelas la monarquía absoluta; falsifica la historia de la patria; fulmina a los restauradores de la libertad de conciencia; condena a la república y prepara, en el asilo generoso, que ésta le presta, su muerte y su disolución. A un enemigo tan terrible se le extirpa y se le expulsa. Nosotros haríamos lo mismo mañana con el que violara nuestro artículo constitucional que proclama la forma republicana de gobierno. ¿Por qué se extraña que la Francia haga todo lo que es necesario para salvarse del naufragio a que la arrastra el pasado?

La educación debe ser el patrimonio del gobierno. Él debe enseñar. Consentir que el enemigo se apodere de la cátedra y de la escuela, es darle los elementos de exterminio que busca. La actitud asumida por el gobierno de M. Grevy en la grave y delicada cuestión de las Congregaciones, es la que observó Rivadavia en 1823, y la que observaría el pueblo que ve montar la marea: ponerle un dique y detener la marcha invasora del torrente. La Francia nueva será liberal y será republicana a pesar de las declamaciones de ciertos diarios de París, entre los cuales no está de más recordar Le Figaro, especie de monje de la prensa, que acaricia el rosario, compungido cada vez que desaparece una y que el mismo día no tiene inconveniente en levantarse los hábitos para bailar diabólicamente en Mabilie, o contar los últimos lances que tienen lugar en el camarín de las artistas de Variétés.

Si la Francia organiza seria y sólidamente el régimen parlamentario, podrá contar con que la campaña republicana que inició en 1872, ha obtenido todo el éxito que anhelaran sus promotores. Durante los últimos ocho meses, el ministerio ha sufrido crisis repetidas. El ministerio irresponsable y puramente personal no representa por desgracia sino al individuo. No sintetiza como en Inglaterra y en Bélgica el sentimiento popular, encarnado en la Legislatura. Mr. Waddington ha desaparecido del gabinete, como ha desaparecido M. de Freyeinet, sin dejar rastro, como simples amanuenses de presidente. La oposición reprueba a Gambetta, la extraña posición política que conserva en la cámara. Los ministros dimitentes se han separado del gabinete porque sus miras estaban en contradicción con las ideas de la mayoría legislativa. El principio es perfectamente justo. En el conflicto de los dos poderes, la existencia del ministerio que carece del apoyo parlamentario es imposible. Pero es la cámara, la que debe producir el ministerio y no la elección del presidente como sucede en Francia y entre nosotros. Gambetta debiera ocupar la presidencia del gabinete. Es él el jefe de la mayoría parlamentaria, a él le corresponde el gobierno. Su conducta a todas luces prescindente lo pone en una posición falsa. La cámara y él no pueden representar el rol de simples censores. Bastará una votación contraria para echar mañana por tierra el

nuevo gabinete de M. Barthelemy Saint Hilaire, cuyo nombramiento tampoco ha tenido origen en la legislatura. Los amigos entusiastas de M. Gambetta, sin contestar el argumento fundamental que se hace contra su actitud, lo defienden elogiando la suma habilidad de su conducta. Pero esta habilidad produce resultados negativos, M. Gambetta no gobierna, ni deja gobernar, y este es el peor de los sistemas de gobierno.

¡Cuán distinto sería su rol de primer ministro! ¿Quién mejor preparado que él para ejercer un ministerio responsable? ¿Quién con más prestigio en la Asamblea? Quién con más preparación para fundar en la república francesa el régimen parlamentario y armar el único resorte que le falta? Nunca la fortuna ha puesto un hombre más útil y más virtuoso al frente de los destinos de la Francia. Todo el dorado ideal que nos deslumbra a los que amamos el triunfo de ideas liberales, puede ser realizado por él. El ejército se ha purificado bajo la influencia de su palabra y de su propaganda, la sociedad se ha modificado ventajosamente, la riqueza ha tomado un incremento enorme, y la educación y el saber un desenvolvimiento pasmoso. Diez años más de política seria y conservadora, y la Francia habrá abandonado todas sus panaceas políticas, todas sus constituciones improvisadas, todos sus delirios generosos pero erróneos del pasado. El gobierno constitucional y parlamentario con los hombres que la gobiernan, la habrá sacado para siempre del periodo revolucionario. Una vez fundado sincera y juiciosamente, no habrá temor de que se derrumbe.

El gobierno de la república francesa, es ante todo un gobierno honrado y honesto. Pero necesita acometer la reforma de las costumbres sociales para virilizar al pueblo y levantar su nivel moral. París no puede continuar siendo una especie de capital del mundo pagano. Aunque es verdad que París es la ciudad más industrial y trabajadora del continente, es menester observar también que hay en ella muchos elementos de desorden social que pueden corregirse y modificarse. Los desbordes de la prensa canalla se castigan severamente con multas elevadas. Durante el imperio, la invasión de los diarios que imprimían desvergüenzas, era alarmante. En la república tienen un enemigo implacable. Todos los días se castigan los abusos de la prensa contra la moral y las buenas costumbres. Si el sistema se aplicara al teatro y al romance, la literatura canalla recibiría el último golpe. ¿Y por qué no ha hacer cuando el gobierno dispone de todos los medios necesarios para librar la campaña contra los expendedores de inmundicias impresas?

La resolución de las grandes cuestiones sociales y políticas que agitan a la Europa, corresponderá tal vez al otro siglo. Una parte de las cuestiones del viejo mundo pueden ser resueltas por la América, que abre sus anchos y fecundos senos a la inmigración. Los agitadores irlandeses, por ejemplo, en vez de conmover la solidez de las instituciones británicas con sus diatribas y provocaciones, debían señalar a las turbas indisciplinadas que acaudillan y encolerizan con su palabra el camino del nuevo mundo. La inmigración de Alemania ha contribuido a aumentar en una proporción considerable la población de los Estados Unidos, y las familias cuya subsistencia era un problema en la patria, gozan hoy de la felicidad y del bienestar que producen la propiedad, el trabajo y la libertad.

Si entre nosotros surgiera un hombre audaz y enérgico, que se lanzara de lleno a estudiar lo incompleto, lo primitivo y hasta lo absurdo de nuestro sistema de inmigración, que observara las enfermedades sociales que aquejan a muchos de los pueblos de Europa, y sobre todo, que pensara en que sólo la República Argentina puede competir en la América meridional con los Estados Unidos, en el aumento gradual de su población, ese hombre alcanzaría la inmortalidad. En cincuenta años podríamos tener ocho millones de habitantes. Esa suma, que parecerá exagerada a los tímidos, es mirada como modesta en Europa por los que echan una ojeada sobre nuestra carta geográfica y la naturaleza opulenta de nuestro suelo.

Nosotros con ocho millones de habitantes, podremos contemplar tranquilos los misterios que el siglo venidero guarda para los destinos de la Europa.

Crónica Parisiense

París, 12 de noviembre de 1880.

¡Se fue el verano! La primera nieve ha blanqueado ya los techos, y París se recoge en los teatros y en los cafés. La crónica, de 5 a 6, se anima en Bignon y en el Café de París. Puede verse a esas horas a Aureliano Scholl que vuelve como un pájaro al nido, contento de haber tomado un rayo de sol. Los equipages regresan del bosque, airoso los caballos, desvergonzados los cocheros, indolentes, entre sus pieles, las Aspacias de esta ciudad pagana. La feria de las vanidades se exhibe en el boulevard. Pobres y ricos andan confundidos los unos con los otros. Al ver este cuadro he podido apreciar la brillante verdad con que están escritas algunas páginas del Nabab, y aquellas, sobre todo, en que M. Joyeuse, vuelve de su escritorio a su feliz y modesta casita, cuando el coupé del duque de Mora se cruza con el caballo fogoso que monta Felicia Ruys, la reina del mundo parisiense. Los pueblos antiguos profesaban un culto fantástico por ciertos seres repugnantes de la creación. Las mujeres egipcias solían llevar consigo un ratón o un gato, como parte de su toilette. Si algún día -quiera Dios que nunca llegue- París se momifica, los arqueólogos han de enseñarnos el cuerpo de las parisienses dibujado graciosamente bajo sus ropas collantes, y a su lado, la momia diminuta de un perro cuyo esqueleto hace intrigar a las generaciones futuras por la exigüidad de su desarrollo. No se concibe aquí una mujer elegante, del medio o del gran mundo sin su terrier liliputiense; un ser mortalmente antipático, con una carita repelente y demacrada, la nariz respingada, parado sobre sus patas de araña, insoportable ladrador, mezcla, de mono y de gato, el raquitismo de los terranova y la parodia del bulldog, que va siempre asomado a la ventanilla del coupé, mirando desde las faldas de su ama, con un desprecio inaudito, el mundo que pasa. Esos perros son insoportables. Son falsificaciones, adulteraciones de la naturaleza. Reduciéndolos en su desarrollo físico a

fuerza de drogas y de medios artificiales, han logrado formar esa raza abyecta, en la que todos los nobles instintos del más noble de los animales, han desaparecido.

Verdad es que la moda ha vaciado el área de Noé sobre la toilette de la mujer del día. El pequeño chanchito del porte veine, ya no satisface a las supersticiosas. Como las ñustas peruanas -semejanza singular- la parisiense lleva todos sus dioses lares colgados en los aros innumerables de sus pulseras. La otra noche, no más, una muchacha a la moda llevaba en el teatro, suspendidos en su pulsera, elefantes, ratones, conejos y rinocerontes de oro, de ágata y de plata, y entre ellos -¡Oh colmo de la extravagancia! -un títere, que movía las piernas y los brazos entre aquel rebaño, suspendido... ¡La griega profana!

Esa pléyade ateniense que vive en el boulevard, que se inspira en él, que hace el drama, la comedia. el poema y el diario en medio de la calle, la encontraréis en todas esas hojas ligeras que el esprit parisiense echa todos los días a la hoguera. El Fígaro y el Ruy Blas cuentan esa crónica. El primero, sobre todo, en medio de la santa indignación que le produce la ejecución de los decretos de marzo contra las congregaciones, no se olvida nunca de batir el comentario sabroso del escándalo social; el adulterio, tema obligado, le agrada, le deleita, lo edifica. ¡Con qué fruición narra el último lance, el feliz engaño del marido, la falta de la mujer, la actitud brillante y simpática del amante! El otro, más desnudo de formas, gusta llamar las cosas por su nombre, y circula como un gamin que proclama desvergüenzas. ¡Por Dios! ¡que tiene razón la honrada república al hacer una cruzado, contra esta nueva envenenada literatura que amenaza dar en tierra con todo lo bueno, lo bello y lo verdadero! El Fígaro es como Tartufo, jalso y audaz cuando no necesita ser manso e hipócrita. Hombres de talento de mucho talento los que lo escriben, son tanto más culpables cuanto más carecen de escrúpulos. Alberto Millaud, el más espiritual de sus colaboradores, después de Wolff, que tiene para la sátira política la fecundidad y la verbosa improvisación de Barthelemy, es uno de los autores de la Femme a Papá que el anuncio del Varietés mantiene desde el año pasado; una herejía donde el público ríe homéricamente del chiste grueso y procaz que salpica las situaciones de una orgía. ¡Es tan fácil hacer reír cuando no se conocen los escrúpulos! ¡Oh Rabelais! Los enanos desnudan por completo lo que tú te empeñabas en cubrir para que el público lo descubriese por sí mismo.

Victor Hugo acaba de lanzar su último libro: L'Ane-ya debe haber llegado a Buenos Aires. Tiene los grandes esbozos, líricos del maestro, y aquella extraña complexión de todas sus creaciones. Pero Emilio Zola, el padre de la noble familia de los Rougon Macquart, puesto que es el autor de toda su descendencia, ha descargado sobre el libro de Hugo, toda su saña. En su artículo surge la envidia a cada párrafo y en cada concepto, fijándose como la mancha de aceite, que, cuando más se frota para extirparla más resalta. Zola se considera capaz de hacer con el naturalismo una nueva revolución literaria como la del año 30, en la que Victor Hugo quedaría como un desgraciado filisteo, sin nombre y sin gloria en la historia. ¡Inútil esfuerzo! El Fígaro ha dado a luz el artículo de Zola tres o cuatro días después de haber dicho en él Alberto Wolff: "¡No debe nunca atacarse a Hugo! De lo contrario, corremos el peligro de que el día en que nuestros pobres escritores caigan, por la más grande las casualidades, bajo los ojos de la posteridad, ella exclame: "-¿Quién es el imbécil que ha escrito tales cosas sobre la más grande gloria literaria del siglo XIX?" El viejo Girardin, compañero de la guardia con el autor de Hernani, le devuelve estas mismas palabras al autor de Hernani, le devuelve estas mismas palabras al autor de Nana,

tomándolas del diario en que éste escupe al coloso. Hugo, es cierto, no es un filósofo ni es un sabio; pero, querer suprimir su nombre y su influencia, en la literatura de nuestro siglo, vale tanto como pretender suprimir la revolución misma que él llevó a cabo. Los libros de M. Zola no sólo no serán nunca indispensables, sino que la Francia habría ganado mucho si no se hubieran escrito.

La novedad más notable de la última semana ha sido el jubileo de la Comedia Francesa. La casa festejaba sus dos siglos con Molière, Racine y Corneille. Francisco Coppée ha compuesto para esa ocasión algunos versos entusiastas y bien tallados, que Got leyó con el título de la Casa de Molière, en medio de todos sus compañeros, los jóvenes pensionistas y los viejos socios. Pero la verdadera pieza maestra con que se ha celebrado el segundo centenario de la Comedia Francesa, ha sido l' Impromptu de Versailles, en la que Coquelin ha interpretado a Molière autor y a Molière cómico, con un talento tan raro, con una flexibilidad tan ágil, con una adivinación tan sagaz, que la crítica se ha considerado desarmada y dispuesta solamente al elogio.

L' Impromptu de Versailles es una pieza de combate. Para admirar su acción, su movimiento, el lenguaje vivo con que están animados sus diálogos y las pasiones que dominan a sus personajes, es menester trasladar el público a la época ardiente en que fue compuesta. No es una comedia ni una intriga dramática que se forma, se complica y se desarrolla como la de la Escuela de las Mujeres o la del Avaro. Es la defensa de Molière mismo llevada a la escena. Es él quien representa al protagonista con su propio nombre y son sus compañeros de teatro los que le acompañan. L' Impromptu es una sátira, una filípica mordaz contra los nobles, contra los envidiosos, contra los cortesanos que pretendieron hacer caer en desfavor al valiente autor del Tartufo. La Crítica de la Escuela de las Mujeres, en que Molière desnudó ante el ridículo a las camarillas que hacían la intriga y la burla contra su pieza, fue un golpe de maza descargado contra sus adversarios. Aquella corte de nobles y cómicos, de princesas y poetas envidiosos y rivales, era un centro de eternos chismes, de enredos, de delaciones, de pequeñas y miserables calumnias. Dos compañías de teatro rivales, que se odiaban mortalmente, al frente de una de las cuales figuraba el mismo Molière, contribuían poderosamente a encender el fuego de aquel infierno en el que dominaban todas las bajas pasiones cortesanas. Lo mismo sucedía en la corte de Felipe I y de Felipe IV, donde Quevedo, agresivo y punzante como Molière, marcó en la frente con la sátira, desde el rey hasta el último gentilhomme de palacio. Boursault, poeta mediocre, que cierta parte del público pretendía elevar sobre Molière, creyendo reconocerse en el papel de Lysidas, escribió Le Portrait du Peintre ou le Contre Critique de l'Ecole des Femmes. Luis XIV comprometió a Molière a defenderse de su adversario y de su grupo; y el gran comediante escribió y representó en ocho días su defensa, en la que sus enemigos fueron ultimados con los golpes más amargos del sarcasmo. Voltaire decía de esta pieza, que jamás la licencia de la antigua comedia griega había ido más lejos.

Esta ha sido la pieza oficial con que la Comedia ha celebrado su segundo centenario. Según la crónica, Coquelin ha pasado dos meses estudiando el papel de Molière, y cuando se ha lanzado a representarlo, contaba de antemano con el triunfo. El público era selecto y los jueces severos. Hugo concurrió la primera noche y aplaudió entusiastamente al actor. En los palcos avant-scène, estaban Dumas, Augier y Sardou. Sarcey, con una atención silenciosa, examinaba el curso de la representación, cuyo éxito había provocado grandes

dudas y agitaciones. Coppée cosechaba una parte de los aplausos de la noche; es el poeta mimado del Teatro Francés: no tiene lugar en él ningún espectáculo clásico sin que el joven escritor contribuya a darle brillo con sus talentos.

Autores y artistas han rendido culto en las noches de su jubileo al padre de la Comedia Francesa y a la musa trágica de Racine y de Corneille. Pero ¡ay! si en ellas, el Aristófanes francés siempre conserva grandes y sesudos intérpretes, fuerza es confesar que el Esquilo y el Sófocles no cuentan con voz ni con gesto dignos del coturno trágico. La máscara que ríe, que se mofa, que lastima y satiriza, no ha caído de la mano de la musa francesa. Ella se ajusta bien a las toscas pero espirituales facciones de Coquelin, al rostro molieresco de Got, al fino y distinguido perfil de Delaunay. Samary, Reichemberg, Mlle. Bartet y Barretta, son de la familia de Mlle. Du Parc y de la misma Mlle. Molière. Satíricas y espirituales las dos primeras, dulces y vaporosas las dos últimas, ellas representan la ciencia cómica francesa en todo su vigor. ¡Pero la musa de voz de trueno, la musa de los bárbaros furores, la que anima el paso salvaje de Pirro sobre el hogar del rey de Troya, y las furias de Orestes, esa ya no hace temblar la escuela francesa! ¡Qué afectación, qué inflamamiento vacío y grotesco, aquel con que Mounet-Sully acaba de hacer el Aquiles en la Ifigenia de Racine! Este joven artista que no me hizo mala impresión cuando lo vi por primera vez en el Horacio, me ha hecho perder la última esperanza que tenía de ver renacer el fuego de Talma y de Rachel, siquiera una chispa, en las tablas del primer teatro clásico de Francia.

Yo había concebido a Aquiles bárbaro, melenudo, salvaje. Así eran los héroes de la epopeya helénica. ¡Pero figuraos un actor que entra a la escena con un paso medido y estudiada; que sale como si siguiera el compás de un redoble; que se para como una estatua, que levanta los brazos y mueve el busto con un estudio visible, y cuya fuerza trágica reside en unos ojos enormes, soberbios ojos, que los vuelve y revuelve como si quisiera amedrentar al auditorio, gruñendo siempre y bramando sin conseguir imponerse ni aún siquiera a los niños que lo observan de cerca! Y agregad a todo este aparato de gesticulaciones rebuscadas y extrañas, un Aquiles vestido como un gomoso, con casco de oro que parece cincelado por un artista florentino, con una sandalia de la que con razón podría decirse que acaba de salir de una horma de Galoyer o de Goodall; un coturno de comparsa, una ropa corta, lujosísima pero escasa para cubrir los contornos ridículos de la estatua; una cimera a cuyo penacho parece que ha dado el último golpe de fierro el peluquero afeminado de alguna damisela exigente, y tendréis al joven trágico de la Comedia expuesto al más peligroso de los ridículos.

Verdad es que la Ifigenia es una tragedia fría, monótona y fatigosa. Los versos no la salvan. Aquel Agamenón es la caricatura de la estirpe de los atridas. La acción es falsa, y Racine ha mantenido un combate con la verdad histórica para salvar su pieza. Los personajes hacen el efecto de figuras recortadas que brillan sólo bajo el artificio de las largas rimas de los alejandrinos. Todo es de hielo en aquella acción. Ni el actor puede conmovirse, ni el público puede verse arrebatado por la inspiración del artista y del poeta. Los cinco actos mortales se suceden los unos a los otros. Ulises es un amigo fiel, una parodia de Ulises, Agamenón es un personaje pusilánime ¿Cómo exigirle a Maubant que anime ese atrida, de cera? Ifigenia, en que Mlle. Bartet ha hecho su primera tentativa en la tragedia, no es una creación acentuada, capaz de engendrar un tipo dramático, un personaje

indeleble como esos que se llaman Ofelia, Julieta, Porcia, o Cordelia; y Aquiles, ¡oh!
¡Aquiles es tonto y aburrido como Pan!

Mientras que Molière se immortaliza, rejuvenece y cada día su genio es más vibrante, más agudo y más nuevo, los dos grandes poetas dramáticos de la gran era clásica desfallecen. "Parezca primero la escena trágica -ha dicho Francisco Sarcey, con motivo de la representación del *Ifigenia* antes de que se profane su repertorio con actores mediocres y deficientes". El agudísimo crítico, devoto del culto de la escena francesa, no osa tocar la llaga. No son los cómicos los responsables del eclipse de Racine y de Corneille, es el siglo en que vivimos, cuyos gustos y cuyo desenvolvimiento literario y artístico, son incompatibles con la estética regular, irreprochable pero fría y falsa, de esos fósiles académicos del cesarismo.

¡Qué fenómeno singular! En Francia, donde las facultades de asimilación son pasmosas, Shakespeare nunca ha sido interpretado, ni su influencia ha formado una escuela nueva de artistas y de escritores. Se lo ha estudiado, comentado y popularizado; pero ni la escena nacional, ni los teatros libres lo han acometido nunca con sus intérpretes. Va sobreentendido que no tomo en cuenta ni el *Otelo* francés, ni el *Lear*, ni otros remedos débiles del genio que han hecho su época y que hoy nadie piensa en exhumar. Racine y Corneille que explotaron el teatro griego, que copiaron a Sófocles e imitaron a Esquilo, adoptaron sus formas, usurparon sus personajes, reprodujeron sus leyendas, pero no conocían ni el pueblo, ni las costumbres, ni el carácter de la sociedad griega. Así, todos sus héroes ariengan pero carecen de acción. Shakespeare, cuando mordió un argumento en la historia antigua, lo animó restaurando sus personajes a la acción y a la vida. Por eso es que en *Julio César*, el discurso que incendia los furios de la plebe, es un rasgo vivo de la sociedad romana de aquel tiempo. Ni Ampère, ni Michelet, ni Boissier en nuestros días, al restaurar los anales de la democracia y del cesarismo, en Roma, han puesto a esa escena un comentario, más sabio o más erudito que aquel panegírico necrológico que remueve las pasiones de toda una época histórica. El *Julio César* es una resurrección. ¡El *Horacio*, por ejemplo, es una exhibición de personajes puramente líricos y convencionales y un torneo de arengas rimadas!

Comprendo cuantas preocupaciones arraigadas levantaría este debate, si un escritor de notoriedad europea lanzara en la prensa francesa esta poco respetuosa apreciación de sus grandes obras trágicas. Y digo intencionalmente en la prensa, porque es la prensa diaria, ciertas hojas intransigentes, que aceptan toda clase de críticas, menos la profanación de las viejas idolatrías literarias, la que no permitiría a M. Perrin un desaire hecho a los manes de Racine y de Corneille. Pero en el libro y en las revistas el desaliento de los grandes escritores ha anunciado ya el eclipse de los grandes poetas trágicos. Quedarán sus lujosas tiradas para dar brillo a las ceremonias anuales de los Liceos; pero la musa de la tragedia raciniana que busca ávida sus intérpretes sin encontrarlos, se cansará de buscarlos porque, ya su familia se ha extinguido.

Y ahí está la prueba: ni Worms con su dicción irreprochable y su innegable ciencia de artista, ni Mounet-Sully con su arrogancia y sus pretensiones, consiguen levantarla. Mille. Dudley es víctima de la crítica inclemente porque su acento vierte mal el alejandrino y porque su acción cae a pesar de todo en la monotonía. Apenas, como una lámpara que se

extingue, Mme. Favart lucha con inspiraciones del pasado, y Martel y Maubant, viejos ya pero fieles al culto, defienden obscuramente los penates. En diez años más, las representaciones de Corneille y de Racine serán un acontecimiento. Molière, el eterno Moliere será el astro exclusivo de la escena de la calle de Richelieu; y de cuando en cuando el Odeón, que también lucha todavía por el viejo culto, se acordará de Regnard, de Le Sage y Marivaux, que sin llegar al maestro, continuaron con éxito la comedia de costumbres.

Hablando de la comedia y de la tragedia, ¿cómo no hablar del último libro de Paul de Saint Víctor, cuyo primer tomo ha dado a luz Calmann Lévy ahora dos meses? Apenas lo he leído, y no tengo sino la primera impresión de su lectura. Hoy que nuestros diarios traducen algunos de los artículos de la colección de Hombres y Dioses de este estilista parisiense, los traductores podían continuar la serie sacando algunas páginas de Las dos Máscaras. Después de M. Taine, no creo que nadie en Francia haya tratado en nuestros días el género de estos libros con mayor arte que el belicosos autor de Bárbaros y Bandidos. Su último libro es, desde luego un paso serio en los dominios elevados de la estética de la erudición. El plan es vasto. Las dos Máscaras, es un estudio del origen y del desenvolvimiento progresivo de los dos géneros dramáticos "la máscara que ríe y la máscara que llora", casi siempre separadas y algunas veces unidas.

El autor ha abandonado la pluma que bordó a Elena, a Meleagro, a Diana, y centralizando en un volumen toda la pedrería deslumbrante de su estilo, sus frases cinceladas, sus pensamientos originales y nuevos, ha hecho un libro de legítima erudición literaria; uno de esos libros que se leen sin esfuerzo, que enseñan y que alegran el espíritu. He recordado a Taine porque el libro de M. de Saint Víctor me ha hecho, al leerlo, la misma impresión que la lectura del primer volumen de la Historia de la Literatura Inglesa. No creo que sería andar muy lejos de la verdad saludar al autor de Las dos Máscaras como a un discípulo del autor de los encantadores opúsculos sobre el Arte.

M. Paúl de Saint Víctor es un profundo y habilísimo observador, de esos que se inspiran oyendo y mirando. Yo aconsejaría al que lo leyese, que bajo la impresión de la primera lectura, penetrara a la Sala de las Escrituras Antiguas del Louvre. Su libro parece hecho con los fragmentos de las obras del cincel antiguo. Él no es un profano en los estudios filológicos, y si no los ha cultivado como Chavée y Max Muller, conoce a fondo sus progresos. La ciencia de las religiones no lo toma de nuevo. Todo su libro denuncia que Bunsen le ha enseñada muchas veces el camino. Él ha atacado con esos elementos y con su estilo eximio, la explicación y la interpretación del politeísmo helénico, y por eso es que, cuando le vemos descifrar los orígenes naturales de Baco, al par de la erudición, encontramos al artista, al cultor de lo bello que sale de la vieja galería, saboreando la majestad sublime de la Venus de Milo y los contornos mórbidos de las otras deidades de mármol, de aquel panteón de fragmentos que la Grecia nos ha legado para confundir la plitud de nuestro siglo.

Baco, por ejemplo, con cuya historia nos inicia el autor de Las dos Máscaras, nos explica cómo es que emanando de las tradiciones rurales, el dios de las vendimias se transforma en el dios de los placeres brutales, en aquel pesado y vinoso personaje del Olimpo romano que viene tarde a incorporarse al séquito de los dioses. Baco tiene algo de Hércules y pretende ser el antagonista de Apolo. La lira y la flauta se disputan el imperio de

la primera escena lírica entre los griegos, y las fiestas báquicas engendran el ditirambo y el coro. Thespis es el cómico que sustituye al narrador: nace la acción y junto con ella el teatro.

Anuncio un libro serio y ameno a la vez. Ni el espacio ni el tiempo me permiten dedicarle un estudio sereno y detenido. El lector piense lo que es escribir a escape, robando momentos a los pasatiempos de París. Pero basten estas pocas palabras para anotar la impresión recibida por una lectura saludable.

M. Paul de Saint Víctor se propone continuar su obra con Shakespeare. Todo el segundo volumen será consagrado al estudio del poeta inglés. Lo espero ansioso porque tengo curiosidad de saber cómo se desenvuelve este parisiense refinado, dueño de una pluma que como un buril manejado por un modelador agrupa métricamente sus párrafos, y deposita su página después de haber limpiado los borrones y todas las asperezas que deja siempre la primera mano de obra. El libro sobre Shakespeare, tratado con amor por él, va a revelar una nueva faz de su talento. Las dificultades son grandes. Desde luego M. Taine se presenta a la comparación, sin contar con los escritores ingleses y alemanes que han estudiado al más grande de los poetas dramáticos. Pero M. Paul, de Saint Víctor sabe que tratando Las dos Máscaras, no se puede prescindir de Guillermo Shakespeare. El estudio de la tragedia griega es una introducción; el de la tragedia francesa un tema reducido para tan grandes orígenes. El teatro, sin Shakespeare, sufriría un eclipse; y el escritor que pretendiera hacer un estudio completo de sus progresos, haría un libro trunco si prescindiera de él. El autor de Las dos Máscaras se propone terminar su libro con una materia que desde ahora puede decirse sin vacilar, que será tratada magistralmente, porque ella es el patrimonio del espíritu francés; es la herencia legítima de la raza, desde Molière hasta nuestros días. ¿Quién mejor que Paúl de Saint Víctor puede hacernos un libro sobre el teatro francés desde sus orígenes hasta Beaumarchais? Él sólo programa, despierta el apetito de una golosina. Ese será a mi juicio el diamante más puro y más grande de la diadema. Su pluma abordará con amor un tema favorito que él sabe con eterna novedad. Aunque Beaumarchais cierre la serie de sus estudios, el autor puede adoctrinar la francesa de nuestros días. Mucho lo necesita. Las obras de combate han desterrado el drama histórico, y la comedia misma necesita reaccionar las tendencias actuales. La ley sobre el divorcio, fuente escasa y vulgar de inspiración, ¡ha secado tantas otras fuentes de inspiraciones fecundas! Ella ha producido a Daniel Rochat; ella es la réplica de Daniel Rochat con los Grands enfants, que se representa con éxito en la sala del Vaudeville. Ella en fin, va a producir otra pieza de Sardou que vuelve a la carga en nombre de la misma cuestión. Dentro de pocos días se representará Divorçons que tendrá, como su hermana, una vida efímera.

Si M. Paúl de Saint Víctor continuara su libro hasta nuestros días y tratara el repertorio moderno, podría dar lecciones muy provechosas a sus contemporáneos. El teatro francés moderno exige un censor sesudo como él, que lo encamine en la senda de sus grandes destinos. Este es un pueblo consumadamente artista. Se observa aún en los teatros más subalternos de París la inclinación natural, las dotes espontáneas con que el francés se desenvuelve en el teatro. Tiene el genio cómico por excelencia y dispone de un idioma que no tiene igual para hacer vivir los personajes en la escena. Hoy se da en el Odeón un drama de Ponsard, Carlota Corday; es una acción trazada a grandes y vivas pinceladas, en la que el actor tiene tanto trabajo de creación como el autor mismo. ¡Cuánta habilidad no manifiesta

cualquiera de esos artistas en las patéticas situaciones del drama! ¡En el Vaudeville, en el Gymnase, en el Palais-Royal, en Varietés mismo, se encuentran actores y actrices eximias, por el talento y la gracia!

Las conferencias literarias, científicas y políticas han comenzado con éxito en la sala del boulevard de las Capuchinas. Coquelin ha disertado sobre el Misántropo, leyendo un estudio sobre esta célebre comedia. Pero la crítica parisiense lo ha manoseado un poco. El artista de la comedia francesa ha demostrado más talento para leer algunos trozos de la pieza de Molière, que para comentarlo. Se le ha observado la falta de preparación de que adolece como escritor, y en buenos pero claros términos se le ha dicho: "representad el Misántropo; sois tal vez el único actor de la escena francesa capaz de hacerlo vivir en las tablas, pero no en la tentativa de disertar sobre él, porque todas las fuerzas creadoras del comediante no bastan para hacer un crítico." Pero los Coquelin son incorregibles, y el hermano menor ha contestado a la crítica anunciando una nueva conferencia sobre Molière.

Hablaba hace un momento de la necesidad de una reacción en la literatura dramática, porque nunca se ha hecho ella sentir más, que ante la perspectiva de las nuevas piezas que se anuncian. El Ambigú cuyo solo nombre bastaría para exigirle manjares delicados, ha escogido el más repugnante de todos. No ha bastado la Nana romance, es menester que haya la Nana pieza de teatro; y dentro de un mes, el público concurrirá a aplaudir ese drama de la prostitución. Ya se habla de uno de los actos, el último creo, tomado fielmente de la novela y cortado en lo vivo del cuento, la muerte de Nana. La heroína morirá en la escena de viruelas y mostrará al público su rostro lacerado por esta enfermedad terrible. Lo exige así el naturalismo; esa nueva Musa que quiere ser tan honrada, que considera un delito o una hipocresía el conservar cerrada la puerta de una alcoba. En nombre de la nueva escuela se abren de par en par los lupanares, y se exponen a las miradas del público las escenas del desborde y de la orgía. Se exhiben los hospitales, las salas llenas de enfermos pestilentes. ¡Es necesario para ser exacto, describirlo todo: el lecho, las ropas, los síntomas y los efectos de la enfermedad! ¡Y M. Zola se escandaliza, como una beata, del incienso que queman los jóvenes y los viejos alrededor de Víctor Hugo!

París es un globo de cristal tallado con prismas diamantinos. Cuando al través del resplandor pálido pero intenso de las lámparas eléctricas, se mira la eterna y nunca interrumpida feria que agita el boulevard, diríase que hay allí algo más que el arte humano para alumbrar esa escena siempre alegre, siempre joven, siempre deslumbradora y atractiva. Comprendo la serena y sedienta juventud gastando la vida y el porvenir en esa vorágine de inexplicables voluptuosidades. El conde ruso, que vuelve pobre y derrotado de la batalla, al invierno de San Petersburgo, el joven que un buen día se vuela los sesos después de haber bebido de un sorbo la copa de Fausto, la mujer que nace y vive allí la vida fugitiva de la flor del trópico, el viejo león que Mora el pasado desde su cuarto, con una temperatura ecuatorial y envuelto entre franelas, son generalmente los epílogos de este drama de París que todos los días termina para recomenzar. Luis Veuillot cuya pluma ha hecho llorar amargas a sus víctimas, ha pintado, creo que en un soneto lleno de candente sarcasmo, a los parisienses. "Vedlos, dice, bajar las gradas de la Escuela Normal a lesos valientes atenienses que van a Grecia munidos de unguentos y drogas; que hablan del valiente contorno de la estatua y que no tienen fuerzas físicas para arriesgar a la intemperie sus miembros ateridos y enfermos".

París ofrece ese tipo, es cierto; pero París es fuerte y es viril también. Hay dentro de él griegos batalladores; y entre los modernos la sana estirpe republicana dará atletas. Sí, los dará. Pero lo que yo quisiera ver en este pueblo ante el cual tengo que declarar rendido mi cariño y mi admiración, es más culto por el ideal: el ideal en la mujer, en la vida y en el pensamiento. Nunca ha sido mojigato, y nunca lo seré, pero el materialismo y hoy el naturalismo son enemigos de la república debe combatir tanto como a las congregaciones.

El culto del ideal hace más feliz a un pueblo que todo el resplandor deslumbrante del materialismo. La lluvia de oro y de plata, de flores y diamantes, que cubre las escenas del teatro en que vuelan esos querubines alados, envueltos en tules y bañados en luz, esas apoteosis de la belleza plástica que a cada momento prepara la ficción, y la noche que protege todos los devaneos, tienen un fin. El alba fría y lluviosa rompe el brillo del cuadro y alumbrá una escena mustia de la que han desaparecido todos los encantos. ¡El sueño de Albertus pasa! El más audaz de los poetas mundanos lo ha escrito:

...Albertus sentit fondre

Les appas de sa belle, et s'en aller les chairs.

-Le prisme était brisé.

Don Polidoro

(Retrato de muchos)

París, noviembre 19 de 1880.

Don Polidoro acaba de ser vomitado en París con toda su familia por el tren expreso de la estación del Norte. Don Polidoro tiene cincuenta y cinco años, ha nacido en el año 25, ha sido un excelente unitario, tiene diez leguas de campo en Juárez y cuatro casas en Buenos Aires, fuera de la que habita en la calle de Buen Orden, provista de tres patios, de una huerta con higueras, y edificada en línea recta de tal manera, que desde las ventanas de la calle se puede matar de un tiro de fusil al cocinero en la cocina. Don Polidoro habla el español, nada más que el español. Del francés sabe tres o cuatro palabras, poco extraordinarias por cierto: monsieur o mosiú, madame, oui y no. He ahí todo su capital.

La señora de don Polidoro, desde que ha pisado la tierra francesa, vive completamente condenada a la abstinencia de toda conversación con los extraños, pero en cambio, los dos niños mayores dominan todo el repertorio dialogado del Ollendorf. El resto de la familia

compuesto de cuatro niños más, y de tres sirvientas, está obligado, como don Polidoro y su señora a comunicarse con el mundo exterior por medio de los hermanos mayores.

Don Polidoro se ha marcado desde el momento en que se encontró en la canal exterior; la señora ídem; el camarote ha sido una hecatombe durante los veintiocho días de viaje. Pero es necesario llegar a Europa a todo trance, y gastar los ochocientos mil pesos moneda corriente, en que nuestro viajero ha calculado su presupuesto, incluidos pasajes, regalitos y provisiones consiguientes de un regreso del viejo mundo. Don Polidoro trae también in pectore sus proyectos malévolos. Se cree un pequeño monstruo cuando en los profundos arcanos de su conciencia, acaricia la idea de sus próximas campañas de Mabil, como él escribe y llama a Mabile. Está dominado por la fiebre de verlo todo, y trae además de las guías indispensables, una lista en la memoria de lo que otros le han recomendado que vea. El idioma es el único punto opaco en la vida europea de don Polidoro. Con el francés, con sólo el francés, él daría vuelta al mundo. Pero el honorable compatriota que ha sido juez de paz y comandante militar, que desde 1852 hasta la fecha ha tomado parte en todas las elecciones habidas y por haber, siempre del lado de la buena causa se entiende, que por dos o tres veces ha sido diputado provincial y casi senador, a no haber mediado un malaventurado empate, el honorable compatriota, repito, está obligado a permanecer con rostro de cretino, mientras Blasito, su primogénito oye y toma tiempo para digerir con dificultad lo que explican los guías y lo que exigen los cocheros; y cuando Blasito vacila, se equivoca o no inventa pronto su traducción ¡qué indignación, qué mal humor, qué impaciencia la de don Polidoro! Entonces el intachable burgués del Río de la Plata, se encara frente a frente con el interlocutor y aparta con desprecio a Blasito, fulminándolo con este anatema: "¿Para qué me sirve lo que he gastado en tu educación?" y pretende entender y hacerse entender. Blasito, vuelve a intervenir; nueva fulminación, y, después de esfuerzos milagrosos de lengua, de gestos y visajes de todo género, don Polidoro acude al salvador y primitivo idioma de las señas. Y cuando triunfa con un simple ademán, ¡oh! ¡Cómo se pavonea don Polidoro! ¡Cómo es de feliz! En diez días más, aprende el francés más pronto que la jerigonza, mientras que Blasito queda confundido, de ignorancia y de ineptitud!

-¿Dónde se ha alojado usted, señor don Polidoro?

A esta pregunta hecha con toda la más sana intención del mundo, mi héroe, a quien acabo de encontrar en el boulevard todo vestido de nuevo, me mira con una fisonomía desdeñosa y sorprendida, como si quisiera hacerme el reproche de ignorar la cosa más notoria de la tierra.

-Pero... en el Grande Hotel, mi amiguito, en el Grande Hotel... ¿dónde quería que me alojara?

-En el Continental, señor don Polidoro, en el Continental; hoy es el Continental el primer hotel de París.

-¿De veras? ¡Ya me lo había yo pensado! Ya me lo había dicho Nicanor, la otra noche al llegar...; pero como Blasito vio que en la guía tenía lugar de preferencia el Grande Hotel y una estrellita que quiere decir que es de lo mejor, nos fuimos a él. ¡Qué quiere amiguito!

Yo he querido de lo mejor... Para que después no se diga... ¡Pero me voy a mudar! ¡Si el Continental es mejor, me voy a mudar!

-A propósito, ¡le voy a dar mi tarjeta! -y diciendo y haciendo, don Polidoro con una risita de íntima satisfacción que le hace cosquillas en toda la cara, me da su tarjeta y la de su señora.

Monsieur Polidor

Deputé et fermier à la République Argentine

Madame, Polidor Rosales

-Eso dicen que es la moda de París. Yo le diré amigo, francamente, que a mí no me gustaba, pero Nicanor me aconsejó y me dijo que si uno no se pone aquí sus títulos, lo miran por sobre el hombro; y ahí, me ha puesto que soy diputado y estanciero. La que está furiosa es Petrona, mi mujer, porque le han quitado en la tarjeta el nombre y el apellido. Ella se llama Petrona Bracamonte, ¡pero desde que tengo las tarjetas nadie la conoce en el hotel, sino por Madama Polidora! ¡Ja, ja, ja!

Y don Polidoro se reía a pulmones llenos.

A la mañana siguiente fui al Grand Hotel a visitar el señor don Polidoro. ¡Pobre señor Rosales! No sólo había desaparecido el nombre de familia de la señora en las nuevas tarjetas, sino que el mismo don Polidoro no era conocido sino por el número 100. La flamante personalidad del noble diputado y estanciero de la República Argentina, había sido una cifra y a tres guarismos, que componían un número inconveniente en la designación de las puertas.

Ni en la conciergerie, ni en el bureau, entendían nada de Monsieur Polidor Rosales. El número 100 está o no está en casa; un carruaje para el número 100, el número 100 se llama, el número 100 debe... el número 100 paga.

Encontré a don Polidoro indignado contra semejante apodo aritmético y resuelto a mudarse al Hotel Continental. La noche anterior se había encontrado con varios compatriotas, y como no hay extranjero en viaje que no tenga las más altas pretensiones de conocer a fondo el suelo que pisa, y de creerse en condiciones de administrar consejos y opiniones llenos de experiencia, los amigos de don Polidoro le habían puesto la cabeza como una fragua, y el Grand Hotel aconsejado por el descrédito había caído en el mayor descrédito ante los ojos del buen porteño.

Mover la comitiva doméstica de don Polidoro, demandaba fuerza. El matrimonio es poco ágil. Los cuatro niños menores y las tres sirvientas, son un apéndice engorroso para París. La cuenta diaria de don Polidoro ha llegado a trescientos y cuatrocientos francos sólo en habitaciones y municiones de boca, como él dice; pero es necesario mantener la pompa que corresponde a su rango, ¡y don Polidoro se entrega inerme a la explotación!

Don Polidoro y familia abandonaron el Grand Hotel, y mientras que el transporte de los baúles monumentales mareados rumbo a Polidoro Rosales, despertaba la curiosidad de los sirvientes a la caza de propinas, se oían voces que decían: le número 100 qui déménage. Blasito se permitió una última tentativa de traducción y fue fulminado por don Polidoro que ya no podía verse eternamente confundido con ese número.

Por fin salió la familia Rosales de aquel hotel, en el que su jefe no se encontraba tratado según sus aspiraciones. Pero, el infortunio persigue a este hogar ambulante, a este cuadro de familia supinamente criolla, que no sabe dónde está, ni a qué ha venido, ni lo que quiere, ni lo que hace. En el Hotel Continental, al día siguiente de instalado don Polidoro, se llamaba el número 77. No había sido suficiente la epigramática casualidad de su primer asilo en el Grand Hotel. Era necesario soportar la marca de los dos nuevos guarismos repetidos. ¡Ah! ¡ni el recurso de Orsini arrancando con la punta de la espada, la B de la mansión de los Borgia le quedaba a don Polidoro para salvar de las numeraciones sospechosas bajo las cuales parece destinado a vivir en Europa!

No hubo más remedio que consolarse. Cuando don Polidoro supo por boca de todos sus amigos que se hallaba alojado en el primer hotel de París, que era el número uno, que era inútil buscar otro que se le pudiera comparar, entonces fue feliz, profundamente feliz, y comenzó a pensar en la ímproba tarea de las expediciones a los museos, a los monumentos y a los paseos públicos.

Es de verse la salida de don Polidoro con su familia en dos fiacres amarillos entre 11 y 12 del día. En el primero la pareja matrimonial empaquetada en el asiento principal. Blasito en el asiento delantero, en cuenta de calepino parlante, con una cara de ingenio que desarmaría al más osado contra él.

En el otro vehículo, una sirvienta con dos vástagos más de la fecunda familia Rosales. El resto permanece en el hotel con derecho a la plaza de la Concordia, porque don Polidoro es hombre práctico; le gusta moverse con poca gente.

El primer día del Louvre, don Polidoro volvió al hotel con un visible semblante de derrotado. Pero el amor propio da fuerzas al más flaco de los mortales y don Polidoro simuló el encanto inexplicable que le había producido el examen de doscientos sarcófagos egipcios y las colecciones interminables del museo etnográfico. Blasito regresó sumido en un sopor alarmante. Don Polidoro se indignaba de la indiferencia que su hijo mayor demostraba por cosas tan importantes. En cuanto a misia Petrona el abatimiento era profundo. Parecía que caminaba bajo el peso de un peñasco; los párpados le caían sobre los ojos como si fueran de plomo. La señora había trabajado aquel día y volvía al descanso reparador. Las bravatas de don Polidoro, sus exclamaciones de entusiasmo, sus arengas para animar aquel hogar refractario a las maravillas europeas, todo era inútil. Aquella noche el número 77 cerró su puerta a las 9.

-¡Qué temprano se ha retirado la familia del señor Rosales! -observa al portero una visita de don Polidoro la noche de la primer campaña al Louvre.

-¡Oh, sí señor -contestó el interrogado con esa zafaduría canalla que distingue a los lacayos de París- el señor y la señora se ocupan ahora de tragar museos y hacer la digestión!

Don Polidoro es indomable; al cabo de quince días ha acometido con denuedo medio París. Ha trepado jipando, pero ha trepado, al domo del Panteón, a la columna Vendôme, al arco de Triunfo, y ha regresado rebosante de orgullo, con aquella satisfacción del hombre que ha estado ubicado donde sólo es dado llegar a los que tienen dos pies y el espíritu envuelto en una masa densa de grasa como el señor don Polidoro.

Ha estado con Blasito a ver la *Femme à Papa* en Varietés. Blasito ha ensayado una versión bastante pasable a medida que la pieza se representa, pero un caballero del asiento vecino impone silencio a la pareja descifradora. Ambos deciden no llevar la familia a ver la pieza, porque es un espectáculo inmoral. En los pasajes grotescos, don Polidoro que se encuentra impedido de interrogar a Blasito, ojo atento al público, estalla en carcajadas cuando la hilaridad es general. Si Blasito no se ríe porque no ha entendido, don Polidoro vuelve sobre sus pasos y se pone serio; lo consulta con la mirada; Blasito, que es un poco imbécil, no se explica lo que quiere su preguntarle su padre, y en esta escena muda, ¡la elocuencia del ridículo alcanza a la sublimidad!

¡Oh! Don Polidoro Rosales ha sido transportado a París, es cierto, porque los cuerpos se palpan y su ubicuidad es incontestable, pero su ser, su yo, ese está allá, en la calle de Buen Orden y estará siempre aunque él esté aquí. Esto no es una paradoja; es la esencia misma de la verdad.

Don Polidoro desde que se encuentra en París tiene la vista y el oído de las gamas. Cuanto ve quiere recorrer, conocer, escudriñar. Cuanto oye le sugiere el deseo de una explicación. Abruma con las preguntas y se le han aparecido tales pretensiones, que no es fácil darse cuenta de su límite. Averiguó cuáles eran los mejores restaurantes de la ciudad y ha comido seis días seguidos con toda la familia en el Café de la Paix, en el Café de Paris, en Bignon, en la Maison Dorée, en el Café Riche y en el Café Anglais. ¡Oh! Qué escenas tan apetitosas las que se han pasado en aquellas mesas, servidas por los mozos más pillos y burlones de todo París y concurridas por gente que sabe lo que nuestro honorable vecino de Juárez no barrunta. ¡Ver instalarse en su mesa la familia de don Polidoro y presenciar la atadura de la servilleta de los chicos! ¿Qué cuadro flamenco puede competir con aquel ménage primitivo al natural?

El maître d'hotel presenta la carta. Misia Petrona la arroja con indiferencia y... ¡desgraciada señora! En ese papel está escrita la medida de su apetito. Don Polidoro se acuerda de que por allá, hay también lista, y se la pasa a Blasito. ¡Al pobre Blasito! ¡Qué hará Blasito para entender esos títulos presuntuosos del menu, esa erudición culinaria que alimenta agradando, esa retórica bajo la cual un faisán más picado que el del virrey de La Perichole pasa por un pomo de opoponax! ¡En el Ollendorf no hay nada de eso! El Ollendorf es deficiente. A Blasito lo toma la lista sin perros. El maître d'hotel espera con la más impertinente impaciencia desde la altura de dos patillas rubias en una cara completamente afeitada y empolvada. Don Polidoro lo ha amagado con una mirada de humilde consultación, pero el insolente lo ha seguido mirando con cara de esfinge, y don

Polidoro no se atreve ya a una segunda tentativa. Blasito se quema las pestañas. Ha encontrado algo que ha entendido; al menos que ha podido traducir. Perdreaux demi deuil-perdices de medio luto. Lo comunica en voz baja a la mamá. Pero la mamá hace un gesto de duda, vacila y se confunde. Don Polidoro tiene un arranque; coloca el índice sobre el plato decubierto por Blasito y se lo indica al mozo. ¡Él está indignado!

-Et le potage?

(Don Polidoro): -¿Ehhh...?

(Blasito después de vacilar): -Pregunta si no tomamos sopa, papá.

-¡Ah! ¡sí! sopa... sopa. ¿Qué sopa?

La insolencia del sirviente crece por grados:

-Voulez vous velours?

-¡Sopa de terciopelo, papá!

-¡Traduces mal, Blas! ¡No puede haber semejante sopa!

-Sí, papa, velours, es terciopelo.

La familia se consulta y viene el potage velours, después de las agitaciones que han experimentado los estómagos ante la perspectiva de beber los despojos de algún vestido de esa tela. Las perdices de medio luto son rechazadas por unanimidad. Don Polidoro y su señora quieren separar todo elemento triste en el momento feliz de la mesa. Los dos esposos no encuentran en aquel menú intrincado algo que los satisfaga, y la ineptitud de Blasito es cada vez más alarmante. El mozo propone turbot, homard, raie, éperlan. Don Polidoro se lanza audazmente en la senda de lo desconocido y pesca en la rápida recitación del garçon, el único sonido que ha conservado: ¡homard! Pide homard y espera con denuesto el momento del peligro.

En cinco minutos el mozo ha puesto delante de la familia que no gana para sustos y apuros, una enorme langosta de Dieppe, colorada y apetitosa.

¡Que espanto y qué ascos los de misia Petrona! Los niños menores sienten miedo en el estómago. Blasito consulta a don Polidoro. Don Polidoro pasa por un momento de vacilación, arriesga con una sonrisa llena de complacencia una última consulta al mozo, pero éste le da la espalda y mi héroe permanece solo y cara a cara con el homard. Pero don Polidoro es valiente. Él será parisiense a todo trance. Hace el gesto de un desgraciado en momentos de apurar una droga y acomete el homard. No sabe qué se come y qué no se come de aquel animal, y en presencia de la duda, come todo, carne, huevos, hueso y ¡horror! hasta el esófago del monstruo. Blasito ante una mirada furibunda de don Polidoro lo acompaña en aquel duro deber. La señora, como si hubiera comido, pasa por los amargos momentos del asco.

¡Oh París! ¡Qué hermoso es París para la familia de don Polidoro!

Pero no todas son desgracias y aventuras en aquellas comidas. Don Polidoro, siempre entregado a lo desconocido pide un chateaubriand y en vez de una araña, con la que soñaba resuelto a comerla resignadamente, se encuentra con un beefstake. ¡Un beefstake en París!

La familia pide chateaubriand y el hambre se sacia; y desde aquel día puede don Polidoro repetir con orgullo que ha comido y come diariamente en los principales restaurants de París... pero chateaubriand y nada más que chateaubriand.

Habían pasado muchos días sin ver a don Polidoro. La otra noche en Laborde me paseaba con varios amigos. El baile estaba en todo su esplendor. Era aquella una feria de mujeres, de diamantes y perlas, de telas y encajes. ¡Cuánta gracia lasciva en esos cuerpos delgados y esculturales! ¡Qué cabezas adorables, si no fueran vacías como las amapolas! La música excita y la luz eléctrica da a aquella escena un fulgor especial. Todo hay allí, menos franceses. Lo digo por honor a la Francia. Rusos, ingleses, alemanes, italianos y españoles.

-Perdone usted, y americanos; ¡allí viene el señor don Polidoro!

Me doy vuelta, y en efecto, me veo a don Polidoro Rosales, al mismo don Polidoro, restablecido de la insurrección que intentó en su estómago la langosta del Café Riche, del brazo de una damisela de carita chiffonnée, con una toilette deslumbrante, tierna como una alondra, maligna como una viborita, entregada a su compañero como una novia en la primer cuadrilla de las nupcias.

Don Polidoro al divisarme quiso hacer una evolución como un general que se encuentra con el enemigo a retaguardia, pero, en vano. Me adelanté y llegué a su lado más pronto de lo que él había presumido.

-¡Adorable don Polidoro! ¡Es usted un hombre feliz!

-¡Qué le parece, amigo! ¡Si este París me ha sacado de mis casillas!

-Pero ¿y misia Petrona, don Polidoro? ¿y misia Petrona?

-Durmiendo, amigo. Hoy ha visitado cuatro museos y todavía nos queda una semana de trabajo para ver lo que no hemos visto... Y cambiando la conversación:

-¡Háblele, amigo, usted que sabe hablar francés! ¡Verá qué bien habla!

-No, don Polidoro. Yo hablaría por mi cuenta, pero no por la suya. ¡Adiós!

Y don Polidoro sigue la rueda del baile con su linda compañera que le ha dado vuelta la cabeza como a un niño que recién comienza a vivir. ¡Pobre misia Petrona!

Al fin del baile, encuentro a Blasito acompañado también de una señora de cara satinada y ojeras al carbón. ¿Qué les parece a ustedes? A Blasito, al inocente Blasito, ¡haciendo su gasto de Ollendorf concienzudamente!

Salgo del baile y en el Café Anglais don Polidoro cena en ménage pero sin misia Petrona; y Lolotte, -se llama Lolotte, la sustituta de la mamá de Blasito- llama a don Polidoro, mon petit Polidor! Mon Lidor! mon bonbon glacé, mon Loló sucré.

¡Y otras dulces golosinas de este género!

Cuando nos encontremos en Buenos Aires, de vuelta, con don Polidoro Rosales, ¡ya verán ustedes si nadie le mata el punto en cuanto a práctica de la vida parisiense! Será un oráculo para sus congéneres -que son muchos- y tendrá ochocientos mil pesos menos, como ellos.

Ustedes conocen ya uno de los tipos de nuestros viajeros. Pertenece a la gente de edad. Les he de presentar pronto el espécimen del joven para que hagan la comparación.

Los franceses, siempre espirituales, representaron el año pasado una pieza en el Palais Royal en que explotaban bajo el apodo del rastaquoère estos tipos de la América del Sur. ¡Un espécimen del rastaquoère de legitima índole es don Polidoro Rosales! Pero falta el rastaquoère de la juventud. Esta página no ha tenido por objeto hacer una pintura para reír. Es un ataque franco a los que, viejos o jóvenes, sin idea fija ni propósito preconcebido, caen un buen día en Europa y pretenden conocer las grandes capitales porque han rodado al acaso por ellas, como una bola, por un cierto espacio de tiempo.

Las griegas de terracota

París, diciembre de 1880.

Si la civilización actual desapareciera de la faz de la tierra como la de Grecia y la de Roma, y si los arqueólogos del futuro emprendieran una excavación sobre París, como los de nuestros días lo han hecho en Nínive, Troya, Pompeya y Herculano, ¡cuántas maravillas no se encontrarían en las capas subterráneas de la ciudad del arte! Después de los trozos monumentales del Louvre, de la columna Vendôme, del arco de Triunfo, se descubrirían los pisos y los cimientos de los palacios y de los grandes hoteles! ¡Cuánto bronce, cuántas telas, cuántos elementos artísticos irían a enriquecer los museos de la era futura! Removidas

primero las grandes construcciones, se llegaría a las pequeñas, y el hallazgo del hotel de Rotschild sería mucho más que en nuestros días, el descubrimiento del baño o del tocador de una rica dama pompeyana. El boudoir de una artista a la moda, de Sarah Bernhardt por ejemplo, servirla a los poetas y a los folletinistas venideros, para bordar alrededor de sus paredes, de sus tapicerías, de sus muebles y pinturas, una leyenda tan interesante como la que hoy se imagina a los pies del mármol de la musa trágica. Y cuando el pico levantara la primera piedra del taller de Carpeaux ¡qué grito de júbilo no anunciaría la futura edad, esa colección de maravillas que nos deslumbran hoy en las vidrieras de París!

Después de la exhumación de los reyes, de los héroes, de los grandes hombres de estado, de los poetas, de los artistas y de los sabios, se pondría en descubierto esa multitud de estatuas que representan a la mujer de París; la mujer más artística de nuestro período histórico; la única que puede competir, ante las más severas exigencias de la estética, con las antiguas griegas; la que es capaz como ellas de producir una generación de puros artistas, porque está hecha de gracia, de amor, de luz y de poesía. ¡Cuánto no valdría una estatua de terracota representando una loreta en las playas de Trouville, ¡modelado su cuerpo entre las ondulaciones del traje que parece sostenido por nudo invisibles que amenazan siempre para descubrir la intrépida belleza! El arqueólogo del futuro podría restaurar con ellas la vida galante de París, hacer su historia, contar sus episodios, como Boissier ha contado en nuestros días, todos los misteriosos incidentes de la vida cortesana de las ciudades desaparecidas ¡Y de la imaginación de nuestros remotos descendientes inventaría mil historias, mil poemas, mil idilios de esos pequeños modelos del antiguo bello sexo parisiense! ¡Algún restaurador apoderado de los fragmentos de la estatua de George Sand, que posee el foyer del Teatro Francés, creería haber hallado el mármol de Aspasia reposada fácilmente en su silla griega y envuelta en su túnica de lana blanca como una dama de Corinto! Algún otro, en posesión del busto de madame de Girardin, creeríase dueño de la imagen de una de las musas, y restauraría con mano piadosa las injurias del tiempo en el rostro de aquel mármol de la más simpática de las mujeres de nuestro siglo.

Estas reflexiones he hecho al detenerme en el Museo del Louvre, delante de las vidrieras en que se hallan las terracotas de Tanagra, cuya historia se ha hecho ya con suficiente luz para conocer, con alguna precisión, la vida de las mujeres que representan. Los grandes talentos son dignos de los grandes asuntos. Los más grandes escritores, los más excelsos poetas de la Francia, han hecho todos sus artículos y han dicho, todos sus versos al pie de la Venus de Milo. Taine la ha estudiado con la ciencia elevada y con la discreta pero insinuante poesía de su estilo, y Paul de Saint Víctor, con menos tecnicismo quizás, ha bordado lindas frases al pie de la diosa. Leconte de Lisle le ha dedicado el más bello trozo de sus poemas antiguos, y arrodillado ante ella le ha dicho: "¡Oh! ¡Venus, oh belleza, blanca madre de los dioses! ¡Tú no eres Afrodita... visión rosada y blonda... tú no eres Citera, en tu actitud inspirada, perfumando con sus besos al feliz Adonis, y sus otros testigos, que los ramajes que se cierran y las palomas de alabastro! ¡No! ¡Las risas, los juegos, las gracias enlazadas ¡oh musa de labios elocuentes! Se ruborizan ante ti y no te acompañan".

¿Qué es posible decir después de lo que los maestros han dicho, ante ese sublime mármol, que deslumbra apenas lo hemos entrevisto, a la distancia, en la espaciosa sala en que reina?

Pero en cambio de la historia de la diosa, la curiosidad puede detenerse en la de las cortesanas, en la de las damas y en la de las doncellas griegas. Las primeras, sea en carne, sea en barro, han compuesto en todas las épocas el grupo más numeroso, y forman en el Louvre una pequeña población femenina, que está lejos de tener las proporciones colosales de la estatua antigua. Estas mujeres no están hechas del mármol de Páros, ni han resistido por siglos a la acción del tiempo en las plazas de Atenas, de Esparta o de Tebas, ni en los alrededores del Paternón. Son pequeñas, de una elevación media de treinta centímetros; modeladas en tierra roja, ocre casi, son del color de esos guijarros ferruginosos que el mar arroja sobre la playa después de haberles dado la tenuidad de una ostia, y han estado enterradas por siglos en los sepulcros de la Beocia. Pero examinadlas, y veréis que aun aquellas que se encuentran maltratadas y carcomidas por la humedad de su larga clausura, están lejos de tener la absurda y grotesca conformación de uno de esos pequeños dioses lares de los egipcios; hieren el ojo del primer profano que se aproxima a la vidriera en que se hallan expuestas, porque en esas miniaturas de la cerámica antigua, están trasuntadas todas las formas del ser humano con la misma que las trazaron los mármoles, los bronceos o las tierras, salidas de los talleres modernos. Tengo una de ellas por delante. Podría servir de modelo a Cánova mismo. El modelador le ha impreso esas líneas simples y fáciles con que la naturaleza ilumina las cosas bellas. La cabeza surge entre los hombros con una elegancia imposible de transmitir en una descripción. El gesto tiene todos los encantos de la gracia femenina, y ese soplo secreto que le da vida, no está, no, en la línea fugitiva que dibuja la ceja prolongando su arco armoniosamente e imprimiéndole una vaga y embriagante voluptuosidad; no está en la nariz que diseña el más perfecto de los perfiles; no está en la boca, ni en los entreabiertos que dejan escapar el aliento de aquella pequeña porción de barro animado; aquel gesto inundado de gracia y de distinción, está en todo el rostro, como en la Venus de Milo. La pequeña estatua de tierra bien merece un poema, todo un poema, en honor de la correcta belleza que representa.

No he dicho todo aún. He descrito el rostro; no he dicho que una cabeza de reina complementa el conjunto del busto. ¡Y qué cabeza! Rachel habría dado la más ruidosa de sus victorias teatrales, por poseerla, para animar a Andrómaca o idealizar a Ifigenia. ¡Con razón la cerámica artística de nuestros días comienza ya a copiarlas a la par de los vasos y de las ánforas en que sólo ellas sabían brindar con los vinos de Chipre! Y si después del busto, observamos los contornos de la estatua, desde el cuello hasta al pie ¡cómo se agranda ante los ojos aquella arcilla diminuta, que el artista de los tiempos remotos fabricaba habitualmente! En las líneas del cuerpo, traicionadas por el tejido sutil de la túnica, en vano sería ya buscar los contornos ideales de las diosas. Es el arte griego, emancipado de la tradición religiosa, quien las ha trazado teniendo por delante el modelo humano: la austeridad de los escorzos sagrados ha desaparecido. La mayor parte de los ejemplares que tengo por delante, reproducen los encantos reales del físico, y dan el primer paso en el camino del realismo. No es la cortesana cínica e impávida la que se adelanta. Los refinamientos del arte de los griegos en el siglo IV, como los refinamientos del arte francés moderno, se detuvieron en el dintel del gusto y de la elegancia. La licencia se adivina más en la intención que en la acción de los personajes. Si hay descarnadas escenas de cinismo en algunas de las comedias de Aristófanes ¡cuánta poesía no hay en otras! Hasta Júpiter mismo en la leyenda olímpica, se hace cisne para bajar a la tierra en demanda de aventuras. En nuestras heroínas de terracota, y especialmente en aquellas que representan el sexo

galante y cortesano de la Grecia, diríase que las diosas han sido humanizadas; y esta tendencia, como lo observa M. Rayet, se descubre hasta en esa arquitectura que adopta las formas libres del orden jónico, y en la filosofía que con Aristóteles analiza el espíritu humano, y en el drama que abandona el Ágora y se transporta al hogar de Menandro. Es el genio del romanticismo que aparece en todas las manifestaciones de la Grecia.

Veamos, pues, en ese barro, intacto a pesar de los siglos, que ha pasado sepultado en las necrópolis de la Beocia, si es posible reproducir con más arte de la belleza y la audacia de las formas. Es una estatuita de la fábrica de Tanagra; la túnica cubre desde el cuello hasta el pie; el brazo izquierdo, cuyo esbozo aparece entre los pliegues delicados de las ropas, levanta un tanto la veste, imprimiendo al conjunto un sello de exquisita distinción y coquetería. La mano tiene asida una máscara; es la máscara de la comedia, los ojos y la boca recortados en la pasta, ríen con la carcajada de los sátiros.

El pecho de la heroína late bajo la túnica; la curva del seno derecho se diseña discreta, pero voluptuosamente al través de la trama. Las ropas suspendidas con delicadeza por ese obstáculo, caen estrechamente y sin amplitud sobre el muslo, y dibujan la columna marcando la rótula, y esbozando la pantorrilla hasta abatirse sobre el pie. Es pequeña y es de barro, pero a medida que se la admira se agranda, y la presencia de lo bello, nos subyuga. Hay alegría y severidad en su expresión como en todas las bellezas majestuosas, y al verla, nos encontramos dispuestos a forjarnos en la imaginación, el tiempo y el medio en que vivieron los seres humanos que estas estatuas representan, con los patios de Atenas, de Esparta, de Tebas y de Tanagra, habitados por ese pueblo, que, con tanta preferencia había colocado a la mujer, y que en el sarcófago de sus hijos, de sus guerreros y de sus artistas, apiñaba ese pueblo femenino de tierra cocida de que el coroplasta de nuestros días no es más que un copista, servil y humilde.

Hace dos meses me despertaron la curiosidad en el Museo Nacional de Berlín los ejemplares de los barros rojos de Tanagra. Había entre ellos algunos semejantes encontrados en las vecindades de Atenas y de Corinto. Los paisanos griegos que exploran la inagotable mina de tesoros que ha dejado la Grecia en los sellos de su suelo, habían vendido varios de ellos a los alemanes, y M. Otto Luders, el sabio director de la Escuela alemana de Atenas, había tratado de descifrar el rol de esos barros preciosos de la vida antigua. Según Luders, la representación de estas pequeñas estatuas corresponde perfectamente a los individuos de la vida común y diaria, y casi siempre a los de la vida femenina de la cual nos dan una idea exactísima. Eran empleadas ordinariamente en el embellecimiento de las habitaciones; y después, siguiéndose en esto un sistema riguroso, pasaron a adornar la tumba de los muertos y sus sepulcros, en la misma forma en que exornaban sus aposentos en vida.

De vuelta a París, encontré en el museo del Louvre una colección preciosa que pasa de cien ejemplares y de la que no sería difícil obtener reproducciones perfectas. En esta colección, como en la de Berlín y en la del British Museum de Londres, están representadas, como antes he dicho, tres grupos distintos de mujeres, que la arqueología moderna ha sabido clasificar sagazmente: la matrona, la madre griega, que es la imagen histórica del amor a la patria y del honor doméstico; la doncella, que es la personificación de la virgen helénica, pura, ideal y poética; y la cortesana, que es, como en todos los

tiempos, la musa de la gracia y del placer, audaz en los gestos, excéntrica y exagerada en el traje. M. Rayet, que ha consagrado un precioso estudio a las figuras de Tanagra, ha clasificado los tres grupos de mujeres que ellas nos ofrecen, y ha hecho su retrato con una precisión admirable. Después de haberlo leído hasta examinarlos, en los armarios del museo del Louvre, para distinguir estas tres jerarquías en que la mujer de todas las épocas aparece siempre dividida.

He aquí por ejemplo una virgen tanagrense: su actitud es mesurada, la túnica es escasa y estrecha, las formas incólumes de la virgen se adivinan como una prueba de su pureza y de su castidad, la inocencia y la virginidad van proclamadas por la esbeltez de todos los contornos, la cintura es estrecha, la maternidad no le ha hecho perder su ligereza y su agilidad, un simple cordón la ciñe sin oprimirla. En la matrona la abundancia de los pliegues de la túnica disimula más el contorno. Es Medea, o cualquiera de las madres griegas, cuya historia nos hacen las tradiciones. Las proporciones físicas son mayores, la majestad reemplaza a la delicadeza, una especie de valor varonil impreso en el rostro, acentuado en toda su actitud, sustituye a la manifiesta debilidad adolescente que distingue a las primeras. En la cortesana todas las líneas esculturales se exageran en la actitud provocadora, como es natural; el busto, el cuello, y la línea de su torso; las ropas talares dejan el brazo completamente descubierto y el aro de oro le oprime más arriba del codo. Si es una tebana, su pie se halla primorosamente cubierto; los lazos que lo cierran han sido tan perfectamente ajustados que le conservan sus formas naturales. El calzado de las cortesanas modernas, disfraz, martiriza y altera el pie, con el taco y los recortes que descubren los colores seductores de la media. La griega, trataba de lucir toda la armonía que la naturaleza había impreso en ellos, y, en vez de ocultarlos, provocaba desnudándolos.

Hay otros barros que podrían servir de figurines, para demostrar que la moda era exigente y aun variable en Grecia. M. Rayet ha encontrado que una de las estatuillas del Louvre está peinada exactamente a la Dubarry. En otras, no falta ni el chignon, ni ninguno de los arreglos con que se hace servir el cabello para cubrir la frente. Hay alguna que representando a una cortesana, conocida por la modestia de su traje y por la expresión común y sensual de la figura, destaca claramente su rol entre el grupo de sus compañeras. No faltan ni cantatrices, ni tocadoras de cítara, ni bailarinas, en este pueblo de tierra cocida de los hornos de Tanagra, la más rica y la más lujosa de las ciudades de la Beocia. Toda esa sociedad de pequeñas estatuas ha vivido y ha amado: ha cantado a los dioses, a los héroes, a la patria y al amor. Adornan algunas su frente con acanto como las heroínas que anima el verso ático de mi querido amigo Carlos Guido -griego vivo que se ha quedado cantando en las azoteas de Corinto- y aunque presas todas en su pequeño pedestal, podría decirse que de un momento a otro van a moverse con el paso rítmico con que andaban cuando vivían.

Hay otras, que como las elegantes viajeras de nuestros días, usan el sombrero y el velo. El abanico es una pantalla formada por una hoja de loto, y si pretendemos averiguar cómo esas mujeres ideales arreglaban sus ropas y sus peinados, y satisfacían todas las reglas a que la coquetería femenina somete el traje, no tenemos sino que recorrer con un poco de paciencia todos los elementos de que componía el tocador de las damas griegas. La más exigente mujer de nuestros días quedaría satisfecha ante esa colección numerosa de peines, de pinzas, de tijeras y otros muchos utensilios que constituían su tocador. Fue aquella una época más exagerada y refinada que la de la corte de Versailles, y ninguna de las mujeres

de Molière, en cuanto a elegancia y al gusto, fue superior a aquellas hijas de Venus y de Apolo -la suprema belleza del hombre y de la mujer que adoró esa raza privilegiada.

La existencia de los barros de Tanagra en los sepulcros se explica fácilmente. Para los griegos de todos los tiempos el sentimiento de la inmortalidad del alma ha sido universal. Si la filosofía lo negó un día, el pueblo nunca lo desconoció. Rayet recuerda la inscripción del cenotafio que los atenienses levantaron en la academia a los ciento cincuenta ciudadanos, que sucumbieron en el sitio de Potidea.

"El éter ha recibido las almas, y la tierra los cuerpos de sus hombres".

"Y delante de las puertas de Potidea han sido amortajados".

Los héroes de Homero encuentran sus padres, sus hermanos, sus amigos y enemigos en la otra vida. Virgilio, siguiendo en su poema inmortal las rutas del poema griego, nos cuenta el encuentro de Eneas con Anquises, con Palinuro, con Dido. Había pues para la antigüedad una vida eterna, que las religiones modernas, y especialmente catolicismo, se han dado empeño en materializar.

No ha mucho, en el día de difuntos, recorría yo los tres cementerios clásicos de París. Las tumbas del Père Lachaise, de Montmartre, de Montparnasse, estaban cubiertas de coronas, de imágenes y amuletos, salidos de las manos de los grotescos artífices de abalorios y de santos. Entre nosotros sucede lo mismo. La idolatría popular que en los pueblos católicos es siempre mucho más exagerada que en los demás pueblos, ha hecho una fiesta de ese día. La sociedad practica inconscientemente un acto de la más remota tradición histórica. La imagen protectora del patrono acompaña el ataúd. El sacerdote duerme con sus hábitos y los atributos de su rango. El militar con su bandera y con sus armas. Es un homenaje que los vivos no tributaríamos nunca a los muertos, si creyéramos que con la frialdad letal del cuerpo había muerto también el ser invisible que lo animaba.

Los griegos, más lógicos que nosotros, daban en tierra cocida a sus muertos queridos, las imágenes de todo lo que amaron en vida. Al padre guerrero sus armas, la estatua de la esposa, de sus hijos, de sus amigos. A la madre todos los encantos del hogar que la muerte le arrebató. A la virgen las flores y las deidades vestales, inspiradoras de la inocencia y de la virtud. Al artista sus inspiraciones. Al amante todo aquello que amó en vida, la cítara, el ánfora sellada con el vino empleado en el último festín, la copa en que la esclava escanciaba la última porción, las queridas coronadas de tomillo y de verbena.

Bajo esta regla, la sociedad moderna, más tímida en estos detalles que la griega, encontraría un ejemplo más natural para honrar a sus muertos. En el panteón que guardase los restos de Byron, los griegos habrían colocado la imagen de todas sus queridas, desde la rubia vaporosa del norte, hasta la quemante odalisca del sur. Musset en vez de pedir a sus amigos el sauce de sombra mustia, habría pedido una pequeña estatua del autor de Indiana. La tumba de Cherubini sería una apoteosis, y la de Rachel pondría en conflicto la seriedad de algunos de nuestros contemporáneos. Somos una sociedad tan libre como la de Atenas en los tiempos galantes, pero mucho más hipócrita. Damos a la publicidad una exageración a veces perjudicial, y ni ante la muerte misma nos detenemos para hacer la historia del

desaparecido. Alrededor del sepulturero de M. Sainte-Beuve, sus cariñosos secretarios le han puesto una buena fila de estatuillas parisienses, mucho más inconvenientes que si fueran de terracota y estuviesen colocadas alrededor de la caja que guarda los despojos del eximio crítico.

¡Oh barros de Tanagra! Vosotros no tenéis las formas colosales de los mármoles que labraron los hijos de Fidias; no sois el blanco y pueblo de estatuas que se agrupó un día bajo los muros del Partenon; sois de arcilla, y la grandeza de las formas no os da la imponente actitud de los colosos pero en cambio representáis la vida, la sociedad, la familia, las costumbres y los vicios y las virtudes del más artista de los pueblos ¡de aquel que hizo un culto de la belleza y un anhelo de lo sublime!

Eugenio Labiche en la Academia

París, diciembre 1.º de 1880.

Decididamente la Academia francesa se democratiza. A los que de lejos hemos leído las tradiciones solemnes del templo de los inmortales, una de sus fiestas, la consagración de un neófito, nos parecía una ceremonia grave que no podía presenciarse sin cierto respeto religioso, impuesto por los sacerdotes que ocupan aquellos asientos y por el místico auditorio de fieles que compone su público. El recién llegado no podía pisar tranquilo las losas del Instituto, ni levantar la voz bajo sus bóvedas con el proverbial buen humor con que lo haría, si en un círculo de artistas hiciese la primera lectura de una comedia de costumbres. Desde Chateaubriand hasta Dumas hijo, todos han sentido en sus estrenos las profundas y extrañas emociones que el escolar experimenta en sus exámenes. Pero hoy, el templo de Apolo parece dispuesto a conceder un altar a Momo. No es Hugo ni Lamartine quien salva el pórtico augusto, haciendo resonar el clarín de bronce de las Odas, el primero, y la lira de las Meditaciones, el segundo. El autor de Hernani entró erguido y ostentando todas sus armas a la Academia. Hubiérasele podido comparar a un guerrero galo penetrando en una aula romana, cantando sus himnos luciendo sus trofeos, hablando su lengua propia, rompiendo los ídolos consagrados, y arrasando el Olimpo ante el cual cantaba la musa antigua. Fue solemne su entrada como lo fue la de la mayor parte de los reformadores. Pero hoy, en las grandes solemnidades, se va a pasar un rato de buen humor a la Academia, y M. Eugène Labiche, el nuevo iniciado, ha hecho en vez del discurso de ingreso, una comedia en un acto, cuyo personaje principal ha sido M. de Sacy su antecesor. Desde que el electo abrió la boca, publicó sonrió, rió enseguida, y acabó por sucumbir de risa. Diríase que Coquelin leía una escena de Molière, y no que la Academia se preparaba a recibir un nuevo miembro. M. Labiche se consideraba tal vez en el teatro del Palais Royal, representando una de esas comedias, suyas o de Thiboust, que se llaman Les Diables Roses o Une

Corneille qui abat des noix, en cuya interpretación todo respeto académico desaparece, toda formalidad sucumbe para dar alas a la alegría, al buen humor y... digamos la palabra que entre nosotros expresa mejor la idea, a la jarana. Monsieur Labiche ha hecho un discurso humorístico de primer orden, y el público ha reído de buena gana, y no sólo el público sino hasta los mismos inmortales. Por otra parte, el mismo neófito, en las primeras palabras de su arenga, adoptó la actitud de master Punch; puso la cara alegre, el gesto burlón, la risa en los labios y su gracia brotó y creció alternando con recuerdos sentimentales para su antecesor. Pero el hecho es que M. de Sacy no estuvo quieto un sólo momento mientras Eugène Labiche esbozó su retrato físico y literario. M. Labiche ha sido franco al ver abiertas ante sí las puertas de la Academia, y lo ha confesado en las primeras frases de su discurso. En ellas ha declarado que ha sido siempre libertino del estilo y de las ideas, y que cuando soñaba en la Academia parecía soñar con castillos en España. Él, el hombre de los diálogos, se ve en el caso de tratar el monólogo, la alocución, el discurso, académico, y se encuentra embarazado. Pero M. Labiche, como lo digo antes, no ha hecho un discurso, ha renunciado al monólogo, y haciendo una travesura finísima, ante los mismos académicos, ha salvado las formas, ingresando con la lectura de una escena cómica. El ardid ha tenido un éxito completo.

Si la Academia francesa pretende defender su tradición, está obligada a cerrar la puerta a los escritores del género de M. Labiche. Es la situación que le corresponde, para conservar su carácter. O es una institución seria aun a riesgo de ser aburrida, o no es una institución seria aun a riesgo de convertirse en un teatro alegre. Los autores como M. Labiche no deberían aspirar a las verdes palmas, y en caso de pretenderlas, la Academia no debía discernírselas. No quiero que se me tome por retrógrado. Si pienso que Labiche no es, digno de la Academia, creo también que Labiche no necesita de ella como no la necesita ninguno de los que siguen hoy en Francia su género literario. En este camino, todos los inventores de frases y de palabras espirituales, serían mañana inmortales, y va a ser cosa de admirar, de aquí a medio siglo, el templo augusto de las letras servido por sacerdotes tan alegres como el autor del Chapeau de paille d'Italie, y como otros, muchos que siguen sus aguas. Se dice que Labiche es un autor dramático de un talento verdaderamente excepcional. ¿Quién lo niega? Pero aquí, donde Augier, Dumas y Sandeau han tratado con un brillo y con una ciencia incomparables el teatro moderno; donde Thierry, Michelet y Littré y tantos otros viejos y queridos maestros han modelado, esas miniaturas, esas preciosidades del lenguaje y de la historia que se llaman los Merovingios, la Historia Romana, el Estudio sobre los Bárbaros; donde Taine ha levantado tan en alto los estudios literarios, artísticos y políticos, haciendo un curso del desarrollo intelectual de la Inglaterra, un culto de la estética griega, un ejemplo para la Francia moderna de su pasado revolucionario; donde E. Renan ha profundizado como filósofo y como filólogo los orígenes del lenguaje; donde Egger y los dos Paris, Paulino y Gastón, han hermanado las bellas letras con los estudios serios, sin caer en la monotonía de las recitaciones ni en la informalidad de las ideas y del lenguaje; aquí en Francia, ¿quién podrá sentar al alegre Labiche al lado de los que acabo de nombrar, sin incurrir en una incongruencia, que él mismo ha sido el primero en reconocer por los francos escrúpulos que revela en toda la introducción de su discurso?

M. Labiche es un vaudevillista distinguido, tal vez el primer autor cómico de ese género. Sus obras duran un invierno para ser sustituidas por otras que viven la misma vida efímera

de sus hermanas. Nunca ha tratado en el teatro la verdadera comedia de costumbres, para la cual Emilio Augier, el autor de la introducción de sus obras completas, le encuentra tantos y tan variados talentos. El género de M. Labiche es el género fácil de los autores parisienses, que alcanzan los grandes éxitos en los escenarios del boulevard, donde Judic atrae al público siempre nuevo y variado de los extranjeros. Temo que mañana, Alb. Millaud, Thiboust, Meilhac y Hennequin, entren en la Academia por la misma puerta que entra hoy Labiche, porque aunque inferiores y subalternos, comparados con el autor de *Le Voyage* de M. Perrichon, las campañas literarias de unos y otros cuentan victorias del mismo orden.

Y es tanto más curioso y original el ingreso de M. Eugène Labiche a la Academia francesa, cuanto que el asiento que ocupará en ella de hoy en adelante fue ocupado por antecesores que se llamaron La Bruyère y Montesquieu. El autor de las alegres farsas cómicas del Palais Royal y de Varietés ha convertido en cátedra del chiste y del buen humor, aquella poltrona que dignificaron sus antepasados, y el mismo M. de Sacy, que, según Labiche, no era un modelo de tolerancia con los autores contemporáneos. El nuevo académico ha hecho, en una parodia cómica bastante viva y chispeante, el retrato literario de M. de Sacy:

"¡Quién diría señores que M. de Sacy, hiciera uso de una enorme carroza del siglo XVII para viajar al través de nuestra literatura moderna? Se encerraba en ella con sus provisiones; calcularéis cuáles serían ellas: sus autores propios, vestidos de ricas encuadernaciones. Camina al paso corto de su vehículo y habla con sus amigos en una lengua admirable; no se baja jamás; apenas asoma la nariz a la portezuela para saludar a algunas relaciones con la punta de su pluma. Si un transeúnte lo detiene, le dice: -Perdón, ¿sois Bossuet? ¿Sois Massillon? ¿Pascal, La Bruyère? -¡Ah! no. -Entonces excusadme; no puedo contraer nuevas relaciones- y continúa su camino. ¡Ah! ¡Cuánto no diera por encontrar a Cicerón, aunque no sea de su época! Es un viejo amigo. ¡Pero Cicerón no sale ya a paseo!

M. de Sacy no tenía mal gusto. El célebre autor cómico que lo hace caminar y hablar en una verdadera escena de teatro, a cuya lectura ríe el público que ocupa las tribunas de la Academia, ha de haber pasado muchas veces al lado de la carroza de M. de Sacy. A nadie mejor que a M. Labiche podía haberle dirigido sus preguntas M. de Sacy. -"¿Sois Molière o por lo menos sois Regnard, Piron, Marivaux, Picard? -¡No!- Pues escusadme, ¡no quiero contraer nuevas relaciones!"

Sin haber estado en ninguna de las grandes recepciones de la Academia, puede asegurarse que jamás neófito alguno ha tenido un público con más humor de reír que el que presenciaba el otro día el ingreso de M. Labiche. Bastaba echar una ojeada alrededor de las tribunas, para notar que la gran mayoría estaba formada por sus adeptos: cronistas, folletinistas, mujeres y hombres de teatro, ¡todos con la sonrisa en los labios, y con las manos prontas para aplaudir la parodia de M. de Sacy! Ni un golpe de espíritu escapa a aquel auditorio risueño, y cuando el orador se desvía por un momento para pintar mi rasgo serio de su antecesor, reclamado por la exactitud del retrato, el público bosteza, comienza a fatigarse hasta que un nuevo chiste lo electriza y lo vuelve a su buen humor. Es necesario

que M. de Sacy haga el gasto del día, y que todos rían a expensas del eximio hablista que ha dejado su sitio a Eugène Labiche.

Era natural que aquel auditorio no se resolviera el estado de hilaridad a que lo había el discurso de M. Labiche y que encontrase una insoportable monotonía la réplica de M. John Lemoinne. ¡Oh! ¡M. Lemoinne! ¡Va a leernos un editorial del Journal des Débats! Va a borrar de los labios de estas lindas y jóvenes mujeres, la sonrisa que han dejado en ellos las últimas malicias de M. Labiche. ¡M. Lemoinne es insoportable! ¿Quién sufre la lectura de sus artículos? ¡Es demasiado académico! ¡demasiado grave, horriblemente aburrido! ¡Qué contraste entre Labiche y M. Lemoinne! Acabamos de apurar un jarabe de haschisch que nos ha transportado a un mundo de luz, de gracia y de alegría... y enseguida M. Lemoinne nos administra su elocuencia opiada. ¡Durmamos o bostecemos a lo menos, mientras dura el suplicio!

He aquí la sustancia de lo que el auditorio del otro día decía del discurso de M. Lemoinne; y si el juicio se considera exagerado, me remito a los resúmenes que le Figaro, l'événement, le Gaulois, y otros diarios alegres, dan de la recepción de M. Labiche. Entretanto, en mi humilde juicio, el discurso de Lemoinne ha sido una pieza capital, mientras que el de Labiche no durará sino lo que ha durado el tiempo de pronunciarlo. Pero el público de ese día iba dispuesto a ver quemar ante su vista un fuego artificial de la India, una rueda inflamada que escupe todos los colores del arco iris, que gira entre una nube de chispas y rayos, y que tiene su cohete final, la detonación y la iluminación que aturde y que deslumbra a los espectadores, y después... dando las últimas vueltas sobre el asta la rueda apagada que poco a poco desaparece en la oscuridad. La función ha concluido, y M. Labiche ha quemado su pólvora para hacer reír a sus amigos.

John Lemoinne, a pesar de ser casi un valetudinario conserva toda la agilidad de su espíritu, y no busca nunca los éxitos efímeros del público de M. Labiche. Así es que su oración, desde el principio hasta el fin, es un verdadero discurso académico y una réplica fina, aguda y sobria al mismo tiempo. M. Labiche ha hecho algunos párrafos sobre la prensa diaria, y bellos párrafos, digámoslo con franqueza. "Lamentemos en nombre de las letras -dice el nuevo académico- lloremos, más bien dicho, al ver tantas bellas y grandes inteligencias, que no hacen el libro que nos deben, y que desparraman y desmenuzan su talento, su verbosidad, su buen sentido, su pasión misma, en obras que sólo alumbrar el sol de un día y que enseguida se sepultan en las catapultas del diarismo como las llamaba tristemente M. de Sacy".

M. Labiche canta su propia elegía, y M. Lemoinne se lo ha hecho sentir con una cortesía que parece brotada de los labios de una mujer de mundo. ¡Cuánto talento no ha derrochado el autor de Le Voyage de M. Perichon desde veinte y cinco años a la fecha! Hasta hace poco, sus obras estaban desperdigadas en las ediciones parciales de sus estrenos. Los escenarios de París en que se representan los vaudevilles de Labiche, son otras tantas imprentas; sus obras, otros tantos diarios, que alumbran el sol del día. El genio fecundo del viejo Dumas, ligero pero, libre y admirador, ha dejado un teatro, un teatro que mientras haya literatura francesa. Scribe, cuya comparación con Labiche ha hecho sagazmente con M. Lemoinne, ocupa una buena fila del archivo de la Comedia Francesa. Pero todo el talento de M. Labiche, todo su genio excepcional, se ha despilfarrado en su eterno buen

humor. Labiche no ha hecho sino una comedia para el Teatro Francés, *Moi*; y después, ha consumido su espíritu como un cigarro, en nubes de humo blanco y perfumado. Su teatro es pues como el diario. Sus piezas viven como los folletines de sus contemporáneos: globos de jabón que irradian colores del iris, y que se desvanecen apenas han deslumbrado al auditorio.

M. Lemoigne ha contestado bien, cuando defendiendo a la prensa dijo: "Os lamentáis del desperdicio de talento que reclama la producción cotidiana y apurada de diarismo. La materia de esta discusión nos arrastraría muy lejos. Me limitaré a decir que es necesario ver en esta producción improvisada, otra cosa más que la forma literaria; es necesario ver la acción. La Academia lo sabe bien, porque fuera del círculo especial de las letras, ella va frecuentemente a buscar a los hombres de estado y a los oradores. Preguntáis si Corneille y Racine se hubieran perdido o no en el diarismo. No lo sé, pero creo que Voltaire ha sido el más grande de los periodistas, como creo que Pascal ha sido el más grande de los panfletistas".

Y si la sobriedad del discurso de M. Lemoigne no lo hubiera detenido en los preliminares de una réplica medida, podía haber comparado, aun en tiempos más recientes, a Paul Louis Courier, diarista y panfletista, con el mundo populoso de los vaudevillistas, que nacen, viven y mueren como los infusorios, inadvertidos o desconocidos por la generalidad. La prensa, es cierto, exige la producción cotidiana, exige la improvisación y sobre todo la oportunidad; pero como ha dicho muy bien M. Lemoigne, hay que ver en ella la acción, la acción que se ve en el gobierno, en el parlamento, en el pueblo en fin. Es una fuerza lógica y permanente que tiene su duración, por más que el consumo intelectual que exige no alumbre sino un solo instante. Pero ¿qué queda después de la temporada de una representación de M. Labiche? Doscientas noches se ha mantenido el anuncio, pero a las doscientas noches, todo ese público ávido de emociones que entra por una puerta del teatro y sale por la otra, para dar lugar a los curiosos de la noche siguiente, ya no se renueva; comienza a disminuir, y la pieza se archiva, y M. Labiche queda notificado de que tiene que producir más gas, bajo pena de caer en el olvido. La reprise de sus piezas cómicas se realiza rara vez. Es necesario producir, siempre producir con poca esperanza de hacer un capital que se pueda llamar el teatro de M. Labiche, como el que se llama el teatro de A. Dumas.

A. Labiche se compara al guerrero galo, semi-bárbaro, bárbaro, penetrando en Roma para aprender la elocuencia y respirar el perfume de las bellas letras, pero ¡es todo lo contrario! El guerrero galo en la Academia ha sido Víctor Hugo que penetraba hablando una lengua indómita, y que helaba de espanto a los retóricos meticulosos de Roma. Era el bronce, que herido por su brazo, resonaba en medio de aquel cenáculo acostumbrado a oír la trompa épica; eran los instrumentos profanos de las Orientales, los que mezclaban sus acordes en aquel concierto de liras griegas. Hugo fue un verdadero innovador porque acometió con un idioma propio destinado a substituir el del país invadido, y con ideas nuevas que representaban una lucha atrevida entre dos corrientes contrarias. Era la Galia verdadera la que despertaba en sus escritos, para arrojar al pedantismo griego que expiraba abrumado por la jerga de los retóricos. Pero M. Labiche, que según su propia palabra, "es un inspirado de la pequeña musa que se llama el buen humor" ¡parangonarse con los guerreros galos! Debe esto tomarse por un rasgo de su espíritu ligero y no por una

comparación seria. ¡M. Labiche se mofa! "Hemos reído, agrega, y hemos hecho reír. ¡Espero pues que se me perdonarán mis pecados!"

Este lenguaje acariciador e insinuante, no corresponde al de un guerrero galo. M. Labiche que desea respirar el perfume de las bellas letras y aprender la elocuencia, olvida que desde el origen, que él le atribuye, la literatura francesa ha producido monumentos notables que son algo más que buen humor. Si M. Labiche se hubiera comparado a los improvisadores meridionales que saben que mientras tienen el laúd, no les falta un verso o un concepto en el labio, entonces habría estado en la verdad y podría haber contado a los académicos, con ese eterno y chispeante buen humor -su musa fiel- cómo es que han llegado él y su grupo, a forzar toda la clave del idioma francés, a inventar palabras y conceptos, a parodiar toda la sociedad con los colores más subidos de lo grotesco y de lo inverosímil; a hacer reír, nada más que a hacer reír, con esta pequeñita musa del buen humor que salta en los vaudevilles como una locuela y que acaba de hacer sus piruetas alrededor de la venerable figura de M. de Sacy. Debía haber exhibido sus elementos de éxito M. Labiche. Una cabeza pródigamente dotada por el buen dios de la alegría y nada más. "Yo soy, debía haber dicho, un cantor de las calles, y como canto bien, tengo el derecho de sentarme entre vosotros que sois los personajes más aburridos de la tierra". Se habrían escandalizado muchos de sus nuevos colegas, pero al fin y al cabo se habrían conformado, y las musas, las musas tradicionales de la fábula, habrían hecho de buena gana un lugarcito a sus pies a la pequeña musa bufona de M. Labiche.

La recepción de M. Labiche me ha permitido ver reunido a una gran parte del París artista, literario y político. Reconocí a Jules Simon, a quien hace poco le he oído pronunciar un discurso en el Senado que ha merecido los aplausos de los enemigos de la República. A Ferry, a Guillermo Guizot, a Cuvillier-Fleury, León Say, Francisco Sarcey, Ambrosio Thomas, Massenet y un grupo de lindas mujeres entre las cuales brilla la nueva generación de la calle de Richeieu. Faltaba Víctor Hugo, y una alusión bastante viva de M. Lemoine llevó los ojos de todos al asiento vacío del viejo maestro. El redactor del Journal des Débats recordó las palabras de M. Thiers a propósito del romanticismo: "Me acuerdo que una mañana, dijo, en los peores días de 1871, M. Thiers, a quien había ido a visitar a Versailles, me pedía noticias de M. de Sacy. Le contesté que seguía enamorado de sus viejos libros, menospreciando siempre a los románticos; y M. Thiers me observó, con aquella vivacidad de la que conservaréis el recuerdo: -¡Ah! tiene mucha razón Sacy, ¡los románticos son la Comuna! Dejo al romanticismo que se defienda por sí solo: él ha llegado a ser una institución, un reino, ¡y hasta tiene un rey!"

El rey estaba ausente, quizá porque juzga que el romanticismo, sus hombres y sus ideas, no tienen nada que ver con la pequeña musa de M. Labiche, hija ligera del buen humor y de la alegría.

La prensa feroz

París, diciembre 19 de 1880.

La prensa, es un arma indudablemente; una arma terrible en manos de quien la sabe esgrimir. La punta de una aguja habría hecho brincar al mismo Cid; una frase, un adjetivo feliz, un apodo, uno de esos rasgos agudos de la pluma, intensos como el perfil de una caricatura, bastan para sajar en un espíritu y dejar muchas veces clavado al adversario, frente a frente del ridículo. Don José Joaquín de Mora, el célebre y cáustico literato español que había afilado su pluma en la misma piedra que la afiló Junius, mató con un epigrama, como de un pistoletazo, a un presidente chileno que lo perseguía. La víctima acababa de comer, un diario recién impreso le cayó a la mano, el epigrama en verso estaba allí como una lanceta, la impresión fue horrible, reventó una arteria, y hubo un cadáver a los pocos momentos.

Desde Juvenal, la sátira amarga, saturada de sarcasmo, inclemente, vengadora, ha hecho su camino por el mundo, sea fulminando con Némesis, o burlando con la máscara cómica. Quevedo y Voltaire, Junius y Paul-Louis Courier, son los grandes representantes modernos del panfleto. Y démosles su grande y honroso título: son los primeros diaristas de los tiempos modernos. Un día el doctor Gutiérrez, siendo yo niño, puso en mis manos la edición de Quevedo, de Rivadeneira, y me hizo leer al autor de los Monopantones. ¡Que extraña impresión la que me produjo! Al cabo de una semana tenía la memoria llena de sus frases y de sus períodos, y lo más curioso era que ellos podían aplicarse a todo lo que me rodeaba, y todo era nuevo, todo era original. ¡Cuán poco había progresado desde entonces en España el esprit manado del siempre alegre y sesudo ingenio!

Los otros, nos son más conocidos, porque no son españoles. Pero Quevedo, que no le cede a Voltaire en agilidad, lo aventaja en profundidad, porque el poeta español es un sabio de primera ley. Junius conmovió con la pluma a la sociedad más conservadora y aristocrática de la Europa, y Paul-Louis Courier ha quedado consagrado como el más puro, y el más fino de los estilistas franceses de nuestra época.

En nuestros días, la prensa ha imitado a los maestros, y en Francia sobre todo, ahora veinte años, no más, parecía encendida todavía la antorcha de la musa que tizna o que lacera. Barthelemy sobrecogió de espanto a sus enemigos con aquel raudal de rimas candentes que les arrojaba al rostro día por día, sin dar tregua a su pasmosa fecundidad. Era la resurrección de Juvenal. El mismo sarcasmo, la misma ira, sus carcajadas burlonas y trágicas a la vez, sus imprecaciones cortas y rápidas como un tajo. Aquella hoja rítmica era un cáustico; y a medida que el alejandrino golpeaba sobre el consonante, las chispas brotaban y producían el incendio. Hugo ha hecho también los Castigos que son del género, y de mano maestra.

Pero en todos los nombres que acabo de citar, no hay uno, uno solo siquiera, que no haya rendido culto a la forma. Todos son maestros del estilo. Quevedo suena al oído con

toda la majestuosa cadencia del concepto castellano. Voltaire salta y chispea. Junius llega hasta ser artista. Courier es el primer hablante francés de su siglo.

La lectura de sus grandes sarcasmos podrá revelar más o menos la malignidad de sus ingenios, pero ante todo denota la profunda educación literaria que los distingue. Son dueños de los secretos del lenguaje para expresar todo aquello que les conviene decir; pero jamás hacen degenerar el ataque en el repugnante pugilato de las palabras gruesas, ni en las declamaciones melodramáticas de los cómicos de la prensa.

Y bien, París, está siendo el teatro en estos momentos, de un combate a mano armada entre periodistas. Agotado el viejo esprit gaulois, se descargan sin tregua todas las insolencias del diccionario. ¿No hay palabra bastante cruda o insultante en él?... pues se inventa la palabra, porque todas son buenas tratándose de poner a la miseria al adversario. Ni los viejos periodistas, ni aquellos que aprendieron a hablar en los salones de las Gay, se exceptúan en el combate de las inmundicias contra las inmundicias. Girardin escupe sobre Rochefort, Rochefort sobre Girardin. Nada más curioso y típico que esas reyertas de cocheros que se atropellan en las callejuelas angostas. Todos los términos vulgares de la provincia, son pocos para insultarse entre ellos, mientras que se agota la paciencia del desgraciado que ocupa el fiacre. Sólo comparable, con una de estas escenas, es el espectáculo que da cierta prensa de París en este momento. Y, como en todas partes donde se insulta y se calumnia, se denuncia y se infama la hoja más adobada de vocablos es la que despierta más demanda en el público, he aquí que la prima de los insultos se levanta todos los días, y no es fácil marcar los extremos a que llegará el escándalo.

Los promotores de este pugilato obscuro y repugnante son los escritores de la Comuna. Amnistiados por un sentimiento de patriotismo, a mi juicio malísimamente entendido, han vuelto a su tarea de demolición. M. Félix Pyat ha sido el iniciador. Castigado honrada y severamente por la justicia, ha fugado para escapar a las consecuencias de la sentencia y ha delegado en M. Rochefort la tarea de continuar. M. Rochefort es un perro de presa. Sentado en su escritorio de l'Intransigeant -he ahí un lindo título para el diario de un amnistiado- no escribe, tira dentelladas a todo el mundo, y no perdona ni la memoria de los muertos ilustres. Hace tres días que ha tenido lugar el entierro de Mme. Thiers. M. Rochefort la ha llamado la esposa del gran asesino. Ha dicho, con el propósito de desahogar sus odios comunistas, que el cortejo se componía de extranjeros y de indiferentes; y mientras todo París, republicanos y monarquistas, se inclinaban con profundo respeto y consideración ante la tumba de la compañera del libertador de la Francia, M. Rochefort se vengaba de la ovación, la parodia de un entierro.

M. Reinach, en el Voltaire, le echa en cara su ingratitud para con Gambetta. Le recuerda que en 1871, Gambetta ha sido su protector, que Alberto Jolly, el joven y valiente diputado que acaba de morir en Versalles, y sobre cuya tumba Gambetta ha pronunciado uno de sus discursos más sentidos, ha sido su abogado, su defensor, su amigo y sostenedor desinteresado; y que él, M. Rochefort, no ha asistido a su entierro, dando una prueba de negra ingratitud con ese acto. Rochefort, queriendo hacerse un parangón de igual a igual con Gambetta, asegura que no ha concurrido por no encontrarse con el presidente de la Cámara a quien desprecia. M. Reinach, bajo el seudónimo de Historicus, le recuerda, entonces todo lo que debe a Gambetta, y le afirma que en otro tiempo, ha buscado su

influencia sobre M. Thiers, para obtener el perdón por su complicidad con la Comuna. Rochefort niega el hecho y reta a Historicus a que le presente una prueba. Historicus publica una carta de Rochefort que presenta de relieve toda la verdad de lo aseverado por el Voltaire. Rochefort se encrespa, se espeluzna, e iracundo penetra en las oficinas del Voltaire y promueve a M. Laffite, el director del diario, una escena melodramática, en la que le exige el nombre verdadero de Historicus. M. Laffite lo despacha con energía y habilidad; y al día siguiente, M. Reinach se descubre y le dice "¡y bien, Historicus soy yo!",

M. Rochefort ha quedado corrido. Desafía a Reinach, pero Reinach no le acepta el duelo. Entonces viene la lluvia de apóstrofes, de injurias, de atrocidades literarias, de adjetivos indecorosos. Y para que no se crea que exagero, copio las palabras de un artículo del Voltaire, que lleva por título: La Vergüenza de la Prensa.

"Jamás en ningún país, ni en ningún tiempo, aun en las épocas más manchadas con sangre de nuestros anales revolucionarios, la prensa francesa ha caído más abajo de lo que la han hecho caer, de un mes a esta parte, los ciudadanos Laisant y Rochefort; ¡no es ya la invectiva, ni la injuria; es el vómito! ¡Y qué vómito!"

Entre tanto, la opinión pública de Francia con una mayoría incontrastable y avasalladora, ha juzgado el asunto de una manera tremenda para el periodista demagogo. Y este juicio no es sólo el de la opinión pública de París; es el de toda la prensa extranjera, que a una sola voz le ha hecho sentir el profundo desprecio que ha despertado el infamador iracundo.

Y no podía ser menos. El redactor de l'Intransigeant ha querido luchar contra el ridículo y se ha llenado de oprobio a sí mismo. En defensa de los intereses del partido comunista, ha abierto su campaña de denuestos, injurias y delaciones, contra los hombres de un gobierno vigoroso pero honrado, y ha excitado todos los odios del público iracundo que lo acompaña. El Voltaire, con una carta de su propio puño y letra, le demuestra que Rochefort, para salvarse de su complicidad con la Comuna y con sus hombres, ha renegado contra ellos en el momento del peligro. El difamador se encuentra enredado en su propia trampa, y acude al medio de defensa más triste que es posible imaginar. "Yo he escrito esa carta, dice, es mi firma la que figura al pie, pero fue Alberto Jolly, mi defensor, quien me la hizo escribir y sin mi anuencia llegó a las manos de Gambetta. Gambetta no la ha recibido, me ha sido robada y soy víctima de una infamia!"

¡Linda defensa! M. Rochefort exige una declaración formal de M. Gambetta. Este se niega a recibirlo, y hace despedir a sus representantes que van a Palais Bourbon con la misma demanda; pero a los pocos días la République Française, en nombre de M. Gambetta, declara, que la afirmación de M. Rochefort es falsa, y que la carta ha sido recibida por M. Gambetta.

Aquí es donde comienza la campaña de las gruesas injurias. M. Rochefort cae en el delirio del insulto. Semejante a un hombre atado, de pies y manos, vocifera como un loco furioso. Si se le pusiera una mordaza estallarían de ira. Una pequeña colección de las palabras que emplea, podrá dar una idea del estado febril e iracundo en que se encuentra. A M. Reinach le dirige una carta y comienza por tratarlo de jeune drôle, y

termina por mandarle un buen número de latigazos escritos para que le toque una buena parte a Gambetta su amo. A Gambetta le llama: primer miserable de Francia; ¡la tour d'Auvergne de la abjection! ¡Abdomen con una campanilla por ombligo; presidente imposible de la república ateniense; mentiroso, bribón, ladrón de papeles, falsario, manipulador del empréstito Morgan! ¡Cínico! ¡Impostor! ¡Calumniador, bandido de Abruzos, hombre innoble! ¡hombre, canalla, Dios Gambetta!"

Ni los amigos de Gambetta se salvan del chubasco de lodo o inmundicias que arroja l'Intransigeant. Los amigos de M. Gambetta son ¡residuos de la política y de la literatura, sirvientes, cobardes, canallas, seres repugnantes, pick-pockets!

M. Girardin, en la France, se desencadena contra Rochefort y le llama loco. Y en efecto, es la demencia la literatura del redactor de l'Intransigeant. ¡Parece que atacado de un acceso de hidrofobia va a sucumbir víctima de su propio coraje!

Paul de Cassagnac ha quedado muy atrás en la profesión del insulto. Hoy, no hay nadie que iguale a M. Rochefort. Es la firma más acreditada en la prensa de París, y la más digna por cierto de representar a la prensa furibunda y comunista.

Entre tanto, a Dios gracias, y a la Francia, el gobierno republicano sigue su marcha incommovible. Si algo se le puede reprochar es su indulgencia para con los promotores del escándalo periodístico. Los debates que promueve y sostiene l'Intransigeant, no representan por cierto, la libertad de la prensa, son su más absoluta negación; son el motín y la comuna, el incendio y la demagogia en el diario. Un extranjero de paso, podría formarse una pésima idea de la sociedad que los presencia y de la autoridad que no los corrige. Del mismo modo que Laisant y Félix Pyat han sido castigados, debiera ser castigado Rochefort. La prensa escandalosa, en toda sociedad bien organizada, debe caer bajo la acción de la policía correccional. No merece los honores del jurado la impresa hoja que no contiene sino inmundicias, punibles por su naturaleza misma y no por las causas, justas o injustas, que hayan podido engendrarlas. Se castiga y se modera el escándalo que tiene lugar en media calle, porque a nadie le es dado salir a lanzar al rostro de los demás, padrones de infamia en la plaza pública. Si la ley y el gobierno toleraran el hecho, la sociedad perdería en una hora todos sus resortes, de seguridad. El honor, la libertad, la vida misma de sus miembros, estaría en peligro a cada instante.

Nosotros hemos tenido épocas en que la prensa se ha disputado el premio de la ferocidad, y lo hemos dado un jurado absurdo e ineficaz como correctivo. Los países democráticos se hallan en más peligro que las naciones monárquicas ante las exigencias de la libertad de la prensa. Todos la proclaman y muy pocos la observan. En Francia, la política ha decaído considerablemente. Fuera del Journal des Débats, le Temps, le XIX Siécle y algunos diarios más -muy pocos por cierto- la prensa no llena su misión. O el diario es vandevilista como le Figaro y Gil Blas, o es demagogo e insultante como l'Intransigeant, le Petit Parisien y le Pays. Ante todo, el diario es un negocio y ante la perspectiva de un lucro pingüe, todos los géneros literarios son buenos, aunque la frase haga ruborizar al más descreído de los corrompidos, e infame al más puro y honrado de los hombres.

En Alemania la prensa está sofrenada por la acción oficial. No existe libertad de la prensa, propiamente dicha. Yo no aplaudo este celo excesivamente precavido contra las manifestaciones libres de la opinión pública, pero no soy de los que creen que un diarista y una causa tienen derecho de convertir en una orgía sus columnas editoriales, haciendo desfilar en ellas a los altos magistrados de la nación. La oposición a outrance puede hacerse por la prensa, siempre que se salven las formas del lenguaje. Cuanto más fina sea la sátira y más dorada la flecha que la lanza, más hiere y más ofende al adversario. Rochefort habría hecho más daño a Gambetta, hiriéndolo con las espinas de un estilo cáustico y tranquilo, que arrojándole el balde de improperios que le lanza diariamente. Y si no sabe hacerlo, tanto peor para él. El diarista debe ante todo conservar su buen humor; ese debe ser el estado normal de su espíritu. El que pierde la calma y se dedica a las imprecaciones insultantes, se encuentra agotado a los pocos momentos; ¡llega la hora en que el diccionario se acaba y tiene que repetir las injurias!

La prensa debe ser culta y decente ante todo. La prensa que infama o que delata como l'Intransigeant, no llena misión alguna en un pueblo libre.

El periodista no debe descender al servicio que hace el agente de policía secreta, que como un espía pago, el crimen, el delito, el robo o la estafa, cometida, y la vando, por dosis, día a día, para despertar la curiosidad pública. Ese oficio es simplemente infame. Si la sociedad necesita de él para conocer a los delincuentes, la sociedad termina por despreciar a los que lo desempeñan. Entre un ladrón y un delator, el honor y la delicadeza vacilan. Y cuando el delator aparenta dar a su oficio el rol del apóstol, del benefactor de la humanidad, del vengador del pueblo engañado y sacrificado, una especie de asco invencible nos invade, y vemos detrás del escritor al Dulcamara que vive de los dolores y de las vergüenzas ajenas.

La campaña contra la prensa feroz es una campaña noble, en Francia. Si esa mala escuela aumentara sus adeptos y realizara sus fines, no sería extraño que retoñaran las épocas literarias y espantosas en que se vendía el Cri du Peuple, de Louis Vallés, en medio del incendio de las Tullerías y del pillaje de los hogares de los grandes ciudadanos.

De París a Marsella

Marsella, 25 de diciembre de 1880.

¡Adiós a París! Es necesario partir y abandonar todos sus encantos antes de la Noche Buena, para no dejarse tentar de las subsiguientes que son siempre mejores. La mañana está fría y nublada, la estación de Lyon llena de pasajeros, todos en movimiento, cargados con

sus mantas y sus sacos de noche. ¡Qué diablo! confieso que me cuesta dejar esta ciudad encantadora donde la vida brilla bajo todos sus prismas. Si la voluntad no fuera más fuerte que la tentación, yo me habría vuelto de la mitad del camino, porque llevaba no sé qué triste presentimiento de que aquel viaje iba a producirme un mal rato; pero la resolución, está hecha; no había como retroceder, y ¡adelante! ¡A Marsella, a Niza, a Italia!

Me instaló en el carruaje, cómodamente y el tren se puso en movimiento. Entre las nieblas de la madrugada, como amigos queridos que saludan a los que se van, apuntaban las torres afiladas del Trocadero y la bóveda majestuosa del Panteón. Sentimos una tristeza tan profunda los que nos alejamos en medio de la indiferencia completa de los que quedan, como cuando sabemos que nuestra ausencia deja un vacío profundo en los pocos corazones que nos aman y que laten por nosotros. ¡Qué extraño sentimiento experimenta el espíritu cuando en medio del desierto, nuestro dolor no encuentra un eco solo que responda a su grito! Nadie nos conoce, a nadie conocemos. Las relaciones de dos meses nos han dejado sin embargo profundos recuerdos, pero los que quedan están habituados a ver aparecer y desaparecer al viajero, como la imagen que se detiene un breve instante en el foco de una cámara oscura. Sólo el que pasa, siente, recuerda y sufre casi siempre.

Hacía yo estas reflexiones delante de mi compañero de viaje a quien vela por primera vez de mi vida, y cuya fisonomía me inspiraba la más profunda simpatía. Era un hombre joven, lindo, mozo, lleno de distinción; una de esas bellezas varoniles en que se admira al hombre en su conjunto de cualidades físicas y morales. A falta de amigos íntimos, ¡aquel extraño era el más simpático de todos los desconocidos!

Siguiendo mis hábitos británicos, el silencio por el espacio de las quince horas que son las necesarias para recorrer ciento setenta leguas que median entre París y Marsella. ¡El silencio! ¿Es acaso atroz como lo pintan los charlatanes? Para mí es el estado de más actividad para el espíritu. Todo el pasado, al más remoto pasado, se recorre con la memoria. Todo el porvenir se abre a nuestros ojos, triste o risueño, según el humor que reina. Se olvidan los malos ratos, se acarician con fruición los buenos, se hacen castillos en España, se conciben proyectos, se sorprenden ideas, se inventan frases, y se devora el tiempo que transcurre como si la vida se deslizara lentamente. Cuando nos encerramos dentro de nosotros mismos y pensamos, ¿quién puede decir que la soledad no es una amiga cariñosa?

En este viaje he abarcado toda mi existencia y la he vuelto a recorrer; una, dos, cien veces. ¡Son los más los buenos recuerdos que los malos! Si es cierto que la vida de cada hombre, es un poema, la mía, lo confieso, no es de los más tristes. Pensemos y pensemos siempre. Tengo por delante un tema precioso para mis divagaciones silenciosas. ¿Quién es este hombre que me acompaña?

Es un hombre feliz indudablemente. Es un estudiante que regresa a Marsella con la intención de volver de inmediato a París. Ha dejado su novia en el alegre quartier de la Sorbona, y va a visitar a sus viejos padres, dos buenos provenzales que lo aman porque es su único hijo. Su novia lo ha acompañado seguramente hasta la estación, y se han despedido con ternura. La mañana está triste como todas las mañanas de la partida y el compañero de viaje se halla envuelto por el hálito de una plácida melancolía. Es un estudiante de medicina: tiene treinta años, es inteligente, ha dado brillantes exámenes, va a

ser un hombre célebre. Yo lo aprecio desde este momento, a pesar de no conocerlo y de no saber quién es. Pero así me lo he imaginado, y así lo consideraré, mientras informes más seguros que las presunciones, no vengan a contradecir los que yo mismo me proporciono.

Y tengo tan profunda confianza en mis observaciones intuitivas, que cuando recuerdo hechos prácticos me llena de orgullo. Tiempo atrás, en Buenos Aires vi en un álbum dos retratos de personas que no había conocido jamás. Hace un mes, recorría París y en las calles d'Anjou y St. Honoré hallé dos señoras: -"esas son las damas del álbum"- me dije, y salté del carruaje y las detuve, seguro de no haberme equivocado. ¡Eran ellas, en efecto! Ahora quince días, en otro álbum del Havre, se me mostró el retrato de una linda muchacha de Marsella. Llego a Marsella y en la calle Breteuil, la primera persona que veo es el original del retrato. Salto otra vez del carruaje y detengo a mi linda conocida, que se queda estupefacta creyéndome un galanteador a boca de jarro. Pero la nombro, me explico ¡y otra vez había acertado! Los dos incidentes son rigurosamente exactos.

Mi compañero del tren es seguramente la persona cuyas condiciones acabo de asegurar. Me ha observado él a su turno y se ha permitido hacer sus reflexiones sobre mi humilde persona; pero ellas no son tan favorables como las que yo he hecho de la suya. Se encuentra incómodo con mi compañía. Desearía estar solo, completamente solo en el vagón para disponer de todas las libertades que disminuyen las incomodidades de un viaje. Yo a mi turno, provocho mentalmente una conversación amistosa; le digo que me trate con confianza, que se acueste a la bartola, si no quiere admirar la poética campaña que atravesamos, el Sena que se pierde entre los árboles despojados de su follaje; lo invito a que fume, le hablo, le digo quién soy, le pregunto quién es, confirmo mis suposiciones, cambiamos nuestras tarjetas, nos damos la mano, nos abrazamos, nos hacemos grandes amigos, me invita a su casamiento, me muestra el retrato su novia, me dice su nombre, Laurence, Silvia, Emelina, -uno de esos nombres imaginarios- juramos, en fin, no separarnos jamás. ¡Decide acompañarme a Buenos Aires y establecerse allí! Y... ¡ni mi compañero ni yo hemos desplegado los labios!

A las cinco horas de viaje tocamos en Macon. Pronto entramos en las dulces y queridas campañas del Allier, donde hemos pasado tantos alegres y tristes días con Carlos Marengo en el mes de agosto. Si mi amigo las viera en los momentos que las vuelvo a cruzar, estoy cierto, que a pesar de las nostalgias que ha sufrido en ellas, ¡avivaría en su memoria los buenos y los malos recuerdos que tienen para nosotros! La Villa Hombourg está sola en estos momentos todos la han abandonado menos el comandante Jung, que como buen soldado no deserta nunca de su puesto. Los plátanos de la rue Lucas están secos y tristes. Los pobres moineaux que nos saludaban desde sus copas todas las mañanas, se acercan a la puerta de calle a buscar las mijagas del buen pan de Vichy, pero nadie los socorre, y se retiran envidiando la suerte de los hombres y quejándose de su indiferencia. La margen del río está triste y solitaria. El parque parece abandonado para siempre. ¡Ah! ¡El invierno! ¡todo se va, todo concluye con el invierno! Y sin embargo, las últimas vibraciones de la orquesta del casino suenan en mi oído; y a pesar de la rapidez con que vuela el expreso, la memoria restablece los recuerdos del pasado verano, ¡y pienso con sentimiento que tal vez sea la última ocasión de mi vida que contemplo estos lugares!

Mi compañero de viaje parece impresionarse con mis mudas reflexiones. Él también observa la campaña con encanto. Pero ¿quién puede prescindir de mirar la campaña francesa, aún en el mes de diciembre, cuando el cielo está gris y el suelo cubierto de nieve?... ¡Oh dulce Allier! ¡Cuántas tardes, sentados en tus márgenes, o bogando en tus aguas, hemos hecho profundas y tristes reflexiones con el amigo que fue mi compañero de Vichy! Las alegres y mimosas enfermas han volado a París, y recuerdan el pasado verano envueltas entre pieles, abrigadas como las flores tropicales de un invernáculo, por el tibio ambiente de sus salones. Otras, respiran en Niza, en Cannes y en Mónaco las auras calientes del Mediterráneo. Vichy ha muerto con la primavera y el verano.

Cuando llegamos a Lyon ya era de noche. Ni mi compañero de viaje ni yo habíamos despegado los labios. Fue necesario cerrar los libros y mirarnos cara a cara; nos faltaban cinco horas todavía, y me propuse dormir para matar el tiempo. Un sueño dulce y benéfico tendió sus alas sobre mí, y cuando me desperté estábamos en Marsella. Mi compañero no había cambiado de posición. Era un hombre de hierro.

Comprendo la pasión de un parisiense y más la de una parisiense, que casi siempre es fantasista, por ver el mar. Yo he estado encerrado por dos meses sin verlo, y en el momento de llegar a Marsella, es la mar la que despierta todas mis curiosidades. El tren la ha costeado, antes de penetrar en la gran ciudad. La luna la alumbra en un cielo azul y diáfano. Me parece ver el Río de la Plata desde las barrancas de los Olivos, y la ilusión sería completa si el aliento marino no viniera impregnado de ese perfume singular que sólo se respira en las costas de océano.

¡Marsella! He visto en sus calles, en su puerto, en sus plazas, todo lo que la imaginación había soñado ¡Qué, sol, qué luz, qué fuego!" -puedo decir como el poeta. La mar está en calma; desde la muralla del Nôtre Dame de la Garde, toda la ciudad se agrupa alrededor de sus docks; las velas latinas de los pescadores infladas por los vientos favorables de la Provenza circulan el puerto, buscando los cardúmenes de peces que con la marea baja emigran mar afuera. Allá, las islas que defienden la entrada del puerto. En el siglo XIII las galeras aragonesas lanzaron sus balas de piedra sobre ellas. Todas las antiguas naciones cristianas y musulmanas que ocupaban las márgenes del Mediterráneo, codiciaron por siglos a Marsella. Ese puerto en que se amarran hoy los grandes vapores que vuelven de la India, que van al Oriente, a Egipto, a Siria, debió presentar un extraño aspecto en los tiempos en que Génova y Venecia, una sobre el Mediterráneo, la otra sobre el Adriático, atraían hacia ellas todo el comercio oriental. Busco en los docks de Marsella las barcas argelinas, que después de haber saqueado las costas, desde Chipre hasta las Baleares, calzan la amarra y negocian sus ricos cargamentos. ¡El marfil, la púrpura, el oro y la mujer! Se piensa en los felices piratas que nos pinta Boccaccio en sus cuentos maliciosos, y a cada momento creemos que puede aparecer el Infiel de Byron vestido con todo el lujo deslumbrador del Oriente y adorado por un grupo de cautivas griegas e italianas.

Me acerco a la playa. ¡Qué animación la de los grupos de pescadores que vuelven del mar! Se habla el provenzal en toda su legítima pureza y con ese peculiarísimo acento que marca enérgicamente la palabra, y que sólo saben modular los labios gruesos y elocuentes de las paisanas de estas costas. ¿Nunca os habéis acercado, en los puertos o en las costas del mar, a la borda de la barca pescadora que acaba de fondear? Para conocer el pueblo bajo

de la gran capital marítima de la Provenza, no hay nada como arrimarse a la muralla del Viejo Puerto en que se amarra uno de esos barcos. La mujer y las hijas del pescador del golfo de Lyon, antes de dar la bienvenida al padre y a los hermanos que han pasado la noche recogiendo constantemente los espineles, echan una ojeada curiosa al fondo de la barca, y cuando la ven rebosando de pescado, bendicen al mar y gritan de alegría, mientras los tripulantes contemplan satisfechos el gozo de la familia. En un instante, los canastos están llenos de turbots y de merluzas y una banda de mujeres remonta la gran calle de la Cannebière pregonando la mercancía, cuyo sabroso aroma marino, acaba por ser insoportable. ¿Y los puestos de ostras y mejillones? Una media docena de parroquianos, agrupados delante de la vendedora, devoran incesantemente esas pequeñas pero sabrosas marennes vertes, que hacen en París las delicias de las cenas nocturnas del Café Riche. ¡Qué movimiento, qué charla, qué debates entre estas señoras del mercado de mariscos! Ni bajo de la muralla del Hotel de Rubión en la playa marsellesa, el mar produce y alimenta ostras más ricas que las que abren y brindan las comadres provenzales de las calles.

¡Qué espléndida y qué bella es la naturaleza a medida que huimos de la zona en que reina el invierno! ¡Qué teatro tan grande han hecho de ella las dos más brillantes poetas del septentrión! ¡Si Shakespeare no hubiera contado con el Adriático y el Mediterráneo, Otelo no hubiera sido concebido con todos los grandes prestigios con que entra en la escena de los personajes inmortales! Lejos de la Grecia y de las islas perfumadas del mar Jónico, Don Juan se habría vuelto misántropo y trivial. Por eso nos inunda la alegría cuando asomamos la vista por Marsella, aturdidos todavía por los ruidos ensordecedores de los boulevards de París, donde los hombres viven la vida artificial de las grandes capitales, donde el calor del carbón restablece el verano en los salones, y el invernáculo nos proporciona esas bellas pero insípidas y malsanas frutas que el arte lleva a las mesas de los ricos.

Buscamos el verano como las golondrinas, y toda la Europa lo busca con nosotros. Buscamos ávidos en la costa las playas de Cataluña y Aragón. Cuando costeamos el espléndido camino de la Corniche, los ojos buscan en la línea del horizonte las costas africanas. La ola pesada y perezosa que se envuelve y desenvuelve en la playa, repite el eco de la que bate las márgenes opuestas, modulando la eterna armonía de las aguas. Aunque agrias y las ondulaciones alpinas que rodean a Marsella, ¡cuánta novedad dan al paisaje cuando en sus picos reflejan los últimos resplandores del sol que se sepultan en el mar!

Es vieja, de cierto, la leyenda de Edmundo Dantés con que Dumas sorprende todavía y sorprenderá siempre el espíritu de la juventud fácil y sensible a mis emociones de lo romanesco. Si ahora, quince años hubiera tenido la dicha de pisar las playas de Marsella, y el primer marinero, con voz ronca y ademán sombrío, tomándome del brazo me hubiera señalado el castillo de If, que se levanta sobre el negro y romántico peñasco, la palabra se me habría cortado entre los labios, y habríamos parecido ver levantarse sobre sus murallas el espectro imponente del abate Faria. He aquí un islote desnudo y árido que ha sido digno de un poema popular que lo ha inmortalizado para siempre, y que no puede contemplarse sin avivar las escenas extraordinarias con que el autor del Montecristo presentó aquellas aventuras dignas de los cuentos de la corte de Harun-Al-Raschid.

Entraba ayer al Prado, de vuelta de la Corniche, con una numerosa comitiva de compatriotas, todos alegres con el cielo azul y el buen sol de Marsella, cuando de pronto vi

llegar hacia mí un hombre que hizo detener el carruaje y me tendió los brazos. Su fisonomía me era conocida, pero no me fue posible recordar instantáneamente dónde y cuándo lo había visto. Fue necesario dejarme abrazar con efusión y abrazarle también fuertemente, sin darme cuenta de aquel desahogo generoso. Al separarnos, porque no era posible permanecer eternamente estrechados en la calle pública, reconocí en él a mi compañero de viaje, a mi taciturno compañero de viaje de París a Marsella. Mis lectores se habrán olvidado de él, lo que no es extraño, porque yo también lo había olvidado y no pensaba volver a mencionarlo.

-¡Oh mi salvador -me dijo- mi salvador! -y se lanzó de nuevo en mis brazos con los ojos llenos de lágrimas. Estaba a oscuras completamente de las causas de aquella espontánea gratitud.

-¡Sí, ustedes mi salvador! Cuando tomé el tren de París para Marsella el otro día, traía el propósito firme, de suicidarme durante el camino; busqué en vano un compartimento desocupado y no me fue posible encontrarlo. El más vacío era el que usted ocupaba...

-¡Gracias!

-¡Oh, perdone usted!... ¡Cuánto me incomodaba usted! ¡Creí que usted bajaría en Macon, en Dijon, en Lyon, en Avignon al menos! Pero usted seguía, seguía siempre imperturbable. Hubo un momento en que usted dormía profundamente y pensé que era el más oportuno para volarme los sesos, pero ¡temí tanto comprometerlo!... Habría usted caído en el acto en manos de la policía y todas las presunciones lo habrían sido desfavorables.

-¡Caracoles! -dije yo para mí mismo y miré aterrado el castillo de If.

-Ahí tiene usted la razón por la que no me suicidé. Llego a Marsella y la primer noticia que recibo es que el Rhone, con todo su cargamento, ha arribado a Livorno. ¡No había naufragado el Rhone! Si el Rhone hubiera naufragado, como me lo habían dicho, yo era hombre perdido, y entre la deshonra y la muerte habría optado por esta última.

-Pero ¿usted no es estudiante... no está de novio, no va a casarse en breve?

-¡Ah, no, señor!; yo me ocupo del comercio con la costa de África -me contestó mi desconocido, con la más profunda de las satisfacciones.

Esta vez mis cálculos habían dado fiasco. Mi estudiante era un simple agente del cabotaje del Mediterráneo y yo había imaginado un idilio. Si aquel nabab de octava clase no hubiera tenido un poco de mayor consideración por mí, a estas horas estaría yo pasando momentos poco agradables.

Saludé a mi compañero, y le hice presente mis disculpas por haber sido tan importuno en nuestro viaje.

¡Italia!

(El Norte)

Verona, 24 de Enero de 1881.

La carta geográfica de la Italia podría representar una sección de la esfera celeste. ¡Cuánta luz en esa constelación! Los astrónomos determinarían el conjunto de sus numerosas estrellas con una de esas figuras caprichosas con que delinean el firmamento. Bien podría ser un arco y su flecha. La cometa del primero abarcaría Génova y Milán y moriría en Venecia, y sobre ella la vara del dardo desde Milán a Bolonia, a Florencia, a Roma y a Nápoles. Entre los claros de los grandes astros, ¡cuántas estrellas pequeñas, cuánta materia cósmica, compacta, uniforme, fosforescente! ¡una ancha faja de luz como un jirón de la vía láctea! Saliendo de este espacio luminoso, la Europa es una tiniebla. ¡La eterna belleza, la juventud, la vida, sólo existen en Italia!

Me sería difícil detenerme a detallar un itinerario. Es el conjunto lo que seduce y deslumbra. Es ese poema de eternas bellezas que canta esta tierra, desde el golfo de Génova hasta la plaza de San Marcos, y desde las estalactitas de la catedral de Milán, hasta las melancólicas ruinas de Pompeya. Es esa nota eterna que se repite en todas partes, que nace en el Mediterráneo y que muere en el Adriático; que brota en los Apeninos y repercute sonora en los Alpes.

¡Cuántas veces querría yo trazarme el cuadro vivo de esta tierra que ocupa toda la historia del mundo! Tan relativamente pequeña, y ella sin embargo, ha absorbido durante siglos toda la actividad de esa Europa que la contempla como su cuna. Si la Europa desapareciera en el fondo de los mares, la Italia salvaría toda nuestra historia y nuestra tradición. En ella están los penates del mundo moderno, y sólo ella puede darnos la filiación exacta de nuestro origen moral. En ella se ha desarrollado la leyenda, en ella la historia ha trazado las más grandes páginas de la humanidad. Ha pasado por todas las transiciones, se ha agitado en los tiempos heroicos, ha llegado al más alto de los apogeos, ha caído en la barbarie, ha sido reina y esclava, conquistadora y conquistada, profana y cristiana, libre y sometida, democrática y monárquica, grande y humilde.

Hoy, llena de juventud y de belleza, surge del tronco carcomido, como un retoño que ha recibido todo el vigor y la fortaleza de la vieja planta. Las distintas naciones que la ocupan forman una sola familia que se llama italiana, y conservan sin embargo los rasgos distintivos de su estirpe. Los ligurios navegan los mares, los piamonteses y los lombardos surcan y labran la tierra, los venecianos miran al Oriente y procuran restaurar su antigua preponderancia. Roma vuelve a ser la urbs antigua, Florencia y Nápoles no han olvidado sus excelsas tradiciones artísticas.

En Italia, cada ciudad es un tesoro de curiosidades. Apartaos del itinerario de los grandes centros y penetrad en esos piccoli paeseti, como llaman los italianos a sus villas y ciudades subalternas. Cada una de ellas tiene una historia digna de una nación; cada una tiene una fisonomía típica, acentuada y enérgica, que una vez observada, no se puede olvidar. En Génova yo había hecho el propósito de apartarme, siempre que me fuese posible, de los rumbos oficiales del viajero, y no me arrepiento de esta fantasía, que más de un compañero apurado, habría encontrado de un gusto pésimo. Muchas veces en una de esas aldeas tendidas sobre la cima de una montaña o en el seno de un valle, se encuentran riquezas artísticas e históricas que no es dado encontrar en las grandes ciudades. Yo pretendo, por ejemplo, que Verona y Padua, que Mantua y Faenza, que Luca y Siena, tienen más interés para el turista que todos los palacios de Génova, que todos los fastuosos y pesados mármoles de su cementerio. ¡Que me perdonen los valientes genoveses! Yo admiro en Génova lo que ellos critican. A mí me atrae la Génova de los güelfos y de los gibelinos, con sus callejuelas oscuras, estrechas, que parecen trazadas por el curso de una culebra. De noche me he internado por ellas, huyendo de la piazza Cavour y de la via Nuova y Novissinia, donde se agrupa una población que no habla de otra cosa que de fletes y tonelajes. En aquellas sendas tortuosas, el teatro de los Fieschi y de los Doria, conserva todas sus decoraciones. En cada puerta puede ocultarse un bravo y a la luz mortecina que alumbra la imagen de una Madona, in legno pueden darse de estocadas los Grimaldi con los Spínola antes que la ronda los sorprenda.

Las grandes arterias dan luz y aire a las ciudades, pero las alteran históricamente. Soy un furioso adversario de las demoliciones. Extended el radio de las poblaciones, pero no les quitéis su fisonomía histórica. Los gigantescos palacios de Génova, exigirían, es cierto, para destacarse majestuosamente en todas sus vastas proporciones, una plaza como la piazza della Signoria, de Florencia; pero si a cada uno de ellos se lo aislase en sus cuatro paredes principales, Génova dejaría de ser Génova y perdería su fisonomía. Desgraciadamente, los genoveses van en ese camino y tienen tal amor al espacio, a la luz y al aire, que no será extraño que de aquí a quince o veinte años, la vieja capital de la Liguria se encuentre convertida en una ciudad yankee en forma de damero, y con calles anchas en las que sus habitantes se verán privados de los goces de esa encantadora familiaridad actual, que permite que los vecinos de un mismo piso se abracen todas las mañanas al través de la calle.

Génova es una ciudad que amamos mucho los hijos del Río de la Plata; y no faltarán genoveses y argentinos que piensen que esa simpatía entre pueblo y pueblo data de ayer. Sin embargo, Génova nos trata desde ahora tres siglos. Los primeros comerciantes genoveses se presentaron en nuestro río pocos años después de que don Pedro de Mendoza hubiese echado los cimientos de Buenos Aires. Eran, es cierto, de la familia de Cristóbal Colón los que manipulaban aquella nave casi legendaria, de la que nuestros viejos cronistas dan apenas una ligera noticia en sus notas. Pero ella era, ante todo, el primer barco extranjero que iniciaba un comercio que tres siglos después debía practicarse diariamente entre dos pueblos igualmente libres. Génova era entonces aventurera y revolucionaria. Si el Turco o Venecia le cerraban el paso en el archipiélago de Grecia, ella sabía buscar fortuna en los mares en que portugueses y españoles se disputaban el imperio del mundo.

Bajo el dominio de la casa de Habsburgo, los genoveses como mercenarios, o como aventureros por cuenta propia, merodearon en todos los mares americanos, tripularon no pocas veces las naves de guerra españolas, y compitieron con sus rivales, los venecianos, que habían también contribuido con la célebre familia de los Caboto a ilustrar las primeras proezas de los descubridores del Río de la Plata.

Génova dio a la corte liberal de Carlos I uno de sus más esclarecidos ministros; el nombre de los Grimaldi está íntimamente asociado a los primeros ensayos del comercio libre en la América española, y bajo aquel ministerio de italianos regalistas y anti-jesuíticos, las colonias americanas parecieron sacudir el yugo del negro despotismo que pesaba sobre ellas desde dos siglos atrás. Fueron, pues, los descendientes de los antiguos patricios güelfos de Génova, los que contribuyeron a abrir las puertas del Río de la Plata, hasta entonces cerradas al comercio universal, y los que prepararon y realizaron la fecunda revolución política que arrojó a la Compañía de Jesús de las Misiones y de todos los rincones de América en que había levantado y consolidado su poder. Se ve, pues, que los vínculos de pueblo a pueblo son históricos, y que ellos no han nacido ayer, citando nuestras contiendas civiles y nacionales vieron figurar como actores a los italianos proscriptos y perseguidos.

En nuestros días, una generación de argentinos nos ha enseñado a amar a la Italia. Me vienen sus nombres a la memoria: Juan María Gutiérrez, Miguel Cané y Juan Carlos Gómez. No he podido dejar de recordarlos el día en que pisé tierra italiana, y especialmente el día en que oí los murmullos del Mediterráneo en el hondo sello que forman Sestri y Pegli, a pocos kilómetros de Génova.

Juan María Gutiérrez visitó la Italia en 1843, Cané y Gómez en 1852, si mal no recuerdo. El primero había salido de Montevideo en el Edén con Alberdi. Garibaldi les había recomendado el barco como excelente y, en efecto, a los tres meses los desembarcó en Génova. La Italia ardía en aquellos días, pero Génova, como en los buenos tiempos libres de Hamburgo, tomaba poco interés en la propaganda revolucionaria. Comerció por su cuenta y atesoraba egoístamente sus riquezas. La unidad italiana era para ella una quimera en la que tomaba poco interés en la propaganda revolucionaria. Comerció escribiendo sus impresiones en EL NACIONAL del 7 de Octubre de 1852, decía: "Si a esos hombres, hediendo a brea y a salitre del Mediterráneo, les habláis de unidad italiana, de la iniciativa del Piamonte en la cruzada de la independencia, de la fraternidad de todos los pueblos de la península, se os reirán en la cara, y con la indiferencia del desprecio repetirán que Génova se basta a sí misma y que los otros se entiendan como puedan. El egoísmo del franco, del buen lecho, de la aldea, se ha apoderado de esa ciudad de tal manera, que hoy es su religión, su vida y su patria".

Era por esto que todos los argentinos que llegaban a Italia en aquellos días, no bien desembarcaban en Génova, volaban a Turín. Gutiérrez me hablaba con una simpatía profunda de aquella corte de Carlos Alberto, que fue tan constante en la propaganda como firme en el infortunio. Allí, si la memoria no me falta, escribió su Capitán de Patricios y cultivó los maestros de la poesía italiana que acostumbraba recitar con su fina elocuencia en el seno de sus más íntimos amigos. Nuestros padres venían en aquella época sedientos de libertad y preferían los crudos inviernos de Turín a la eterna primavera de Nápoles, donde

las bellezas de la naturaleza no podían atenuar la imbecilidad de la corte de Franceschino. Hoy, en todas partes, se encuentra a la Italia, que palpitaba entonces en el Piamonte. Génova, la Cartago comerciante y egoísta de 1852, es hoy tan italiana como el resto de la península, y su espíritu nacional es tan profundo y acendrado que en su suelo duerme el eterno sueño el italiano más italiano del siglo: José Mazzini

Me he acercado al severo monumento que ha levantado el pueblo al tenaz y constante propagandista. Guarda armonía con el carácter del espíritu que lo animó. Es un templo de granito, sostenido por cuatro sólidas columnas dóricas, cerrado por dos rejas toscas y sencillas y dominando una de las alturas más elevadas del cementerio. Toda la pompa vana de Carrara ha desaparecido de aquel mausoleo severo, que hace contraste con las fastuosas y abundantes esculturas que blanquean al pie de sus muros. Los patriotas italianos lo han cubierto de coronas, y los imbéciles, que en todas partes son desgraciadamente numerosos, se han creído obligados a tiznar aquellas paredes con sus nombres y sus rúbricas.

Génova presume con su cementerio. Pasa generalmente por el más notable de Europa entre cierta gente. Apreciado en su conjunto como debe apreciarse, yo lo tengo por algo que está más abajo de la mediocridad. Si exceptuamos el monumento del marqués de Tagliacarno y uno que otro mármol animado por el cincel de Vela, de Dupré y Monteverde, el resto pertenece al género de lo que yo llamaría la marmolería, y que jamás debe considerarse como el arte. La vasta galería que forma en cuadro la planta principal del cementerio es un muestrario de maniqués de mármol, de viudas vestidas según las modas usadas de veinte años a esta parte, las unas con gorras, las otras descubiertas, pero coquetamente peinadas desde la época del bandeau y de la banana hasta la de los bucles; desde los tiempos de los rulos hasta el de los crêpés y el del flequillo. No les falta ningún elemento del traje y sus accesorios; el abanico, los guantes, los aros. El escultor ha sido tan fiel como el fotógrafo. Algunas veces las doloridas se presentan acompañadas con sus hijas e hijos, vestidos por los sastres y las modistas y calzados por el zapatero de moda. Se experimenta entonces la impresión que produce un álbum de antiguas fotografías de familia. Aunque la muerte imponga respeto, la risa asoma a los labios; la viuda lleva crinolina y talle corto; el escultor la ha hecho idéntica, pero la moda ha pasado. ¡El viudo lleva el cuello de la camisa que se usaba ahora cinco años, y un jaquet de anchas solapas! Aquello se vuelve caricatura, y perdonen los ricos burgueses de Génova, desaparece el respeto y se despierta la crítica.

¿Qué mal viento de pompas ha soplado en la cabeza de los genoveses que van de camino de convertir su cementerio en mi vasto panteón de la moda?

Cierto es que los palacios de Génova, casi todos del siglo XVI, están lejos de representar la pureza arquitectónica de los de Florencia y de los de Siena. Los genoveses fueron siempre más hábiles para construir sus urcas y galeras, que para dar gracia y arte, a las mansiones de sus nobles patricios. Pero si Génova carece de la fina tradición artística de la Toscana, tiene en nuestros días la escuela italiana de Roma y de Florencia, y no debe prostituir al mísero artista obligándolo a decorar su cementerio con esa población ya lamentablemente numerosa de personajes, que aun en mármol serían absurdos en el más elegante salón de modas de Londres o de París.

Salí desencantado de aquella feria de la marmolería, moderna, en la que con motivo de cada sepulcro podía repetírsele al escultor las palabras de Miguel Ángel a su rival Ammanati: ¡Ammanati! ¡Ammanati! ¡qué hermoso trozo de mármol has destruido!

En cambio de este poco artístico recinto, Génova tiene la galería de sus palacios y los frescos de Piola, de Carlone y de Ferrari que iluminan sus techos. En ninguna parte pueden visitarse con más método las colecciones de pinturas que en los palacios de Génova. No son esos depósitos infinitos de telas que abruman por su abundancia. Cuatro o cinco salas, y he ahí todo. Pero ¡qué tesoros en cada cuadro! Ninguna de las escuelas antiguas carece allí de un representante. La escuela flamenca tiene en el palacio Brignole un retrato ecuestre del marqués Julio Brignole, de Van-Dyck, digno de figurar al lado de los de Carlos I, del museo de Bruselas. El caballo está casi de frente, un poco amanerado, porque ni Rubens ni Van-Dick, ni ninguno de los maestros flamencos poseían los conocimientos anatómicos que tuvieron Leonardo de Vinci y Miguel Ángel; pero, en cambio, el jinete, vestido de terciopelo negro, lleno de sobria gentileza y elegancia, se destaca del fondo de la tela como un bajo relieve. La escuela veneciana tiene telas del Tintoreto, de Juan Bellini, del Veronese. Andrea del Sarto representa las glorias florentinas con una reproducción de la Santa familia, de la galería Pitti y el San Sebastián, de Guido Reni, en toda su beata y excelsa desnudez, abre a los dardos de sus martirizadores, su pecho, que parece sangrar y palpitar tras el lienzo.

En el palacio Durazzo, hoy palacio Real, en la misma cámara que ocupa el rey cuando hace su visita a los genoveses, hay una Magdalena del mismo Guido, cuyo rostro no cede nada en belleza a la célebre del Corregio, que está en el museo de Dresden. Aquel rostro de una corrección suprema surge de la tiniebla como la imagen de un sueño. Podrían aplicársele los famosos versos de Cienfuegos:

¡Y el mismo sol se asombra,

de no poder dar luz al rasgo oscuro

que condenó el pincel a eterna sombra!

Pero en ninguna parte se acentúa más la fisonomía de Génova que en su puerto y en sus alrededores. Allí se mueve en su verdadero medio aquella población marítima que

frecuenta diariamente todas las costas del Mediterráneo, desde Nápoles hasta Gibraltar y desde Túnez a Marsella.

En sus docks, como en Liverpool y Amberes, los buques de todas las naciones juntan sus banderas. Aquel pueblo flotante habla todos los idiomas y el genovés tiene el privilegio de conocerlos desde siglos. Génova comunica con todos los rincones del mundo, y sus marinos conocen todos los mares. Sus hijos, como los fenicios, han arribado con sus naves a todas las playas donde los hombres se vinculan por los lazos dorados del cambio y del comercio.

Pocos días después de haber respirado las brisas tibias del golfo de Génova, entraba yo en Turín, la antigua capital italiana. La ciudad de las altas y espaciosas arcadas estaba cubierta por un manto espeso de nieve. Huíamos del invierno y el invierno nos alcanzaba del lado de Italia. El Piamonte, que es la cuna verdadera de la Italia moderna, es un país viril y robusto, cuyos hijos están muy lejos de tener la naturaleza meridional con que se caracteriza generalmente a los italianos. Les basta su primavera y su verano, que son deliciosos como en Suiza, pero en el invierno la ciudad desaparece bajo el manto blanco que cubre toda la comarca alpina. El plano de la ciudad imprime a sus calles una forma correcta, pero monótona. Diríase que la calle de Rivoli en París, les ha servido de modelo. Imposible perderse tomando los puntos cardinales del plano. Apenas la via di Po, que une por una diagonal la piazza Castello con la piazza Vittorio Emanuele, altera la regularidad de aquellas manzanas paralelas.

No he visto hasta ahora en ninguna ciudad italiana, monumentos modernos más hermosos que los de Turín. La sola estatua ecuestre del duque de Génova sujetando su caballo herido mortalmente, que cae sobre sus rodillas, basta para llamar la atención y el examen del más escrupuloso conocedor. El noble animal se derrumba con una naturalidad sorprendente. En la cabeza, en el cuello y en los ojos moribundos se percibe el último movimiento de la vida. Es un triunfo prodigioso del arte moderno, y ese solo bronce vale, a mi juicio, muchos de los monumentos públicos con que presumen las principales ciudades de Europa. No es menos bello el Emanuel Filiberto de Marocchetti; pero el gigantesco caballo es el mismo que monta el viejo rey Ricardo, delante del palacio de Westminster, y el artista debió comprender que el caballo normando de Corazón de León era sólo digno de ser montado por él y no por otro. Al ver el mismo modelo de la estatua de Ricardo I, me ha venido de nuevo a la memoria el coloso original de Londres. El artista se ha repetido en ambos. Sobre el mismo caballo han montado distintos personajes. Emanuel Filiberto envaina la espada de San Quintín que devolvió la paz a Europa. Ricardo, por el contrario, con el brazo en alto levanta la suya que hizo temblar a la Europa, y al mismo Saladino.

Y ya que hablo de las estatuas de los guerreros, ¿cómo no trazar dos líneas sobre esa famosa armería de Turín, donde están todas las armaduras piamontesas y lombardas de los tiempos pasados? El emperador romano más exigente de trofeos de guerra, quedaría satisfecho ante aquella riquísima colección. Allí está la armadura que Francisco I llevaba el día de Pavia; la del Príncipe Eugenio en la batalla de Turín; dos águilas de Marengo y la espada que Napoleón ceñía en aquella memorable batalla. Y en medio de aquellos cuerpos y cabezas de acero relucientes, que se adelantan como los espectros de un torneo, el arte tiene sus grandes tesoros, sus joyas escondidas, sobre las cuales es fácil pasar sin fijarse, porque

el número de los objetos abrumba. He visto dos de esas joyas que son dos reliquias inestimables. Una es un pomo de espada cincelado por Benvenuto. Diríase que cada una de las pequeñas figuras que forman la empuñadura es una reducción del Perseo. La otra es un escudo cuyos bajos relieves admirables representan toda la historia de la campaña de Mario contra Jugurta. Aquel disco es digno de leerse como Salustio. Es un grabado cuyas figuras surgen, sobre el metal como por el genio del artífice florentino; tiene la delicadeza de una alhaja. Y sin embargo, podría proteger en el combate más recio al caballero que se cubriera con él. Es una epopeya, un poema. Es necesario verlo, observarlo detenidamente, porque todo en él es vida, acción y fuerza. ¡Con razón ese joyero figura al lado de Ghilberti, de Donatello y de Juan de Bolonia!

El palacio de Turín ha sido la escena de grandes acontecimientos históricos para que pasemos por sus espléndidos y suntuosos salones, sin pensar en los grandes patriotas italianos de 1848. Allí en esas salas nacieron los destinos de la nueva Italia. Familia pura y noble, la casa de Saboya ha dejado en aquella mansión abandonada, que los reyes de Italia consideran siempre como el viejo hogar paterno, el perfume de su honradez, de su honestidad, y de sus grandes virtudes cívicas. Allí se lloró el día luctuoso de Novara, en que la nacionalidad, sufrió un golpe rudo. Pero desde allí también Cavour consiguió que la Europa reconociera que había una cuestión italiana que no estaba resuelta; y las victorias de 1859 vengaron el desastre que el virtuoso Rey había sufrido combatiendo por su pueblo y buscando la unión de la vieja familia italiana. ¡Felices los reyes que realizan empresas tan altas y los hombres que los acompañaron con sus sabios consejos! La Inglaterra levanta estatuas en sus plazas a Canning, a Pitt, a Fox y a Guillermo Peel. La Italia Constitucional y libre de nuestros días ha inmortalizado en mármol y en bronce una generación de patricios que vale aquélla: a Cavour, que representa al Pater Patriae, el Washington italiano; a Siccardi, el reformador constitucional de 1850; a Gioberti y los Lamarmora, militares y hombres de estado, y a sus reyes y príncipes, cuyos bronce y mármoles no representan el despotismo, ni las vanas glorias militares, ni el cesarismo.

Pero me entretengo demasiado en la Italia moderna, y para historiar las brillantes páginas de sus últimos tiempos se necesita espacio y preparación de que carezco en este momento. Demos un adiós al recinto legislativo en que los representantes populares de Italia ejercieron el gobierno parlamentario hasta 1865 y conservemos en la memoria, la disposición de aquella tribuna en que la elocuencia italiana brilló con todos los prestigios de la libertad y del orden constitucional. Aquel local modesto y hoy abandonado indica la sobriedad de la generación que ejerció desde sus bancos los derechos del régimen representativo y que supo conmover toda la tierra italiana con la santa idea de la unión nacional.

Me acuerdo de haber hecho un esbozo ligero de la catedral de Colonia, con motivo de las fiestas solemnes con que se celebró su terminación. Delante del Domo de Milán, me viene a la memoria el monumento gótico del Rhin. Es la edad media, tallada en la piedra, calada por el cincel, cariada por el tiempo. Ocho siglos se asoman por las ojivas; y el manto verdinegro de los años ha cubierto sus columnas, los santos agrupados en los pórticos, sus torrecillas, sus grandes arbotantes laterales, y el borde de sus rosas, donde transparentan tenuemente la luz del día sus ventanas de cristales soldados entre varetas de plomo.

La otra, a pesar de los años que cuenta, carece de la misma solemnidad. Blanca como un panal y un tanto por agobiada por el ángulo extenso que forma su fachada es necesario verla y observarla desde una altura mayor que la que tiene, para admirar su magnificencia. La catedral de Colonia es el arte gótico en toda su pureza. La catedral de Milán es una maravilla de sublimes heterogeneidades, pero está lejos de igualar la excelsa corrección de aquella. Desde luego, la de Colonia no tiene una sola nota falsa en su sereno orden arquitectónico. Durante el día se destaca sobre la llanura como un coloso. Diríase que los ejércitos de Carlo Magno se postran delante de sus atrios. Por la noche, remonta en el espacio como un fantasma y creeríase que de sus capillas, de sus nichos e intersticios, surgen los genios de los Niebelungen. La catedral de Milán es todo lo contrario; su plano reducido podría pasar por un cofre de marfil cincelado por Benvenuto. Considerada del punto de vista de su arquitectura, se presta a una crítica severa, porque representa el concubinato de dos elementos contrarios y antagónicos. En su exterior los bajos relieves cuadrados de la escuela griega y romana se levantan al lado de las imágenes góticas. El contraste es chocante. Aquellos frailes y mártires del siglo XII que se arrodillan agrupados en series repetidas bajo el arco ojival del orden gótico, con sus fisonomías beatísimas e ingenuas, que recuerdan los santos y las madonas de Dürer y Cimabué, parecen temblar de espanto, de pudor y de horror evangélico, ante las estatuas profanas, griegas y romanas que los circundan. Es una vecindad imposible aquella. Es la desnudez del arte idólatra al lado de la pudibunda imagen de los ermitaños cubiertos por sus sayales y ceñidos por el cordón de la penitencia. En el interior, las columnas gemelas y agrupadas del orden gótico, están coronada por decoraciones genuinamente romanas, y delante de la bóveda honda y aguda que determina la ojiva, Napoleón hizo abrir una serie de ventanas sostenidas por columnas corintias, que alumbran ese consorcio inarmónico de arquitecturas incompatibles.

No niego la grandeza y la hermosura de este templo maravilloso, pero la impresión que me sugiere su conjunto esta fundada sobre observaciones dignas de tomarse en consideración. Entre el clasicismo del arte antiguo la fisonomía típica de los monumentos de la edad media, no hay asociación posible. Me detendré abismado delante de la ruina de una esbelta columna del Partenón y contemplaré con la mente llena de los recuerdos del siglo XIII, las ruinas de un castillo feudal; pero la mezcla de las dos familias, ese enlace anormal de dos razas o de dos estirpes opuestas, me produce el efecto de un vínculo monstruoso. A Napoleón se deben las anomalías arquitectónicas que irregularizan el conjunto de esta catedral. Él, que en todas partes soñaba con la columna de Trajano y con el arco de Tito, porque creía que sólo el chapitel corintio podía servir de base a su estatua de César, y que sus ejércitos no debían salir a la guerra sino bajo arcos de triunfo, alteró hasta la fisonomía típica de los templos, y quitó a muchos de ellos el carácter histórico que representaban. Para admirar la catedral de Milán no habría sitio mejor que la barquilla de un globo cautivo. Hundir la mirada perpendicularmente en aquella ciudad poblada por seis mil estatuas, sería la única manera de darse cuenta de su grandeza. Recorriéndola a pie es imposible formarse una idea del conjunto. Aquello es un pueblo; un pueblo que se agrupa en el interior de la plataforma, que domina la cúspide de las pirámides exteriores, que ocupa los nichos innumerables de los santuarios góticos. Desde la altura se proyecta la perspectiva de esa blanca necrópolis que parece expuesta a derrumbarse a la primera ráfaga de los vientos de la Lombardía. Creeríase formada por caprichosas lágrimas de cera destiladas de cirios colosales apagados de improviso, o por mi bosque de coníferos cubierto por las nieves alpinas; y cuando descendemos a la plaza y echamos desde ella la última

mirada, en aquella cinceladura titánica de la piedra, la fantasía la encuentra semejante a esos raros y antiguos encajes de Malinas que parecen tejidos por las artificiosas arañas de la fábula.

El Domo es un museo de esculturas soberbias. Miguel Ángel ha depositado allí un Adán menos audaz, pero más perfecto que el David. Baccio Baudinelli, provocándolo a eterna rivalidad, ha esculpido a Eva. Una pequeña madona de Canova sonríe prisionera en un nicho con la plácida sonrisa de la Psyché del Louvre y de la Venus del Pitti; y en una de las pirámides superiores que protegen aquel derroche de riquezas artísticas, el mismo cincel ha animado la estatua de Napoleón, que mira gravemente hacia esa llanura lombarda, en donde su nombre está escrito en todos los surcos de la tierra.

Después de la catedral, Milán posee otra riqueza inestimable. Es un espectro, pero es un espectro que habla, que se adelanta y desafía a las glorias vivas del arte. La Cena de Leonardo de Vinci, en los muros augustos de Santa María delle Grazie.

Los austriacos han vivaqueado al pie de esa pared sublime, y el humo y el tiempo y la humedad han arrojado en ella sus injurias; pero surgen del muro aquellos apóstoles, se inquietan, se acusan y se justifican. Judas disimula, Jesús repite las palabras históricas. Jamás el sentimiento religioso, el misticismo más acendrado, la fe más honda, derramó un sello de beatitud tan sincero en el rostro del Cristo-Dios. Es San Mateo que anima la escena bajo el pincel del terrible rival de Miguel Ángel. Si el catolicismo hubiese contado con pintores como Leonardo de Vinci, su influencia en la historia de los últimos siglos se habría duplicado. Ese artista tenía, además de la fuerza colosal de su genio, las cualidades de todos los grandes representantes del arte. A la majestad serena de Pablo Veronese reunía la violencia pujante del Tintoreto; al colorido de Rafael, la verdad grande y sencilla de Andrea del Sarto; a la eximia delicadeza del Ticiano, el idealismo de Fra Angélico. La Cena desafía a todas las telas más famosas. Es la pintura más original, más prestigiosa, más bien pensada, de su tiempo. Es, a nuestro juicio, el primer cuadro que merece los honores de haber fundado la pintura histórica. La mujer está suprimida de su conjunto y, sin embargo, el rostro de Jesús nos hace olvidar la dulzura de todas las madonas del Sanzio. Es una escena terrestre, y tiene la elevación de la célebre Asunción del Ticiano del museo de Venecia. Nada de ese eterno drama que desde Giotto hasta Carlo Dolci se repite en los espacios, representado por la virgen, por los mártires, por la corte de ángeles y de querubines que forman el Olimpo católico. Es el drama real el que habla en aquel muro, en el que la sombra de esa pintura se agita y quiere sorprender al mundo antes de desaparecer completamente.

La catedral de Milán y la Cena, de Leonardo de Vinci, son dos motivos muy altos para descender a ocuparme de las otras curiosidades de Milán. Una noche entera, pasada en la Scala oyendo a Tamagno cantar el Figliuol pródigo, que no he podido apreciar en una sola vez, no ha bastado para quitarme una sola de las emociones que he sentido al contemplar aquellas dos joyas. Tengo por delante, como cuajada en un vasto espejo, esa arca complicada de la orfebrería gótica; y la pared de Santa María, de la Gracia ondula ante mis ojos como un cendal a través del cual aparece el rostro indescriptible de Jesús.

He conocido en este viaje a la inglesa más linda que os podéis imaginar. Tiene en su rostro impreso el sello de la eximia y suprema hermosura. Admirador de la belleza plástica dondequiera que se cruza en mi camino, por simple sentimiento artístico me detengo y la admiro. Con el mismo entusiasmo contemplo un cuadro, una estatua, una columna, la fachada de un palacio o el ángulo labrado de uno de esos balcones medioevales que tanto abundan en las viejas ciudades. Miss Omphall tiene un óvalo ante el cual Carlo Dolci borraría, para recomenzarlas, todas sus cabezas de santos y madonas. Aunque inglesa las líneas esculturales de su cuerpo, la elegancia de su cuello, su busto y esa vaga curva que dibuja el talle y desaparece después de haberlo diseñado, harían desesperar a Fidias de envidia o de celos. Su conjunto respira un no sé qué de ideal. Parece que llevara sobre su frente el capullo luminoso que Virgilio coloca en la cabeza de Ascanio. Habla con una voz de un timbre que enloquece. Si esta pintura parece hecha con cierto fuego impropio en mí, los escandalizados me harán el favor de disimular por esta vez mi entusiasmo. Si fuera pintor, la más meticulosa y mojegata matrona no extrañaría que un buen día pintara yo el retrato de miss Omphall, y lo pusiera en la vidriera de Burgos con el sacramental ¡L... pinxit 1000 duros! Y si fuera escultor, ¡ah!, si fuera escultor, yo me encargaría de encontrar artimañas para vestir a mis Omphall, sin ocultar un detalle, ni uno solo de los lineamientos de la estatua. Y bien; como no soy pintor ni escultor, fuerza es que haga con la pluma lo que no me es dado hacer con el cincel o los pinceles. Cada uno emplea los medios de que dispone y tan inocente es pintar el retrato de una mujer bonita o vaciar su estatua en el molde, como tomarla cariñosamente, colocarla sobre la página y dejar en ella los recuerdos de unas horas pasadas delante del modelo.

¿Habéis estado en Verona? Me contestaréis que sí. Pero no habéis estado con miss Omphall. Habéis bajado en la estación, y después de inscribir vuestro equipaje para Venecia, y visitado a escape y como deseando terminar una tarea, el circo romano y la tumba apócrifa de Julieta, habéis vuelto a tomar el tren. Entonces no habéis visto a Verona. Eso no es ver esta melancólica y romántica ciudad, que parece haberse petrificado en pleno siglo XIII al soplo de las brisas heladas de los Alpes.

Y si os contara que yo he asistido con miss Omphall a una resurrección de la villa de los Scala, diríais que hago una fantasía, que unas cuantas copas de Asti spumante me han arrojado a la calle en demandas de sombras como Edgard Poe. Y sin embargo ni estoy ebrio ni he tenido un sueño. He visto, he oído, he palpado, y todavía tengo el recuerdo impreso de aquel teatro en que la realidad me ha representado una escena del pasado.

Verona fue fundada por Guillermo Shakespeare a mediados del siglo XVI. El acta de fundación de esta ciudad son Romeo y Julieta, y The two gentleman of Verona. La historia, siempre historia, cuenta que Cátulo, el dulce Cátulo de la zampoña, y Cornelio Nepote, que yo desgraciadamente, no puedo recordar sino con el mismo horror que a Nebrija y a las Platiquillas, nacieron en ella al pie de este Adigio bullicioso que se derrama sin cesar como un torrente. Pero lo cierto es que no hay historia para Verona antes de Guillermo Shakespeare. Él es su arquitecto, su poblador, su historiador. Antes de él, la historia de Verona es leyenda. Lo admitiría el lector si hubiese tenido la fortuna de vagar una noche por estas calles, del brazo de miss Omphall, oyéndole recitar los más tiernos pasajes de Romeo y Julieta con una voz más dulce que la de Ellen Terry, haciendo más pausas

adorables para animar y poblar, por decirlo así, con la fantasía, todos los barrios de la ciudad dormida bajo el disco opalado de una luna espléndida.

Miss Omphall es una sacerdotisa que evoca, y a sus evocaciones las sombras se plasman, se levantan, andan, hablan, viven. En su deslumbradora simplicidad, aquella divina criatura tiene el don de animar todo lo que quiere, esa extraña fuerza exaltadora del espíritu de que están dotados los mediums. Tiene la ternura de la hija menor de Lear y la azorada vaguedad de la locura de Ofelia. Es inglesa y basta. Se detiene delante de todos los monumentos, y tiene el poder de abrir los sarcófagos de los Scala que hace seis siglos que guardan sus restos en plena calle pública. Toda aquella corte de Scalas que presencié la triste tragedia de los Montescos y de los Capuletos, sale de sus tumbas, ocupa sus palacios, se congrega en sus plazas durante el día, se bate en sus calles durante la noche.

Miss Omphall me ha llevado al baile de los Capuletos. He visto a Romeo, a Mercutio, a Tobaldo, a la nodriza parlanchina y mimosa, retrato sagaz de un tipo genuinamente italiano. ¡Qué fiesta aquella! Los laúdes exhalaban un aire simple y primitivo; el génesis de uno de esos conceptuosos refranes de Mozart. Las ventanas con sus arcos en forma de trèfle transparentaban la luz de los salones a través de los cristales venecianos. La servidumbre de los Capuletos, toda armada, guardaba la entrada. En la sombra que proyectan los edificios vecinos, se divisa el rayo débil de una linterna, que descubre esbozada en la sombra como en el fondo de un cuadro antiguo, el grupo de los Montescos que espían la fiesta. De ese grupo se desprenden dos hombres enmascarados.

Uno es Romeo, el otro es Mercutio. Al favor de la máscara penetran a la mansión de sus rivales. Romeo se encuentra con Julieta; Julieta queda extasiada ante su gallarda belleza, y Romeo la sigue como a su sombra por todos los salones. Se han mirado y se han amado con esa primitiva e inexplicable simplicidad de la adolescencia, y es necesaria la escena para formar el marco de ese cuadro. Shakespeare crea entonces a Verona, la recorre, la describe, la idealiza, y lo que es más curioso, no altera ni uno solo de sus detalles; restaura todos sus barrios, abre todos sus palacios, penetra aun a las celdas de esos monjes frugales y profundamente, cristianos del siglo XII.

¡Oh Verona! Déjame vagar al azar por tus calles y tus plazas mientras mis compañeros duermen tranquilamente como los padres de Julieta. Sobre el recinto las brisas del Adriático se cruzan con los vientos de los Alpes, y despejan de nubes tu cielo. A tus pies murmura el Adigio, el eterno rumor de las aguas. ¡Cuán hermoso es contemplarte desde el viejo puente del Castello, defendido por sus extraños pilares tridentados!

Mañana, cuando el primer albor del día raye en el horizonte, Romeo, envuelto en su capa gris, la espada al cinto, calado el birrete sobre los ojos, te atravesará sigilosamente en busca de sus compañeros que esperan su vuelta con inquietud.

Cuando la luna ilumina el fúnebre monumento de los Scala delante de Santa María Antica y a través de las rejas selladas con la escala que simboliza las nobles armas de los viejos señores de Verona, sus rayos producen sombra y luz entre los intersticios de los dos mausoleos, diríase que en las ventanas superiores del palacio, entre el claro oscuro del muro

Vetusto, asoma el enérgico perfil del Dante, que medita en el destierro en medio de la noche. Esa Verona en cuyas calles sus señores levantaban sus mausoleos, cuenta todo el pasado con una extraña elocuencia; es el alma de una ciudad que dice su historia. Todo es característico en ella. Sus balcones bizantinos, con sus rejas férreas, convexas, hacen ver a miss Omphall, en cada uno de ellos, la escala que ondula pausadamente con el último impulso que le ha dado la ascensión de Romeo a la estancia de Julieta.

Hay luz en la habitación; la ventana entreabierta arroja un débil reflejo sobre el jardín. Romeo acude a la primera cita. Los vientos alpinos sahúman el ambiente con el perfume de los azahares. Entre el espeso ramaje de los árboles se oye un ruido de alas agitadas como el que produce un pájaro sorprendido en el nido, y a poco rato, los trinos de cristal del rey de la selva. Miss Omphall me oprime nerviosamente el brazo y juntos exclamamos:

-¡Es el ruiseñor!

-¿Quién eres tú, que me has acompañado por Verona?

-Soy, me dice miss Omphall, la musa de Shakespeare que vaga por sus calles como la sombra tutelar de esta romántica ciudad.

Venecia

Roma, 14 de febrero de 1881.

Venecia está en la plaza de San Marcos para los extranjeros, y en sus sendas capilares para los venecianos. El que la visite sin conocer su historia y su leyenda, debe regresar inmediatamente a tierra firme, después de haber contemplado un momento aquel gran patio formado por edificios cuya fisonomía no es posible olvidar cuando se ha visto una vez. Con esa nerviosa curiosidad que me domina, no he podido resistir a la tentación de engolfarme en sus calles, atravesar sus puentes innumerables, perder el rumbo, girar alrededor de una ínsula y salir después de una labor ímproba a la margen de las plácidas y verdes lagunas que la rodean. ¡Qué red aquélla, qué laberinto inextricable! Ese agrupamiento de islotes, cuya topografía no se concibe, por más detenido que sea el estudio que se haga de su plano, forma una planta flotante de calles y sendas, cuya llave tiene sólo el gondolero. Diez, quince días, no bastan para explicarse sus entradas y salidas, a no ser que en cada aguadora de las que van a llenar sus cántaros en las espléndidas cisternas del Palacio Ducal, encontremos una Ariadna que nos lleve a San Marcos. Declaro que para internarme no he

necesitado nunca de guía, porque me proponía explorar, buscar lo desconocido, vagar para observar, ponerme problemas a mí mismo, reír de mis chascos, celebrar mis triunfos; pero para salir del laberinto, cuando se está lejos del Gran Canal o de la bulliciosa calle de la Mercería, es el modelo de una de esas inspiraciones del Dellini que tomando la delantera como una sombra que huye, nos ponga sin saberlo al pie de la columna que sostiene al León alado de Venecia.

Yo no puedo explicarme cómo una mujer o un hombre de espíritu delicado, puedan sumirse en el mar iluminado por un sol de oro, y bajo este cielo que parece reflejarse eternamente en la anegada ciudad. La luna de Verona me acompañaba a Venecia, y cuando puse el pie en la góndola, la silueta poética de la ciudad surgió de pronto ante mis ojos, entre el velo opalado y sutil de luz que tendía sobre ella el astro de la noche. Era un espectáculo que sólo había visto bajo el atractivo que despiertan las acuarelas de los Ríos y las fotografías iluminadas de sus panoramas nocturnos. Aquello era la realidad. Al interés del colorido del cuadro, era menester agregar el movimiento de las calles líquidas. Todo presenta un aspecto peculiar; la sombra fúnebre de la góndola que se desliza silenciosamente sobre las aguas, el canto lejano del gondolero, los gritos de alerta para evitar los choques, que encuentran un eco en las murallas; la luz de los balcones, la inmovilidad de las aguas los golpes pausados del remo que impele aquella extraña barca, armada con una especie de rostro, como los trirremes romanos, cuya fisonomía especial se resiente con un no sé qué de siniestro y misterioso que le da su casco rigurosamente negro, y el típico felze que esconde al pasajero bajo su techo y sus cortinas enlutadas.

En este breve cuadro está la historia de Venecia nocturna y por eso nos impone. O Marino Faliero oye bajo de sus balcones la sátira de sus enemigos que se repite en los canales, o bajo el Puente de los Suspiros la barca del verdugo asoma al Gran Canal, conduciendo el cadáver de la última víctima, todavía palpitante o el Moro, furtiva y sigilosamente, rodeando la cintura de Desdémona, sale de la góndola en que la ha arrancado de la casa paterna, y pone el pie en los umbrales de su palacio, con aquella extraña enamorada del valor legendario. Todo resucita en Venecia durante la noche, porque en ella, como en Verona no ha cambiado el escenario, y si los muertos abandonasen sus tumbas, encontrarían fácilmente la puerta de sus casas y de sus palacios, y en cada góndola creerían encontrar la suya propia.

Es una historia llena de majestuosos recuerdos la que restablece el espectáculo de Venecia. A fines del siglo XV y en momentos en que Cristóbal Colón soñaba con otra ruta al mar de la India, el mundo cristiano sufría una crisis histórica, cuyo desenlace debía marcar su apogeo o determinar su ruina. El Oriente era el emporio del comercio del mundo y en él el predominio de los turcos era incontrastable. Ellos tenían la fuerza, la producción, la riqueza y el cambio. Los pueblos de Europa, tendidos sobre el Atlántico o encerrados como la Alemania en el corazón del continente, estaban pobres y en decadencia; la edad media había engendrado en ellos un sistema social y político híbrido, y con excepción de la Inglaterra y la Hispania, donde el pueblo ejercitaba ciertos derechos sobre los reyes, eran en las demás naciones los príncipes y la nobleza, los dueños absolutos y soberanos de la vida y de la fortuna particular. Las campañas religiosas sobre la tierra santa habían sido frecuentemente desastrosas para los pueblos cristianos. El mismo descendiente de Guillermo el Conquistador fue prisionero de Saladino, y toda la fe, toda la pasión cristiana

de los guerreros y de los religiosos, no podía quebrar esa gloriosa civilización oriental, que ensoberbecida por sus victorias, procuraba con todos sus recursos bélicos y sus ventajas comerciales, exterminar aquellas poblaciones europeas que ella seguía considerando como restos descompuestos del naufragio de Roma.

Venecia era entonces la única ciudad cristiana cuyo apogeo podía rivalizar o por lo menos equilibrar la floreciente situación de los turcos. Ella era la única puerta de todo el comercio de Oriente; en ella se encontraban turcos y cristianos viniendo por rumbos distintos; los primeros con sus barcos llenos de marfil, de piedras preciosas, de esencias y de tintes, que constituían como artículos de comercio una riqueza cuantiosa en aquellos tiempos; los segundos con sus naves pobremente cargadas, ávidos de los despojos que Venecia quisiera dejarles. La Inglaterra, la Francia, la España y el Portugal, no conocían el inmenso océano que tenían al frente. Reconcentrado el comercio en los mares de Grecia y de Turquía, en las costas orientales de África, en Persia y en Egipto, aquellas naciones se veían obligadas a surtirse por el Mediterráneo en condiciones desfavorables para ellas, porque en el cambio, quedaban consideradas como tributarias comerciales del turco. Esta desesperante situación de la Europa, la obligó a buscar con las armas durante cuatro siglos consecutivos, su preponderancia en Oriente, y más que el celo y el ardor religioso de los cristianos, podía la necesidad, para armar soldados y enviarlos a la guerra santa a combatir por el ser o el no ser de la cristiandad. Colón impresionado con este problema histórico que en su tiempo era de un interés palpitante, después de haber guerreado contra los venecianos y los turcos en el mar Tirreno y en el Adriático, creyó poderlo resolver pacíficamente, buscando para los pueblos cristianos otra vía hacia el Oriente a fin de hacer innecesaria la vieja y dificultosa ruta. El Portugal apurado por el mismo cáncer de los otros pueblos, llevaba a cabo sus expediciones a la parte meridional del África. Colón, más audaz que Vasco de Gama, quiso rodear la tierra y buscar para toda la Europa el gran mercado directo de que carecía. Ese fue el propósito político del gran descubridor del nuevo mundo y su obra realizada dio tantas riquezas, tanta fuerza, tanto predominio a los pueblos cristianos, que el poder de los turcos comenzó a declinar y a desaparecer, hasta que los soldados y las flotas de Carlos V y de Felipe II acabaron con el vasto poderío naval de que disponían, casi en las mismas puertas de Constantinopla.

Este importante hecho histórico, el último tal vez que representa el duelo entre dos grandes civilizaciones, cuya coexistencia era imposible como lo fue la de Roma y Cartago, fue preparado por Colón y resuelto por la América. Sin el uno y sin la otra, el cristianismo no hubiera cobrado fuerzas bastantes para someter el vasto imperio de Oriente. Débiles, decaídos y pobres, sus pueblos habrían sufrido la ley del vencedor. Nuestra familia histórica habría sido conquistada tal vez, y los pueblos cristianos tendrían en la posteridad otros destinos muy diversos a aquellos que les estaban reservados en nuestros días.

Creo oportuna esta breve reflexión a propósito de Venecia. Ella cayó en el naufragio de los pueblos de Oriente, habiendo colaborado en su exterminio. Sus galeras y sus célebres marinos contribuyeron a dar en Lepanto el último golpe a los turcos, contra los cuales venía combatiendo desde los tiempos de Enrique Dándolo.

En la Sala del Gran Consejo del Palacio Ducal, el pincel veneciano, con ese brío de colorido que no reconoce rival, ha ilustrado las escenas de aquel constante y rudo batallar.

Las grandes telas de Palma el viejo, y del Tintoreto, tienen toda la elocuencia de las narraciones del Moro. El último, sobre todo, cuya fecundidad prodigiosa de concepción haría creer que pinta bajo la acción de una fiebre violenta, supo como nadie dramatizar aquellas escenas sangrientas. En vano el tiempo ha trabajado sobre el fondo de sus cuadros carbonizados y rodeando a los personajes de un mar y de un cielo luminoso que parece una costra dura e impermeable. Los rostros y los cuerpos de los combatientes surgen y se atropellan allí con un ímpetu extraño y desordenado. Las cimbras, las corazas, las espadas y las hachas cristianas, relucen con un brillo deslumbrador sobre las cabezas de los enemigos. Las ropas orientales, los turbantes, todas esas vestiduras pintorescas de los hijos del Oriente, se destacan entre aquella escena de exterminio. El conjunto de la tela se divide en un sinnúmero de episodios trágicos; el odio y el rencor apuran la sed de la venganza en un extremo del cuadro; las galeras venecianas vomitan la muerte sobre los navíos turcos en el otro; sobre sus cubiertas los cristianos se descuelgan abriéndose paso con sus espadas y sus rodelas; los infieles mueren matando. Aquí un remero turco ha soltado el remo y ha caído bajo el filo de una hacha que le ha tronchado el cuello. Allí se implora el perdón en vano. Acullá un grupo de enemigos ha sido fulminado por la metralla. En las aguas, los náufragos, luchando con la muerte, se disputan los fragmentos de mástiles que caen de aquel choque tremendo. Las enormes banderas de Venecia flotan al aire; los pendones turcos se abaten. De aquellas telas sale un hálito de muerte. Cuando se miran de pronto y se abarca su conjunto, diríase que todo se mueve, que es un grupo humano que se despedaza, que blasfema y vocifera acuchillándose, y aun el mudo silencio con que siempre se contempla un cuadro, desaparece, porque el artista ha puesto en él hasta el ruido y el fragor de las escenas vivas.

Venecia está llena de Tintoreto, y Tintoreto lleno de Venecia. Es el pintor eminentemente nacional; más aún que el Veronese, y más aún que el Ticiano, aunque estos últimos caractericen con más propiedad el colorido peculiar de la veneciana. Ved si no su Paraíso, sobre el muro este de la Sala del Gran Consejo del Palacio Ducal. No hay pintor antiguo ni moderno que haya iluminado una tela de mayores proporciones. Aquella es una población de figuras, cuyo número no es posible calcular. Es una multitud que ondea, que se envuelve y se desenvuelve como en una plaza. Se ve el conjunto, pero es imposible determinar los detalles, los grupos, los individuos, las fisonomías y las actitudes; todo desaparece en la grandeza incomparable de aquel agrupamiento colosal. No se busque la perfección, la delicadeza, la corrección de los relieves, y de las fisonomías. El Tintoreto, que frecuentemente es incorrectísimo, cuida casi siempre poco los refinamientos de los episodios de sus telas. Tiene algo de lo que tenía Miguel Ángel, la fuerza, el vigor, la saña de las concepciones; lo que ha caracterizado a muchos escritores, antiguos y modernos, a Dante, a Ariosto en la edad media; a Shakespeare, y a Hugo y a Tomás Carlyle en nuestros días. Es ese brillo y arrebatado del estilo, el que en la estatuaria calienta y anima el contorno; que en la pintura mueve y hace gritar, reír o llorar a las figuras; que en las letras obtiene que los personajes surjan de la página, anden y hablen con el lector. El genio del Tintoreto es un retoño propio de su tiempo y de la evolución que en el arte operó la poesía italiana del siglo XIV. Ya los pintores toscanos de la primera época, desde Cimabué y Giotto, hasta el Benedetto y Fra Angélico, habían tratado de ilustrar las escenas dantescas. El tema favorito del juicio eterno los seducía, y estuvo en boga hasta Miguel Ángel, que lo trató magistralmente con su vasto genio en la Capilla Sixtina. Tintoreto pintó el Paraíso bajo la influencia de las mismas lecturas. La poesía, como siempre, había abierto su camino al arte.

Dante fue el verdadero iniciador del Renacimiento, y ningún pintor italiano, a nuestro juicio, ha sabido dramatizarlo con colores y concepciones más viriles y violentas que el Tintoreto. Tal vez no es el más discreto de los artistas, quizá es el más defectuoso, el menos correcto, pero es el más valiente y el más revolucionario, el más independiente y el más robusto de sus contemporáneos, y por eso nos seduce. La esencia veneciana está compuesta de luz, de opulencia y de fuerza. Ticiano alumbra, Pablo Veronese decora, el Tintoreto acciona y acomete.

Era imposible que Venecia, como centro artístico, produjese los retratos severos y graves de Van Dyck, las telas escarlatas de Rubens y esos cuadros monacales y sombríos del Españoleto, que parecen inspirados en la celda de los conventos de Córdoba. Venecia es la patria de la luz, del sol, del aire y del color. Basta pararse en la plaza de San Marcos, el más bello sitio que el hombre posee en la tierra. Aquella terraza que mira sobre el mar tiene de todo; es un teatro, un paseo, una vasta azotea. Mirada desde las galerías del Palacio Real parece una decoración. Todo ese aspecto pintoresco se lo imprimen dos edificios, que no tienen su igual: San Marcos y el Palacio Ducal. Los accesorios complementan el conjunto; y llamo accesorios a la lana, que bosqueja en la sombra las bóvedas bizantinas del templo y el muro característico de la célebre mansión, y al sol que, al romper en el límite del horizonte y del mar, anima aquella escena sobre la que todos los colores del arco iris se forjan en la bruma matinal que flota sobre la ciudad.

He mirado a San Marcos y al Palacio Ducal de todos lados y de diferentes distancias, como a esos grandes cuadros que nos obligan a detenernos en medio de una galería, y que a medida que los observamos aumenta el deseo de permanecer delante de ellos. De todas partes tiene atractivos distintos aquel frente sin rival, y de cerca, San Marcos se admira como una obra capital del cincel bizantino. Tiene todas las delicadezas, todas las finezas de esos cofres de oro oriental en que los turcos guardan las esencias de Persia. Su frente, en que el color y el dorado de los mosaicos forman una armonía exquisita de decoración, que en vano se ha aplicado a las pesadas iglesias de Roma, es único en Europa. Los tres grandes órdenes arquitectónicos están allí representados, pero de una manera tan singular, tan raramente combinada, que la belleza del conjunto no desaparece un momento. Ha sido la obra de la fantasía; no parece el resultado de un estudio arquitectural detenido. Es una pintura, un capricho esbozado por un pincel o un lápiz que improvisa bajo la acción de una mano experta y de una cabeza creadora. Allí no hay líneas, no hay dibujo, no hay escala, ni plano obligado. Por lo menos, no se nota el trabajo de paciente elaboración que ha producido la obra; el artista ha echado sobre el cartón algunas gotas de agua y de color, y San Marcos ha aparecido bajo los golpes fáciles del pincel. ¡He ahí todo!

¿Cómo concebir la factura de sus cúpulas orondas, semejantes a la cubierta de esas ricas urnas turcas en que se queman las pastas orientales? Parece que de un momento a otro una nube de incienso voluptuoso fuera a despedirse de ellas; que el ambiente se impregnara con sus perfumes; y que sus campanas, como las de un estuche de música fueran a producir la armonía extraña que engendra la variedad de los templos del metal, y la menor o mayor intensidad de los sonidos. Sobre el pórtico principal, los cuatro gigantes caballos romanos que Constantino arrebató al arco de Trajano, que un día dominaron el arco del Carrousel, en París, se levantan encabritados con aquella arrogancia fría, pero solemne que les ha impreso el cincel antiguo. En la convexidad de las ojivas los dorados rivalizan en

intensidad de brillo con el vivo color de los mosaicos. Con excepción del centro principal que representa un Juicio Final de 1836, los demás mosaicos conmemoran la gloriosa epopeya de San Marcos, aquel santo que parecía amar tanto el Adriático como los Dardanelos y el mar Negro. Todos aquellos fragmentos de oro y de colores vivos se agrupan para formar la historia del santo. A la derecha el embarque del cuerpo de San Marcos en Alejandría, a la izquierda la adoración del santo, a pesar de cuyas virtudes Venecia ha tenido tantas veces en sangre los verdes canales que la circundan.

San Marcos es a Venecia, lo que el Cid es a Burgos, lo que Juana de Arco es a Rouen, lo que Guillermo Tell es a Altorf. No es un santo solamente, es un custodio, un protector, un vengador, que no ha dejado de velar un solo día por su pueblo y de tomar parte en todos sus júbilos y vicisitudes. Los gondoleros lo conocen. Alguna vez mientras dormían bajo del felze con la góndola amarrada a uno de esos maderos artísticamente pintados, enclavados a lo largo del Gran Canal, el santo se les ha aparecido, despertándolos repentinamente, se ha embarcado con ellos, y los ha hecho reinar en dirección al Oriente, siempre al Oriente, con el pretexto de salvar de los turcos y de las turcas, algunas reliquias arrebatadas en uno de los golpes de mano que los infieles daban sobre los templos cristianos. ¡Feliz el santo que pudo hacer esos viajes encantados en una noche y volver a reinar en medio de su pueblo!

Venecia, sin embargo, divide su culto entre San Marcos, San Teodoro y el León alado. Es un consorcio extraño, pero ella es la ciudad de lo pintoresco y de lo original. San Teodoro, sobre la columna histórica, abate con su pie un cocodrilo; el león, en la columna vecina agita sus alas. No es éste, como se ha dicho, una simple representación heráldica, de los antiguos señores de Venecia. Es el escudo de armas del santo conquistado a la Siria por el dog Miguel II en 1120 y transportado después a las banderas venecianas. Y todo en Venecia es así. Sobre sus lagunas, el Oriente entero ha venido a imprimir su sello típico, y estos insulares que han levantado sus hogares en ese grupo de camalotes desprendidos de las riberas de Italia, han depositado en su ciudad todo el botín de sus antiguas campañas en las costas de Aragón, en el mar Tirreno, en Túnez, en el mar Jónico y en los Dardanelos. Claro es que Bizancio predomina porque Venecia mira al Oriente y el Oriente se refleja en ella. Los ídolos de estos pueblos han servido para sus blasones de guerra. Las mezquitas y los alcázares árabes han inspirado a sus arquitectos para edificar la casa del Dios cristiano y el palacio de sus señores. No es sólo el gran Palacio Ducal el que acusa la preponderancia, moral que los turcos ejercían sobre los venecianos: son todos los palacios, casi todas las casas de la antigua Venecia. Del mismo modo, San Marcos posee bajo sus cúpulas todas las riquezas de los sultanes, las pedrerías, los alabastros, los despojos de aquel grande emporio, que es hoy apenas una sombra de su pasada grandeza.

Cuando a lo largo del Gran Canal, en una mañana clara, bajo un cielo celeste y limpio, la góndola se detiene delante del palacio Cá d'Oro, el más genuino del estilo ojival del siglo XIV, los ojos pasan largas horas recreándose delante de aquella fachada maravillosa. Se admira como una alhaja, no como un monumento. Es un telón iluminado por el pincel de un maestro, porque el color de su fachada con sus tonos variadísimos, da a aquel edificio todas las sombras, los claro-oscuros, la luz de un cuadro. Los artistas venecianos que en la acuarela rivalizan, sin cederles un ápice, con los acuarelistas de Nápoles, saben cuán bella es esta mansión que aunque casi abandonada, detiene todas las góndolas que pasan delante de ella. La iluminan con un arte especial, no arrojando sobre el cartón la acuosa pintura que

esparce después el pincel para diseñar las formas, sino labrando cada ojiva, cada cinceladura, cada remate, cada flor o cada arabesco de los que forman el tallado completo del muro. A mi juicio, más fáciles que Canaletto, cuyos célebres cuadros se resienten mucho de sus propensiones naturales al dibujo lineal, los acuarelistas venecianos conocen mejor que el gran maestro la naturaleza del paisaje que pintan. En Venecia la línea recta no existe, todo es vaporoso, sus edificios, sus calles, sus puentes. El conjunto que presenta el Rialto, desde el Canal, no se puede detallar, como no se puede detallar tampoco el patio de San Marcos. Todos los colores de la paleta son necesarios para pintar a Venecia y a los venecianos; la comba etérea del arco iris se difunde sobre ellos y descompone sus colores en tintas innumerables. Venecia flota sobre las aguas muertas y entre el ambiente brumoso de las lagunas, y bajo ese velo de luz y de sombras surgen sus palacios incomparables.

Junto con la acuarela de la Cá d'Oro he adquirido otra que representa la Porta della Carta. Tiene para mí el mérito inapreciable de haberla comprado mientras contemplaba el original bajo la misma luz que el artista ha derramado en el cartón. Generalmente, el viajero se aleja después de haber abrazado de un golpe el conjunto que presenta el Palacio Ducal. Pocos descubren la perspectiva que presenta la base de la Escalera de los Gigantes, mirada desde la plaza a través de la Porta della Carta. La luz se distribuye con una variedad extraordinaria. En el fondo, el sol irradia sobre el mármol de la espléndida obra de Filippo Callendario; bajo el pórtico, la sombra hace el contraste, y, sobre él, las pardas cinceladuras de la piedra se destacan desprendidas sorprendiendo con la exquisita finura de sus relieves. En mi modesto pero gentil cuadrado, una veneciana; con sombrilla y traje rojo y negro, baja por la escalera del lado del sol y su cuerpo se diseña gentilmente en aquella soberbia decoración. En el original a cada instante vemos entrar y salir entre las sombras del pórtico y la luz del fondo, un sinnúmero de personas ocupadas que no tiene tiempo de contemplar la puerta admirable por donde pasan.

Los cristales como los de Sajonia han seguido el género rococó que comenzó en el Renacimiento, y que tiene, incuestionablemente su chic o su fion, como diría en su argot moderno la elegancia parisiense. Pero donde me seduce a mí el vidrio de Venecia, no es ni en los espejos, ni en las arañas con sus adornos multicolores e historiados, sino en las ventanas ojivales del Palacio Ducal y de otros palacios. Aquellos discos dobles como un lente, en los que el cristal se ha enfriado en círculos concéntricos, con sus tonos débilmente verdosos, agrupados en los aros metálicos que los sostienen, dan un carácter especial a esas grandes salas de la edad media, entre las que pocas pueden rivalizar con la Sala del Gran Consejo. La luz se abre paso a través de un transparente. Una sola de esas grandes ventanas, basta para excitar la imaginación y lanzarnos hacia el pasado. El turista burgués pasa delante de ellos como si pasara por una vidriera cualquiera; pero si ha mordido un poco en los gustos artísticos y sobre todo si lo arrastra esa marcada tendencia a lo antiguo en que corre nuestro siglo, volverá cien veces a contemplarlas, y concluirá por enamorarse de ellas. Si yo fuera rico -desgraciadamente se necesita ser muy rico- quisiera poseer un escritorio con una ventana, por lo menos, igual a éstas, tapizado todo de cuero de Córdoba legítimo, y amueblado con muebles del siglo XIII. No lo soy y no transijo con ningún tapicero o empapelador que me ofrezca la parodia de las antigüedades apócrifas con que los vanos satisfacen su gusto.

Esa serie de ventanas de la Sala del Gran Consejo ilumina, como ya lo he dicho, las telas de Leandro Bassán, de Pablo Veronese, del Tintoreto, de Andrea Vicentino, de Zuccaro y de los dos Palma. Al poco tiempo de familiarizarnos con ellos y de examinarlos, la diferencia de los estilos se demarca fácilmente entre los maestros de la misma escuela. El Tintoreto saca el recurso de sus concepciones fecundas y violentas. El Veronese derrama un flujo oriental en sus telas. Como ejemplo basta recordar La Gloria de Venecia, el gran cuadro central del Salón. No es posible pintar más riquezas; es una fastuosidad que eclipsa el lujo de todas las cortes. Su taller debía ser un museo de antigüedades. Los tesoros de todas las iglesias cristianas y mansiones reales, le son pocos para pintar el metal, la seda, los brocados, las pieles, las joyas y las decoraciones de sus cuadros. Es el más grande de los coloristas, porque es el más fiel copista de las riquezas. Su colorido es el resultado material de lo que imita. No es como el Ticiano, por ejemplo, que pone el color en la parte moral de la obra, por decir así. Para citar dos ejemplos vivos, bastaría recordar la serie de las telas opulentas que ha pintado el Veronese, y compararlas con las del Ticiano y las del Tintoreto. Todo el vestuario de los papas, de los monarcas y de las reinas de Oriente, está transportado al Banquete en casa de Levi y a las Bodas de Canáan, que son los dos lienzos más grandiosos del gran maestro, que poseo la Academia de Bellas Artes. Diríase que aquel gran exornador hubiese acudido en un día de feria a la plaza de San Marcos, en momentos en que algún pirata turco de los más famosos vendía el rico botín de sus salteos, y que lo hubiese adquirido, por recios puñados de florines, porque en los cuadros que acabo de citar, la decoración y el traje de los judaicos son tan ricos, tan fastuosos y tan opulentos, que aun la inexactitud y el anacronismo desaparecen casi siempre bajo la fascinación que produce la pompa.

En cambio Tintoreto colora los rostros, diseña los ojos, anima todas las facciones. Ticiano ilumina las imágenes con unos tonos de topacio que sólo a él le son peculiares, y con un vigor y una inspiración que no tiene el Veronese, porque casi siempre éste es solemne, grave y aun monótono en medio de su opulencia majestuosa. De los tres, indudablemente, Ticiano es el sol del grupo, porque además de sus relevantes cualidades propias, tiene en alto grado también las especiales que distinguen a los otros dos. Su Assunta en la misma galería de Venecia absorbe toda la atención. Se pasa delante de Pablo Veronese, se tiembla delante del Tintorero, se siente delante de las vírgenes de Bellini, pero una vez vista la Assunta, se vuelve ante ella, porque ese cuadro llama y atrae con un imperio irresistible. Es el astro de la galería y con su luz obscurece cuanto le rodea. Hay en él todo ese valiente realismo con que el arte de aquel tiempo se había emancipado de las formas góticas, inspirándose en la naturaleza. La Madonna, que asciende como arrebatada por una corriente etérea, parte de la tierra; es humana, es la madre verdadera; sus ropas agitadas cubren formas audaces, que el maestro no ha tenido la intención de disimular. No surge entre esa bruma vaporosa que envuelve las vírgenes de Murillo que poseía, sin la fuerza iluminadora del Ticiano, un sentimiento delicado y poético, que no es la propiedad del pintor veneciano. La Assunta de éste, se levanta por sí misma y podría, después de haber sido recibida en el seno del Padre Eterno, bajar al mundo cambiar sus ropas ideales, variar su actitud, y mezclarse entre los apóstoles que la ven partir, sin que ninguno de ellos sospechara su origen divino.

Venecia es un arsenal de pinturas. Verdad es que estamos en Italia y que debía comenzar por decir lo mismo de todos los pueblos extendidos sobre el Mediterráneo y el Adriático, a

través de los Alpes, de los Apeninos. Si fuera posible escribir una revista de las riquezas de una sola ciudad italiana, estaría contento, porque entonces podría llenar muchas páginas y hacer tal vez un libro en el que las lagunas serían menos visibles que lo que van a ser en estos folletines reunidos. Pero esto no me es posible, ni entra en mis obligaciones. Es necesario hablar de Venecia y cerrar la charla sobre sus museos, por más dolor que nos cause el abandonar un tema tan interesante.

En Venecia se vive en el agua. Un escocés se moriría de nostalgia a los pocos días, como un corza, porque la plaza de San Marcos, es muy pequeña para los hijos de la montaña y de la selva. Un francés estaría cayendo al agua a cada momento en su afán de salir a la tierra firme. Los alemanes son los únicos que harían su residencia favorita en esta extraña ciudad, y, cuando digo alemanes, no me refiero a sus viejos amos los austriacos, sino a esos dulces espíritus soñadores del norte, que aman las escenas románticas con una pasión de sonámbulos.

Una noche se anunciaban Los Lombardos en el teatro Della Fenice, por una de esas mediocres compañías que vegetan en los escenarios de segundo orden de Italia. Eso de ir al teatro embarcado es tan original, que merece la pena de sufrir la representación mediocre de una linda ópera, con tal de pensar que una góndola nos espera en la puerta después de la función. Los Lombardos se cantaron desesperadamente mal, pero a la salida del teatro la noche envolvía a la ciudad en un manto fantástico de luz y de sombras. Las venecianas son muy lindas, y como una prueba de esa belleza que el Adriático refresca con sus alientos marítimos y a la del sirocco imprime su influencia voluptuosa, diré que todas las hadas de esos palacios encantados que surgen de las aguas, y que habían oído Los Lombardos, podían clasificarse como se clasifican los retratos del Ticiano que no reconocen rivales. Las góndolas que bajo el felze ocultan siempre un no sé qué de fúnebre y misterioso, recibían a esas lindas desfallecidas que no saben caminar un kilómetro sin caer postradas de fatiga. Los gondoleros soltaban el garfio y comenzaban a internarse en los canales haciendo brillar su proa armada del ferro, como el frente de un trineo. Los gritos de "giá é" "premé" "stá li" pronunciados en ese eufónico dialecto veneciano, anunciaban la góndola oculta tras del ángulo de la calle, cuya proa va a asomar de un momento a otro. La nuestra se deslizaba furtivamente sobre las aguas, y digo furtivamente, porque la góndola cuando surca los canales, parece que huyera ocultando el fruto de un crimen o el misterio de un idilio. En un instante el canal se pobló de luces blancas y el aire de cantos. Viejo espectáculo, pero ¿quién no daría una hora por volver a gozarlo?

Entre aquellas voces, un acento argentino surgía del conjunto del coro. Creímos que era una mujer del pueblo de las que formaban la compañía de barca que nos llevaba la delantera. Pero, poco a poco, comenzamos a comprender que había en los acentos de aquella voz una distinción soberana y un sentimiento que sólo podía ser el resultado de una educación exquisita. Nuestra góndola seguía siempre la comitiva de las otras, pero a cierta altura del canal, sola y como una sombra negra sobre las aguas, una góndola se separó del cortejo, desapareció en un canal estrecho que formaba una callejuela lóbrega y sombría, y la desconocida siguió cantando estas estancias:

Ho detto al core, al mio povero core:

Perehé questo languor, questo sconforto?

Ed egli m'ha risposto -E' morto amore!-.

No hay nada más dominante que la curiosidad, y a pesar de todas las consideraciones del caso, empeñamos al gondolero en seguir aquella voz, aunque ella nos llevara más allá de las lagunas. Nos pusimos a la caza por entre aquel canal tortuoso que parecía un acueducto más que una calle; pero de pronto la voz se extinguió, la góndola perseguida se detuvo, y de ella saltó un bulto negro que penetró en la puerta de un alto y solitario palacio. Nos mantuvimos un momento creyendo que la cantora nocturna volvería a recomenzar su canción, pero después de unos minutos hablamos perdido toda esperanza y dimos orden de retroceder al gondolero.

No bien nuestra góndola llegaba al fin de la callejuela y apuntaba al Gran Canal con su rostro, cuando desde su fondo oscuro, y como si saliera de las altas ventanas del palacio, la voz volvió a cantar con un acento de ternura indefinible:

Ho detto al core, el mio povero core;
Perché dunque sperar, amore é morto? -
E m'ha risposto -Chi non spera, muore!

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

